



Cornelia Funke

 La pluma
del grifo

Una nueva aventura de
El jinete
del dragón

SE

Lectulandia

Emoción, magia y fantasía... Cornelia Funke en estado puro.

Acompaña al jinete del dragón en la aventura más arriesgada que puedas imaginar y ayúdalo a salvar a los últimos seres fantásticos de la Tierra.

Ben, el jinete del dragón, tiene catorce años y vive en Noruega. Allí recibirá una noticia terrible: la vida de los tres últimos potros de Pegaso está en peligro y podrían no salir nunca de sus huevos. En un intento desesperado por salvarlos, Ben emprenderá un largo viaje a Indonesia acompañado de una variopinta comitiva en busca de uno de los seres fabulosos más feroces y peligrosos que existen: el grifo, pues es la única criatura que posee la clave para salvar a los potros alados. Pero los grifos, también conocidos como leones del cielo, son depredadores voraces y ambiciosos, odian a los caballos y por si fuera poco consideran a los dragones sus enemigos más acérrimos.

Lectulandia

Cornelia Funke

La pluma del grifo

El jinete del dragón - 2

ePub r1.0

Titivillus 30.08.18

Título original: *Drachenreiter - Die Feder eines Greifs*

Cornelia Funke, 2016

Traducción: María Falcón Quintana

Ilustraciones: Cornelia Funke

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com





No he escrito esta historia para los que quieren gobernar el mundo. Ni para los que necesitan demostrar constantemente que son más fuertes, más rápidos, mejores que todos los demás. O para los que consideran al ser humano la cima de la Creación.

Esta historia es para todos aquellos que tienen el coraje de proteger, en vez de dominar, de preservar, en vez de saquear, y de conservar, en vez de destruir.

CORNELIA FUNKE

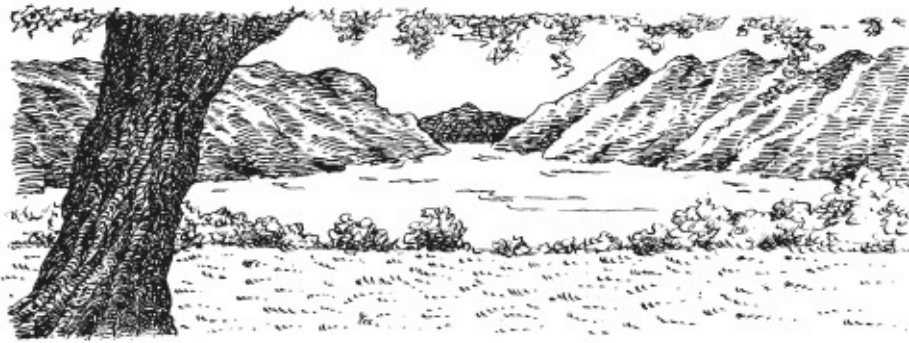




—Pequeño —comenzó diciendo el mago—, podrías ser todo lo de este mundo: animal, vegetal, protozoo o mineral, antes de que termine con tu educación, pero debes confiar en mi perspicacia. Aún no ha llegado la hora de que seas un halcón [...]. De modo que por el momento harás bien sentándote ahí y contentarte con seguir siendo un ser humano.

T. H. WHITE, *Camelot*





1 Un nuevo lugar y nuevos amigos

*¡Qué gran error
haber nacido hombre
cuando podría haber sido
una gaviota o un pez!*

EUGENE O'NEILL,

Viaje de un largo día hacia la noche

A Lung todo le resultaba muy familiar. El bosque cubierto de niebla delante de la entrada de la cueva. El olor del cercano mar en el aire frío de la mañana. Cada hoja y cada flor le recordaban las montañas escocesas en las que se había criado. Pero Escocia estaba lejos, lo mismo que La Orilla del Cielo, el valle que los últimos dragones de ese mundo denominaban hogar desde hacía dos años.

Lung se volvió y miró al dragón, que dormía a su espalda sobre un lecho de musgo y hojas. Barba de Pizarra era el más anciano de ellos. En sueños, replegó las alas, como queriendo perseguir a los gansos salvajes que volaban fuera, en el cielo gris, pero pronto emprendería el más largo de todos los vuelos. Al País de la Luna, como los dragones denominaban el lugar al que solamente la muerte abría la puerta. Barba de Pizarra era el único que se había quedado cuando todos se habían marchado a La Orilla del Cielo. El largo viaje había sido ya entonces demasiado fatigoso para él, pero gracias a algunos buenos amigos había encontrado un nuevo albergue cuando el antiguo hogar de los dragones se había hundido en las aguas de un pantano.

La cueva en la que Barba de Pizarra dormía no era una cueva natural. Un trol la había construido siguiendo instrucciones de humanos que sabían perfectamente lo que los dragones necesitaban. Pero en MÍMAMEIÐR no había solo cuevas para dragones. Troles, duendes, sirenas o dragones..., cualquier ser fabuloso podía encontrar refugio allí, aun cuando algunos huéspedes del sur se quejaron del frío invierno noruego. MÍMAMEIÐR... Para Lung el nombre resultaba tan peculiar como sus habitantes. Cualquiera podía encontrar allí un refugio apropiado. Eran tan diferentes como los huéspedes de MÍMAMEIÐR. Cuevas, nidos, establos, casitas de

geniecillos... a orillas del fiordo cercano, en los bosques vecinos y encima y debajo de los prados que, humedecidos por el rocío, saludaban al sol matinal.

—¿Cómo se encuentra Barba de Pizarra hoy?

El chico que había en la entrada de la cueva acababa de celebrar su decimocuarto cumpleaños. Su cabello tenía el color negro de las plumas de los cuervos. Sus ojos miraban a la vez sin temor y con curiosidad al mundo, y Lung habría volado en cualquier momento miles de millas solo para verle.

Ben Wiesengrund.

Cuando se habían encontrado por primera vez en un almacén abandonado del puerto, Ben aún no llevaba ese apellido. Había sido un huérfano y un sin techo, pero Lung lo había convertido en jinete del dragón y se lo había llevado a un viaje que les había deparado a ambos un nuevo hogar. Ben había encontrado por el camino padres y una hermana incluso: Barnabas, Vita y Guinever Wiesengrund, protectores de seres fabulosos y seguramente la mejor familia que un jinete del dragón podía desear.

—Duerme mucho —respondió Lung—, pero se encuentra bien. Está preparándose. La próxima vez que venga a visitarte se habrá marchado.

Ben acarició el cuello brillante de Barba de Pizarra. Sus escamas plateadas se oscurecían cada día más, como si se estuviese convirtiendo en noche, el momento favorito de todos los dragones. Sobre el gigantesco cuerpo dormido, unas diminutas luces brillaban en la oscuridad. Parecían motas de polvo que danzaran al sol.

—Ya empieza —susurró Ben.

—Sí.

Lung apoyó el hocico en sus hombros. Era la primera vez que los humanos se convertían en testigos de cómo un dragón se despedía pacíficamente de esa vida. Lung se lo había tenido que explicar a Ben y a los Wiesengrund. Ninguno de sus libros decía nada al respecto, quizá porque todos los que en otro tiempo habían disfrutado cortándoles las cabezas a los dragones, no se habían molestado en observar lo que sucedía después.

Ben alzó la vista hacia el techo de la cueva, donde cada día se concentraban más luces. «Cuando un dragón muere, siembra nuevas estrellas», había explicado Lung. «Cuanto más pacífica sea su despedida de esta vida, más habrá. Pero cuando el fin de un dragón es sangriento, su muerte alumbrará estrellas rojas en las que su dolor y su ira continúan viviendo. ¡Por desgracia ya hay unas cuantas en el cielo!».

Barba de Pizarra no sembraría con certeza ninguna estrella roja. Se marcharía en paz. De ello se ocuparían todos los habitantes de MÍMAMEIÐR. Y todos lo echarían de menos. Ben en especial. Había visitado al anciano dragón siempre que había extrañado demasiado a Lung. La Orilla del Cielo se ocultaba en las montañas del Himalaya, y estas se hallaban terriblemente lejos de Noruega.

—¡Lung! ¡Oh, deberían asarlos a todos en la parrilla! Sé que el fuego de los dragones debería utilizarse con precaución, pero ¡sería por un buen motivo!

Ben conocía tan bien como Lung la voz que, a pesar de la hora temprana, entraba

de una forma tan estridente en la cueva.

Piel de Azufre.

En su primer encuentro, Ben la había comparado, para su enfado, con una ardilla gigante. Ahora, naturalmente, sabía lo suficiente sobre seres fabulosos como para reconocer a simple vista que tenía una duende escocesa ante él. Y que los duendes eran tan indispensables para los dragones como la luz de la luna que los nutría.

—¡Tendríaís que haber visto cómo se comportaban! ¡Por unos rebozuelos! —Piel de Azufre bajó la voz, consciente de su error, cuando vio a Barba de Pizarra durmiendo—: ¡Como si todas las setas de este maldito bosque les pertenecieran! —masculló mientras depositaba la cesta que sujetaba en las patas marrones—. ¿Por qué? ¿Porque ellas mismas tienen aspecto de champiñones andantes? ¿Quién ha dicho nunca que necesitamos setas con brazos y piernas? ¡Tendrían que estar contentas de que no las devore!



Barba de Pizarra abrió los ojos dorados y emitió un gruñido divertido.

—Piel de Azufre —musitó—. Estoy seguro de que incluso en el País de la Luna una voz de duende me despertará por las mañanas.

—¡Oh, sí, no se puede escapar de ellas en ninguna parte!

El hombrecillo que salió del bolsillo de la chaqueta de Ben, frotándose los ojos soñolientos, respondía al nombre de Pata de Mosca. Era un homúnculo, probablemente el último del mundo desde que un monstruo llamado Ortiga Abrasadora hubiese devorado a sus once hermanos. El mismo alquimista que había creado a Ortiga Abrasadora era también el creador de Pata de Mosca, también la única especie de padre que, a su pesar, Pata de Mosca conocía. No es fácil ser una criatura artificial, aun cuando se tenga la suerte de contar con seres tan extraordinarios como dragones y duendes entre sus amigos.

—¿He de suponer que has vuelto a pelear con las setillas? —le preguntó de forma sarcástica a Piel de Azufre, mientras trepaba al brazo de Ben y tomaba asiento en el hombro del chico.

—¿Y qué más da? —jadeó la duende—. ¡Setillas! ¡Geniecillos de la mostaza! ¡Enanos de Odín! ¡Hombres erizo! ¡Todos esos pequeñajos nos sacan de quicio a los duendes! Deberías hablar alguna vez con tus padres —le dijo a Ben—. ¿Por qué no

dictáis una norma de tamaño? Algo tipo: MÍMAMEIÐR solo acepta seres fabulosos que tengan al menos la estatura de un perro. ¡Todos los demás deberían quedarse donde están!



—¿Ah, sí? ¿Significa eso que también me quieres privar a mí del derecho de residencia? —preguntó irritado Pata de Mosca.

El homúnculo había necesitado mucho tiempo para hacerse amigo de la duende, incluso tras dos años de amistad encontraba el humor de Piel de Azufre a ratos muy agotador. A Ben le gustaba consolar a Pata de Mosca diciéndole que los señores de las aguas y los leprechauns eran aún más cascarrabias, aunque el primer encuentro de Ben con Piel de Azufre no había sido precisamente perfecto. Un duende no deja que nada ni nadie se interponga entre su dragón y él, y Piel de Azufre había contemplado con desconfianza y celos al chico que se había ganado tan rápido el corazón de Lung.

—¡Está bien, está bien! —masculló ella mientras se arrodillaba delante de Barba de Pizarra—. Te gusta tener siempre la última palabra. ¿Todos los homúnculos son como tú? Supongo que nunca lo sabremos, teniendo en cuenta que solo queda uno.

Metió la mano en su cesta, repleta hasta los bordes, y sacó una seta, blanca como la leche y esponjosa.

—¡Esto de aquí es una exquisitez única! La busqué durante más de dos horas y tuve que sacudirme de las piernas a una docena de setillas para cogerla. ¡Los duendes comen una al día cuando su piel se vuelve de color gris, así que sin duda también le sentará bien al dragón! Lo sé, lo sé, lo que más os gusta es la luz de la luna. Pero hasta el propio Lung hace una excepción a veces cuando le llevo flores o bayas especialmente apetitosas. ¡No creo que sean fáciles de encontrar en el Himalaya! —añadió con una mirada llena de reproches en dirección a Lung.

Después dejó la seta entre las zarpas de Barba de Pizarra como una dolorosa ofrenda. Cualquiera que sepa algo sobre duendes escoceses de las montañas puede saber, por ese regalo, el gran cariño que Piel de Azufre profesaba al anciano dragón. Solo hay algo que los duendes quieren tanto como a los dragones a los que siguen: setas, no importa si son pequeñas o grandes, firmes o blandas. Piel de Azufre podía pasarse horas describiendo el color, la forma y el sabor de su variedad preferida.

Barba de Pizarra, por supuesto, sabía todo eso. Había tenido tres compañeros duende en su larga vida. Todos ellos lo habían precedido al País de la Luna, y él los extrañaba mucho. Por ello se sentía aún más feliz si cabe no solo de que Lung hubiese realizado el largo viaje para despedirse de él, sino también Piel de Azufre.

—Qué gesto tan sumamente generoso, mi querida Piel de Azufre —dijo mientras agachaba la cabeza frente a ella—. ¡Siempre fuiste la buscadora de setas más talentosa de entre todos los duendes que conozco! Permíteme que deje tu obsequio para la cena.

—Y yo he de tener unas palabras con las setillas —dijo Ben.

Se había ofrecido voluntario para cuidar de todos los geniecillos en MÍMAMEIÐR (y entre ellos había que contar a las setillas). Una decisión poco sensata, como había quedado demostrado. Guinever, la hermana adoptiva de Ben, se había hecho cargo de las criaturas de las aguas —una elección por la que Ben ahora la envidiaba—. Ni siquiera los fossegrimms, los señores de las aguas noruegos que tocaban el violín, de los que había algunos en MÍMAMEIÐR, rivalizaban en agresividad con los geniecillos.

Pero cuando Ben salió de la cueva de Barba de Pizarra para dirigirse a las guaridas de las setillas, un cuervo ceniciento salió volando de entre los árboles y aterrizó frente a él sobre la hierba húmeda por el rocío. Los cuervos cenicientos debían su nombre no solo a su plumaje de color gris, sino también a su capacidad de volverse invisibles.

—¡Nivel de alarma roja! —graznó el cuervo—. ¡Central de mando! ¡De inmediato!

Los cuervos cenicientos sienten predilección por el vocabulario militar y por las manifestaciones que suenan trascendentales y enigmáticas. Pero también son unos emisarios de primera clase y unos portadores de noticias muy formales. El hecho de que aquella hubiese sonado muy favorable, hizo que Ben y Pata de Mosca intercambiaran una mirada de preocupación.

Solo las malas noticias alegraban a los cuervos cenicientos.





2 Una llamada de Grecia

La naturaleza me parece la mayor fuente de inspiración y de belleza visual, la mayor fuente de interés intelectual.

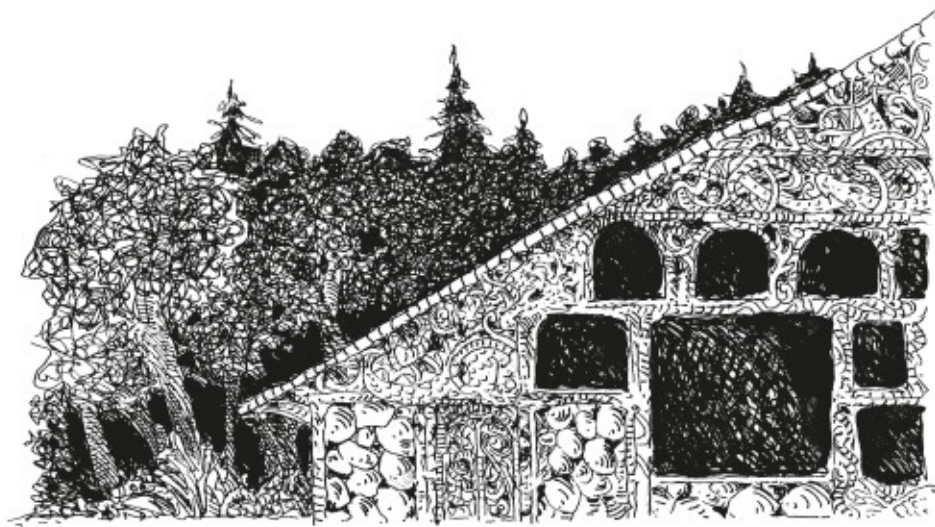
Es la fuente más importante, de otras tantas, que hacen que la vida merezca la pena.

SIR DAVID ATTENBOROUGH



Pocos edificios en este mundo pueden volverse invisibles. Pero el edificio principal de MÍMAMEIÐR se funde de un modo tan perfecto con el bosque, la tierra y el cielo que la mayoría de los visitantes no reparan en él hasta encontrarse delante. Ben cada vez tenía la sensación de acercarse a un ser vivo de madera, piedra y cristal, al que le resultaba muy divertido ocultarse. Y quién sabe, quizá el edificio estuviese realmente vivo. Después de todo, lo había construido un trol de los fiordos.

Su nombre era Hothbrodd y todos los edificios de MÍMAMEIÐR los habían construido según sus instrucciones. La mayoría de las veces Hothbrodd cortaba las tablas y las vigas con sus propias manos, y pasaba semanas embelleciendo las fachadas de sus obras con tallas artísticas. Aquella temprana mañana limpiaba los adornos que había sobre la puerta de la entrada con un cuchillo que era una imagen aún más aterradora que él mismo. El dragón tallado que trepaba sobre uno de los balcones era un retrato muy logrado de Lung, pero también había pulpos gigantes, centauros y fossegrimms tocando el violín en la fachada. Hothbrodd era capaz de tallar cualquier criatura de este planeta.



—¡Malditos cuervos cenicientos! —increpó el trol cuando Ben se detuvo a su lado con Pata de Mosca—. ¡Algún día les retorceré sus cuellos grises si no dejan de cagar sobre mis tallas!

Hothbrodd sobrepasaba incluso a los humanos adultos en casi un metro, pero Ben ya se había acostumbrado a la estatura del trol. A fin de cuentas era amigo de un dragón. La piel de Hothbrodd era de color verde grisáceo y rugosa como la corteza de una encina; Ben había aprendido con él que los troles, contradiciendo todas las historias que se contaban sobre ellos, no solo eran muy fuertes, sino también muy astutos. «¡Los troles de los fiordos!», habría añadido Hothbrodd. «Los troles de las montañas son tan estúpidos como se cuenta». No tenía una mejor opinión de los humanos. Hothbrodd prefería charlar con pinos, hayas y encinas (aun cuando hacía una excepción con los Wiesengrund), y las cosas que esculpía en su madera le hacían a uno creer en la magia. Comoquiera que se explicase su arte, había que agradecer a Hothbrodd que los edificios de MÍMAMEIÐR fuesen tan extraordinarios como sus habitantes, y aquello se aplicaba especialmente al edificio principal. Los muros exteriores, en muchos puntos, eran de cristal, y el cuchillo de Hothbrodd había cubierto las vigas y los puntales que enmarcaban las cristaleras con tantos dibujos entrelazados que Ben encontraba siempre nuevas criaturas en ellas.

Sí, con seguridad no existía en ningún otro lugar del mundo un edificio más mágico que aquel.

Ben recordaba la casa en la que había nacido con la misma vaguedad que a sus padres. Poco después de su tercer cumpleaños, ambos habían perdido la vida en un accidente de coche, y Ben había pasado los siguientes siete años en una institución a la que los niños que vivían en ella seguramente nunca hubiesen definido como hogar. Bajo su techo, esa palabra se pronunciaba tan poco como las palabras «padre» o «madre». ¿Por qué hablar de algo que no se tenía y que se anhelaba tanto que, solo de pensar en ello, uno sentía náuseas? Los padres y las madres, en la infancia de Ben, eran criaturas tan irreales como el dragón que se había encontrado con once años. En algún momento, unos padres adoptivos lo habían acogido, pero habían sido aún

peores que el centro, y Ben había huido... Desde ese instante no se había vuelto a permitir soñar con una familia. Hasta que se había encontrado con los Wiesengrund. Tal vez había que enterrar los sueños para que se hicieran realidad.

Los padres adoptivos de Ben, como les gustaba hacerse llamar a Barnabas y a Vita Wiesengrund, habían consagrado su vida a la misión de proteger a las criaturas más extrañas de este mundo de la codicia y la curiosidad humanas. Aquello no te hacía rico. Cuando Ben se mudó con los Wiesengrund, vivieron en una casa diminuta al nordeste de Inglaterra, en la que Ben compartió habitación con su nueva hermana Guinever, seis hobs roncadores (como se denominan a los duendes en Inglaterra) y varias hadas de la hierba, a las que el cortacésped del vecino estuvo a punto de causar una fatalidad. Pero entonces, un día apareció una caja de puros con diez impecables piedras preciosas en el umbral de la puerta, obsequio de algunos enanos de las rocas agradecidos, cuyo pueblo habían evacuado los Wiesengrund antes de que lo hiciesen saltar por los aires para construir una calle nueva. Y los padres adoptivos de Ben pudieron por fin realizar su sueño de construir un refugio para los seres fabulosos. Que construyeran MÍMAMEIÐR no en Inglaterra sino en Noruega se debe, en parte, a que sus fantásticos huéspedes pasaban más fácilmente inadvertidos en sus solitarios bosques... y a que los antepasados de Barnabas procedían de allí.

Ben observó que Hothbrodd no era el único que ya estaba despierto cuando se detuvo junto al trol. Una docena de hijos de nisses estaba sentada a sus pies en actitud devota, admirando la destreza con la que Hothbrodd manejaba la gigantesca navaja. Estaba constantemente rodeado de hijos de nisses y de geniecillos —una visión inquietante, teniendo en cuenta las descomunales botas del trol—, pero ninguno de los pequeñajos había sufrido daño hasta ese momento.

—Oye, Hothbrodd —dijo Ben, mientras Pata de Mosca ocultaba educadamente un bostezo tras la mano—, ¿sabes qué ha pasado? El cuervo ceniciento que nos ha gritado tenía un aspecto sospechosamente alegre.

Hothbrodd frunció la frente y raspó el excremento de cuervo de la nariz de un geniecillo tallado.

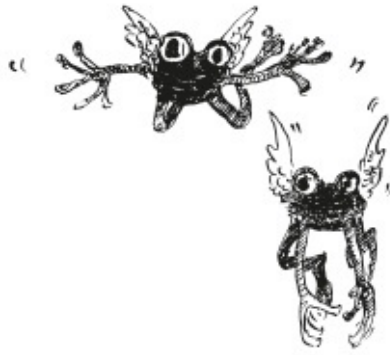
—Alguna noticia de Grecia —refunfuñó—. Y sí, creo que era bastante mala.

Ben intercambió una mirada de preocupación con Pata de Mosca. Grecia... Vita y Barnabas habían encontrado allí, hacía escasamente un año, en el valle de una montaña, una pareja de pegasos. Vita había partido hacía unos días con Guinever para comprobar que estaban bien.

Ben le entregó sus botas fangosas al leprechaun que vivía en el armario que había detrás de la puerta de la entrada y entró en la casa que amaba más que cualquier otra en el mundo.



Los retratos y las fotos que colgaban de las paredes del vestíbulo mostraban amigos y compañeros de armas de los Wiesengrund. Algunos tenían a seres fabulosos entre sus antepasados, aun cuando a menudo no se les notaba. Orejas sospechosamente afiladas, un rabo de vaca, membranas entre los dedos de los pies... Todo eso era fácil de ocultar. Hasta un rastro de pelaje en la cara podía pasar por una incómoda barba tupida. El pico del profesor Buceros y las branquias del doctor Eel resultaban más difíciles de explicar..., por lo que ambos solo se dejaban ver en el círculo más íntimo de FREEFAB. (Ben y Guinever le habían puesto ese nombre a la organización de sus padres. Vita y Barnabas preferían hablar de «protectores»). Debajo de las fotos del doctor Eel, en una cama para perros, dormía una familia de cerdos watobi voladores, que un amigo de los Wiesengrund había salvado de unos cazadores furtivos en el Congo. Debajo del armario sobresalía la escamosa cola de un fotomaleón y, desde lo alto de la araña que colgaba del techo, dos ranas plumadas miraban a Ben. ¿Cómo podría no amarse MÍMAMEIÐR?



«Central de mando». Barnabas Wiesengrund no era amigo del nombre que los cuervos cenicientos habían puesto a su biblioteca..., aunque se mereciese la expresión con creces. La biblioteca era el espacio más amplio de la casa y, como correspondía a una biblioteca, dos paredes estaban repletas de libros hasta el techo. El muro exterior, sin embargo, era de cristal, lo que producía la sensación de que los libros estaban entre los árboles. En invierno, a través de sus coronas peladas podía verse el fiordo cercano, pero esa mañana lluviosa de mayo las ramas estaban cuajadas de hombres corneja y de tomtes, que construían sus casas entre los nidos de los escribanos y los mosquiteros.

La sonrisa con la que Barnabas saludó a Ben era cálida, como siempre, pero este leyó en su rostro que algo verdaderamente terrible había pasado.

De la cuarta pared de la biblioteca colgaba una docena de pantallas, en las que protectores de seres fabulosos de todo el mundo informaban sobre las criaturas que se habían puesto bajo la protección de los Wiesengrund. Todas estaban apagadas salvo una, que mostraba a Guinever en el remoto valle griego en el que sus padres habían encontrado a los dos pegasos. La imagen y la nitidez eran tan malos que Ben volvió a desear que Barnabas invirtiese una de las piedras preciosas, que habían sobrado de la donación de los enanos de las rocas, en nuevos ordenadores y cámaras. Pero Barnabas señalaba una y otra vez la necesidad, dada la gran cantidad de refugiados que llegaba a MÍMAMEIÐR, de cuidar de la casa con el regalo de los enanos. Aun así —«baba de rana y caca de pájaro», como Hothbrodd hubiera proferido—, ¡la imagen era tan mala que Guinever parecía encontrarse en otro planeta! Lo que dijo, en todo caso, ahuyentó cualquier pensamiento de cámaras mejores y le recordó a Ben que había preocupaciones mucho más importantes.



—Suponemos que fue una víbora cornuda. ¡Es terrible, papá! Quizá Synnefo pisó sin querer el nido de la serpiente. ¡El veneno ha actuado más deprisa que en humanos! ¡Ànemos está fuera de sí!

Ben lanzó una mirada a Barnabas. Synnefo era la yegua pegaso. Ànemos era el macho. Los dos eran presuntamente los últimos representantes de su especie, y todos en MÍMAMEIÐR recordaban con emoción cuando Lola Rabogrís, su mejor exploradora (y la única rata voladora de este mundo), había regresado de Grecia con fotos de un nido y de tres huevos de Pegaso recién puestos.

Hothbrodd cruzó la puerta y miró con gesto de preocupación a la pantalla en la que ahora también aparecía Vita. Ben no llamaba «mamá» a Vita Wiesengrund, ni tampoco a «papá» Barnabas, aunque los quería mucho. Los dos significaban mucho más: eran amigos, maestros, protectores.

Ben había visto pocas veces a Vita tan triste. Sus ojos estaban llorosos como los de Guinever, y Vita no era de lágrima fácil.

—¡No conseguimos que Ànemos coma, Barnabas! —dijo Vita—. ¡Está medio loco de la desesperación! Y él sabe, al igual que nosotros, que, además, ahora podría perder también a sus hijos. No será fácil mantener la temperatura de los huevos en la primavera noruega, pero creo que solo habrá esperanza para los potros si nos llevamos el nido y a Ànemos hasta MÍMAMEIÐR. Guinever es de la misma opinión.

Esta asintió con la cabeza, corroborando. Mucha gente reaccionaba con sorpresa ante la importancia que los Wiesengrund concedían a la opinión de sus hijos. «¿Sorpriente, no?», había comentado una vez Barnabas. «Como si no fuera evidente que la edad raras veces dice algo del conocimiento de una persona. Creo, de hecho, que la estupidez y la estrechez de miras se multiplican con cada cumpleaños».

Los Wiesengrund concedían tanto valor a colaborar con sus hijos que Ben y Guinever recibían clases en casa. Y tenían unos profesores maravillosos: Pata de Mosca les enseñaba historia y lenguas antiguas (esenciales si se trataba con criaturas que podían tener fácilmente miles de años); la doctora Phoebe Humboldt, su profesora de historia de los seres fabulosos, había pasado cuatro años en un barco hundido cerca de la costa de Liguria para estudiar a las ninfas y a los señores de las aguas. Las clases de geografía se las impartía Gilbert Rabogrís, una rata blanca macho que Barnabas había seducido desde la ciudad almacén de Hamburgo hasta

MÍMAMEIÐR para hacer mapas que dejaran constancia de los lugares que conocían de todos los seres fabulosos. Uno de los pocos profesores humanos de Ben, James Spotiswode, intentó enseñarles matemáticas, biología y física —una tarea tan difícil como convencer a los lobos de que no se comiesen a los geniecillos—, pero dado que el profesor Spotiswode recompensaba cada problema de ciencias naturales con lecciones de robótica y telepatía, tenía unos alumnos muy aplicados. En resumen, ambos aprendían lo que necesitaban para la misión a la que, al igual que sus padres, querían dedicar sus vidas: proteger a todas las criaturas que, sin su ayuda, tal vez pronto se encontrarían tan solo en los cuentos de hadas.

—Mantener en calor el establo no es problema. —Hothbrodd sacó un trozo de madera del bolsillo y comenzó a tallar un lagarto—. Las belloterías lanares pueden recubrir el nido y las paredes del establo.

Barnabas asintió con la cabeza, aun cuando no pareciera demasiado convencido.

—Bien —dijo—, Hothbrodd preparará el establo y yo le pediré a Undset que esté aquí a vuestra llegada. Dudo que haya tratado a un pegaso, pero quizá pueda ayudar a mantener al menos a Ànemos con vida.

Undset era una joven veterinaria de Freyhammer, un pueblo vecino, que había tratado ya a numerosos habitantes de MÍMAMEIÐR. No había sido fácil encontrar a alguien en cuya discreción confiar. Muchos cazadores habrían pagado una fortuna por saber que en Noruega existía un lugar oculto en el que se podía encontrar presas tan escasas como caballos de las aguas y dragones. Pero Undset, cuyo nombre completo era Holly Undset, era una opositora tan fervorosa de las cacerías de lobos y osos que Barnabas la había invitado un día a MÍMAMEIÐR.

Cuando la pantalla en la que Vita y Guinever habían comunicado la mala noticia se oscureció por completo, un abatido silencio se cernió sobre la biblioteca. El propio Hothbrodd había dejado caer el cuchillo de tallar. En uno de los estantes había fotos de nidos de pegaso apoyadas en los lomos de los libros. Ben se acercó y observó los tres huevos plateados. Eran más pequeños que los huevos de gallina. Guinever había imaginado que los potros serían diminutos hasta que Vita le explicó que los huevos de Pegaso no permanecerían tan pequeños, sino que después de dos meses comenzarían a crecer.

—Podríamos calentar los huevos con mantas eléctricas —propuso Ben—. O en la incubadora que utilizamos para la puesta abandonada de ganso bravo.

Pero Barnabas negó con la cabeza.

—Eso podría ser arriesgado. No solo porque, como sabes, la tecnología falle a menudo en presencia de seres fabulosos. Los huevos de algunas especies aladas se rompen al entrar en contacto con materia plástica o de metal. Un riesgo que no podemos asumir. Pata de Mosca, tú has ayudado a crear esta biblioteca de forma decisiva y, al contrario que nosotros, has leído cada uno de los libros. ¿Nos puedes ayudar?

El homúnculo se sintió visiblemente adulado.

—Creo recordar que poseemos el facsímil de un manuscrito italiano en el que, entre otras cosas, se habla también de huevos de Pegaso —dijo mientras recorría con la mirada los estantes—. ¿Dónde estaba? Un momento. Ah, sí.

Trepó con agilidad por el brazo de Ben y mantuvo el equilibrio sobre el respaldo de sillas y mesas hasta llegar delante de su ordenador, apenas del tamaño de una cajita de cerillas. Ben lo había construido junto al profesor Spotiswode para Pata de Mosca. El homúnculo había aprendido a teclear tan rápido como todo lo que se le enseñaba, e incluso había desarrollado su propio *software*, que nadie excepto él entendía.

—Ah, sí. Aquí está. Huevos de pegaso, particularidades: véase manuscrito alquimista italiano, siglo diecisiete. Página veintisiete. Línea dieciséis.

Pata de Mosca bajó la tapa del ordenador y trepó con gran habilidad a uno de los elevados estantes de libros, haciendo honor a su nombre. El homúnculo adoraba su ordenador cajita de cerillas. Llevaba un diario, en él anotaba cada recién llegado fantástico a MÍMAMEIÐR junto a su descripción, origen y alimentos preferidos en infinitos archivos de datos, y pasaba horas guardando en su memoria cualquier nueva información sobre seres fabulosos y otras criaturas extrañas. Pero su gran pasión seguía siendo los libros. El rostro de nariz afilada de Pata de Mosca se transfiguraba con entusiasmo infantil cuando pasaba las hojas impresas, y, cuanto más viejas, con más devoción pasaba el papel y el pergamino. Ben se había sorprendido sintiendo inquietud por si el homúnculo acababa aplastado un día por uno de los pesados mamotretos que sacaba de los estantes. El libro que esa vez sacó también arrastrando, después de una breve búsqueda entre otros, era mucho más grande que él mismo.

—¿Puedo ayudarte, querido Pata de Mosca?



Era evidente que Barnabas compartía la preocupación de Ben.

Levantó el libro y al homúnculo del estante, y los dejó sobre un pupitre bajo el que vivía un hobgoblin que, en opinión de Ben, tocaba con demasiada frecuencia y de manera desafinada su arpa de boca.

—Un poco de paciencia... Casi lo tengo... —Pata de Mosca pasaba las hojas de

pergamino con tanta delicadeza como si fueran a deshacerse en polvo entre sus diminutos dedos—. Veinticinco, veintiséis... ¡Sí! ¡Aquí lo tengo! Está en italiano antiguo, haré una traducción moderna... —Carraspeó, como siempre que se disponía a exponer algo en voz alta—: El huevo del caballo alado, *Pegasus unicus*, forma parte de las mayores maravillas de este mundo. Su cascarón, al principio plateado, se vuelve progresivamente transparente mientras el potro crece hasta semejar el más valioso cristal. No obstante, rivaliza en dureza con los diamantes. La propiedad más maravillosa no se manifiesta, sin embargo, hasta que el potro alcanza la edad de seis semanas y es tan grande que el cascarón constriñe su crecimiento. Aunque... —Pata de Mosca alzó la cabeza e intercambió una mirada de alarma con Ben y Barnabas—. Aunque —continuó leyendo— solo la saliva de la madre produce ese efecto. Si ella se lastimase, el huevo no crecería y el potro se asfixiaría en el cascarón irrompible.

Hothbrodd clavó su cuchillo de tallar tan profundamente en el pupitre, bajo el que se encontraba el hobgoblin, que el arpa de boca se le cayó de los peludos dedos de la mano. Había comenzado a llover. Barnabas se acercó a la pared de cristal, donde una docena de caracoles de cristal lamían las gotas que corrían, y miró hacia fuera.

—Hothbrodd, ¿puedes enviar un cuervo ceniciento a Undset para que esté al corriente y que se prepare para estar aquí cuando el pegaso llegue?

El trol asintió en silencio y desapareció con pasos pesados afuera.

El último pegaso en MÍMAMEIÐR... Ben estaba muy contento de que pudieran confiar en Undset. No se atrevía a imaginar lo que sucedería si el mundo se enteraba de la existencia de un caballo alado. En una época anterior, Barnabas había reconocido abiertamente creer en la existencia de seres fabulosos. Ahora los Wiesengrund estaban convencidos de que la única oportunidad de que aquellas criaturas sobreviviesen era mantener en secreto su existencia —mantenerla en secreto y entre una red de iniciados en la que no era fácil ser admitido—. Ahora pertenecían a FREEFAB no solo protectores de pulpos gigantes, esfinges y enanos de las rocas, sino también muchos hombres y mujeres que se convertían en intercesores de otras criaturas amenazadas —ya fuesen gorilas, focas grises, linceos, tortugas marinas o alguno de los numerosos animales maravillosos que estaban en peligro de extinción—.

Hothbrodd regresó. El trol tuvo que agacharse de modo perceptible para cruzar la puerta. Cuando Pata de Mosca le había preguntado una vez por qué los marcos de la puerta habían sido contruidos a la medida de los humanos a pesar de que los habitantes fueran tan distintos, el trol se había limitado a rezongar: «A la medida de los humanos no, homúnculo. Han sido contruidos para Barnabas». Guinever sospechaba que Hothbrodd le debía la vida a su padre, pero ninguno de los dos se dejaba sonsacar cómo exactamente se habían encontrado el uno al otro.

—¿Alguna idea sobre cómo haremos que los huevos crezcan sin la yegua, Barnabas?

El trol expresaba a menudo lo que todos se limitaban a pensar. Barnabas

apreciaba mucho esa virtud.

—No tengo la menor idea, Hothbrodd —murmuró mientras miraba fijamente la lluvia—. Y podemos darnos con un canto en los dientes si la preocupación no se lleva también al macho. Confieso que no sé bien qué hacer. Pero... —volvió la cabeza hacia las pantallas que miraban como ojos soñolientos desde la pared—, ¿para qué están los amigos?





3 Los protectores

*De cualquier travesura que pasa,
no solo son culpables los que las hacen,
sino también los que no las impiden.*

ERICH KÄSTNER, *El aula voladora*

Unas horas más tarde, un grupo de rostros preocupados observaba desde las pantallas de MÍMAMEIÐR. Ben los conocía y los admiraba a todos.

Allí estaba Jacques Maupassant, especialista en fantásticas criaturas de las aguas (lo que naturalmente incluía ballenas, delfines y corales).

Sir David Atticsborough, uno de los más prestigiosos documentalistas del mundo, asesoraba a FREEFAB en el rodaje de vídeos que seducían a cazadores y traficantes de animales hacia rastros y lugares falsos. November Tan organizaba patrullas de protección contra cazadores furtivos en todo el mundo e investigaba para FREEFAB los hábitos alimenticios de los seres fabulosos. Inua Ellams, el mundialmente conocido intercesor de los pájaros africanos, era el especialista de FREEFAB en seres fabulosos alados. Maisie Richardson había rendido grandes servicios a la protección de las hadas de la hierba y de los helechos, y Jane Gridall no solo podía charlar sin esfuerzo con todos los primates, sino que también era la inventora de un lenguaje de signos que posibilitaba la comunicación con casi cualquier especie del planeta.

Pronto se abrió un vehemente debate sobre cómo podían salvar a los potros. Maupassant propuso frotar los huevos con saliva de dragón cuando los potros fueran demasiado grandes para sus cascarones —todos los miembros de FREEFAB sabían que Barnabas Wiesengrund mantenía muy buenas relaciones con los dragones—. November Tan preguntó si había ensayos con saliva de caballos marinos. Maisie Richardson se ofreció a pedir a las hadas que había en su jardín que los hicieran crecer. Jane Gridall contó sus experiencias con polluelos de avestruces elefantes que habían salido prematuramente del huevo, e Inua Ellams sugirió fortalecer a los potros mediante el canto de un pájaro del Cielo Sanador (que él imitaba de una forma muy convincente).

Barnabas asintió a todo con interés, pero Ben vio que los surcos de su rostro eran cada vez más profundos.

—Apreciados colegas y amigos —dijo al final—. Os lo agradezco mucho, naturalmente, y en especial en nombre del desesperado padre. Os doy mi palabra de que meditaremos todas las propuestas. Tenemos un pájaro del Cielo como huésped, e incluso hay dragones disponibles, pero su saliva es tan abrasadora que desaconseja la propuesta. Será imposible, me temo, romper los cascarones antes de que los potros alcancen la edad para salir del huevo. No, tenemos que encontrar algo distinto que haga que los huevos crezcan. Pero ¿qué? —Barnabas exhaló un suspiro que hizo salir a una docena de nises de entre los libros—. ¿Y cómo lo vamos a descubrir en menos de dos semanas? Una cosa es evidente: si no lo conseguimos, perderemos los últimos potros de pegaso de este mundo. Lo que probablemente signifique el fin de la especie.

—¡Pero eso sería una catástrofe, Barnabas! —exclamó Inua Ellams.

—¡Una pérdida de envergadura épica para este planeta! —replicó *sir* David.

Los gritos se mezclaron hasta que un coro incomprensible de voces inundó la biblioteca. Un silbido estridente hizo enmudecer de golpe el griterío. Provenía de una pantalla que había permanecido apagada hasta ese momento. El nuevo recién llegado era claramente un miembro FREEFAB no humano. Sus gafas reposaban sobre un hocico colosal, que enderezó con un ala de plumas negras.

—Disculpa el retraso, Barnabas —graznó Sutan Buceros, un pájaro rinoceronte de considerable tamaño y edad legendaria que ya había asesorado a menudo a los Wiesengrund en la protección de seres fabulosos del sudeste de Asia.

Barnabas calculaba que Sutan tenía unos seiscientos veinte años. El graznido del pájaro rinoceronte hacía que Ben creyese la veracidad de esa afirmación.

—Mi asistente me ha informado del problema —prosiguió Buceros—. ¿Han propuesto ya salvar los huevos de Pegaso con las plumas doradas de un grifo? Después de todo, los cañones de sus plumas contienen una sustancia que hace crecer incluso el metal y la piedra.

El silencio que siguió a las palabras de Buceros fue tan absoluto que Ben cruzó una mirada de sorpresa con Pata de Mosca. No solo descubrió rechazo en los rostros que miraban desde las pantallas, sino también una sombra de temor. El único rostro que se había serenado era el de Barnabas.

—No, aún no teníamos esa propuesta, Sutan —dijo—. Muy interesante. ¡Qué vergüenza que no se me hubiese ocurrido a mí! ¡Esa, de hecho, podría ser la solución!

—¡Pero Barnabas! —gritó Jane Gridall—. Los grifos no son precisamente conocidos por su disposición a ayudar. Todo lo contrario. ¡Desprecian a todas las demás criaturas! Para un grifo cualquier ser vivo es una presa. Con nosotros, los humanos, trabaron amistad en otro tiempo porque pensamos de forma parecida, pero ¡de eso hace ya más de mil años! ¿No declararon la guerra a todos los humanos después de alguna batalla y están en paradero desconocido desde entonces?

—Una reacción, como todos sabemos, absolutamente fundamentada en las dos grandes A de la especie humana —comentó Sutan Buceros.

Ben miró a Barnabas con ademán interrogante.

—Avaricia y aires de grandeza —le susurró a Ben.

—Sí, todos los aquí reunidos somos tristemente conscientes de las dos grandes A, Sutan —dijo Barnabas en voz alta—. Creo poder decir que ya todos las hemos experimentado. Pero ¡en este caso no se trata de humanos, sino de la supervivencia de los últimos caballos alados!

—Pues me temo que eso precisamente agudiza el problema, Barnabas. —La voz de Inua Ellams sonaba siempre como si cantase las palabras con su timbre de oscuro terciopelo—. ¡Según tengo entendido, los grifos consideran a los caballos aún más despreciables e inútiles que cualquier otro ser vivo! Las alas no marcan la diferencia.

Las cabezas que había en las pantallas asintieron corroborando, visiblemente aliviadas. Ben no sabía mucho de grifos, pero hacía unos años un pájaro gigante llamado Rock estuvo a punto de darlo como pienso a su polluelo. Si Ben no recordaba mal, los grifos no solo tenían un pico que inspiraba un temor parecido, sino también las zarpas de un león y, por si eso no fuera suficiente, una serpiente venenosa de cola.

—He buscado durante más de veinte años un pegaso —dijo Barnabas—. Todos esos años con el miedo de que ya no existiesen, como muchas otras criaturas maravillosas. Y ahora, cuando incluso existe la esperanza de que haya descendencia, ¿debo renunciar? ¡Imposible! ¡No me quedaré mirando de brazos cruzados cómo esas criaturas que traen la felicidad desaparecen de mi mundo y del de mis hijos! ¡Aunque eso signifique tener que pedir ayuda a un ser fabuloso que se siente orgulloso de su crueldad y de su destreza al matar!

La discusión que comenzó entonces podía durar, como Ben sabía por experiencia, muchas horas. En algún momento, Barnabas lo apartó a un lado y le rogó que informara a Lung de la inminente llegada del pegaso.

—¡Pero ni una palabra sobre la idea de Sutan! —le dijo al oído a Ben mientras a su espalda gritaban si un grifo se animaría a cambiar una pluma dorada por oro—. ¡Lung no debe enterarse de que tal vez vayamos en busca de un grifo! Inua tiene razón, desprecian a los caballos y a sus parientes con fervor. Pero existe un único ser vivo en este planeta al que consideran rival y enemigo mortal, y esos son...

—Los dragones —Ben acabó la frase de Barnabas.

—¡Exacto! Sabes, igual que yo, que Lung nos ofrecerá su ayuda si se entera del plan, ¡pero lo expondría a un gran peligro!

Ben asintió. Aun cuando sabía lo mucho que le costaría mentir a Lung.

—Pero ¿y qué le digo? —susurró—. ¡Si partimos delante de él nos preguntará que adónde volamos!

Barnabas frunció la frente.

—¿Por qué no le dices simplemente que vamos a buscar la pluma de un fénix?

¡Eso no es peligroso y creerá que no necesitamos su ayuda!

¿Lo creería? Lung lo conocía demasiado bien...

Pata de Mosca habría explicado la mentira sobre el fénix con unas palabras de verdad convincentes. («¡Por supuesto!», habría comentado Piel de Azufre de forma sarcástica. «¡Después de todo, fue un traidor y un espía una vez!»). Pero el homúnculo se quedó con Barnabas para apuntar, como de costumbre, la discusión en uno de sus libros de notas. Ben lo echó mucho de menos mientras se preparó una docena de veces la historia de camino a la cueva de Barba de Pizarra. Sea como fuere, Barnabas tenía razón. Lung no se dejaría disuadir de ayudarlos en la búsqueda, y los grifos parecían muy atroces... Ben tenía que reconocer que ahora sentía una gran curiosidad por ellos.





4 No toda la verdad

Creo en hadas, mitos y dragones. Todo eso existe, aunque sea solo en tu cabeza. ¿Quién puede decir que los sueños y las pesadillas no son tan reales como el aquí y ahora?

JOHN LENNON



Cuando Ben llegó a la cueva de Barba de Pizarra, allí no había más que unos enanos de Odín que se habían hecho amigos de Barba de Pizarra porque eran casi tan ancianos como él. Le contaron a Ben que Lung había bajado al fiordo.

Incluso las criaturas fabulosas de mayor tamaño tienen un talento impresionante para volverse invisibles a los ojos humanos. Quizá sea esa la diferencia más evidente con los animales comunes. Pero los ojos de Ben estaban entrenados para distinguirlos incluso en los bosques más densos y en las cuevas más oscuras, y la silueta que buscaba con la vista le resultaba más familiar que cualquier otra. Encontró a Lung en la orilla del fiordo, en un punto tan escarpado que las coníferas que lo bordeaban se inclinaban sobre el agua. Después de todos esos años, a Ben le seguía pareciendo un milagro la tranquilidad con la que el dragón podía estar allí tumbado..., tan unido al mundo que lo rodeaba que la mayoría de los humanos no sospechaba de su existencia.

La presencia de Lung atraía hacia MÍMAMEIÐR aún más criaturas fabulosas que de costumbre. Él y Barba de Pizarra hacían que acudiesen incluso las que no necesitaban de la protección de los Wiesengrund. El fiordo rebosaba de sjöras y señores de las aguas, y cuando Ben se arrodilló junto a Lung en la hierba, el sonido del violín de tres fossegrimms ascendió hasta ellos.

—¿Qué ha pasado? —El dragón inclinó el cuello hasta que su cabeza estuvo a la altura de los ojos de Ben—. Pareces preocupado.

Oh, sí, Lung lo conocía demasiado bien. Todos los meses que habían pasado en diferentes partes del mundo no habían cambiado eso en nada. ¿Cómo iba a mentirle? Sí. Podría hacerlo. Porque lo hacía para protegerlo. El dragón y su jinete... Había noches en las que la falta que Ben sentía de Lung casi no le dejaba dormir. Incluso en los magníficos días que pasaban juntos no podía olvidar del todo que la siguiente separación era inminente. «Ese es el precio de la amistad con una criatura que es tan distinta a ti», le había dicho una noche Barnabas a Ben cuando se lo había encontrado delante de la casa, mirando al este con nostalgia. «Tú siempre necesitarás a las personas y Lung siempre tendrá que ocultarse de ellas. Pero eso convierte vuestra amistad en algo aún máspreciado». Barnabas, seguramente, tenía razón, pero Ben encontraba difícil resignarse a no ver más a Lung..., aun cuando nunca se lo hubiera confesado al dragón. El vuelo de Nepal a Noruega era demasiado peligroso como para que se arriesgara sin un buen motivo.

—Barnabas me ha pedido que te cuente que recibiremos pronto una visita muy especial.

Ben se apoyó sobre el pecho plateado de Lung. Era tan maravilloso sentir su calor y su fuerza en la espalda.

El dragón guardó silencio mientras Ben relataba las malas noticias procedentes de Grecia.

—¡Estoy seguro de que Barnabas encontrará una solución! —dijo cuando Ben hubo acabado.

—Oh, sí. Iremos en busca de una pluma de fénix.

Ben se alegró de no tener que mirar a Lung a los ojos.

—¿Una pluma de fénix? Creía que incendiaban todo lo que tocaban.

—Oh, no, no. Esas no. Pata de Mosca ha leído en alguna parte que..., ejem..., que son muy buenas para los huevos de pegaso.

Cielos. Ben deseó que la tierra se lo tragase. Era un mentiroso tan malo.

Pero por suerte Lung estaba distraído pensando en Barba de Pizarra, que se deshacía lentamente en polvo de estrellas, y no percibió nada del malestar de su jinete.

—Bien —se limitó a decir—. Los fénix son criaturas altruistas. Seguro os ayudarán. Y me alegra encontrarme con un pegaso.

Cuando a sus espaldas se oyó un crujido, Lung rodeó a Ben de forma protectora con sus zarpas, pero solo era Piel de Azufre que salía de los árboles.

—¿Pegaso? ¿Qué es eso? ¿Devora duendes?

Si por Piel de Azufre hubiera sido, no habrían existido más que duendes y dragones en el mundo. Se limitaba a menear la cabeza sin comprender los esfuerzos de los Wiesengrund por salvar a todas las criaturas a las que los humanos les disputaban el derecho a vivir. Pero como Lung las ayudaba, Piel de Azufre también lo hacía. Naturalmente, había salido de nuevo a la caza de setas. Ben miraba con preocupación las tres bolsas repletas que llevaba sobre los peludos hombros.

Piel de Azufre reunía provisiones para el viaje.

Lung apoyó con suavidad el hocico sobre los hombros de Ben.

—Salimos en tres días. Barba de Pizarra dice que quiere despedirse antes de sentirse aún más débil. A los dragones les gusta mirar a los ojos a la muerte en soledad. ¡Al contrario que los duendes! —añadió en voz baja—. Toda compañía les parece poca cuando se despiden de este mundo.

Tres días. En tres días habría luna llena. Estaba claro. El mejor momento para volar para los dragones plateados.

—Resulta extraño pensar que Barba de Pizarra no estará aquí cuando os visite la próxima vez —dijo Lung—. Siempre ha estado aquí. Desde que tengo uso de razón. Era ya un dragón adulto cuando mi abuela era una niña. ¡Tanta vida! Supongo que en algún momento es suficiente. Creo que no puede esperar dejar más para este mundo.

Ben se limitó a asentir con la cabeza. Se avergonzaba de que las lágrimas que le brotaban no tuvieran nada que ver con Barba de Pizarra, sino con el hecho de que una vez más debía despedirse de Lung. ¿Lo haría algún día con el corazón más aliviado? ¿Sin esa sensación horrorosa de que perdía una parte de él?

Piel de Azufre, por supuesto, no se percató lo más mínimo de nada de aquello. Los duendes no son precisamente lo que se dice compasivos. Solo estaba ocupada en extender, delante de ellos, su botín en el suelo del bosque.



—¡Mirad! —dijo—. No está mal para una tarde, ¿verdad? ¡Tres rebozuelos, cuatro lenguas de gato, cuatro políporos ovinos, dos robellones, un boleto calabaza y un boleto anaranjado!

—¡MÍMAMEIÐR le gusta más que La Orilla del Cielo! —susurró Lung a Ben—. Las setas del Himalaya no la impresionaron en absoluto.

Piel de Azufre lanzó una mirada enfurecida al dragón.

—¿Y qué? ¿Me estás agradecido por la ofrenda que traigo? ¡No! Piel de Azufre, ¿por qué no te quedas en MÍMAMEIÐR? Piel de Azufre, me las arreglaré sin ti. ¡Bah!

Volvió a meter las setas en la bolsa con el mismo esmero con el que guardaba el

cristal.

—Los dragones necesitan a los duendes. ¡Así fue y seguirá siendo, *spiss giftslørsopp!* —Piel de Azufre había enriquecido su rico acopio de blasfemias con setas venenosas noruegas—. Aunque para ello tenga que vivir de hongos colmenillas. ¡De veras no logro entender por qué tus semejantes los consideran una exquisitez!

Los dragones necesitan a los duendes... Y los jinetes de dragón necesitan a los dragones, quiso añadir Ben.

Oh, odiaba cuando el corazón le dolía tanto. Pero se consoló pensando que se sentía mucho mejor que en la época en que no había tenido nadie a quien poder echar de menos.

—¿Qué piensas? —le murmuró Lung mientras Piel de Azufre arrancaba, con un grito de entusiasmo, una seta amarilla y pegajosa de la corteza de un pino—. ¿Vamos a ver si los draugen organizan una de sus carreras de caballos de las aguas?

Ben se subió al lomo de Lung antes de que Piel de Azufre hubiese guardado su nuevo botín.

—¡Si Barnabas o Pata de Mosca me buscan, diles que volveremos en unas horas! —le gritó Ben.

—¿Pata de Mosca? —Piel de Azufre lo miró desde abajo con la frente arrugada—. ¡*Psilocybe semilanceata!* —escupió, sacudiéndose una araña de su pelaje marrón—. ¡Debería agradecer que aún no le haya retorcido el fino pescuezo! ¿Sabes que les ha enseñado a los nisses mis mejores rincones de setas solo porque a sus hijos les gusta comer boletos comestibles? ¡Nisses! ¡Deberían hacer el favor de alimentarse de larvas de mosca y de mosquito!

—¡Piel de Azufre! —dijo Lung con severidad—. ¿Has olvidado que Pata de Mosca arriesgó su vida por nosotros?

—¿Quieres decir después de habernos traicionado?

Los duendes podían ser muy rencorosos. Piel de Azufre no olvidaría nunca que el homúnculo había servido una vez al mayor enemigo de su dragón, aun cuando Pata de Mosca los hubiese ayudado al final a vencerlo. Ortiga Abrasadora... Todo lo que era de oro le seguía recordando a Ben a ese dragón. El monstruo hecho por humanos que había matado a miles de dragones y que se había zampado a los once hermanos de Pata de Mosca. Los grifos no podían ser la mitad de malos, ¿no?

Lung salió de entre los árboles y extendió las alas. Ben se agarró a las púas del lomo cuando el dragón se elevó en el cielo. Sí, echaría de menos incluso a Piel de Azufre. Mucho, de hecho. El corazón era algo extraño. Mientras el dragón ascendía más alto, Ben tuvo la certeza por un instante de que le iba a reventar de felicidad. Pero sabía por experiencia que los corazones son sorprendentemente resistentes. A la felicidad y al dolor.





5 El único de su especie

Quieres saber quién fuiste, entonces mira quién eres. Quieres saber quién serás, entonces mira lo que haces.

BUDA (560-480 a. C.)

Cuando Ben regresó de su excursión con Lung, los demás ya estaban cenando. Pata de Mosca estaba sentado, como siempre, a una mesa pequeña que había junto al plato de Ben. Hothbrodd la había construido especialmente para el homúnculo, lo mismo que la silla diminuta en la que estaba sentado (y la casa que reposaba en la mesilla de noche de Ben). Barnabas conversaba con Tallemaya, su cocinera sueca, cuyo cabello, del color verde de los juncos, revelaba que su madre era una huldra. Ben no podía escuchar lo que hablaban, pero estaba seguro de que estaba relacionado con las provisiones para el viaje. Conocía la expresión del rostro de Barnabas. Estaba decidido. Irían en busca del grifo.

Hothbrodd le había proporcionado a la mesa del comedor de MÍMAMEIÐR las zarpas de un león, pero para Ben esa noche eran las patas traseras de un grifo. La mesa, como todo lo que el trol construía, podía crecer o encogerse a discreción... Una cualidad importante en MÍMAMEIÐR. Para desayunar solía ser lo bastante grande para los Wiesengrund y la mesa de Pata de Mosca (que reaccionaba de forma colérica si algún nisse o duende tomaba asiento en ella). Pero esa noche, además, cenaban sentados a ella doce duendes españoles, tres faunos de los bosques de Holsacia, tres primos trol de Hothbrodd y un albatros que había suministrado información a Gilbert Rabogrís para un plano. En la cocina se oía blasfemar más alto de la cuenta porque todos esos huéspedes tomaban, naturalmente, comidas muy diferentes. No resultaba una tarea fácil llevar a la mesa la comida correcta en MÍMAMEIÐR, pero Tallemaya tenía la ayuda de once nisses, dos mandras del fuego y un duende nepalí de seis brazos.

La atmósfera en la mesa era agitada, como de costumbre. Ninguno de los huéspedes parecía percatarse de la mirada preocupada del dueño de la casa, y Ben estaba demasiado inmerso en sus propios pensamientos para darse cuenta de lo

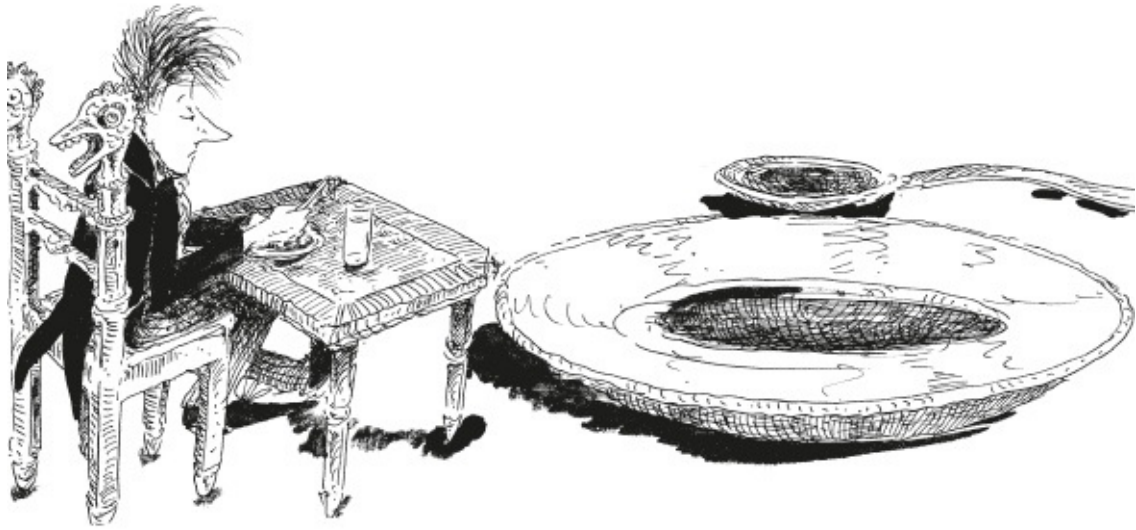
callado que estaba Pata de Mosca. Esa noche se cumplían trescientos cincuenta años del fatal día en que Ortiga Abrasadora se había zampado a sus once hermanos y, como siempre en ese aniversario, la nostalgia de Pata de Mosca hacia sus congéneres pesaba especialmente. Trescientos cincuenta años y seguía sin poder renunciar a la esperanza de que, en alguna parte del mundo, existiesen más homúnculos. Después de todo, en la Edad Media muchos alquimistas habían intentado crear vida artificial. Sin embargo, con cada siglo en soledad que transcurría, la esperanza de Pata de Mosca empequeñecía y palidecía como la llama de una vela. No era un destino fácil ser el único, y el homúnculo lo tenía más complicado que todos los demás porque era una criatura artificial. Por supuesto, ahora tenía a Ben y a los Wiesengrund. Pero Pata de Mosca no podía explicarles, ni siquiera a ellos, ciertas cosas. ¡A menudo no lo intentaba por temor a que lo que sentía y pensaba fuese igual de extraño que el modo en que había llegado al mundo! Ben y Barnabas sabían, naturalmente, lo mucho que anhelaba otro homúnculo. Una y otra vez enviaban exploradores FREEFAB en su búsqueda, sin éxito hasta el momento.

El propio Pata de Mosca había pasado algunas noches buscando en internet noticias de hombres y mujeres diminutos, pero todo lo que encontró fueron imágenes trucadas de gnomos o elfos. Quizá fuera mejor admitir de una vez que, en efecto, era el último homúnculo superviviente.

Ben le sirvió algo de sus huevos revueltos en su diminuto plato.

A Pata de Mosca se le derritió el corazón de tanto amor. ¿Quién necesitaba congéneres con aquellos amigos? «¡Piensa en esos huevos de Pegaso, Pata de Mosca!», se ordenó con severidad. «Encuentra más información sobre los grifos por si tu maestro sale a buscarlos con Barnabas». Pero cuando, mientras él sorbía su sopa, uno de los faunos habló de un vídeo en internet que mostraba a un hombre del tamaño de un saltamontes, se olvidó de los buenos propósitos. Cuando Ben le preguntó si quería acompañarlos a él y a Barnabas a inspeccionar el establo que habían preparado para los pegasos, Pata de Mosca murmuró una excusa y corrió a su ordenador.

Pero el vídeo, hecho por algún aficionado, no mostraba a ningún homúnculo, sino a un humano de tamaño reducido.





6 Padre e hijo

*El corazón de un padre
es la obra maestra de la naturaleza.*

ABBÉ PRÉVOST, *Manon Lescaut*

Hothbrodd había preparado, para el pegaso y sus potros aún no nacidos, un establo que estaba situado justo detrás de la casa. Unas belloteras lanares se disponían a pasar los últimos hilos a través del relleno con el que habían recubierto las paredes interiores, cuando Ben y Barnabas entraron. Ben encontraba a las belloteras lanares algo inquietantes. Parecían arañas de panza redonda a las que les habían crecido cabezas humanas, pero a Hothbrodd le gustaba hablar con ellas tanto como con las encinas en las que vivían. Los plumones plateados que contenía la paja que había en el suelo eran regalo de un ganso parlanchín del Ártico que Barnabas había librado de disecar, y una docena de mandras del fuego finas esparcía un calor agradable. Además, sobre la puerta del establo colgaban dos lámparas camuflaje que James Spotiswode, el profesor de Ben, había inventado para darle a los seres fabulosos el aspecto de animales domésticos. Gracias a su luz, los pegazos tendrían el aspecto de caballos comunes para cualquier visita inesperada.

—¡Bien hecho, Hothbrodd! —dijo Barnabas mientras el trol cogía de las paredes a las belloteras lanares con tanto cuidado como si recolectara mariposas.

Hothbrodd miró a su alrededor y asintió con la cabeza como si solo pudiera estar de acuerdo con Barnabas.

—Iré a dar de comer a las belloteras lanares —dijo con voz ronca—. Les entra mucha hambre cuando hilan. Ten cuidado de que las mandras del fuego no prendan fuego a la paja. Y espántalas antes de que los huevos lleguen.

Después salió dando zancadas.

Barnabas se agachó en la paja entremezclada con plumones y observó las paredes revestidas de telaraña.

—Vita dice que el semental no está comiendo —dijo.

—¡Estoy seguro de que Undset cambiará eso! —replicó Ben mientras se sentaba

a su lado—. ¿Te acuerdas del caballo de las aguas que no quería comer? Estaba medio muerto cuando lo sacamos del fiordo. ¡Undset lo visitó dos veces y enseguida empezó a comer de nuevo, e incluso recorrió el fiordo con Guinever sobre su lomo!

Barnabas asintió.

—¡Cierto! Gracias por recordármelo. ¡Solo desearía poder contarle a Undset más cosas sobre los pegazos! Nadie discute que nacieron de la sangre de una medusa, pero ni yo mismo sé mucho más de ellos. ¡A pesar de todos los años que me he dedicado a su estudio! Son aún más tímidos y desconfiados que los caballos salvajes comunes y pueden ser muy peligrosos si se creen en peligro. Ya podemos darnos con un canto en los dientes si Ànemos permite a Undset que lo explore. Es un milagro que Vita lo pudiera convencer para venir aquí. Probablemente solo haya aceptado porque está como aturdido por la pérdida de su compañera.

Detrás de ellos, unas setillas aplanaban la paja para el nido de los pegazos. Cuatro de ellas tenían el aspecto de una seta matamoscas andante, las otras dos parecían champiñones con brazos y piernas. Las setillas no tenían reparo en decir que no les agradaban los humanos, pero limpiaban los establos de MÍMAMEIÐR con pasión porque la paja sucia era muy útil para su cría de setas. Setillas, cuervos cenicientos, hombres erizo... Muchas criaturas fabulosas de los bosques vecinos trabajaban a cambio de comida, ropa o alojamiento en MÍMAMEIÐR. Sobre todo en invierno, les facilitaba la supervivencia.

Ben cogió una de las plumas de ganso plateadas de la paja y acarició el brillante plumón.

—¿Sabes el aspecto que tiene la pluma dorada de un grifo? —preguntó Barnabas.

—Es más grande que tu mano y parece hecha de oro puro. Sin embargo, según dicen, es tan ligera y suave como la pluma que tienes en la mano. Suena a magia, ¿verdad?

Sí, así era.

—¿Sabes qué? —le dijo Barnabas en voz baja—. Poco a poco le estoy cogiendo gusto a la tarea de encontrar a esa bestia. A pesar de que, en realidad, no es agradable pensar que la supervivencia de los últimos pegazos pueda depender de la generosidad de un grifo. Uno de mis grandes modelos, el maravilloso Nahgib Said Nasruddin, dejó apuntes muy detallados de una bandada de grifos que observó hace más de ochocientos años al sur de Anatolia. Las últimas notas son del sirviente de Nasruddin, porque el jefe de la bandada le arrancó el brazo y lo encerró durante años en una cesta, como un pájaro. Un príncipe poderoso finalmente lo rescató a cambio de una caja repleta de oro. El informe que Nasruddin le dictó después de esto a su sirviente decía: «No vayas nunca con un grifo sin oro. Solo hay una cosa que los leones del cielo aman más que a sus tesoros: la guerra».

Aquello no sonaba precisamente a que uno pudiera pedirle a un grifo sin más una de sus plumas.

—¿Sabes dónde podríamos encontrarlos?

Una mandra del fuego se deslizó rápidamente por la mano de Ben. La impresión era parecida a cuando caía cera caliente sobre la piel.

—¿No contó Jane Gridall que no hay rastro de ellos desde hace siglos?

Barnabas se quitó las gafas de la nariz y comenzó a limpiar los cristales con el borde de la camisa. El gesto le resultaba ahora tan familiar a Ben como si, en realidad, Barnabas Wiesengrund hubiera sido siempre su padre. Era una sensación agradable.

—Hace décadas se extendió el rumor de que una bandada de grifos vivía en una isla indonesia —dijo Barnabas—. Un dato muy poco preciso, debo admitir. Después de todo, hay más de diecisiete mil islas indonesias. Y aun cuando encontremos a los grifos, la pluma solo nos servirá si logramos regresar a MÍMAMEIÐR en diez días como máximo. No es mucho tiempo para el viaje, la búsqueda de los grifos y las negociaciones con ellos. Pero ¡tres potros de Pegaso! —Barnabas se colocó de nuevo las gafas en la nariz y rodeó los hombros de Ben con el brazo—. ¿Sabes que el nacimiento de un pegaso trae, al parecer, siete veces siete años de suerte? Este mundo bien podría necesitarla, ¿no te parece? ¡Salvaremos a los potros! ¡Aunque para ello tenga que dejar que un grifo me arranque el brazo! ¡Pero, por favor, no lo repitas en presencia de Vita o de Guinever!



La puerta del establo se abrió.

Hothbrodd asomó la cabeza. Pero antes de que sus verdes labios articularan palabra, Pata de Mosca se deslizó con rapidez entre sus piernas.

—¡Está aquí, maestro! —gritó con voz estridente.

Incluso para un homúnculo de cuatrocientos años, la visión del último pegaso era algo emocionante.

—¿Hablas indonesio, Pata de Mosca? —le preguntó Ben en voz baja mientras el homúnculo subía a su hombro. Debía admitir para su deshonra que él no sabía siquiera dónde estaba Indonesia exactamente.

—Eso depende, maestro —respondió Pata de Mosca—. Existen más de setecientas lenguas indonesias. Hablo con fluidez el sondanés y el minangkabau, pero soy capaz de hacerme entender bastante bien en otros diez dialectos.

Para Ben era un enigma indescifrable cómo una cabeza tan diminuta podía

contener tanto conocimiento. El suyo propio, en comparación, le parecía un desván vacío y polvoriento. Por más que lo intentaba, no era capaz de imaginar cómo se las había podido arreglar hasta ese momento sin Pata de Mosca. Y sí, por supuesto habría sido mejor hallar un remedio menos peligroso que la pluma dorada para salvar a los potros de Pegaso. Pero no podía dejar de preguntarse cómo sería encontrarse con un grifo. ¿Eran tan espantosos como los basiliscos? ¿O como Ortiga Abrasadora, el viejo maestro de Pata de Mosca, que seguía atormentando a Ben en sus pesadillas? ¿Tenían garras de pájaro en las patas delanteras o zarpas de león, como en las patas traseras? Las ilustraciones que había visto no se ponían de acuerdo al respecto.

Y entonces Ben se olvidó de los grifos.

Delante del establo, las luciérnagas y las zumbadoras hadas de los destellos refulgieron en la noche. Hasta las estrellas parecieron brillar con más claridad y, entre los árboles, el viento susurró una bienvenida. Fue como si de pronto el mundo no estuviera hecho sino de música y luz.

El último pegaso había llegado a MÍMAMEIÐR.





7 El último pegaso

¡Oh, un caballo con alas!

WILLIAM SHAKESPEARE, *Cimbelino*

Cuando uno era amigo de un dragón se encontraba con criaturas maravillosas. Todas ellas le habían brindado a Ben recuerdos magníficos, pero ninguna le había impresionado tanto como Lung. Hasta que vio el caballo macho alado junto a Guinever en el patio. La felicidad que Ben sentía ante la proximidad de Lung estaba hecha de fuego y aire, de luz de luna plateada, de la fuerza de las llamas que el viento hacía parpadear. El pegaso le hizo sentir una felicidad muy diferente. Sabía a tierra, a nubes en movimiento y a truenos, a la hierba humedecida por el rocío y a la luz de las estrellas que queda prendida en las plumas y el pelaje.

Ànemos no era mucho más grande que un caballo común y para nada era blanco, como suelen aparecer en la mayoría de las ilustraciones. Su pelaje y sus alas tenían el color rojo mate de la luz del sol cuando se pone. Solo las pezuñas eran plateadas como las escamas de Lung.

Tanta fuerza y belleza. Tanta luz. Pero el dolor de la pérdida de su compañera envolvía al pegaso como una segunda sombra. Vita y Guinever siguieron a Hothbrodd cuando llevó los huevos al establo. Ànemos, sin embargo, se acercó a Barnabas, las pezuñas cargadas de desesperación.

—Te lo agradezco, Wiesengrund —dijo con voz ronca—. La tristeza me entumece las alas y la razón, y me cuesta no dar por perdidos también a mis hijos al igual que a su madre. Me consuela ver que aún albergas esperanza.

A Barnabas le resultó infinitamente difícil no contarle al pegaso lo de la pluma de grifo, pero Ànemos, al igual que Lung, quería acompañarlos, y los grifos eran aún más peligrosos para él que para el dragón.

—¡Sí, aún albergo esperanza! —respondió Barnabas—. Pero primero debemos ocuparnos de que recobres las fuerzas. He hecho llamar a la médico de confianza que trata a los seres fabulosos. Espero que permitas que te examine.

—¿Una médico? —El pegaso agachó la cabeza—. Encontrará un corazón roto,

Barnabas. ¿Se puede vivir con él?

Holly Undset no se hizo esperar mucho. No era muy alta ni muy delgada, cambiaba todos los meses el color de su cabello, sentía predilección por los jerséis noruegos demasiado largos y casi deja caer su maletín de médico cuando vio a Ànemos delante del establo. Su pelaje rojo resplandecía a la luz de la luna como si se tratase de una estatua de cobre que hubiese despertado a la espléndida vida, y Undset agradeció a Barnabas toda la magia que había llevado a su vida con una feliz sonrisa antes de pedirle al pegaso que la siguiera al establo.

Cuando Undset regresó afuera, parecía aliviada y preocupada al mismo tiempo.

—Está sano, por lo que he podido apreciar —dijo—. Naturalmente no he tratado nunca antes a un pegaso. Su anatomía, sin embargo, es muy parecida a la de los caballos. ¡Pero la tristeza...! Los potros son probablemente nuestra única esperanza de que recupere las ganas de vivir. Si perdiera a sus hijos... —Undset meneó preocupada la cabeza—. ¡Tenéis que salvarlos, Barnabas!

—Estamos trabajando en ello —respondió Barnabas—. Solo desearía que tuviésemos más tiempo.





8 Un largo camino y poco tiempo

Las especies de animales que viven de forma salvaje son como una biblioteca de libros sin leer.

Nuestra negligente destrucción de estas criaturas es comparable al incendio de esa biblioteca sin haber leído antes sus libros.

JOHN D. DINGELL, diputado del Congreso

Para un humano resultaba muy difícil entrar en el cuarto en el que Gilbert Rabogrís dibujaba sus mapas, por no hablar de los troles como Hothbrodd. Incluso para las visitas del tamaño de Pata de Mosca, los caminos entre las montañas de libros y de revistas de Gilbert se asemejaban de forma amenazadora a estrechos desfiladeros. El almacén del puerto en el que Ben se había encontrado por primera vez con la rata blanca macho no había tenido un aspecto muy distinto. El material de investigación de Gilbert se amontonaba por todas partes y se caía con facilidad. Tres días antes, las montañas de papel habían enterrado a un hijo de nisse que había sido tan indiscreto de explorarlas, pero por suerte los nisses eran criaturas resistentes.

Guinever, como siempre, había abierto la puerta con extrema cautela, pero al igual que Ben se hundió hasta las rodillas en lo que les salió al encuentro. El alud no estaba compuesto solo de libros, cajas y fichas. No. Recortes e impresos se mezclaban también con conchas, tarjetas postales, recuerdos de viajes y plumas de ganso. Casi parecía un milagro que, en aquel caos, Gilbert dibujase mapas que proporcionaban a los Wiesengrund imágenes muy ordenadas del mundo.

—¿Gilbert?

Como era habitual, Ben no lograba encontrar a la rata macho en aquel desorden, hasta que Guinever señaló la placa de plexiglás, que Hothbrodd había colgado a petición de Gilbert hacía unas semanas, arriba entre los estantes. Una cola de rata macho se balanceó en el borde y Ben pudo ver a Gilbert a través del plexiglás, sentado a una mesa escritorio enorme para su tamaño. Se le oía blasfemar en voz baja para sí: por la lentitud con que la tinta se secaba, porque esta no osaba fluir de la pluma como cabía esperar, porque el papel se doblaba... Las maldiciones que Gilbert

mezclaba con sus impropiedades revelaban que se había criado como una rata de barco. Aunque era preferible no mencionarlo, lo mismo que el rumor de que Gilbert Rabogrís se había convertido en cartógrafo porque se mareaba con gran facilidad. La rata macho solo se había dejado convencer para dibujar sus verdaderamente omniscientes mapas en Noruega, en vez de en la ciudad almacén de Hamburgo, después de que los Wiesengrund hubiesen contratado a sus principales informantes: un albatros, dos gaviotas, un ánsar común y una docena de ratas de barco. Y él había exigido un nuevo ordenador. Pero el talento de Gilbert bien merecía todo aquello.

—Venimos a por el nuevo mapa, Gilbert —le gritó desde abajo Guinever—. El del viaje a Indonesia. Mi padre quiere partir pronto. ¿Está listo?

Barnabas había anunciado su decisión poco antes de la medianoche. Saldrían a la búsqueda del grifo. Vita no estaba especialmente contenta con ello, pero la imagen del afligido pegaso y los tres huevos huérfanos no les dejaba otra elección.

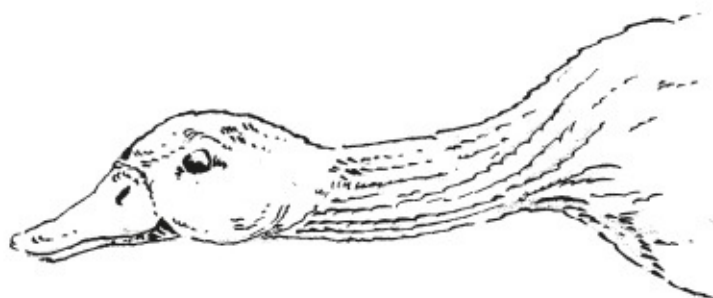
—¡Ah, Guinever! —La cola de rata desapareció y Gilbert los miró desde lo alto a través de las lentes de montura dorada. Las patas blancas que abrazaban el borde de la placa de cristal estaban manchadas de tinta—. Por supuesto que el mapa está listo. —La voz de Gilbert era tan suave como el plumón de los polluelos..., como siempre que hablaba con Guinever. El resto del tiempo sonaba como papel de lija—. Los datos hasta el destino del viaje eran sumamente vagos. Por eso he incluido partes de Papúa Nueva Guinea, Malasia y Filipinas. ¿Lyo-Lyok?

La cabeza de un ánsar común apareció junto a Gilbert. Ben ya se había preguntado a quién pertenecían las patas revestidas de membranas natatorias que veía a través del plexiglás. Lyo-Lyok cogió el mapa plegado con el pico y bajó volando con gracia hasta un montón de papel que se encontraba al alcance de Guinever.

—¿Supongo que el homúnculo volverá a documentar el viaje? —gritó Gilbert mientras Guinever recogía la entrega del ganso—. Decidle, por favor, que debe trabajar su caligrafía. ¡He necesitado días para descifrar sus notas sobre la misión del pulpo!

—¡Claro! ¡Se lo diré! —gritó Ben a la rata, aunque en absoluto tenía pensado hacerlo.

Pata de Mosca podía ofenderse sobremanera cuando se criticaba su escritura. Se sentía orgulloso de cada uno de sus rasgos caligráficos.



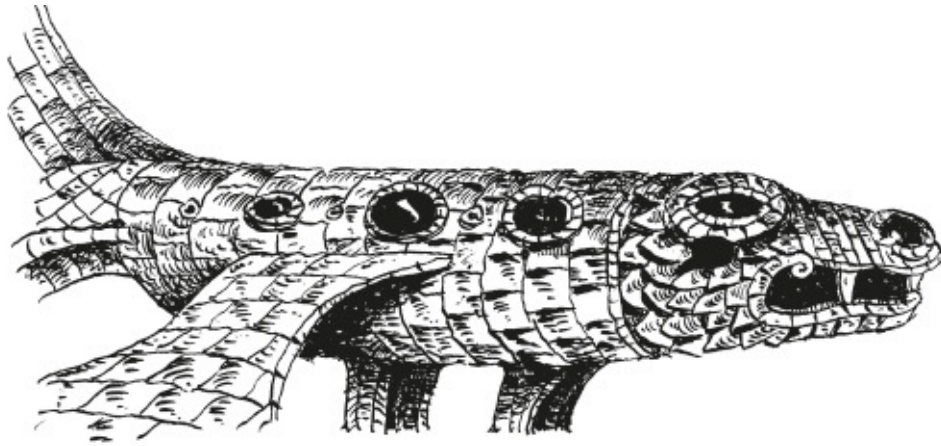
Los mapas de Gilbert cabían perfectamente en los bolsillos de cualquier chaqueta,

pero cuando Guinever desplegó su nueva obra maestra en la gran mesa de la biblioteca, el mapa ocupaba tanto espacio que Barnabas tuvo que recoger la colección de huellas de casco y patas de piedra. Los mapas de Gilbert eran obras maestras de papel. Se podían desplegar una y otra vez, y descubrir, incluso semanas después, nuevos detalles que la rata macho había ocultado en algún pliegue. Caminos seguros y alojamientos, obstáculos y peligros, en los mapas de Gilbert podía saberse incluso el tiempo, y Ben se había preguntado alguna vez si la rata no trabajaba con algún tipo de magia.

En el mapa que debía ayudarlos en la búsqueda del grifo, Gilbert había dibujado, siguiendo instrucciones de Barnabas, dos rutas: la de tinta roja la tomaría Barnabas. Incluía hacer una escala al sudeste de Turquía. La otra, de color verde esmeralda, era la ruta por la que Lung regresaría a La Orilla del Cielo. Los dos caminos se cruzaban en India, por lo que Lung había propuesto que Ben volara hasta allí con Piel de Azufre y él..., una oferta que Ben había aceptado con sumo gusto. Por suerte había tres parejas de fénix al sur de Vietnam, de ahí que el dragón no se hubiera extrañado de su trayecto en avión. A los pocos que sabían del verdadero destino de su misión, Barnabas los había obligado en persona a guardar el secreto para que ni Lung ni el pegaso se enteraran de ello. No era el primer secreto que debía guardarse en MÍMAMEIÐR.

Hothbrodd había construido el avión, con el que Barnabas realizaría el viaje, prácticamente todo de madera, lo mismo que la máquina de transporte con la que el pegaso había llegado a MÍMAMEIÐR. El trol lograba convencer casi a cada árbol para que se dejara crecer las ramas exactas que necesitaba para sus construcciones. El avión que los Wiesengrund utilizaban para trayectos largos como ese lo había construido el trol con ayuda de una encina de cuatrocientos años que se había dejado crecer las ramas expresamente para las alas. El timón de profundidad, los alerones de aterrizaje y los engranajes estaban hechos con madera de tempestades (lo que quiera que fuera aquello). Hothbrodd guardaba silencio sobre aquello lo mismo que sobre el motor que se podía alimentar con follaje, arena o agua de mar. James Spotiswode había pasado muchas noches espiándolo... sin descubrir su secreto. «Lo trato de convencer», se limitaba a rezongar el trol cuando se le preguntaba. El avión podía admitir entre cuatro y ocho pasajeros (y cambiar su número en función de su tamaño). Aterrizaba en el agua lo mismo que en tierra y tenía un aspecto fantástico, pues Hothbrodd lo había cubierto, al igual que todas sus obras, de tallas de vikingos.

Apenas hubo discusiones sobre quién iría a la misión del grifo. Vita y Guinever querían cuidar de Ànemos y ocuparse, junto con Undset, de que los huevos no se enfriaran antes de que la expedición regresase con la esperada pluma. Al equipo de Barnabas pertenecía, junto a Ben y Pata de Mosca, también Lola Rabogrís, una de las numerosas primas de Gilbert, que no solo era la única piloto rata sino también la exploradora más valiosa de FREEFAB (entre otros motivos, gracias a que el avión de Lola apenas era más grande que una corneja y, por lo tanto, igual de poco llamativo).



Al principio, Hothbrodd no se mostró precisamente entusiasmado cuando Barnabas le pidió ser el quinto miembro de su equipo. Los trols abandonan sus bosques natales solo de mala gana. Pero cuando Ben llenó las pantallas de la biblioteca con imágenes de todos los árboles que atesoraba la selva tropical indonesia, el trol emitió un gruñido de resignación y se dispuso a preparar el equipaje.

El destino exacto de su viaje era aún incierto. De ahí que Gilbert hubiese dibujado un segundo mapa en la parte posterior del otro. ¡Mostraba las incontables islas de Indonesia y brindaba una impresión de todo menos alentadora! ¿Dónde encontrarían, en ese laberinto de islas, un guía que al mismo tiempo fuera discreto y no los tomara por locos cuando le confesasen lo que estaban buscando? Barnabas tenía algunos viejos compañeros de combate en Indonesia, pero cuando Vita se ofreció a contactarles, él negó con la cabeza.

—Dudo que un guía humano sea la mejor solución para esta misión. Pero tengo otra idea. ¿Recuerdas el templo indio del que nos habló la Cobra de Anteojos Susurrante?

Vita sonrió con complicidad, pero cuando Ben le preguntó, Barnabas se limitó a decir:

—Déjate sorprender. ¡Te prometo que es un lugar interesante! —Fue más hablador respecto a la escala en Turquía—: Le he pedido a una vieja amiga que me consiga algo que podamos canjear por la pluma —explicó—. Los grifos son, como has oído, unas criaturas muy materialistas. Me temo que ponernos en camino con las manos vacías no tiene sentido.

Con las manos vacías...

Vita y Guinever se esforzaron todo lo posible por no parecer preocupadas cuando, en una nueva reunión por Skype, Inua Ellams volvió a advertir a Barnabas con insistencia de la agresividad de los grifos. Los Wiesengrund preferían encontrarse, incluso con los monstruos más legendarios, con astucia y conocimiento para atacarlos con sus debilidades en vez de con armas. La mayoría de las veces no podían hacer nada contra los adversarios fantásticos. Vita había descubierto hacía años el veneno

de una planta que adormecía también a los seres fabulosos más peligrosos durante unos segundos en los que podían salvar la vida, y Ben había creado junto a Pata de Mosca diminutas flechas que inyectaban el veneno bajo la piel, por muy dura que esta fuera. Se disparaban con ayuda de plumas estilográficas y de bolígrafos, pero Ben había utilizado también pajitas, puros, teléfonos móviles y barritas de chocolate. Esas flechas, como en todas las misiones FREEFAB, serían sus únicas armas.



A la pregunta de Guinever de si se sabía cuál era el sonido de un grifo, el profesor Ellams respondió emitiendo un impresionante grito. Aunque añadió que solo podía remitirse a textos muy antiguos que describían la voz de los grifos como una mezcla entre el rugido de un león, el grito de un águila y el silbo de ataque de una serpiente. Ben no pudo resistir la tentación de mezclar esos ruidos más tarde en su ordenador, creando un grito tan desgarrador que docenas de seres fabulosos acudieron alarmados frente a la casa cuando los hizo sonar. Ben tenía siempre grabada en el móvil una lista de voces de seres fabulosos para intimidar, seducir... y divertirse. El orgullo de su colección era el bramido de ataque de tres dragones diferentes y el suave silbo que emitían cuando se preparaban para escupir fuego. En la selva indonesia, en cualquier caso, su móvil no funcionaría durante mucho tiempo.

Pata de Mosca había calculado que los huevos de Pegaso se les quedarían pequeños a los potros en diez días. ¡Diez días! Ben deseó que hubiera un camino más corto a Indonesia. ¿Y si no encontraban a los grifos? Era un pensamiento que siempre retornaba por mucho que Ben intentase eliminarlo.

Estaba ayudando a Hothbrodd y a Vita en los últimos preparativos del viaje, cuando Barnabas le gritó que fuese a la biblioteca. Ben solo conocía la expresión de su rostro de cuando Barnabas le hacía un regalo de cumpleaños o de Navidad.

—Tengo una misión para ti, querido —dijo—. Por supuesto, la puedes rechazar, pero creo que te gustará. Vita me ha recordado que no existen historias o informes sobre un encuentro de dragones con pegasos. Es muy posible que el camino de estos dos seres fabulosos no se haya cruzado antes. ¿No sería maravilloso que en MÍMAMEIÐR se produjese un encuentro así, aunque un motivo triste haya traído hasta aquí a Lung y Ànemos? Vita y yo estamos de acuerdo en que solo una persona

muy especial puede presentarlos a los dos y nadie sería más apropiado para tal misión que el jinete de un dragón. ¿Qué piensas? ¿Aceptarías la tarea?

Ben no fue capaz de pronunciar palabra.

—Claro —balbució finalmente—. Si... si creéis de veras que soy el más indicado para hacerlo. Pero...

—Eres el más indicado —lo interrumpió Barnabas—. Ni siquiera Piel de Azufre lo discutiría. Me apostaría todas las setas de MÍMAMEIÐR. ¡Bien! Entonces hablaré ahora con Hothbrodd y Lola una vez más sobre el rumbo exacto.





9 Un final y una primera vez

*¡Oh, viento! Si el invierno viene,
¿puede la primavera hallarse lejos?*
P. B. SHELLEY, *Oda al viento del oeste*

¿Cómo se presenta a dos criaturas fabulosas que reúnen juntas más de mil años de experiencia, cuando uno mismo acaba de cumplir los catorce? Ben no estaba en ningún caso tan seguro como Barnabas de ser el más indicado para aquella tarea. Pero ¿cómo habría podido negarse? El encuentro de Lung y Ànemos sería, sin duda, inolvidable. Por otro lado, ¿no sería más cortés presentarlos y después dejarlos solos? ¿Y deseaba Lung realmente tener a un humano cerca en su encuentro con una criatura que, al igual que él, había inspirado cuentos y leyendas, aun cuando ese humano fuese su jinete del dragón?

Todas esas preguntas se volvieron banales cuando Ben alcanzó la cueva de Barba de Pizarra. Enseguida vio en el rostro de Lung que algo había sucedido. La cueva de Barba de Pizarra estaba vacía. A excepción de un enjambre de luces que se dirigían una tras otra, como polen de flores, a la salida de la cueva.

—¡Podía ser bastante gruñón, está claro! —Piel de Azufre estaba sentada junto a la entrada de la cueva. Parecía muy pequeña y perdida—. Pero ¿cómo puede haberse marchado así sin más? ¡Se podía discutir tan bien con él! —sollozó de forma contenida—. Nuevas estrellas en el cielo. Qué bien, ¡como si no hubiese suficientes ya! ¿Acaso se puede discutir con ellas? ¿O tocarlas? ¿Se pueden oler? ¿O escuchar?

Volvió a sollozar. Las lágrimas habían dejado un rastro oscuro en la cara peluda. Ben se acercó a ella y le acarició la cabeza.

—¡Atrévete a morir delante de mí! —le increpó Piel de Azufre a Lung—. ¿Me oyes? ¡Y eso mismo te digo a ti, jinete del dragón! ¡Vale incluso para el moho de un homúnculo!

—Justo quería haceros la misma promesa —dijo Lung, aun cuando, naturalmente, sabía que los dragones y los duendes vivían por lo general muchos más años que los humanos. Un hecho que Ben encontraba muy consolador. Pero Lung seguro lo veía de otra manera.

Ben salió fuera, detrás de las últimas luces, y las siguió con la vista hasta que se desvanecieron en la luz del sol. No, aquella no era una mala manera de despedirse de esa vida, y se alegraba de haber conocido tan bien a Barba de Pizarra en los últimos dos años. El anciano dragón le había contado muchas cosas sobre el valle de Escocia en el que Lung se había criado. Había conocido a los padres de Lung y a él lo había salvado de un águila cuando aún era muy joven. Barba de Pizarra se había acordado de los tiempos en que los caballeros habían salido a cazar dragones. Él mismo había luchado contra algunos. A menudo, Ben le había pedido a Pata de Mosca que tomase notas cuando Barba de Pizarra les contaba sus aventuras. El homúnculo había llenado varias libretas con las historias y Barnabas las había pasado a máquina y le había encargado a un encuadernador que las cosiera en lino plateado para evitar que los recuerdos de Barba de Pizarra desaparecieran con él y solo se pudiesen leer en las estrellas.

Lung se acercó a Ben y, al igual que él, alzó la mirada hacia el cielo.

—Puedo explicarle a Ànemos que prefieres encontrarte con él otro día —dijo Ben.

Pero Lung negó con la cabeza.

—No, es un buen día. Algo viejo se marcha y algo nuevo llega. A Barba de Pizarra le habría gustado. Y no veo el momento de encontrarme con el pegaso.

Ben volvió la vista hacia la cueva. Piel de Azufre no les había seguido afuera.

—Creo que aún necesita algo de tiempo —dijo Lung—. Quería mucho a Barba de Pizarra y no solo porque pudiera discutir tan bien con él. Probablemente salga enseguida en busca de unas sabrosas setas.

Ben tuvo que sonreír. Sí, eso justo haría Piel de Azufre.

—Ojalá existiera algo que disipase mi aflicción tan rápidamente —dijo Lung mientras tomaban juntos el camino hacia los establos.

Dragón y pegaso... Los prados que los rodeaban parecían un lugar muy mediocre para el encuentro de dos criaturas tan poco comunes, pero cuando Ben lo expresó, Lung se limitó a emitir un resoplido divertido.

—Uno se harta rápido de lo extraordinario, jinete del dragón. A menudo las cosas más corrientes son las que más felicidad brindan, y estoy seguro de que el pegaso sabrá apreciar los pacíficos prados de MÍMAMEIÐR tanto como yo.

Ànemos los estaba aguardando.

Estaba allí, en la hierba silvestre, inmóvil como una estatua, el viento azotando sus crines. Solo los ollares hinchados revelaban que no estaba tan tranquilo como aparentaba.

Lung se detuvo cuando aún los separaban diez pasos humanos. El pegaso era mucho más pequeño que el dragón, y Lung se tendió en la hierba para compensar la gran diferencia. Ànemos agradeció el gesto acercándose al dragón. Que el tamaño no era lo fundamental, lo demostraban ambos con gran contundencia. El mundo parecía tan joven y anciano al mismo tiempo en su presencia, y uno parecía completar la

magia del otro.

—Bienvenido a MÍMAMEIÐR —dijo Lung—, el único lugar del mundo en el que tú y yo no necesitamos ocultarnos. Siento mucho que un motivo tan triste te haya traído hasta aquí, pero ¡me alegra que hayas llegado en este momento! Hasta hoy un dragón anciano custodiaba este sitio, pero nos ha dejado y yo no puedo ocupar su lugar porque me necesitan en la otra punta del mundo. De modo que MÍMAMEIÐR no tiene en estos momentos ningún guardián que posea nuestra fuerza y que pueda brindarle la protección que se merece.

El pegaso inclinó el cuello.

—No estoy seguro de conservar aún esa fuerza, pájaro de fuego —dijo—. He consumido demasiada.

—Conozco tu pena. Pero también el juego del escondite que este mundo nos exige a todos nosotros, te roba y me roba la fuerza —respondió Lung—. Ya verás: este lugar te devolverá mucho, aunque no pueda curar tu corazón. ¡Disfruta la libertad de no tener que ocultarte! Y de rodearte de criaturas que los humanos solo encuentran en los cuentos. Sé por un momento el guardián de MÍMAMEIÐR. Sus habitantes se merecen nuestra ayuda. ¡Y yo podré partir tranquilo!

Ànemos volvió la vista hacia el establo en el que estaba el nido huérfano.

Lung siguió su mirada.

—Sé que no es un consuelo, pero el dolor a menudo nos hace más fuertes —dijo—. Y estás rodeado de amigos, aunque vacilemos en ver a los humanos de esa manera. Los Wiesengrund me salvaron a mí y a los de mi especie cuando apenas existía esperanza. Ya verás. ¡Arriesgarán sus vidas por salvar a tus pequeños!

El pegaso miró al dragón con escepticismo.

—Cuéntame cómo os ayudaron a vosotros.

—Es una larga historia —respondió Lung.

—Mejor aún —replicó el pegaso.

Ben salió a hurtadillas cuando Lung comenzó a contar, pese a que le hubiese encantado escuchar y recordar sus aventuras juntos. Pero había una nueva misión. Y confiaba en que un día también sería una historia digna de narrar.





10 Un grifo ama el oro

*El oro es un producto excelente;
del oro es de donde vienen las riquezas.
El que tiene oro puede hacer
todo lo que le place en este mundo.
Con oro se puede incluso hacer entrar
a las almas en el paraíso.*

CRISTÓBAL COLÓN

A menudo son cosas muy pequeñas las que hacen crecer nuestros sueños más grandes. El sueño de Barnabas Wiesengrund de encontrarse un día con un pegaso comenzó en su octavo cumpleaños con el regalo de una tía a la que detestaba: un álbum coleccionable con el título «Fotos de la mitología griega». Pronto se gastó toda la paga en las bolsas de cromos... y sintió decepción cada vez que contenían la calcomanía de un dios o un héroe. Los monstruos le interesaban mucho más. Escila y Caribdis, un cíclope, Medusa... Los había contemplado durante horas. Pero su tesoro máspreciado había sido Pegaso. De noche había soñado con sentarse entre sus alas y volar hacia las estrellas.

El caballo alado, que había nacido de la sangre de una decapitada Medusa... Barnabas se había visto desde entonces con varias medusas. Eran considerablemente más bondadosas que su fama. ¡Por supuesto! ¿Cómo habría podido un monstruo engendrar algo tan maravilloso como Pegaso? Vita y él se habían encontrado con los descendientes de Escila y los biznietos de Caribdis (que hacían justicia a su mala fama). De los cíclopes habían hallado al menos un esqueleto en buenas condiciones en una cueva cretense. Pero para probar la existencia de Pegaso habían buscado durante veinte años en vano. Los dos habían estado casi convencidos de que el caballo alado que había sobrevolado los sueños infantiles de Barnabas había desaparecido del mundo como los dodos, los tigres dientes de sable o los unicornios, de cuya existencia solo da cuenta una especie de caballo salvaje desgredado en Mongolia, que lleva el apéndice mutilado de un cuerno retorcido en la frente. Pero

entonces, en las montañas de Grecia, dieron por fin con el rastro que Barnabas había buscado tantos años: huellas de cascos que brillaban como la plata y, junto a ellas, unas plumas cobrizas y otras de color blanco. Cuando por fin se encontraron de frente con el pegaso, Barnabas lo había mirado fijamente tan embelesado que aún se sorprendía de que Ànemos no lo hubiese mandado al otro mundo de una coz.

Después de eso, habían enviado regularmente a Lola Rabogrís a Grecia para controlar si todo estaba en orden, y, cuando la rata había llevado un día la foto del nido lleno, ni Vita ni él habían podido dormir durante noches enteras. Muchos habitantes de MÍMAMEIÐR habían apostado si uno de los potros sería un pegaso azul, la especie legendaria que, según decían, podía volar hasta la luna. Pero ahora... ¡ahora a todos les traía sin cuidado el color que iban a tener los potros siempre que nacieran! Barnabas habría dado una mano a cambio, diez años de su vida, todo lo que poseía... Pero en su lugar tenía que buscar para los potros el único ser fabuloso con el que realmente nunca había querido encontrarse.

Barnabas Wiesengrund era un hombre pacífico. Ya de niño había detestado a todos los que pisoteaban escarabajos y lanzaban piedras a los perros vagabundos. Nada lo enfurecía más que las personas que causaban dolor a otras criaturas por diversión o aburrimiento..., aunque entretanto había aprendido que el motivo de su crueldad a menudo era el miedo a lo extraño. Sí. Tal vez Barnabas Wiesengrund fuera por eso una persona tan pacífica: porque nunca había temido y había sentido siempre una infinita curiosidad por todo lo desconocido. Pero cuanto Barnabas sabía sobre grifos le hacía sospechar que, a pesar de toda su curiosidad, no iban a gustarle por nada del mundo. Eran los guerreros entre los seres fabulosos, criaturas que consideraban la crueldad una virtud y la compasión, una debilidad, que vivían para todo lo que él detestaba: la guerra, la lucha, la sumisión de los más débiles...

Antes de su partida, leyó todas las historias sobre ellos que Pata de Mosca había encontrado en la biblioteca, con la esperanza de descubrir algo que le hiciera sentir más simpatía por los grifos. Pero incluso aquellos que se describían como nobles y buenos eran, según sus máximas, unos asesinos sin perdón. ¡Y su obsesión por el oro y los tesoros! Otra cosa más que despreciaba profundamente. «Esos monstruos alados jamás te darán una de sus plumas, Barnabas», se susurraba a sí mismo. «¡Eres un soñador incorregible!». Pero le había hecho a Ànemos una promesa. ¡Y quería ver volar a aquellos potros sobre los prados de MÍMAMEIÐR...!

Cuando Hothbrodd anunció que todo estaba listo para el despegue, Barnabas volvió al establo en el que dos gansos calentaban el nido que habían construido para los huevos de Pegaso. Ànemos estaba como siempre delante de la entrada. Parecía no poder soportar mirar a los huevos huérfanos.

—He oído que Lung te ha pedido que protejas MÍMAMEIÐR durante nuestra ausencia —dijo Barnabas—. Te lo agradezco. Guinever y Vita harán todo lo posible por mantener con vida a tus pequeños hasta nuestro regreso, y te doy mi palabra, ¡los salvaremos!

Ànemos contestó presionando la frente contra la de Barnabas.

—Le daré tu nombre a uno de los potros si lo consigues, Wiesengrund —dijo.

—¡Oh, no, no lo harás! —respondió Barnabas—. ¡Es un nombre muy extraño para un humano y seguramente no es adecuado para un pegaso!

Después fue a despedirse de Vita y Guinever. También de Lung, Piel de Azufre y Ben, con el que se encontraría pronto en India.

La máquina voladora de Hothbrodd tenía la nariz de un dragón, y detrás de la carlinga había una cabina con asientos donde Pata de Mosca ya aguardaba cuando Barnabas subió a bordo. El avión extendió las alas con el sigilo de un pájaro cuando Hothbrodd despegó y, al elevarse en el cielo aún oscuro, el motor emitió un murmullo suave como el viento. Pero Lola Rabogrís era la copilota de Hothbrodd, así que los dos empezaron a discutir pocos minutos después del despegue. Sobre la música que los mantendría despiertos durante el largo vuelo, la mejor altitud a la que mantener el avión, sobre la costumbre de Hothbrodd de masticar ajos silvestres, y la incapacidad de Lola para permanecer sentada y callada un buen rato. A los dos les encantaban aquellas discusiones. Y Barnabas y Pata de Mosca estaban tan acostumbrados a ellas que, a pesar de las voces enojadas que salían de la carlinga, pronto se quedaron profundamente dormidos. A fin de cuentas, nadie podía asegurar con qué frecuencia tendrían la oportunidad de hacerlo en ese viaje.

Había más de cuatro mil kilómetros desde MÍMAMEIÐR al sur de Anatolia. Pero el avión de Hothbrodd no solo era silencioso, sino también veloz, y el sol empezaba a ponerse detrás de las rocas color arena cuando alcanzaron el primer destino de su viaje.

La pista en la que Hothbrodd realizó un aterrizaje de todo menos primoroso, según Lola, estaba tan deteriorada que parecía que el tiempo y los humanos la hubiesen olvidado hacía siglos. La señora que se ocupaba de que los visitantes molestos tuvieran esa impresión aguardaba en un *jeep* polvoriento junto a la pista abandonada. Bağdagül Ender y Barnabas se conocían desde los cinco años cuando, inmensamente aburridos de las conversaciones de sus padres, habían observado salamandras cornudas. Bağdagül se había criado en el sur de Anatolia, y en todo ese tiempo había rendido grandes servicios a las especies de animales amenazadas de su país natal. No importaba si eran leones asiáticos o extraños murciélagos... Bağdagül alzaba la voz por todos ellos. Era un miembro fundador de FREEFAB y había establecido una asociación de protección parecida a MÍMAMEIÐR en las cuevas, que a poca distancia de la pista de aterrizaje una civilización desaparecida hacía mucho tiempo había cincelado en los flancos de las montañas adyacentes.

Al perro que estaba junto a Bağdagül, la mayoría de las personas lo hubieran tomado por un simple albino con un pelaje muy poco común, pero Barnabas reconoció sin problema que se trataba de uno de los muy escasos perros de las nubes

que Bağdagül había salvado de la extinción.

Ya mientras se encaminaba hacia Bağdagül, Barnabas vio en su rostro que tenía su misión en poca consideración. Pero antes de que pudiera manifestarlo con su pasión innata, Barnabas le tendió una caja. En el interior se oía escarbar y susurrar.

—Higuillos —explicó Barnabas—. Vita los encontró en un estante del supermercado. Los mantuvimos un tiempo en MÍMAMEIÐR, pero Noruega es demasiado fría para ellos. ¿Puedes alojarlos en algún lugar?

Bağdagül miró debajo de la tapa de la caja y, con una sonrisa, se la quitó de la mano a Barnabas.

—Claro —dijo—. Aunque la mayoría de las cuevas alberga ahora demasiados habitantes. Tendré que pedirle a tus enanos de las rocas que esculpan pronto algunas más en la piedra.

Dejó la caja en el asiento del copiloto de su *jeep* y le alcanzó a Barnabas el cofrecillo negro con adornos de marquetería que había en el asiento de atrás.

—He traído lo que me pediste. Pero ¿no hace falta que te diga lo que pienso de esta búsqueda! He oído que Inua te ha advertido con detalle de las criaturas con las que tienes pensado trabar relación. ¿Estás seguro de que no existe de veras otra solución?



—Sí. Aunque Inua puede imitar el grito de ataque de un grifo de una forma bastante impresionante —respondió Barnabas—. Simplemente no tenemos tiempo y la pluma dorada es nuestra única esperanza. ¿O tienes una idea mejor?

Bağdagül se pasó la mano por el cabello. Era ahora de color gris, pero en sus ojos Barnabas seguía viendo a la niña que había buscado salamandras con él.

Solo se había vuelto más fuerte y más sabia, también conocía mejor el mundo.

—Incluso si encuentras a los grifos, Barnabas, y no me cabe la menor duda de que lo harás —dijo—, ¡te arrancarán la cabeza a mordiscos solo por no haberte inclinado lo suficiente ante ellos! ¡Ellos creen que la tierra y el cielo les pertenecen, y con absoluta certeza no quieren ver a ningún caballo alado en ellos!

—¡Lo sé, lo sé! —respondió Barnabas con un suspiro—. Y estoy de verdad agradecido de que me confíes este objeto de herencia familiar. Probablemente tenga más valor que MÍMAMEIÐR —añadió mirando el cofrecillo que Bağdagül le había dado—. ¡Y por desgracia es muy improbable que recuperes este tesoro!

—¡Bah! —dijo Bağdagül con un gesto de desdén—. El propósito al que su viejo pisapapeles ha de servir, alegraría mucho a mi padre. Sí, no me mires con tanta incredulidad. A menudo usaba el cofrecillo para eso. Y si los reyes plúmeos, como les gusta llamarse, de verdad aceptan el cofrecillo en pago de la pluma, y el tesoro que esconde salva a tres potros de pegaso que están por nacer, ¡qué mejor uso podría tener!

Tesoros. El reencuentro con Bağdagül volvió a concienciar a Barnabas de los muchos tesoros que había encontrado en su vida, aunque los suyos eran tesoros humanos. Abrió el cofrecillo. Los extremos del brazalete de oro que había en su interior formaban dos grifos que se miraban fijamente con el plumaje amenazadoramente engrifado. Había un hermoso ejemplar similar en el Museo Británico de Londres, pero la sortija de Bağdagül era más antigua y de un oro más macizo. Los ojos de los grifos eran rubíes diminutos y las alas estaban cubiertas de perlas.

—Nunca podré agradecértelo lo suficiente, mi querida y muy estimada Bağdagül —dijo Barnabas—. Este es un pago en verdad principesco por una pluma. Inua dice que le habías mencionado otra cosa que los grifos podrían aceptar con benevolencia en el supuesto de que el soborno con oro fallase. Pero quería que tú misma me lo contaras.

—¿Con benevolencia? ¿Los grifos? —rio Bağdagül—. Inua es un pájaro divertido. Probablemente no quiso decírtelo él mismo porque no quiere ser quien te dé la idea. Pero estoy segura de que ni siquiera tú, con tu pasión, pagarías ese precio por los pegasos.

Barnabas guardó el cofrecillo del brazalete en su mochila.

—Realmente has despertado mi curiosidad. ¿Qué precio es ese?

—¿Aparte de la posibilidad de ofrecerte tú mismo como comida?

Bağdagül acarició el pelo blanco grisáceo del perro de las nubes. Al parecer olfateaban cualquier tipo de malicia.

—Desafíalo a un duelo con tu dragón. Cualquier grifo te dará a cambio una pluma dorada. Se pavonean de ser los únicos seres fabulosos que pueden vencer sin esfuerzo a cualquier dragón. Pero la posibilidad de demostrarlo la tuvieron por última vez hace más de seiscientos años.

Barnabas guardó silencio.

Bağdagül tenía razón. No pagaría aquel precio ni siquiera por tres potros de pegaso. Se alegraba mucho de haber mentido a Lung sobre el destino de su búsqueda.

—¿Quién ganó hace seiscientos años? —preguntó.

—El grifo. Mató al dragón y adornó el nido con sus escamas. Así que confiemos

en que los grifos contemplen el brazalete como un pago razonable. Dicen que las plumas doradas les crecen después de muchas acciones heroicas. ¡Así que con certeza no resultará fácil que te las den!

Sí, Barnabas también lo había leído.

—¡Lo conseguiremos! —dijo—. ¡Tienes que venir a MÍMAMEIÐR cuando los potros hayan nacido!

—¡Eso suena muy bien! —Bağdagül sonrió, pero su mirada seguía mostrando preocupación—. Los grifos huelen el oro a millas, Barnabas. Lo más probable es que se limiten a matarte en vez de negociar contigo sobre el brazalete.

Sí, Barnabas también lo tenía claro. Pero ¿qué otra elección le quedaba si quería que en el mundo siguieran existiendo caballos voladores?

—¿Sabes ya dónde ir a buscarlos? —preguntó Bağdagül—. Existe el rumor de que un enjambre se ha asentado en algún lugar de Indonesia. ¡Eso son cientos de islas!

—Diecisiete mil en el último recuento —respondió Barnabas—. Aunque la creciente superficie del mar ya debe haberse tragado unas cuantas. Tenemos una rata voladora que es una exploradora magnífica, y se me ha ocurrido una idea sobre cómo podríamos encontrar un guía. Pero sí, no será fácil.

Bağdagül esbozó una sonrisa.

—Los dos estamos acostumbrados a eso, ¿no es cierto? —dijo ella—. Lo que hacemos nunca es fácil. Pero a veces la suerte se pone de parte del bueno.





11 Un corazón, dos lugares

No hay manera de aferrarte a algo que quiere irse.

Solo puedes amar lo que tienes mientras lo tienes.

KATE DICAMILLO, *Gracias a Winn-Dixie*

El avión de Hothbrodd había desaparecido ya entre las nubes cuando Ben subió a lomos de Lung. El dragón se alegraba de que la luna luciera en el cielo. Nada facilitaba más el vuelo. Pero Piel de Azufre había metido en su mochila un acopio suficiente de las flores que podían sustituir la luz de luna para los dragones plateados. Vita las cultivaba en los invernaderos de MÍMAMEIÐR con semillas que le compraba a Subeida Ghalib, la investigadora de dragones india que había descubierto las flores y que Ben se había encontrado en su primer viaje con Lung. Parecía increíble que apenas hubiesen pasado dos años desde entonces.

No solo Vita y Guinever, también Ànemos había ido a despedirse del dragón y de sus jinetes. El pegaso tenía una mirada algo más optimista desde que había hablado con Lung. Había acompañado a los cuervos cenicientos en uno de los vuelos que realizaban varias veces al día a lo largo de las fronteras de MÍMAMEIÐR, y había explorado con los hombres erizo los bosques que lindaban con la finca. No era bueno permanecer inactivo mientras se aguardaba algo, y Ben se alegraba de que el pegaso aceptase la misión que Lung le había encomendado para las siguientes semanas.

Guinever le puso algo a Ben en la mano antes de trepar al lomo de Lung. Una foto de huevos de Pegaso. El brillo plateado recordaba el de las escamas de Lung.

—En recuerdo de lo que queréis salvar —susurró Guinever a Ben antes de darle un beso de despedida en la mejilla.

Era una sensación maravillosa emprender un nuevo viaje con Lung. Hasta Piel de Azufre parecía alegrarse de que Ben fuera con ellos, y la noche y el día que el dragón

necesitó para alcanzar la costa sudoeste de India transcurrieron muy deprisa.

Lung era ahora un volador tan diestro que competía con el viento. Era una sensación embriagadora ser transportado alrededor del mundo por tanta fuerza y belleza, y Ben se sujetaba a las cálidas escamas del dragón con la absoluta certeza de que no había en el mundo una persona más feliz que él.

La colina en la que aterrizaron, escasas veinticuatro horas después de su despegue, yacía cuatro millas al sur del lugar en el que la gran serpiente marina les había desembarcado en su última aventura, y Ben también podía ver sin sus prismáticos, detrás de campos y de cabañas, las ruinas del templo que Barnabas les había descrito como punto de encuentro.

Los demás llegarían a la mañana siguiente —incluso Gilbert Rabogrís había subestimado la velocidad del dragón—, y, por supuesto, Lung no quería dejar solo a Ben, lo que les proporcionaba unas valiosas horas más juntos antes de que Lung partiese hacia La Orilla del Cielo. Horas en las que, después de mucho tiempo, Ben volvía a ser tan solo el jinete del dragón. El jinete, el amigo, el compañero del dragón. Ninguna palabra era capaz de expresar exactamente lo que unía al chico y al dragón.

Mientras el sol se ocultaba detrás de los campos indios, Ben convirtió su chaqueta en la mesa de la cena y extendió sobre ella algunas de las provisiones que Tallemaya le había dado. Piel de Azufre arrugó la nariz cuando Ben le ofreció algo de los exquisitos bocados que la cocinera de MÍMAMEIÐR había empaquetado. Piel de Azufre estaba muy callada para sus costumbres. Los duendes se sentían tan unidos a su país como los troles, los escoceses muy especialmente, y Piel de Azufre no ocultaba que sentía nostalgia, y que solo por amor a Lung regresaba con él a La Orilla del Cielo. Se sentó con su provisión de setas debajo del árbol más cercano y, cuando por fin se quedó dormida, sostenía un rebozuelo mordido en la pata envuelto en un enjambre de moscas indias, y murmuraba en sueños algo sobre boletos comestibles y champiñones silvestres.

Tras el largo viaje, Lung estaba tan agotado que también él callaba, pero Ben notó lo mucho que se alegraba de ir a La Orilla del Cielo con los otros dragones. Para Lung, el valle del Himalaya se había convertido en su tierra natal, y Ben estaba seguro de que el dragón no lo volvería a abandonar por voluntad propia. En algún momento, Lung hundió el hocico entre las patas, y Ben, allí sentado, con el caluroso aire nocturno de India sobre la piel y la respiración tranquila de Lung a su lado, deseó que instantes como aquellos se pudiesen enfundar como una prenda de vestir, chaquetas mágicas que, cuando uno se las pusiera, evocaran todo lo que momentos como aquellos contenían: el murmullo de Piel de Azufre en sueños, los paisajes vastos y extraños que habían recorrido juntos... y la cercanía del dragón. Sí, sobre todo el dragón. No había absolutamente nada que hiciera más feliz a Ben. Nada en todo el mundo.

¿Por qué La Orilla del Cielo estaba tan terriblemente lejos del lugar que era el

hogar más maravilloso que uno podía desear? Más de cinco mil millas separaban MÍMAMEIÐR y la cima del Himalaya.

—Tengo que contarte algo más. —Lung estiró las cansadas alas—. En realidad, quería habérselo contado a todos en MÍMAMEIÐR, pero de algún modo nunca parecía ser el momento adecuado, primero por Barba de Pizarra, luego por los pegasos...

Ben oía algo en la voz de Lung que no le gustaba. Sonaba inquietantemente seria.

—Este año no solo habrá potros de pegaso. En La Orilla del Cielo también estamos esperando descendencia.

Ben miró tan atónito al dragón que Lung emitió el suave ronroneo que Ben denominaba «su risa».

—Doce jóvenes dragones. Si todos los huevos eclosionan. Dos de ellos serán los hijos de Maya. Y míos.

Ben olvidó los pegasos y los grifos.

¡Jóvenes dragones!

—Pero..., ¡pero tendré que verlos! —tartamudeó—. ¿Cuándo saldrán de los huevos?

—Nuestros jóvenes necesitan algo más de tiempo que los potros de pegaso. En tres meses.

¡Tres meses! Pasarían volando y... ¡él estaría muy lejos! Y...

—Y lamentablemente no podré ir a MÍMAMEIÐR por un tiempo.

Lung verbalizó lo que Ben estaba pensando.

¿Por un tiempo? ¿Tal vez no pudiera ir en años! ¿Se ocupaban los padres dragón de sus hijos? Lung, con seguridad.

Ben no sabía hacia dónde mirar. ¡Oh, esa despedida iba a ser mucho peor que las demás! ¿Y si le decía a Barnabas que no podía ir con él a Indonesia? ¿Y si le pedía a Lung que lo llevara consigo y se quedaba en La Orilla del Cielo hasta que los dragones nacieran? Aunque los pegasos salieran de los huevos... ¡solo le recordarían a los jóvenes dragones cuyo nacimiento se estaba perdiendo!

Lung le dio un suave empujón en el pecho con el hocico, como siempre que quería animarlo.

—¡Naturalmente que los verás! Vendré a buscarte. Prometido. En cuanto pueda dejar a Maya sola con los chicos.

¡Cuandoquiera que eso fuera!

La última luz del día se extinguió, y la ruina del templo, en la que Ben debía encontrarse con Barnabas y los demás, desapareció en la noche.

—¡No te preocupes! —dijo Lung—. Todo irá bien. Y ahora deberíamos imitar a Piel de Azufre y dormir. Los dos tenemos un largo viaje por delante.

Se tendió junto a Ben y pronto se quedó tan profundamente dormido como Piel de Azufre. La luz de las estrellas se reflejaba en sus escamas plateadas y Ben se preguntó si era posible enseñar a amar al corazón sin pagarlo con dolor. ¿Acaso era

mejor no necesitar ni extrañar a nadie? Esa noche Ben no sabía la respuesta.

La perspectiva de no volver a ver a Lung durante tanto tiempo hizo que todo lo que amaba en MÍMAMEIÐR pareciera irreal. La extraña noche que lo rodeaba devoró la lejana felicidad, y lo único que contaba era el dragón.

Cuando el sol salió, Ben no había pegado ojo y había tomado una decisión. Ayudaría a Barnabas con el grifo, pero después no regresaría a MÍMAMEIÐR, sino que partiría de algún modo hacia La Orilla del Cielo. Ben no podía afirmar que la decisión lo hiciera feliz. Al contrario, se sentía como si hubiese planeado partir en dos su propio corazón y tirar una de las mitades. Pero ¿qué iba a hacer si no?

Se propuso hablar con Barnabas cuando tuvieran la pluma de grifo. Con seguridad comprendería su decisión. Al fin y al cabo, ambos recordaban que primero había sido el jinete del dragón y solo después un Wiesengrund.

¿Y Lung?

El dragón abrió los ojos como si la decisión de Ben lo hubiese despertado.

—Pareces cansado —dijo mientras estiraba los miembros escamosos—, ¿no has dormido bien?

—No especialmente —respondió Ben.

Habría preferido decirle directamente que se marcharía con él. Pero no podía dejar a Barnabas en la estacada. No en la búsqueda de uno de los seres fabulosos más peligrosos del mundo. Y... Ben debía admitirlo: tenía muchas ganas de ver a los grifos.

—¿Te veré antes de que prosigamos el viaje? —preguntó.

Barnabas se había limitado a pedirle a Lung que lo dejara cerca del templo porque un dragón provocaría demasiada agitación allí.

—Claro —dijo Lung—. No partiré hasta que oscurezca. Sigo prefiriendo volar de noche. Mándame a Lola cuando estéis preparados para partir. Pero ahora vayamos a ver si Barnabas ya está esperándote.





12 Un templo para Garuda

*Cuando hubo llegado el momento, Garuda,
radiante como el sol, y el dios del fuego Agni
salieron del cascarón de su huevo.*

*Su resplandor era como el del fuego,
que todo lo devorará cuando este mundo acabe.*

*Anónimo, Primer libro del gran marajá,
Adi Parva o El libro de los orígenes*

Barnabas, en efecto, ya estaba esperando. El templo, en cuyo patio rodeado de columnas Ben lo encontró, parecía a primera vista tan abandonado como si nadie se hubiese perdido entre sus muros derruidos desde hacía siglos. Pero al dios, cuya imagen corroída podía verse sobre los restos de los muros por doquier, probablemente no le importaban mucho los adoradores humanos. Tenía alas y un hocico, y la ruina de su templo resonaba con el sonido de las voces de mil aves. Estaban posadas por todas partes como flores plúmeas sobre los muros de color arena: rojas, amarillas, negro azuladas, verdes esmeralda o blancas como la nieve. Ben no había visto nunca antes tantas aves reunidas en un mismo lugar. Silbaban, graznaban, arrullaban y chillaban de forma tan estridente todas a la vez que Pata de Mosca, que estaba sentado sobre el hombro de Barnabas, se tapó los delicados oídos con las manos.

Muchas de las aves eran tan grandes o incluso más grandes que él. ¡Y todos aquellos picos! ¿Por qué no había ido con Hothbrodd y Lola en busca de un río pacífico donde poder repostar con calma el avión? Porque Barnabas necesitaba un traductor y él no era capaz de negarle nada.

—Tal vez imagines por qué he elegido este punto de encuentro —le dijo en voz baja Barnabas a Ben—. ¿Reconoces a quién está consagrado el templo? —preguntó señalando un fresco que decoraba la pared que estaba a su izquierda.

—¡Garuda! —susurró Ben—. La montura de Vishnu. El ladrón de la

inmortalidad. El dios de las aves.

—Exacto —respondió Barnabas en voz baja—. Muchas aves vienen de muy lejos para pedir aquí ayuda divina. ¿Quién sabe?, ¿quizá una de ellas pueda ayudarnos en la búsqueda!

Por supuesto. Por eso debía ir sin Lung. Ben miró alrededor de la ruina del templo.

—¿Ayudar a humanos que son aliados del rey de las serpientes? —graznó algo entre las columnas.

Pata de Mosca se irritó tanto con aquellas palabras que solo tradujo la voz cacofónica cuando Barnabas le lanzó una mirada interrogante.

Todos conocían al pájaro que arrastraba una cola de plumas irisadas tras de sí cuando salió de entre las columnas. Su belleza competía en fama con la fealdad de su voz. Ben solo había visto hasta ese momento pavos reales en jardines de palacios y en zoos, pero estaba seguro de que aquel pavo real se habría tomado la apreciación como una ofensa. Cuando abrió las majestuosas plumas de la cola en abanico se produjo entre las columnas tal silencio que hasta Piel de Azufre deseó que los graznidos y chillidos regresaran.

—¡Mi dueño y señor, el poderoso Garuda! —chilló el pavo real mientras volvía a abrir el abanico que superaba en esplendor a cualquier arcoíris—, ¡hará que sintáis toda su ira! ¿Cómo podéis osar traer un dragón a su santuario? ¡Al chico de ahí! —exclamó señalando de forma acusadora a Ben con el pico—, ¡lo trajo un escupefuego! ¡Tres pájaros guardianes me han informado de ello!

—¡Oh, no te des el pisto, Magura!

El pájaro, que de un modo tan impertinente gritaba al pavo real desde lo alto, tenía un penacho de plumas rojizas sobre la cabeza y era temido por su agresividad. Se trataba de una abubilla, y su inglés era tan impecable que no necesitaba la traducción de Pata de Mosca, aun cuando hablase con un fuerte acento indio. Ben sabía por experiencia que los animales se comunicaban en lenguas humanas cuando un ser fabuloso se hallaba presente.

—¡Un dragón es tan pájaro como una serpiente, oh, marajá de las vanidades! —gritó la abubilla con voz burlona—. Además, tu dueño y señor, si no me equivoco, apareció en este templo por última vez hace setecientos años. Para ser exactos... ¡nunca fue solo el templo de Garuda! Un único nicho le pertenece, y está bastante oculto, como debes admitir. El resto —la abubilla señaló con el pico hacia los edificios del templo que rodeaban el patio— está consagrado a Krishna. Muy oportuno, si me lo preguntas. ¡Después de todo, tu dueño y señor no es más que su montura!

El pavo real se encrespó indignado ante tanta impertinencia. Cada ojo plúmeo de su cola parecía chisporrotear de ira. La abubilla, sin embargo, emitió de forma desafiante su sonoro huphuphup, que le había brindado su nombre latino *Upupa epops*, después de lo cual el pavo real, enojado, desapareció con su cola de plumas

entre las columnas. Con una abubilla no se jugaba, aun cuando fuera considerablemente más pequeña que el pavo real. Solo había que observar cómo atravesaba a sus presas con el largo pico o cómo las mataba a golpes con una piedra.



Ben había guardado silencio hasta ese momento. Solo cuando la abubilla enmudeció, se dirigió vacilante hasta el centro del patio del templo. Miles de ojos de aves lo miraron desde lo alto de los muros y torres derruidos.

—¡La abubilla tiene razón! —gritó—. Los dragones se sienten emparentados con las aves y las serpientes. Y con todos los mamíferos. También con los peces del mar. ¡Un dragón es la encarnación de la vida! En toda su diversidad. Y él no os retorcería una pluma a ninguna de vosotras.

La abubilla volvió a emitir su huphuphup y revoloteó hacia una columna derruida a un paso escaso de Ben. Pata de Mosca se tuvo que dominar, a la vista del largo pico, para no desaparecer en el bolsillo de la chaqueta de Barnabas.

—No suele ser habitual que un humano tenga a un dragón por amigo. —La abubilla erizó el penacho y lanzó a Ben una mirada gélida—. ¿Qué tipo de ayuda estáis buscando aquí? Seguro que no os encontráis aquí por el motivo de siempre.

—¿Puedo preguntar cuál es el motivo de siempre que trae a los humanos a este templo? —preguntó Barnabas colocándose junto a Ben.

—Mordeduras de serpiente. —La abubilla picoteó una mosca en el aire—. Vuestros semejantes creen que contra el veneno ayuda lanzar a las serpientes en una cacerola de barro desde estos muros. Bastante absurdo, en mi opinión.

Volvió a emitir un burlón huphuphup, en el que intervinieron muchas otras aves. Ben creyó sentir la mirada de los incontables ojos sobre su piel. Ojos redondos y negros, tan distintos a los suyos. Sintió curiosidad por saber con qué ruegos iban las aves a Garuda. ¿Eran los mismos ruegos que los humanos hacían a sus dioses?

Barnabas carraspeó. No resultaba sencillo hacerse escuchar con todo aquel estruendo de aves.

—¡He oído que muchas de vosotras habéis venido a este templo desde muy lejos! —gritó—. ¿Alguna de las presentes se ha encontrado por casualidad con un grifo en sus viajes?

El silencio que siguió a sus palabras fue absoluto, como si las aves que los miraban desde lo alto se hubiesen convertido en piedra.

El pájaro que finalmente revoloteó al lado de la abubilla tenía un pico casi igual

de largo, pero su plumaje era bastante más colorido. Relucía de color naranja, verde y azul turquesa.



—Un abejaruco verde —susurró Pata de Mosca a Ben—. No tendríamos por qué creer lo que dice. Tienen fama de ser unos mentirosos compulsivos.

El abejaruco no hablaba inglés.

—¡Mi prima tercera —tradujo Pata de Mosca su gorjeoagitado— se topó hace unos días con un enjambre entero de grifos!

—¿En serio? —se burló un pájaro que extendió unas alas de color azul turquesa—. ¿Y dónde se supone que ocurrió, maestro de todos los mentirosos picoteados?

—Una carraca india —susurró Pata de Mosca.

Ben no sabía que el homúnculo entendía tanto de aves. Pero, por otro lado, ¿de qué no entendía Pata de Mosca? Cuando Ben vagaba con él por los bosques que rodeaban MÍMAMEIÐR, Pata de Mosca le indicaba el nombre de cada escarabajo.

—No muy lejos de aquí —chirrió el abejaruco—, en el templo Mahavishnu.

La carraca india emitió un silbido desdeñoso.

—¡Por las garras de Garuda! Allí no habita más que una bandada de buitres medio hambrientos. ¿Grifos? ¡Eso no son más que cuentos de hadas, solo eso! ¡Inventados por los humanos que no saben distinguir un águila de un león!

El abejaruco comenzó a gorjear de forma tan excitada que Pata de Mosca no intentó siquiera traducir. Por no hablar de que la abubilla lo examinaba con tanto interés que realmente le resultaba difícil concentrarse.

—¡Tú! ¡Hombre araña! —graznó cuando, enfurecido, el homúnculo le devolvió finalmente la mirada—. Seguro que sabes de forma exquisita. ¿Qué eres? ¿Un descendiente de Apasmara?

Pata de Mosca palideció. Apasmara... ¡Ni siquiera un largo pico disculpaba que se lo comparara con un enano considerado el símbolo de la estupidez!

—¡Hágame el favor! —chilló de modo tan estridente que su propia voz le sonó a gritos de pájaro en los oídos—. ¡Soy un homúnculo! Y no, no sabemos nada bien —añadió en un hindi impecable para demostrar su formación—. Al contrario, ¡somos muy muy venenosos!

—¿Qué has dicho? —susurró Ben.

—Nada —respondió Pata de Mosca mientras cruzaba los brazos delante del magro pecho—. ¡Solo estoy harto de las estupideces de las aves!

—Te agradecería que siguieras realizando los servicios de traducción —le susurró Barnabas—. Creo que la carraca india tiene algo más que decir.

De ser así, antes tenía intención de incrementar el suspense todavía más... La carraca hundió el pico afilado en la piedra sobre la que estaba posada, extrajo un insecto que pataleó protestando y lo hizo desaparecer con fruición, junto con las incontables patas, en el pico torcido. Luego se lo tragó, arrulló satisfecha... y emitió un torrente de sonidos incomprensibles para Ben.

—Dice que conoce una lora que se ha topado con grifos —tradujo Pata de Mosca—. Es una lori roja que ha escapado de algún coleccionista de aves. Por lo visto existen muchos huidores de jaulas en esta región.

—¿Y dónde podemos encontrar a esa lori? —preguntó Barnabas.

La carraca hindú señaló con el pico hacia una puerta que conducía al interior del templo. La oscuridad detrás de ella competía con las plumas de dos drongos, que relucían de un color negro tan azulado como si alguien los hubiese bañado en tinta, con sus plumas de la cola extravagantemente largas. A Pata de Mosca no le gustó nada aquella oscuridad, pero sabía por experiencia que puertas como aquellas atraían de forma mágica a su joven maestro.



—Está sentada sobre el nicho en el que pueden dejarse ofrendas a Garuda. Cree que si ayuna y se queda allí sentada día tras día, la compadecerá un día y la llevará de vuelta a casa.

El tono de la carraca evidenciaba lo que opinaba de esas esperanzas. Solo estaba allí por los deliciosos insectos que habitaban en los viejos muros del templo.

Barnabas apartó a un lado a Ben.

—¿Qué tal si buscas a esa lori perdida? —le susurró—. Tal vez tenga menos miedo de un joven que de un hombre maduro. Preferiría enviar solo a Pata de Mosca porque es de su tamaño, pero una lori lo tendría demasiado fácil para...

Barnabas enmudeció cuando el homúnculo le lanzó una mirada alarmada.

—¡Claro! —dijo Ben—. Con gusto iré en su búsqueda. Pero si la encuentro —añadió mirando a Pata de Mosca—, tal vez necesite un traductor.

El homúnculo lanzó una mirada de desaprobación a la oscura puerta, detrás de la que supuestamente se ocultaba la lori perdida. Pero no era capaz de negarse a nada que Ben le pidiese. Y ya había estado en lugares más tenebrosos con él.

—¡Cuidaré bien de ti! —prometió Ben—. Palabra de honor.

«¡Es culpa tuya, Pata de Mosca!», pensaba el homúnculo mientras trepaba a sus hombros. «¿Por qué no te has buscado un maestro que se sintiera plenamente feliz entre estanterías de libros y que considerase el mundo un asunto tan inquietante como tú?».



13 Muy lejos de casa

Quiero recordar lo que fui en otro tiempo.

Estoy enfermo de cadena y cuerda.

*Recordaré mi antigua fuerza, y,
en el bosque, mis grandes peleas.*

RUDYARD KIPLING, *El libro de la selva*

Pata de Mosca no tenía claro qué pensar de las linternas. La oscuridad estimulaba la fantasía mucho menos que el rayo de luz tentador con el que Ben recorría el interior del viejo templo en busca de la lori huida. Cada imagen esculpida en los muros derruidos parecía despertar a la vida cuando la linterna la despojaba de su sombra, hasta que Pata de Mosca estuvo plenamente convencido de que Garuda los seguía en secreto a ellos también y que, con garras de oro y un pico, le partía los miembros de homúnculo como cerillas.

¡El estruendo era casi peor que las imágenes! Todos esos aleteos y veloces deslizamientos de cuerpos invisibles que penetraban en sus oídos extremadamente sensibles... ¡No, en verdad no había nacido para ser aventurero! Pero su corazón pendía ahora de un joven que no conocía la palabra miedo y que quería mirar en todos los rincones ocultos de ese mundo.

¡Allí!

¿Qué había allí?

Pata de Mosca se aferraba con tanta fuerza a la chaqueta de Ben que casi se parte los dedos, finos como cerillas.

¿No era el sonido de una serpiente?

«¡No, Pata de Mosca, este es un templo de Garuda!», se tranquilizó a sí mismo. «¿No has oído que aquí lanzan serpientes en cacerolas desde los muros?».

¡Ah!

Algo revoloteó sobre ellos. Pero la linterna de Ben no encontró sino un murciélago gigantesco. No es que Pata de Mosca estuviera seguro de que fuera a

despreciar un bocado de homúnculo. Con su estatura, se encontraba en el menú de un montón de criaturas.

—¡Allí! —susurró Ben, dejando vagar la luz de la linterna sobre un friso de aves de piedra.

Rodeaban un nicho en el que yacían frutos secos y granos delante de una estatua derruida. Era difícil decir qué dios debía representar, pero Pata de Mosca creía reconocer la prolongación de las alas.

—Podría ser Garuda, ¿verdad? —susurró Ben.

Pata de Mosca temblaba demasiado para lograr asentir con la cabeza de manera convincente.

—¿Puedes gritar algo? —musitó Ben—. ¿Algo como: «Venimos en son de paz»? ¿En alguna lengua indonesia? ¿En loroyés del sudeste asiático? Si es que existe.

—Seguramente existe —respondió Pata de Mosca entre susurros—. ¡Domino doce de los ochocientos cincuenta y tres dialectos!

—¡Genial! —contestó Ben mientras dejaba vagar la linterna sobre un estante de serpientes muy inquietante que se extendía encima de ellos en el techo—. ¡Inténtalo! ¡Dile que queremos llevarla a casa!

¡No tenía miedo! ¡No había el menor rastro de él en su voz!

Pata de Mosca, con los miembros trémulos, emitió una mezcla de arrullo, chillido estridente y graznido ronco que, a sus propios oídos, sonó muy loroyés.

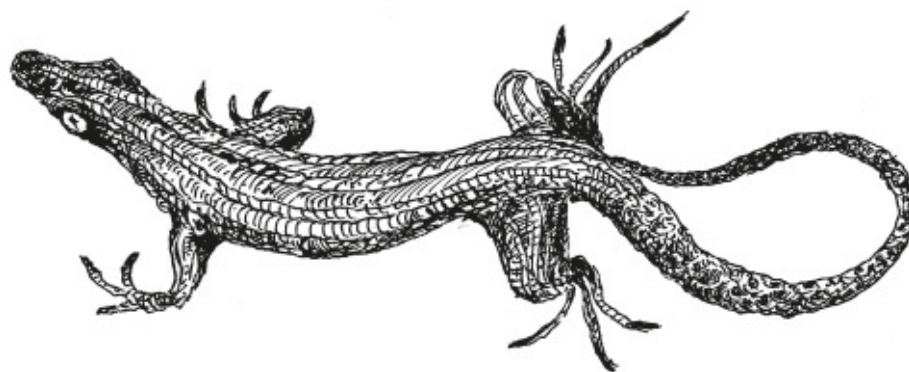
Nada.

La única respuesta que se dejó ver fue un lagarto azul.

Pero cuando Pata de Mosca entonó el dialecto del *Lorius garrulus* (también denominado lori parlanchín), algo se deslizó veloz sobre ellos, y por una abertura en el techo derruido asomó una cabeza con plumas rojas.

—¡Ahí está! —susurró Ben.

Pata de Mosca dedujo, por el tamaño de la cabeza con pico, que el pájaro, que los miraba desde lo alto con una mezcla de pánico y terror, era al menos cinco centímetros más grande que él.



—¡Pregúntale de dónde viene! —siseó Ben.

La lori respondió a la pregunta con un graznido tan colérico que Pata de Mosca

estuvo a punto de meterse en uno de los bolsillos de Ben, pero la propia cobardía le resultó demasiado embarazosa.

—¿Qué dice?

Pata de Mosca le ahorró a Ben los extravagantes calificativos que los loris aplicaban a los seres humanos. «Sabandija ratera» era el más cortés. No era de extrañar que hablara su propia lengua, aunque a menudo el homúnculo alentara incluso a los animales comunes a utilizar lenguas humanas. La hembra tenía también un curioso nombre para él. Llamaba «jenglots» a Pata de Mosca..., lo que quiera que eso fuera. Tal vez el homúnculo lo hubiera aceptado como cumplido de haber sabido que los jenglots son zombis enanos que beben sangre y que son muy temidos en Indonesia.

La lori seguía graznando e insultando, pero Pata de Mosca sabía lo suficiente sobre el miedo como para reconocerlo en los demás. Los ojos negros estaban dilatados por el pavor, y Pata de Mosca veía una tristeza en ellos que también conocía demasiado bien. Así pues, carraspeó y eliminó algo de lo que Ben le había pedido traducir.

—No resulta fácil ser el único de su especie —dijo en la lengua en la que la lori le había respondido—. Créeme, sé lo que es. Pero mi maestro tiene un gran corazón y puedes estar segura de que él no te causará más dolor. Al contrario. Tal vez pueda ayudarte a regresar a casa. ¡Pero para eso tienes que revelarnos de dónde vienes!

La lori estiró el cuello rojo para observar mejor a Ben. Después graznó algo en inglés para sorpresa de Pata de Mosca y de Ben.

—Me-Rah viene de las miles de miles de islas verdes —graznó—. Y su corazón está tan desollado de añoranza como el lomo de un asno.

Después dio un grito lastimoso y desapareció en su agujero.

—¿Las miles de miles de islas verdes? —susurró Ben—. ¡Eso podría ser Indonesia!

Bajó la linterna para que Me-Rah no se sintiera amenazada por la luz.

—¡Tu inglés es muy bueno, Me-Rah! —gritó a la lori desde abajo.

Por un momento nada se movió, pero entonces Me-Rah asomó la cabeza.

—¿Y de qué te sorprendes? Los loris pueden imitar cualquier sonido del mundo —jadeó—. ¡La lengua primitiva que hablas me resulta demasiado familiar! El hombre que me encerró en una jaula también la hablaba.

Ben no le explicó que su lengua materna era realmente la alemana. Con seguridad, Me-Rah no la encontraba menos bárbara.

—¡Tal vez podamos ayudarte a regresar a casa! —le gritó—. ¿Es cierto que en tus islas hay grifos?

Me-Rah había salido por completo de su escondrijo. Tenía un aspecto lamentable. Su plumaje estaba pelado y sin brillo, y su pico estaba polvoriento y resquebrajado, como si llevara días royendo solo piedras.

—¿Grifo? ¿Qué es eso? —graznó desconfiada.

—¡Un pájaro descomunal! —Pata de Mosca extendió los brazos, pero los bajó cuando comprendió que apenas podía alcanzar la envergadura de un gorrión—. Con el cuerpo de un león y una serpiente de cola.

Me-Rah agachó preocupada la cabeza.

—¿Te refieres a los pájaros león?

Emitió unos silbidos tan estridentes que los oscuros pasillos del templo se llenaron de murciélagos alarmados.

—¡Oh, qué espantosos son! ¡Cogen al gran gibón de los árboles como si fuera una oruga! ¡Hasta los osos del sol y los binturongs huyen tan pronto sus sombras se proyectan en la selva!

Ben cruzó una mirada triunfante con Pata de Mosca.

—¿Puedes conducirnos hasta ellos? —gritó a Me-Rah desde abajo—. ¡En agradecimiento, naturalmente, te llevaríamos a casa!

Me-Rah encrespó el plumaje pelado y emitió un arrullo nostálgico.

Pero al final sacudió muy convencida la cabeza roja.

—¡Si vuelas allí donde los pájaros leones viven, nunca volverás! —graznó en un tono tan suplicante como si repitiera palabras que le habían inculcado cuando era aún un pollito—. Acolchan sus nidos con tus plumas y decoran sus cámaras de los tesoros con el cuerno de tu pico. ¡Atraviesan sus presas con tus huesos y le dan de comer a sus crías tu corazón latiendo!

Se dio la vuelta.

Y zas, desapareció de nuevo en su escondrijo.

«Una reacción muy razonable», le pareció a Pata de Mosca. «¿Atraviesan sus presas con tus huesos? ¡Habría que reflexionar de nuevo sobre todo este asunto! En serio: ¿necesita el mundo realmente potros de pegaso?, ¿por qué tendría que haber caballos con alas? ¡De los que no tienen alas hay en verdad más que suficientes!».

Pero Ben había aguzado el oído, fascinado por la inquietante descripción de Me-Rah. Oh, Pata de Mosca había visto esa expresión en su rostro demasiado a menudo. ¡Que venga aquí el peligro!, decía. Y: ¿quién va a darse por vencido?

—¡Me-Rah! ¡Por favor! —gritó Ben hacia lo alto del estrecho agujero del muro en el que se ocultaba la lori—. Solo tienes que mostrarnos en qué isla viven. ¡Después puedes volar adonde quieras!

Pero Me-Rah siguió desaparecida. Solo se la oía crepitar las alas en su escondrijo.

—¡Lo siento mucho, maestro! —dijo Pata de Mosca—. ¡Me temo que tendremos que buscarnos otra guía!

Cuán hipócrita podía ser. Debía admitir para su deshonra que había enviado una breve oración de agradecimiento a Garuda... o al dios que fuera al que debía agradecer el no de MeRah. En India había tantos dioses que hasta Pata de Mosca perdía la cuenta.

Pero el rostro de Ben se iluminó de repente, y Pata de Mosca no necesitó mirar hacia arriba para saber que la nostalgia de Me-Rah había vencido su miedo a los

pájaros león.

Ben le extendió el brazo de forma seductora.

—¡Permíteme que te presente al jefe de nuestra expedición, Barnabas Wiesengrund! —dijo—. Estoy seguro de que te gustará. ¡Lucha contra humanos como el que te atrapó y vendió!



Incluso aunque Me-Rah no hubiera entendido nada de inglés, en la voz de Ben se percibía tanto del amor y del respeto que los Wiesengrund y él sentían por todas las criaturas salvajes que con certeza Me-Rah habría confiado también en él sin comprender sus palabras. Y de este modo descendió revoloteando hacia el chico que, sin esfuerzo, se había ganado el corazón de Pata de Mosca de un modo similar, y aferró los dedos escamados en las mangas de la chaqueta de Ben.

¡La misión «rescatar al pegaso» tenía una guía!

Si es que los pájaros leones de Me-Rah eran, en efecto, grifos y no se los había inventado para volver a casa...

Pata de Mosca debía admitir que una pequeña parte de él confiaba precisamente en eso. «Y le dan de comer a sus crías tu corazón latiendo». Un corazón de homúnculo tenía desde luego el tamaño apropiado para ello.





14 Un regalo de despedida

*Adondequiera que vayas,
ve con todo tu corazón.*
CONFUCIO (551-479 a. C.)

Y entonces llegó la despedida. Lung volaría hacia el norte, de vuelta a La Orilla del Cielo, y Ben viajaría con Barnabas en dirección contraria, por el sur de India y Sri Lanka rumbo a Indonesia.

Los demás ya habían tomado asiento en el avión. Hothbrodd había construido, con unas ramas de mango, un árbolasiento para Me-Rah en la carlinga. A Ben le había parecido muy amable. «¿Amable?», se había limitado a gruñir Hothbrodd cuando Ben lo había dicho. «Los troles nunca son amables, jinete del dragón. Pero al parecer tampoco sabes mucho de loris. ¡Roen todo lo que encuentran bajo su pico! ¡Solo he construido esta cosa para que nuestra nueva amiga no descomponga mi avión!».

El trol no exageraba. Me-Rah comenzó a picotear la madera de mango tan pronto sus patas de uñas afiladas la envolvieron. Hothbrodd había sujetado el árbol directamente detrás del asiento del copiloto para que Me-Rah pudiera darle instrucciones de vuelo a él y a Lola. Lo que no gustó en absoluto a la rata.

—¿Instrucciones de vuelo de una lori? —chilló la rata con tanta potencia que, del susto, Me-Rah salió revoloteando sobre los instrumentos de Hothbrodd.

Aquello, por supuesto, le valió a Lola un enfado con el trol. El leñoso estrépito de Hothbrodd atravesó la ventana de la carlinga con la misma fuerza que la voz chillona de la rata, cuando Ben rodeaba por última vez el cuello de Lung con sus brazos. Agradecía que los demás ya hubieran tomado asiento en el avión, y no solo porque así evitaba preocuparse de que Me-Rah desvelara a Lung el auténtico destino de su búsqueda. Ya resultaba bastante penoso que Piel de Azufre lo observara durante la despedida.

Estaba sentada justo en el que solía ser su sitio a lomos de Lung.

—Bueno... —susurró mientras intentaba no mirar a la duende con demasiada envidia.

De haberlo hecho, tal vez se habría percatado de que Piel de Azufre, por su parte, evitaba mirar a la máquina de volar de Hothbrodd. Ella sentía aún más nostalgia que la que Lung y Ben sospechaban. Nostalgia de las colinas de un verde fresco y de los bosques de abetos, de los hombres erizo y de los ríos en los que espiaban señores de las aguas, del cielo del norte siempre nublado y de un horizonte que ninguna montaña cubierta de nieve obstruía. MÍMAMEIÐR se parecía mucho más a su país natal, Escocia, que las montañas de Nepal. Pero los duendes son bastante menos sentimentales que los humanos (al menos eso afirman). Piel de Azufre aceptaba su nostalgia como una seta amarga que le recordaba placeres pasados. Y... era muy buena ocultándola cuando quería.

Ben se disponía a darse la vuelta —de una forma brusca para que el dragón no viera sus ojos sospechosamente húmedos—, cuando Lung volvió a llamarlo.

—Tengo un regalo para ti —dijo mientras extendía las alas.

—¡Y yo lo vuelvo a repetir! ¡No es una buena idea! —gritó Piel de Azufre desde lo alto de su lomo.

El dragón la ignoró.

—Uno de los enanos de las rocas, los que nos ayudaron entonces a liberar a los dragones petrificados... —comenzó.

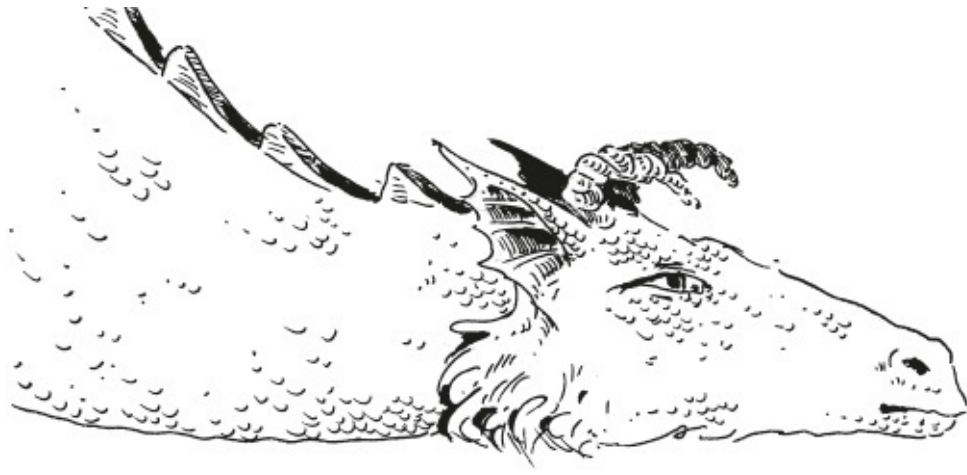
—Y todos sabemos lo idiotas que son los enanos de las rocas... —murmuró Piel de Azufre.

Lung la hizo callar con una mirada severa.

—Uno de los enanos de las rocas —empezó de nuevo— afirma que, en otro tiempo, los dragones les entregaban a sus jinetes una de sus escamas para sentir si estaban en peligro. Los jinetes solo tenían que cerrar la mano con la escama y el dragón percibía lo que sentían: alegría, miedo...

—¡Y los dragones, a cambio, iban por ahí con un maldito agujero en su vestimenta de escamas! —refunfuñó Piel de Azufre.

Estaba ahora más apegada a Ben de lo que admitía, pero su primera preocupación seguía siendo Lung. Después de todo, había pasado la mitad de su vida con él antes de que el chico hubiese aparecido. Sin que hasta ese momento se hubiera hablado nunca de escamas regaladas y otras estupideces similares. O de los incesantes vuelos de un extremo a otro del mundo. Los duendes odiaban los cambios. Los humanos, por el contrario, no apreciaban nada más, por la experiencia de Piel de Azufre. Lo que hacía aún más incómodo el hecho de que su dragón hubiera escogido precisamente a un humano como mejor amigo. Después de ella, claro.



—Piel de Azufre tiene razón —dijo Ben. (Sí, de acuerdo, él era uno de los humanos amables)—. ¡Lo de la escama no suena bien!

Pero Lung ya se la estaba arrancando del pecho.

—Volverá a crecer —dijo cuando Ben miró con inquietud el oscuro punto en su abrigo de escamas.

—¿Y si no es así? —jadeó Piel de Azufre.

Detrás de ellos, Hothbrodd sopló el cuerno que había construido a imitación de los cornetines de los vikingos. Era un sonido extraño para las montañas de India occidental.

—¡Voy! —gritó Ben mientras Lung dejaba la escama en su mano.

Era casi tan fría y redonda como una moneda... y le recordaba otra escama. La escama de oro de Ortiga Abrasadora, que les había ayudado a vencer al enemigo de todos los dragones.

Envolvió con los dedos el regalo de Lung. Quién sabe, tal vez ayudaría contra la nostalgia.

—¿Sientes algo? —preguntó al dragón.

—Dolor por la despedida —respondió Lung—. Pero ninguno de los dos necesitamos una escama para saber lo que siente el otro ahora, ¿no es cierto? Úsala siempre que precises ayuda. ¡Prométemelo! ¡Y ahora Hothbrodd sí que debe estar desesperado!

El trol estaba de pie delante del avión y hacía señas a Ben con ambos brazos.

Ben guardó la escama del dragón en el bolsillo de la chaqueta y volvió a rodear con los brazos el cuello de Lung.

—Desearía poderte dar algo también —dijo con voz empañada—. Pero, por desgracia, los humanos no tenemos escamas.

Después dio media vuelta y caminó hacia Hothbrodd.





15 Preocupación en MÍMAMEIÐR

Es duro quedarte siempre atrás.

[...] Es duro ser la que se queda.

AUDREY NIFFENEGGER,

La mujer del viajero en el tiempo

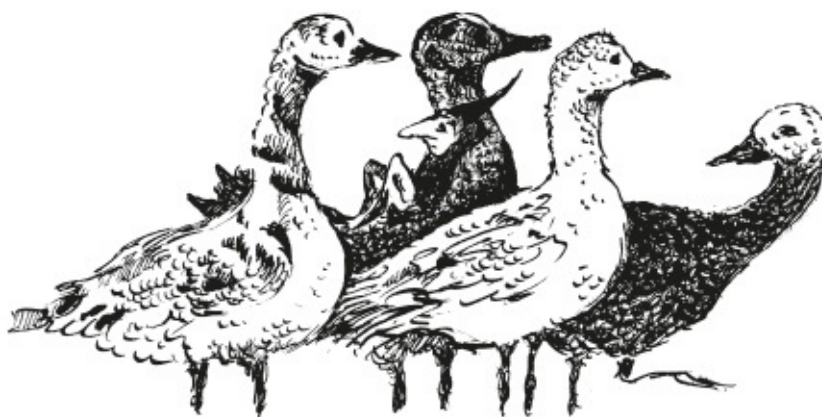
Guinever no era una niña que hubiese soñado siempre con cabalgar y con su propio caballo. Cuando uno tiene entre sus amigos a elfos de la hierba y a geniecillos, y cura en la bañera a sirenas heridas por las hélices de los barcos, los caballos no son necesariamente las criaturas más excitantes del mundo. Guinever se había encontrado, por supuesto, con muchos parientes legendarios de caballos. Con ocho años había montado a su primer kelpie y con diez había salvado a tres caballos elfos de un enjambre de avispas salvajes. Caballos de espuma de mar, yeguas de los vientos, corceles de las nubes... Guinever los conocía a todos. Pero ninguna de esas criaturas unguiladas la había hechizado más que los elfos, los duendes o los hombres erizo. Hasta que Ànemos llegó a MÍMAMEIÐR.

La tarea que Lung y Barnabas habían confiado al pegaso lo distraía en parte de su dolor. A menudo se lo encontraba a orillas del fiordo, donde resolvía conflictos entre fossegrimms y ninfas o geniecillos de la mostaza y castores. Recibía a zorros, comadreas y lobos en las fronteras de MÍMAMEIÐR para requerirles que se buscasen otro coto de caza, al despuntar el alba sobrevolaba con los cuervos cenicientos las cuevas, las cabañas y las casas para desanimar a las aves rapaces a capturar un geniecillo como desayuno, y escarbando en la tierra con sus pezuñas detrás de los establos hacía brotar agua que no solo curaba heridas, sino también el cansancio y la añoranza. Pronto muchos seres fabulosos grandes y pequeños rodearon el arroyo. Pero el agua milagrosa no ayudaba contra la tristeza que envolvía al pegaso como un nubarrón.

Todos en MÍMAMEIÐR sabían que Ànemos no pisaba nunca el establo, en el que cisnes y gansos brindaban calor a sus retoños huérfanos. Era como si el pegaso intentara olvidar que los tres huevos existían. Para qué sentir apego por algo que de

todos modos se perderá. ¿Era eso lo que pensaba? Guinever se hacía esa pregunta cada vez que veía a Ànemos en los prados con la cabeza gacha y triste, de espaldas al establo en el que los brillantes cascarones cobijaban a sus hijos aún no nacidos.

Los habitantes plúmeos de MÍMAMEIÐR hacían cola para calentar el nido. Guinever, siguiendo instrucciones de Undset, medía la temperatura de los huevos cada hora y pronto pudo informar de que los gansos bravos eran los que mantenían el nido más caliente (para gran enfado de los cisnes). Confeccionó un calendario con los días que quedaban para que los huevos crecieran... y se arrepintió de hacerlo ya mientras lo colgaba de la puerta del establo. Guinever había dibujado las casillas lo bastante grandes para escribir en ellas cualquier observación sobre los huevos. Pero, por desgracia, así también podía verse, con demasiada claridad, el poco tiempo que les quedaba. Siete casillas estaban aún vacías. Siete cuadrados blancos, rellenos únicamente de la dudosa esperanza de que Ben y su padre regresaran a tiempo con una pluma de grifo, y de que esa pluma no solo hiciese crecer el oro o la piedra, sino también los huevos de Pegaso.



Guinever acababa de llevarles la comida a los gansos que estaban sentados en el nido, cuando Vita en un aparte le preguntó si había visto comer a Ànemos.

Guinever se limitó a negar con la cabeza.

—Los cuervos cenicientos han intentado trabar amistad con él —dijo—. Pero él sigue solo, aunque los acompaña en sus vuelos. Apenas habla y no come ni duerme. Estoy realmente preocupada.

—Me temo que con buen motivo —comentó su madre.

Guinever había visto raras veces a Vita tan abatida. La muerte de la yegua pegaso la había entristecido mucho, sufría con Ànemos y odiaba lo poco que podía ayudarlo.

—Le pediré a los cuervos cenicientos que busquen a una vieja amiga mía —dijo—. Tal vez pueda penetrar en la tristeza de Ànemos. Su manada no estaba muy lejos de aquí la última vez que oí hablar de ella.

—¿Manada? —preguntó Guinever.

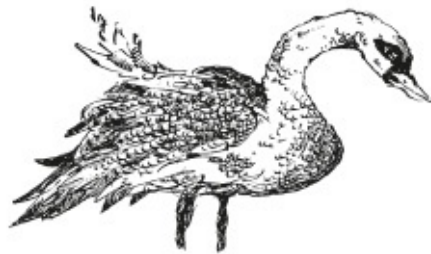
—Sí, Raskerwint es una centauro —respondió Vita—. Se parecen más a los pegasos de lo que se piensa. Lo que no significa, naturalmente, que nos pueda ayudar.

Pero es una esperanza y a menudo es todo lo que nos queda, ¿no?

Sí, era muy cierto. De igual modo, no era más que una esperanza que el motivo por el que desde hacía dos días no habían oído nada de Ben y de su padre fuese porque Hothbrodd, como todos los troles, alteraba las radiocomunicaciones. Estaban bien. ¡Seguro! Y encontrarían la pluma. Y regresarían a tiempo. Había que confiar. Guinever deseaba de verdad poder hacer más. Incluso encontrar una pluma de grifo parecía entretanto más fácil que esa desesperada espera.

—¡No sabía que tuvieras una amiga centauro! —le dijo a su madre.

—¿De qué te sorprendes, Guinever Wiesengrund? —le preguntó Vita—. Cuando nos conocimos, tu padre apostó conmigo quién de los dos se había topado con más seres fabulosos. ¿Quién crees que ganó? En cualquier caso, Barnabas ha mejorado desde entonces —añadió con una sonrisa.





16 Me-Rah informa

*«Los animales no se comportan como los hombres», dijo.
«Si tienen que pelear, pelean, y si tienen que matar, matan.
Pero no se sientan y utilizan su ingenio para maquinarse
maneras de destrozarse la vida de las otras criaturas y herirlas.
Poseen dignidad y animalidad».*

RICHARD ADAMS, *La colina de Watership*

Para cada uno de sus habitantes, este mundo tiene un aspecto diferente. Para Me-Rah estaba compuesto de hojas, frutos, semillas y nubes, serpientes que robaban huevos, monos y martas. Podía decirle a Hothbrodd que necesitaba seis días para sobrevolar su isla natal de este a oeste, y tres para ir del sur al norte, pero naturalmente no conocía a los animales y a las plantas por su nombre humano ni tampoco los cuatro puntos cardinales. Hablaba del lugar donde el mar alumbraba al sol, y de su nido nocturno en las montañas, de sombras largas y cortas, del lugar en el que los sapos de concha nadadores incubaban (Pata de Mosca los tradujo como tortugas) o de la dirección en la que las flores de cera sin olor (¡orquídeas!, tradujo Pata de Mosca) giraban sus flores a mediodía.

Me-Rah sabía mucho sobre su mundo.

—Porque sigue estando unida a él —susurró Barnabas a Ben después de que la nostálgica lori hubiera descrito su isla durante más de una hora con voz afónica por la añoranza (y un ligero acento indonesio)—. Es un sentimiento por el que envidio profundamente a cualquier animal. Creo que me gustaría reencarnarme en un lori. Aunque no en una jaula y con alas cortadas.

Las plumas de Me-Rah habían crecido desde su huida, pero aún no podía volar con tanta seguridad y aguante como antes de su cautiverio. Ben confiaba en que eso no la expusiera al peligro en el desierto. Hothbrodd continuaba observando a Me-Rah con gran desconfianza y se sobresaltaba siempre que picoteaba el árbol que le había construido. Lola, por el contrario, conversó pronto con Me-Rah sobre corrientes ascendentes y turbulencias, tal vez porque las dos pertenecían a los habitantes pequeños de ese mundo.

Me-Rah aseguraba que en su isla natal no había colonias de humanos. Los cazadores de pájaros, de los cuales había sido víctima, llegaban con botes igual que los cazadores de monos, de gatos jaspeados o de los osos del sol. En cualquier caso, rara vez se adentraban en el corazón de la isla.

—¿Por miedo a los pájaros león, supongo? —comentó Barnabas.

—¡Oh no, Wiesengrund crecido! —respondió Me-Rah. (Ben era Wiesengrund creciente)—. ¡Los pájaros león negocian incluso con los cazadores furtivos!

Eso... era una sorpresa.

—¿Qué negocian? —preguntó Barnabas.

—Permiten la caza en su reino, como llaman a su isla, solo a los humanos que pagan por ello —graznó Me-Rah—. A los demás se los zampan.

Horrorizado, Pata de Mosca miró a Ben. ¡Pero a este parecía más bien gustarle la información de Me-Rah!

—¡Zampan cazadores furtivos! ¿Y qué? —se limitó a decir—. ¡A veces desearía que todos los animales lo hicieran! Además, no somos cazadores furtivos, ¿dónde está el problema?

Pata de Mosca encontró aquel pensamiento muy optimista.

—¿Puedo..., puedo preguntar de cuántos pájaros león estamos hablando, Me-Rah? —inquirió con, según él, admirable tranquilidad.

Me-Rah volvió a su lengua de lori.

—Los suficientes para convertir el día en noche —tradujo Pata de Mosca.

Aquello sonó sumamente inquietante.

Me-Rah graznó algo más deprisa.

—¿Y tienen muchos sirvientes? ¿Qué tipo de sirvientes?

El propio Ben comprendió que Me-Rah enumeraba muchas criaturas distintas. Pata de Mosca no se esforzó en traducir la lista. Era muy larga. ¡Sonaba como si toda la isla de Me-Rah estuviera al servicio de los grifos!

—¡Maestro! —dijo con una voz a duras penas contenida—. ¡Creo que es hora de sopesar la relación riesgo y beneficio de esta expedición!

—¡Mi querido Pata de Mosca, solo tenemos que dejarle claro a los grifos que venimos en son de paz! —tranquilizó Barnabas al homúnculo—. Has oído que hacen negocios con los cazadores furtivos. Así que, ¿por qué no pueden hacerlos también con nosotros?

Pata de Mosca encontró el argumento de Barnabas tan poco convincente como el de Ben, pero renunció a recordar los cazadores furtivos devorados.

—¡Todo nos resulta de gran ayuda, Me-Rah! —dijo Barnabas—. ¡Estoy tan contento de que te mostraras dispuesta a ayudarnos! ¿Podrías tal vez ahora echar un vistazo a nuestro mapa y decirnos cuál de las islas que hay dibujadas se parece más a la tuya?

La lori observó confusa las manchas verdes que Gilbert Rabogrís había dibujado sobre la casi infinita superficie del mar que rodeaba las islas de Indonesia. Finalmente

picoteó en la mancha más grande.

—¡Vaya! —gritó Barnabas, pero enmudeció cuando MeRah picoteó otras cinco islas.

Era evidente que consideraba la cartografía de Gilbert comestible.

—¡Bueno, quizá habría sido demasiado fácil! —murmuró Barnabas en un intento valeroso por ocultar su decepción—. Quizá haya otro modo: a juzgar por los frutos y los animales que Me-Rah nos ha descrito, nuestro destino debería de encontrarse en la zona climática del nordeste de Indonesia. Así que comencemos aquí —dijo plantando el dedo en la isla más oriental que Gilbert había trazado— y exploremos todas las islas deshabitadas en un perímetro de cincuenta millas. Si no fuera suficiente, lo ampliaremos a cien y así sucesivamente...

Se esforzaba sobremanera por sonar optimista, pero era fácil adivinar en su rostro lo preocupado que estaba. Por la mañana se habían conectado por fin con Vita y Guinever, entonces se habían enterado de que el calentamiento de los huevos no había supuesto ningún problema, aunque Ànemos seguía sin comer.

Ben desvió la mirada hacia el mar infinito que sobrevolaban desde hacía horas e intentó pensar únicamente en los pegasos. Trajo a la memoria la mirada confusa de Ànemos y sacó del bolsillo la foto que Guinever le había dado de los huevos, pero todo lo que vio fue al dragón. Su corazón seguía tan profundamente cargado de nostalgia por Lung que a Ben no le habría sorprendido que el peso de la máquina de volar de Hothbrodd se hubiese precipitado. ¿Qué era un jinete del dragón sin su dragón?

Suspiró y notó la mirada compasiva de Pata de Mosca. El homúnculo estaba sentado, como siempre que volaban, en la rodilla de Ben, con un cinturón alrededor de la cintura, delgada como un huso, que a su vez estaba sujeto al cinturón de Ben... Sin duda, no era el método más seguro. Durante las turbulencias, Ben ya había tenido que pescar en alguna ocasión al homúnculo en el aire, pero Pata de Mosca prefería estar cerca de su maestro. Aunque Hothbrodd le había construido expresamente un sitio de su tamaño.

—¡Pronto volveréis a ver a Lung, maestro! —Pata de Mosca brindó a Ben una animada sonrisa.

Ben podía ocultar sus preocupaciones a Barnabas más fácilmente que al homúnculo. Barnabas tenía que ocuparse de muchos, pero Pata de Mosca había hecho de Ben el centro de su universo y compartía cada sensación y cada preocupación con él. A Ben le habría gustado hablar con él sobre su determinación de irse a vivir con el dragón después de aquella misión. Pero le habría parecido una traición haber compartido la decisión con el homúnculo y no con Barnabas.

Pata de Mosca llevaba, como siempre, su cuaderno consigo y había anotado todo lo que Me-Rah había dicho sobre su isla. El nombre que la lori le dio resultaba impronunciable para las lenguas humanas, pero Me-Rah también conocía el nombre humano: Pulau Bulu, la isla plúmea. Pata de Mosca había anotado con signos de

admiración «¡Ningún volcán activo!». Las erupciones volcánicas, como había aprendido en su investigación, eran tan frecuentes en Indonesia como las auroras boreales en Noruega.

—Bien. Si no me equivoco al traducir las descripciones de Me-Rah, en su isla hay árboles de orquídeas y de umbelas, teca y cíttis, manzanas de elefante, melati, anggrek bulan y las voraces *Rafflesia arnoldii*. —El homúnculo bajó el bolígrafo—. De ahí podemos tachar ya un grupo de islas. —Miró interrogante a la lori—. ¿Puedes describirnos otras plantas oriundas de Pulau Bulu? ¡Cuanto más extrañas, mejor!

Me-Rah se limpió el plumaje rojo del pecho. Ya tenía un aspecto mucho menos desplumado. Barnabas le había dado de comer conchas de ostras y le había colocado un cuenco con agua en el que podía bañarse... aun cuando Hothbrodd le había manifestado con desaprobación que el agua en un avión no era una buena idea.

—¿He mencionado a las flores cantarinas? —Me-Rah estiró una pluma del ala, que sobresalía rebelde.

Barnabas alzó la cabeza.

—Las semillas son grandes como las nueces y saben dulce como la carne de coco, pero para comerlas hay que introducirse a hurtadillas en los cálices de las flores — continuó la lori—. Eso puede resultar muy peligroso, pues el aroma de una flor cantarina deja aturdido en segundos, y si no sales lo suficientemente deprisa, ¡la flor se cierra y te digiere con plumas y huesos!



Me-Rah se hinchó del miedo, pero Barnabas dejó escapar tal grito de alegría que, del susto, Hothbrodd hizo un *looping* en el aire y Me-Rah revoloteó debajo de los asientos.

—¡Disculpa mi falta de dominio, apreciada e inmensamente útil Me-Rah! — Barnabas se arrodilló entre los asientos y le tendió, compungido, la palma de la mano a la lori—. Pero ¡flores cantarinas! ¡Eso es fantástico!

Me-Rah, vacilante, trepó a su mano... y arrulló horrorizada cuando Barnabas la besó en el pico en muestra de agradecimiento.

—¡Estoy seguro de que se trata de la extraña *Lupina cantanda*, también

denominada Lobo Vegetal Cantarín! —informó triunfal mientras se incorporaba con la lori—. ¡Por lo que sé, solo es oriunda de este grupo de islas!

Barnabas se inclinó sobre el mapa de Gilbert, que había quedado en el asiento junto a Ben, y tocó con el dedo sobre unas manchas diminutas y largas.

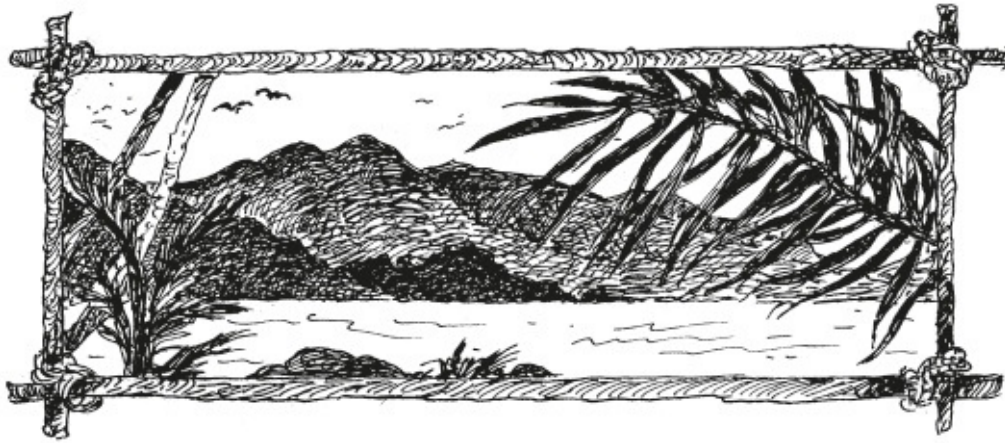
—Per-hi-a-san —leyó Pata de Mosca—. ¡Eso significa «joya» en indonesio!

—¡Un nombre muy apropiado! —constató Ben—. Las islas parecen en verdad un collar de perlas.

La mirada de Barnabas volvía a ser, por primera vez desde las malas noticias de Grecia, completamente alegre.

—¡Hothbrodd! ¡Lola! —gritó—. ¡Ya tenemos destino!





17 Mil veces mil islas

*Solo desearía que el mundo
fuese dos veces más grande y que la mitad
siguiera estando sin explorar.*

SIR SAVID ATTENBOROUGH

El lugar de origen de Me-Rah se había ganado, en efecto, la denominación «mil veces mil islas». Incluso para Pata de Mosca, que había conocido tantas cosas en su larga vida, resultó un espectáculo inolvidable cuando el archipiélago de Indonesia transformó el mar que sobrevolaban en un mosaico de agua y tierra. Mil veces mil islas, mil veces mil mundos... Algunas islas eran tan grandes que casi no se les podía denominar así, con ciudades que, desde lo alto, parecían algas prolíferas. Pero también había islas con pueblos de bambú y de hojas de palma que parecían proceder de épocas más antiguas y serenas. Otras emergían, como la panza de una serpiente marina, del agua verde azulada o estaban repletas de cabañas y plantaciones de té. Ben estaba tan absorto con lo que veía como Pata de Mosca. Conos volcánicos afilados proyectaban sus sombras sobre bahías con las que había soñado cuando había querido ser pirata. Sus playas estaban cubiertas de huellas de tortugas y su blanca arena ribeteaba selvas vírgenes en las que, como Pata de Mosca enumeró, tenían su hogar tigres, rinocerontes, orangutanes y pandas rojos.

—Qué distinto al mundo del que venimos, ¿no es cierto? —dijo Barnabas—. Y sin embargo es el mismo planeta. ¡Es increíble!

A media tarde alcanzaron el grupo de islas en el que Barnabas conjeturaba se hallaba el lugar de origen de Me-Rah. Hothbrodd volaba tan bajo que el fuselaje del avión casi rozaba las copas de los árboles, pero en las primeras tres islas MeRah se limitó a negar con la cabeza y soltó un graznido de decepción. La mirada nostálgica con la que buscaba su hogar le recordaba a Ben su propio corazón desgarrado. ¿Qué sitio amaba de una forma semejante? Sin duda MÍMAMEIÐR, pero eso no cambiaba

nada la añoranza que sentía de Lung. ¡El corazón era algo desagradablemente complicado!



—Pareces abatido. ¿Hay algo de lo que quieras hablar? —Barnabas le tendió la caja de galletas que llevaba siempre a todos los viajes.

Galletas de chocolate y nueces.

—No, todo está bien.

Ben simplemente no acertaba a comunicarle su decisión. Se sentía un traidor y Barnabas no insistió, como siempre que notaba que uno de sus hijos se abstenía de responder. Vita y él les daban tiempo para que exploraran sus propios pensamientos. Ben no podía enumerar las veces que le había estado agradecido por ello.

Lola se había puesto encima del mapa y punteaba con un bolígrafo las islas que habían sobrevolado ya. Probablemente Gilbert le habría mordido una oreja por hacer algo así. Barnabas examinó la parte del mapa que no iban a explorar, y suspiró.

—Qué escándalo —murmuró—. ¡Me temo que Me-Rah vive en una isla en la que no hay orangutanes! Son una especie impresionante. Por desgracia están casi tan amenazados como los dragones y los pegasos. ¡Y no son ni la mitad de buenos que ellos ocultándose!

Orangutanes, elefantes, peces globo, armadillos, ranas de árbol y lémures... Para Ben, cada criatura era ahora un ser fabuloso, y a menudo deseaba que existiese una magia con la que hubiese podido protegerlos a todos. Pero de momento debían contentarse con llevar a una lori secuestrada a su casa y salvar a unos caballos alados. Era mejor que nada.

Sobrevolaron otra isla en la que las flores cantarinas abrían sus cálices mortales, pero ya desde lejos vieron que era demasiado pequeña para corresponderse con la descripción de Me-Rah, y la lori volvió a emitir un graznido de decepción. Empezaba a oscurecer, pero Hothbrodd aseguró a Barnabas que aún podían acercarse a otras dos islas antes de buscar un lugar para aterrizar durante la noche. Me-Rah había revoloteado de su árbol al respaldo de su asiento de piloto y picoteaba sin pausa en su oreja verde, lo cual irritó mucho al trol.

—¡Rata! —gritó mientras espantaba a Me-Rah hacia el asiento de copiloto vacío de Lola—. ¡Ven aquí y coge el volante! Puedo leer el mapa de Gilbert tan bien como tú. ¡Y, con certeza, sé mejor que tú dónde puede aterrizar esta máquina! ¡Después de todo necesita algo más de espacio que tu avión de corneja!

—¿De veras? —respondió Lola también gritando—. ¡Qué cosas! ¡Qué bien que me lo recuerdes!

Después se volvió a inclinar, reprimiendo la risa, sobre el mapa de Gilbert.

—¡Ya verás! —le susurró a Barnabas—. ¡El trol le arrancará a mordiscos la cabeza a Me-Rah antes de que demos con la isla! ¡Una lori de guía! De todas tus ideas, esta ha sido sin duda la más descabellada. Admito que son muy entretenidas y que saben mucho de corrientes ascendentes y descendentes, pero ¡son unas criaturas tan angustiadas! ¡Es un milagro que el revoloteo y los chillidos aún no nos hayan hundido en el mar!

Como corroboración, de la carlinga llegó un silbido de lori tan penetrante que el propio Barnabas se tapó los oídos con las manos. Al silbido le siguió un torrente chillón y agudo de palabras de lori, y una maldición de trol muy grosera.

—Pata de Mosca, ¿qué dice el maldito pájaro? —increpó Hothbrodd cuando Ben entró precipitadamente con el homúnculo en la carlinga.

—¡Está viendo su isla! —Pata de Mosca apenas podía acallar el chillido de Me-Rah con su delicada voz de homúnculo.

—¿Cuál? —gruñó Hothbrodd—. ¿Cuál, pájaro? ¡*Faen!*

Me-Rah revoloteó hasta la cabeza del trol y continuó chillando. En el avión se produjeron unas turbulencias muy inquietantes cuando Hothbrodd intentó quitarse a la lori del cabello y, en desquite, Me-Rah le enterró el pico en los dedos cubiertos de corteza.

—¿*Hvilken øy?* ¿¡Cuál!? ¡*Ti stille, latterlig fugl!* —vociferó mientras pilotaba el avión con una mano y con la otra sujetaba a la lori chillona.

Me-Rah enmudeció, agotada, y sacó el pico de la dura piel de trol. Después graznó algo que sonó ofensivo y muy irritado al mismo tiempo.

—Dice que es la isla que hay al este de nosotros —tradujo Pata de Mosca a toda prisa.

Hothbrodd dejó que Me-Rah revoloteara hasta su árbol —después de limpiar excremento blanco de pájaro de sus instrumentos con otra maldición— y pilotó el avión hacia el este.

Me-Rah arrullaba y graznaba como un mecanismo de relojería defectuoso, y alargaba el pescuezo como si quisiera atravesar volando el cristal de la carlinga. Ben le tendió un trozo de mango. Había comprobado que eso la tranquilizaba.

—¿Qué dice ahora, Pata de Mosca? —preguntó Barnabas.

Me-Rah parecía haber olvidado su inglés con la emoción.

—Que está completamente segura —tradujo Pata de Mosca mientras Me-Rah seguía graznando sofocada—. Y que sugiere aterrizar en una bahía que hay en la orilla sur. ¡Aunque el nombre no suena muy atractivo que digamos!

—¿Por qué? ¿Cómo se llama? —preguntó Ben.

—Bahía de las Calaveras.

Hothbrodd farfulló algo sobre el cuervo de Odín y lo que cabía esperar de los consejos de los pájaros en general. Pero cuando la isla estuvo debajo de ellos, puso rumbo, a pesar de todo, a la orilla sur, como Me-Rah había aconsejado. Pulau Bulu era considerablemente más grande de lo que Ben había esperado. Detrás de colinas

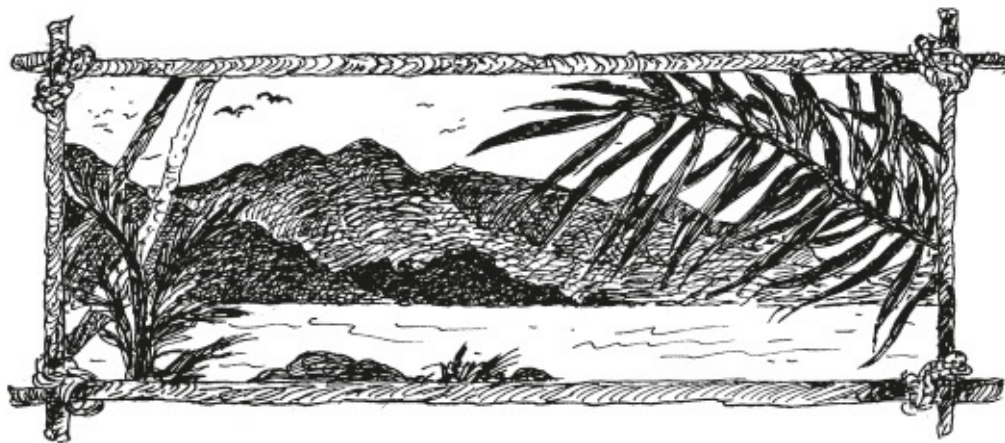
cubiertas de densa selva virgen, se dibujaba, delante del cielo crepuscular, la silueta de elevadas montañas. Como Me-Rah había dicho, no se avistaban colonias de humanos.

Intercambió una mirada con Barnabas.

—¡Ahora solo cabe esperar que los pájaros león de MeRah sean de verdad grifos!
—le dijo en voz baja.

Y que no los devorasen antes de que pudieran preguntarles por la pluma.





18 PULAU BULU

*Sí. Lo importante de tener muchas cosas
que recordar es ir a algún sitio a recordarlas,
¿comprendes? Tienes que detenerte.*

*No has estado en ninguna parte
hasta que no vuelves a casa.*

TERRY PRATCHETT, *La luz fantástica*

Las suaves ondulaciones sobre las que Hothbrodd aterrizó resplandecían como cristal verde mate incluso en la oscuridad.

Lola examinó la amplia bahía que se extendía delante de ellos con sus prismáticos, un instrumento por el que Pata de Mosca la envidiaba mucho. La hermana menor de Lola, Vera Mae Rabogrís, los había fabricado. Los aparatos ópticos de Vera Mae competían con los mejores instrumentos fabricados por la mano del hombre y, además, resultaban cómodos para las patas de una rata (o las manos de un homúnculo). No había prácticamente un oficio que los numerosos parientes de Lola no desempeñaran. Barnabas defendía la teoría de que eso se debía a que los seres fabulosos de Lola, al igual que la rata cantarina de Holsacia, contaban con la rata de barco-brújula y el pájaro rata entre sus abuelas.

—No se avista nada inquietante, húmclupus —comunicó—. Aparte de unos cangrejos y tortugas. Unas tortugas muy grandes —añadió mientras le entregaba sus prismáticos a Pata de Mosca.

Lo que el homúnculo vio a través de ellos le recordó mucho a *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson, uno de los libros favoritos de Ben y de él. ¡Aunque Pata de Mosca no había sentido jamás el deseo de vivir él mismo la aventura allí contada! La playa, repleta de rocas, lindaba con una selva virgen, cuyo aspecto era tan salvaje e inaccesible que a Pata de Mosca le pareció la guarida perfecta para algunas tribus caníbales salvajes. ¿Quizá Me-Rah había olvidado mencionarlas porque no las consideraba humanas?

Al ver la solitaria playa, Ben naturalmente pensó también en *La isla del tesoro* y en botines de piratas enterrados. Pero, al contrario que Pata de Mosca, no podía esperar a pisar la arena virgen. Incluso Hothbrodd, que desde su partida había tallado algunos renos y lobos porque extrañaba MÍMAMEIÐR, al ver los gigantescos árboles que proyectaban sus sombras sobre la playa, emitió un gruñido de entusiasmo.

Lola emprendió el primer vuelo de inspección con su diminuta máquina de hélice (que había resistido el vuelo desde Noruega en el compartimento de una maleta), mientras Hothbrodd amarraba su avión entre las rocas. Pero, naturalmente, la rata no pudo reprimir contarle antes a Pata de Mosca que los habitantes de la vecina Papúa Nueva Guinea habían sido unos cazadores de cabezas muy temidos.

—Mi querido Pata de Mosca —dijo Barnabas cuando el homúnculo se escondió alarmado detrás de las piernas de Ben—, creo que no debemos preocuparnos por nuestras cabezas. Ya has oído a Me-Rah: ¡los únicos cazadores humanos que vagan por esta isla quieren capturar pájaros y monos! Lo que no significa, por supuesto, que no debamos andarnos con cuidado.

El sol se hundió tras las montañas que Ben ya había admirado desde el aire, confiriendo a la playa un color rosa nacarado. La silueta de la isla oscureció como un recorte sobre el cielo crepuscular, y desde los árboles llegó a la playa un coro de voces nocturnas como Ben no había oído nunca antes. No habría podido siquiera decir si se trataba de voces de pájaros, de sapos o de mamíferos. Ben había esperado que Me-Rah saliera de inmediato en busca de su bandada, pero mientras ayudaba a Hothbrodd a descargar las provisiones vio que estaba posada en una de las cajas de la playa.

—¡Me-Rah, puedes volar a casa! —le dijo—. Has sido una magnífica guía. ¡Muchas gracias!

Pero Me-Rah se limitó a menear estupefacta la cabeza y le explicó que ningún lori que tuviera dos dedos de frente volaría en la oscuridad.

—Mi isla alberga muchos ladrones, Wiesengrund creciente —graznó—. Y te lo advierto: algunos de ellos te comerían con mucho gusto. El único que probablemente no tenga de qué preocuparse es Piel de Madera —añadió lanzando una mirada a la piel cubierta de corteza de Hothbrodd.

—Está bien saberlo —gruñó Hothbrodd.

Casi seguro consideraba un cumplido la apreciación de Me-Rah.

—¿Y qué pasa con las ratas? —Lola aterrizó su avión sobre una piedra para que no le entrara arena en la hélice—. Estoy segura de que muchos habitantes de esta isla nos comerían con sumo placer. Pero ¡será mejor que tengan cuidado con esta de aquí! —gritó quitándose la gorra de piloto de piel.

Ben no se había topado nunca con una criatura que pudiera rivalizar en afán de aventuras con Lola Rabogrís. Cada parche de su mono gastado refería una aventura y Lola no se sentía en casa en un determinado lugar, como Me-Rah. Le gustaban muchos lugares y realmente su único hogar era su avión.

—Me temo que debemos partir del supuesto de que en esta isla todos estamos en el menú de cualquier animal de rapiña —constató Barnabas mientras desenterraba una concha de la arena húmeda.

Su rostro mudó en una alegre sonrisa al presionar la coraza de dibujos rojos y blancos en su oreja.

—¡Efectivamente! Es la casa de un caracol balunga. ¡Y sí, suena como si una sirena estuviera cantando en el interior! —Metió la casa de caracol en la caja que llevaba consigo para ese propósito y miró a lo largo de la playa—. ¿Qué pensáis? ¿Montamos aquí mismo nuestro campamento nocturno?

—No antes de que os haya enseñado algo más —dijo Lola—. Tal vez Me-Rah pueda explicarnos con más detalle su significado.

Las dos se adelantaron volando una junto a la otra. No resultó fácil seguirlas a pie sin pisar una docena de cangrejos o centollas. Sobre la tortuga gigante que se cruzó en su camino, Ben habría podido cabalgar cómodamente, pero, a pesar de su impresionante tamaño, escondió a toda prisa cabeza y patas tan pronto los vio; una prueba de que los humanos con los que se había tropezado hasta ese momento no le habían dejado ningún recuerdo agradable.

Las cuatro estacas, delante de las que Lola finalmente aterrizó, también parecían a primera vista estar hechas por humanos. Estaban colocadas como señales de aviso apenas a un paso de los árboles, y eran tan altas que hasta Hothbrodd tuvo que alzar la vista. El trol no se dignó siquiera a lanzar una mirada a las calaveras sembradas delante de ellos en la arena fina. Pero las tallas que cubrían las estacas le arrancaron sonidos de admiración.

—No está mal —gruñó mientras descendía la mirada sobre las cabezas picoteadas en las que acababan las estacas—. Para algo así hacen falta manos, y por lo que sé los grifos solo tienen garras y patas. ¿O se me ha escapado algo?

Me-Rah observó las estacas con visible malestar.

—Han sido los monos —graznó—. Los monos que sirven a los pájaros león.

—¿Monos que tallan? —Ben pasó incrédulo los dedos sobre las lianas, moldeadas artísticamente, que trepaban por las estacas.

—Los seres fabulosos, como sabes, tienen a menudo comportamientos extraños —dijo Barnabas—. Tanto los humanos como los animales.

—En cualquier caso estamos en la isla correcta. —Pata de Mosca señaló las orejas que las cabezas de las aves de rapiña aguzaban encima de ellos.

Sí. Los pájaros leones de Me-Rah eran sin duda grifos.

Ben examinó una de las calaveras que había a sus pies.

—Calaveras humanas —identificó.

Barnabas miró hacia los árboles, bajo los cuales se colaba la noche.

—Me-Rah, ¿estás segura de que esta bahía es un buen emplazamiento para pasar la noche?

—Oh, sí —respondió la lori—. Estas estacas se encuentran en todas las bahías de

la isla. Advierten a los salvajes de que, antes de salir de caza aquí, primero tienen que pagar a los pájaros león.

—¿Pagar con qué? —preguntó Ben.

—Joyas, monedas, oro, piedras preciosas —enumeró MeRah—. Y conchas.

—¿Conchas? —preguntó Ben, sorprendido.

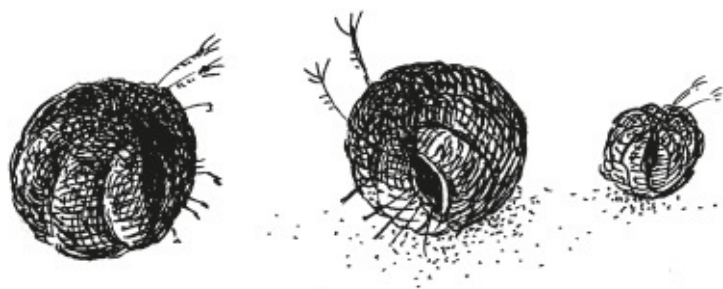
—La cal de las conchas fortalece el pico, Wiesengrund creciente —respondió Me-Rah—. Y en estas aguas hay una concha que vuelve los picos tan duros y afilados como el metal.

Ben intercambió una mirada con Barnabas.

A sus pies, un cangrejo salió de la cuenca del ojo de una de las calaveras.

—Bueno, confío en que el brazalete de Bağdagül sea un pago adecuado —dijo Barnabas—. Después de todo, queremos conservar nuestros cráneos. Pero vamos a montar las tiendas de campaña.

A primera vista, aquello que Barnabas lanzó no muy lejos del avión de Hothbrodd sobre la playa parecía un puñado de pepitas de manzana. Hasta que las pepitas se desplegaron y en segundos se convirtieron en tiendas de campaña redondas, que solo por la diminuta cabeza que había sobre la entrada desvelaban que, en realidad, eran seres vivos. Los Wiesengrund se topaban siempre en sus viajes con seres fabulosos que se evidenciaban como miembros útiles de sus expediciones. Barnabas había trasladado a las cochinillas de campaña a MÍMAMEIÐR cuando estas a punto estuvieron de convertirse en víctimas de una pista de esquí. Se habían adaptado muy bien y deprisa, y ahora eran una parte indispensable del equipo FREEFAB. Las tiendas cochinilla no solo son cálidas y limpias, también muy seguras, pues las cochinillas de campaña anuncian cualquier aproximación sospechosa con un silbido estridente que puede hacer competencia al griterío de Me-Rah.



Ben y Barnabas encontraron cómodamente espacio en sus tiendas, solo Hothbrodd era demasiado grande, pero a nadie le preocupaba la seguridad del trol. Ben había visto a Hothbrodd acabar con comefangos de cresta espinosa y una salamandra gigante. El trol se tumbó en la arena para dormir, con un ojo cerrado, el otro vigilante en dirección al avión. Los troles de los fiordos pertenecían a una variedad de trol diurno y pasaban todas las noches en una especie de duermevela,

muy al contrario de los troles nocturnos, que cuando dormían mantenían ambos ojos firmemente cerrados para que la luz del sol no los convirtiera en piedra.

El ronquido de Hothbrodd se impuso pronto al rumor de las olas, pero Ben y Barnabas se sentaron un buen rato delante de sus tiendas y contemplaron la oscura selva y las montañas que se elevaban detrás. Sí, la isla de Me-Rah era mucho más grande de lo que esperaban, y a lo sumo en seis días debían partir de regreso. No había demasiado tiempo, aun cuando Lola fuera una brillante exploradora y Barnabas tuviera décadas de experiencia en localizar a las criaturas más ocultas de ese mundo.

Cuando Ben se deslizó en su tienda, parecía que Pata de Mosca estuviera ya durmiendo. Pero el homúnculo solo se hacía el dormido porque sabía que su maestro se preocupaba enseguida cuando no pegaba ojo en toda la noche. Ben reconocía que a menudo el motivo eran recuerdos que llenaban de temor y tristeza a Pata de Mosca. En lugares nuevos y extraños los recuerdos lo encontraban con especial premura, y aquella noche parecía que los espíritus de los hermanos que había perdido viviesen en la isla de Me-Rah. Pata de Mosca veía sus rostros tan claramente como si todos siguieran aún con vida. Había sido tan maravilloso cuando se habían tenido unos a otros. La misma crueldad de su creador y la tiranía de su monstruo dorado habían resultado más fáciles de soportar estando juntos, y de ese modo se había sentido mucho menos solo por haber nacido en una botella. Al fin y al cabo, habían existido otros once que habían venido al mundo de la misma manera. ¡Cómo se habían reído juntos! Y llorado. Qué bien les había sentado abrazarse unos a otros cuando el alquimista había sometido a uno de ellos a sus experimentos o cuando Ortiga Abrasadora se había mostrado especialmente malhumorado. Además cada noche habían dormido codo a codo, y Pata de Mosca había oído la respiración de los once hermanos donde ahora solo la respiración de Ben le protegía de la oscuridad del mundo.

¡Ya no era capaz siquiera de recordar todos sus nombres! Arañuelo, Moscardón, Libélulo, Tejedor, Escarabajillo, Abejorro, Pulga... ¡No, déjalo ya, Pata de Mosca! ¡Sus nombres tampoco los traerán de vuelta!

El homúnculo se concentró en las voces nocturnas que llegaban de la extraña selva y tenía una frase de Me-Rah metida en la cabeza que no había traducido a Ben en el templo derruido: «El corazón se seca en el pecho cuando se es el único de la especie».

Sí, así era. Aun cuando se tratase de un corazón artificial, creado por un alquimista que se había limitado siempre a ver a sus criaturas como objetos de ensayo y sirvientes abúlicos.

Ben no se despertó cuando Pata de Mosca salió a hurtadillas de la tienda. Hothbrodd seguía en el mismo lugar desde hacía horas, y la playa estaba cubierta de diminutas centollas que relucían más que las estrellas en el extraño cielo sobre Pata de Mosca. Probablemente las centollas fueran venenosas. ¿Cómo si no habrían sobrevivido a una iluminación nocturna como aquella?

Una de las centollas se detuvo frente a Pata de Mosca y lo observó perplejo con sus ojos saltones. Pata de Mosca conocía esa mirada demasiado bien. ¿Qué demonios eres?, preguntaba.

La centolla siguió corriendo y el homúnculo se enjugó a escondidas una lágrima de la nariz afilada. Ya había estado varias veces a punto de buscar a alguien que pudiese hacerle nuevos hermanos. ¡Cuántos libros de alquimia había estudiado en vano en busca de la receta que le había despertado a la vida! A veces soñaba con regresar al castillo en el que una vez se había ocultado el laboratorio de su creador. Pero aquel castillo era un lugar maldito, y Pata de Mosca había pasado tantos años de desdicha en él que solo se habría atrevido a pisarlo de nuevo con Ben. Pero ¿cómo podía llevar a su maestro a un lugar como aquel? ¡Sin contar con que no sabía siquiera dónde se hallaba el castillo! No había salido casi nunca de él.

Hacía unos meses había tenido la osadía de preguntar al maestro de Ben, el profesor Spotiswode, si era capaz de imaginarse creando un homúnculo algún día. James Spotiswode le había preguntado a menudo por su origen y su creador, y por un instante Pata de Mosca había atisbado una chispa de tentación tras los cristales de sus gafas. Pero después había tenido que escuchar un discurso sobre la problemática de esos experimentos y Spotiswode le había recordado seriamente la historia de Frankenstein. ¡Como si pudiera compararse a un homúnculo con un monstruo zurcido con miembros de cadáveres!

Pero ahí volvía a residir el problema. Ninguno de ellos sabía lo que era. Al fin y al cabo, él tampoco. ¡No era capaz siquiera de decir a qué criatura había robado su creador la chispa de la vida para darle el aliento vital!

¡Oh, Pata de Mosca! Se enjugó otra lágrima de la punta de la nariz y se reprendió, como tantas veces, por su naturaleza egoísta. ¿Quién derramaba lágrimas sobre el propio destino, cuando todos sus pensamientos debían dirigirse a la salvación de los tres potros de pegaso?

El astillazo de una concha lo hizo regresar. Esperaba encontrarse con una centolla devorahomúnculos o una tortuga de similar apetito, pero era Ben el que estaba arrodillado a su espalda.

—¿Desde cuándo estás despierto? —Ben se tumbó junto a Pata de Mosca en la arena y apoyó la barbilla en la mano para estar a su misma altura.

¡Oh, cuánto quería al chico! ¡Tanto! ¿Por qué se preocupaba por su corazón? Ese amor lo protegería. Incluso cuando se rompiera alguna vez. Cada homúnculo moría con el humano al que estaba apegado. El amor era un asunto difícil, para la especie de Pata de Mosca especialmente.

Ben se quitó una nigua del cabello.

—Lola dice que le has preguntado al profesor Spotiswode si tendría ganas de crear un homúnculo.

Oh, la rata voladora. ¡Metía su nariz respingona en todas partes!

—¡Lola Rabogrís! —Pata de Mosca escupió su nombre en la noche como si se

tratara de una maldición medieval que traía la peste al mundo—. ¡De verdad espero que su curiosidad no la mate algún día! ¡O que alguien le corte sus grises orejas por estar pendiente de cosas que no le incumben!

—Eso es precisamente lo que la convierte en nuestra mejor exploradora.

Ben dejó que una de las centollas luminosas correteara en su mano. Tal vez no fueran venenosas. Las diminutas patas se limitaron a dejar un rastro reluciente en la piel de Ben.

—Algún día encontraremos otro homúnculo. Estoy convencido.

Lo dijo con la mejor intención, pero Pata de Mosca percibió que Ben estaba en las nubes. Su maestro tenía también algo en el corazón.

—¿Pata de Mosca...? —Ben enterró los dedos en la fina arena—. ¿Qué..., solo hipotéticamente, qué harías si un día me mudase a La Orilla del Cielo?

¿Hipotéticamente? Pata de Mosca sabía por experiencia que los humanos calificaban así a las cosas sobre las que reflexionaban con seriedad.

—¡Vaya pregunta! Os acompañaría.

—Está bien. —El alivio en la voz de Ben era perceptible—. Y lo dicho, solo es una pregunta hipotética.

—Claro que sí, maestro. —Pata de Mosca le brindó una sonrisa sabedora—. ¿Puedo añadir algo completamente hipotético? Es horroroso ser el único de tu especie. ¡Horroroso! Y en La Orilla del Cielo no hay un solo humano.

Ben se tumbó sobre la espalda. Una de las constelaciones que había sobre ellos era Pegaso...

—Sí. Sí, ya lo sé —murmuró.

Y se incorporó de golpe cuando un grito bronco y largo llegó desde el bosque. Ben había oído una vez un grito similar: cuando habían mezclado las voces de las águilas y los leones en MÍMAMEIÐR.

—¿Has oído eso, Pata de Mosca? —susurró al homúnculo—. Inua los ha imitado bastante bien, ¿no te parece? ¡En cualquier caso, estamos en la isla correcta!





19 Raskerwint

*[...] porque el hombre es centauro,
amasijo de carne y de mente,
de aliento divino y de polvo.*

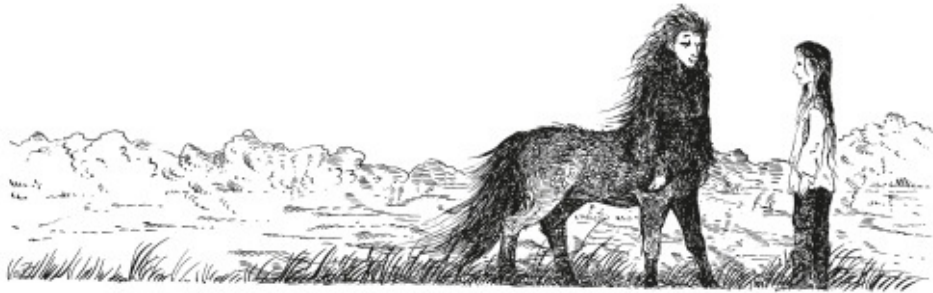
PRIMO LEVI, *El sistema periódico*

En MÍMAMEIÐR amanecía el quinto día desde la llegada de los huevos de Pegaso y Guinever salía en aquel instante de la casa para dirigirse al establo, cuando oyó ruido de cascos a su espalda. Se dio la vuelta esperando encontrar a Ànemos, cansado de otra noche insomne. Pero la figura que surgió de entre los árboles era mujer y caballo a la vez, y del mismo color gris perla de la niebla que subía desde el fiordo. Hasta esa mañana Guinever se había imaginado a los centauros siempre machos, tenía que admitirlo, pero Tyra Raskerwint cambió eso para siempre. Su cabello gris tenía el mismo color de su cola, y era tan espeso y largo que parecía una crin. El jersey que llevaba puesto sobre la piel humana estaba hecho de hierba, y alrededor de la cintura, donde pelaje y piel se unían, se enroscaba un cinturón de ámbar.

—Ah —dijo con una voz que sonaba como si el viento surcase la hierba crecida—. Tú debes de ser Guinever, la hija de Vita, ¿no? ¿Puedes decirle a tu madre que Raskerwint está aquí?

Pero Vita ya estaba en la puerta. Al ver a la centauro, la preocupación de los días pasados desapareció de su rostro. Vita y Raskerwint se habían encontrado por primera vez hacía más de veinte años en la playa de un mar gélido y gris, y habían compartido muchas aventuras juntas. Mucho tiempo antes de que Vita hubiese conocido a Barnabas o de que Guinever hubiese nacido.

—¡Veo que ya conoces a mi hija! —exclamó después de abrazar a Raskerwint—. ¿Cómo están tus pequeños?



Raskerwint se encogió de hombros con una sonrisa.

—Ya sabes cómo somos los centauros —respondió—. Eso solo el viento lo sabe. Unas veces estamos aquí, otras allá, somos infatigables como las nubes, hasta mis biznietos hace tiempo que siguen su propio camino.

La centauro parecía, al igual que el pegaso, no tener edad. En sus ojos había una sabiduría que ningún ser vivo era capaz de comprender. Raskerwint tenía aspecto de haber existido siempre y de que fuese a vivir para siempre. Aun cuando Guinever supiera que los seres fabulosos también eran mortales.

—Me alegro de conocerte, Guinever, hija de Vita —dijo la centauro—. Es maravilloso conocer a alguien aún tan joven. ¡Yo ya no era joven cuando los vikingos partieron de aquí a sus correrías! Pero he oído que tenéis un huésped que recuerda tiempos todavía más antiguos.

Ànemos se encontraba, como tantas veces, a orillas del fiordo, donde los caballos de las aguas emergían de las mareas para saludar al día. Los cuervos cenicientos le habían contado a Vita que una de las yeguas le recordaba a Ànemos a su compañera desaparecida. Pero los caballos de las aguas volvieron a sumergirse en las profundidades, donde se sentían en casa, al percibir a la centauro, y el pegaso se dio la vuelta como si hubiese despertado de un sueño.

Raskerwint había hablado noruego con Vita y Guinever. Pero cuando la centauro se dirigió al pegaso, utilizó sonidos que semejaban más el relinchar de los caballos que las palabras humanas.

Ànemos afiló las orejas de color cobrizo y respondió de la misma forma.

—¡Ven! —le susurró Vita a Guinever—. Deberíamos dejarlos solos. Raskerwint también perdió a su compañero hace años. Entenderá el dolor de Ànemos y tal vez nos pueda decir cómo podemos ayudarlo mejor. Vayamos a echar un vistazo a los huevos mientras tanto.

Esa mañana, dos cisnes calentaban el nido. Se incorporaron solo a regañadientes cuando Guinever se les acercó para medir la temperatura de los cascarones. Todos los habitantes de MÍMAMEIÐR sentían ahora una responsabilidad casi paternal por los tres potros aún no nacidos. Tal vez para compensar que su padre evitaba el establo.

Los huevos estaban tan calientes como si se notara la vida que protegían, y cuando Guinever volvió a colocar el huevo más grande debajo del blanco pecho de una de las hembras cisne, creyó percibir por un instante un pataleo a través del cascarón plateado. Como de unas pezuñas diminutas. ¡Oh, tenía tantas ganas de ver a

los potros! Pero los cascarones seguían semejando plata pulida y ocultaban lo que cobijaban.

Vita dio de comer a los cisnes hierba del agua y granos de maíz recién recogidos, mientras Guinever se dirigía al calendario que colgaba de la puerta del establo. Su corazón latió algo más deprisa cuando escribió el resultado de su medición en una nueva casilla y se sorprendió contando los días que quedaban, aunque sabía perfectamente cuántos eran.

Habían oído decir a Ben que una lori los había guiado a una isla donde sospechaban que estaban los grifos. Pero la conexión había sido tan mala que lo habían tenido que adivinar por unas palabras entrecortadas. ¡Lo lograrán! Guinever se lo repetía una y otra vez. ¡Obtendrán la pluma, los huevos crecerán y pronto tres diminutos potros revolotearán afuera sobre los prados! Solo tenía que creer en ello con fuerza y sucedería.

Los cuervos cenicientos informaban de las novedades a Vita y a ella (una comadreja en las casas de los tummetotts, un ataque de búho al hijo de un geniecillo de los pantanos) cuando Raskerwint regresaba del fiordo. Ànemos no estaba con ella.

—No sé si habré sido de mucha ayuda, Vita —confesó la centauro—. Recuerdo el dolor que siente. Solo mis hijos fueron capaces de ahuyentar el nubarrón en el que estaba envuelta. ¡Si queréis ayudar a Ànemos, debéis salvar a los potros! Tenéis razón. No se atreve a quererlos porque cree que también los perderá. Pero si sobreviven, le brindarán con certeza nuevos ánimos... Dice que Barnabas ha ido en busca de una pluma de fénix. ¿De qué forma puede ayudar? Solo conozco una pluma que hace crecer las cosas: la de un grifo.

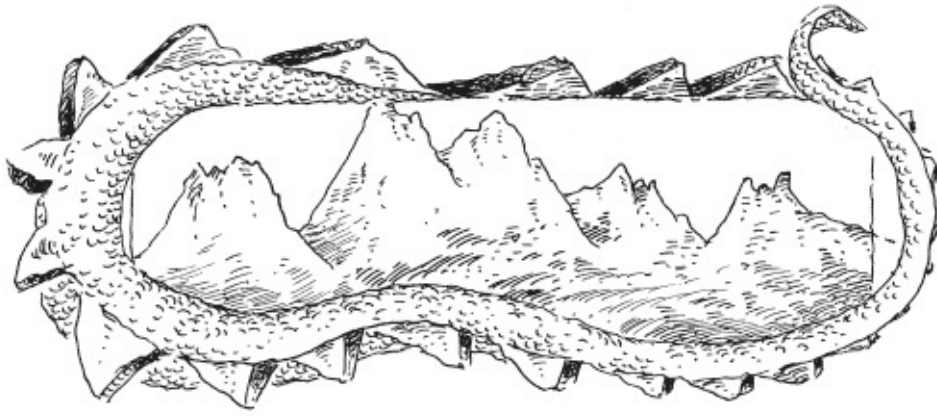
Guinever, preocupada, miró instintivamente a su alrededor, pero no se veía al pegaso por ningún lado.

—Barnabas está buscando una pluma de grifo —dijo Vita bajando el tono—. Hemos mentido a Ànemos para que no sospechara lo arriesgado de la búsqueda e insistiera en acompañarlos. No necesito explicarte lo que los grifos piensan de los caballos.

—¡No, claro que no! —respondió Raskerwint en voz baja—. Pero esa es una medicina peligrosa, Vita. Admiro el valor de Barnabas. Confío en que los grifos no sean tan malvados como dicen. Tenemos muchas canciones sobre ellos y ninguna acaba bien.

«Y ninguna acaba bien». Las palabras de Raskerwint persiguieron a Guinever todo el día y la mantuvieron en vela largo rato durante la noche. Pata de Mosca le había contado una vez que antiguamente él podía hablar con su anciano maestro incluso a gran distancia, pues Ortiga Abrasadora se le aparecía en las aguas de ríos y mares. Guinever deseó conocer una forma tan sencilla para hablar con Ben. Pero cuando, después del relato de Raskerwint, intentó comunicarse con él, solo le respondió un murmullo, como si oyera el lejano océano que había visto en el mapa de Gilbert.

No, no resultaba nada fácil ser la que se quedaba esperando.



20 Todo lo que deseamos

Porquete se acercó cautelosamente a Puh por detrás.

—¡Puh! —susurró.

—¿Sí, Porquete?

—Nada —dijo Porquete tomando a Puh de la zarpa—.

Solo quería estar seguro de ti.

A. A. MILNE, El rincón de Puh

Cuando los dragones sueñan, vuelan. Pero, desde hacía algunas noches, las alas de Lung eran de hierro en sus sueños. Lo anclaban al suelo y, por mucho que se esforzaba, no conseguía elevarse.

A Lung no le resultó difícil interpretar el sueño. Echaba de menos al chico. Pero no podía volar hacia él porque los otros lo necesitaban. No solo Maya, para la que recolectaba musgo de luna y líquenes de fuego en las montañas cercanas con el fin de que se mantuviera suficientemente fuerte todos los meses que permanecería en el nido, o los dos jóvenes dragones que, con el calor de la madre, crecían detrás de los cascarones de huevo de color azul mate. No, todos lo necesitaban: los dragones que había guiado hasta allí desde Escocia, así como aquellos que los enanos de las rocas habían despertado de su sueño sin luna en La Orilla del Cielo. Habían conseguido salvar a todos: veintitrés dragones, que se habían ocultado temerosos en sus cuevas tanto tiempo que finalmente habían acabado envueltos en una capa de piedra.

Ahora, más de cincuenta de ellos vivían en La Orilla del Cielo, en las mismas cuevas en las que, según las viejas historias, habían nacido los primeros dragones. Lung nunca había pretendido ser su líder, pero, en silencio, los demás así lo consideraban. Acudían a él para todo: «Lung, los duendes no encuentran suficientes setas», «Lung, ¡los enanos de las rocas construyen sus túneles a demasiada profundidad en las paredes de las cuevas!», «Lung, Escama de Luna ha vuelto a pelearse con Beowulf».

No, en realidad no sentía el deseo de ser el líder de alguien o de algo. Le bastaba con tener que soportar el mal humor de Piel de Azufre porque no encontraba su seta favorita en La Orilla del Cielo. Lung confiaba en que la llegada de los jóvenes dragones mitigaría su nostalgia y que aquel valle se convirtiera también en el hogar de Piel de Azufre, pues no tenía pensado partir de nuevo. Lung no había amado nunca otro lugar tanto como aquel. Las montañas que los rodeaban de forma protectora contaban miles de historias. El cielo parecía mucho más lejano, y no hacía falta esconderse ni llevar una vida exclusivamente nocturna como en Escocia. Desde su llegada solo dos veces se había extraviado un humano en el valle, pero estos que vivían en esas montañas eran diferentes. Se inclinaban cuando veían a uno de ellos... y continuaban caminando, del mismo modo que también hacían reverencias a las montañas y contemplaban con extrañeza a todos los que trepaban sus laderas de piedra para sentirse sus conquistadores.

Sí, Lung no quería volver a abandonar nunca La Orilla del Cielo. Y, por suerte, a Maya le pasaba igual. Ambos querían enseñar a volar a sus hijos sobre las pendientes cubiertas de flores de dragón y verlos crecer en libertad sin temor al mundo en el que Lung se había criado. Si no hubiese echado tanto de menos a Ben... A veces las ansias de verlo lo volvían tan melancólico que sus alas, incluso estando despierto, le pesaban como si fueran de hierro.

Maya alzó la cabeza por encima del borde del nido.

—¿Oyes, Lung?

Con delicadeza tocó con el hocico uno de los huevos que calentaba debajo de su cuerpo. Sí. ¡Lung lo oyó! Un suave martilleo. Apenas perceptible incluso para los oídos de un dragón.

Miró a Maya preocupado.

—¡Es demasiado pronto!

Emitió el suave gruñido que revelaba que algo la alegraba sobremanera.

—La cáscara es aún tan gruesa que no podrían salir aunque lo intentasen. ¿Acaso crees que tus hijos son estúpidos?

Los ojos con los que Lung la observó de forma burlona eran dorados como los suyos, pero los ojos de Maya los enmarcaban diminutas escamas de color cobre que los hacían parecer más grandes. Además, sus pestañas eran de color verde oscuro como las agujas de las píceas que crecían delante de las cuevas. Lung confiaba en que sus hijos heredasen los ojos de Maya.



—Sabes que todavía faltan casi doce semanas para que salgan de los huevos — dijo ella—. Y Ben solo está a un día de vuelo. ¡Deberías aprovechar!

Lung bajó la cabeza. Se avergonzaba de la nostalgia que sentía. Todo lo que había deseado siempre estaba allí. No. Más que eso.

—Nunca tenemos todo lo que deseamos, Lung —dijo Maya en voz baja—. Sueño con volar hacia el sur, más y más lejos, a lugares que nunca he visto. ¡O a la luna!

—¿A la luna?

—Sí, ¿por qué no? Existen historias de dragones que lo han logrado.

—Está bien. ¡Entonces esa será nuestra primera excursión con los pequeños!

Afuera, el sol descendía. En la cueva en la que Maya había preparado su nido vivían otras tres parejas de dragón. Ahora más de veinte cuevas de las montañas de alrededor estaban habitadas. Algunas de ellas las habían encontrado los dieciocho enanos de las rocas que, como otros treinta y cuatro duendes, habían llegado con los dragones desde Escocia. Con el paso del tiempo, otros diez enanos procedentes de las montañas cercanas se habían unido a ellos. Tenían seis brazos como los duendes autóctonos, que cada vez se mudaban en mayor número de las montañas Tian-Shan a La Orilla del Cielo para vivir, como antaño, junto a los dragones. El valle ofrecía espacio y alimento más que suficientes para todos ellos..., aun cuando los enanos escoceses se peleasen constantemente con los nepaleses porque les envidiaban sus seis brazos, con los que podían empuñar varios picos al mismo tiempo y así ser más rápidos en la búsqueda de oro y de piedras preciosas.

Sí. Lung salió de la cueva y respiró el aire fresco de la montaña. Su lugar estaba allí. El chico no lo necesitaba. Barnabas cuidaba muy bien de él.

Pero las palabras de Maya, sin embargo, no se le iban de la cabeza. «Ben solo está a un día de vuelo. Deberías aprovechar».

No.

No, Lung.

Extendió las alas y se elevó en el aire nocturno claro y frío. Los líquenes que Maya necesitaba florecían a ambos lados del lago, que había sobrevolado mucho tiempo atrás con Ben subido a su lomo.

Solo a un día de vuelo...





21 En la selva virgen

*«¿Qué es eso tan oscuro
pero con tantos fragmentos de luz?»,
preguntó el leopardo.*

RUDYARD KIPLING, *Cómo el leopardo obtuvo sus manchas y otros cuentos de animales*

El grito con el que Me-Rah saludó al sol naciente despertó a Ben de un sueño agitado. Había soñado con Lung. Naturalmente. Le había llamado con la escama y juntos habían sobrevolado las mil veces mil islas. El sueño había sido tan real que, antes de salir de la tienda, Ben había agarrado instintivamente el medallón en el que guardaba la escama que llevaba alrededor del cuello. Barnabas se lo había dado después de que Ben le hubiese enseñado la escama. «Será mejor que no guardes el regalo en el bolsillo de tu pantalón», había dicho sacando el medallón de plata empañada de la mochila. En la tapa estaba grabada la cabeza de un unicornio. «Se lo compré a un orfebre para recordar todo lo que hemos perdido ya», había dicho Barnabas. «¡Pero es hora de que desempeñe un cometido menos triste!».

El medallón tenía el tamaño exacto de la escama y, para su tranquilidad, el cierre funcionaba bien. Ben no había vuelto a tocar el regalo de Lung por miedo a que el dragón percibiese su nostalgia. Desde que Pata de Mosca y él habían oído los gritos en la noche, el peligro que los grifos representaban se había vuelto mucho más real, y Ben se alegraba de que Lung estuviera lejos y a salvo. Aun cuando se sorprendiera siempre encerrando el medallón en la mano.

Cuando Ben salió de la tienda cochinilla, Hothbrodd se disponía a asegurar su avión con otra cuerda; para ello, el trol había cogido una de las estacas de grifo y la había hundido entre las rocas.

—¡Por los cuervos de Odín, espero que los grifos no lo encuentren una provocación! —murmuró Barnabas mientras hacía regresar a las cochinillas de las

tiendas a sus cajas—. Los troles no son los seres más sensibles de este planeta.

—¡Pero tienen un oído muy fino, Barnabas! —gritó Hothbrodd mientras lanzaba al mar los cangrejos que se habían sentado sobre su verde piel durante la noche.

Lola repostaba su avión en la playa y el trol se volvió a burlar de ella porque su diminuta máquina consumía un alimento más concentrado que el suyo. Las peleas de ambos eran cada día más imaginativas y detalladas, como si estas fortalecieran los lazos de su amistad con cada ofensa que intercambiaban.

Ben había preparado las mochilas con las provisiones y herramientas la noche anterior. La de Hothbrodd era más grande y pesada que una nevera, pero el trol se la echó a los hombros como si fuera tan ligera como Pata de Mosca. Ben se alegraba de tener a Hothbrodd con ellos, incluso cuando se volviese a confirmar que los troles alteraban sensiblemente la recepción de móviles y aparatos radioeléctricos. Por otra parte, la selva que les aguardaba no disponía de enchufes, y sus móviles, seguramente, no tenían cobertura desde hacía días no solo por culpa de Hothbrodd. Las últimas noticias las habían enviado a MÍMAMEIÐR desde el avión por radio.

Lola había propuesto primero explorar un día más la isla desde el aire, antes de que los demás emprendieran la búsqueda por tierra. Pero los huevos de Pegaso hicieron olvidar a Barnabas su habitual precaución. Sugirió realizar con Hothbrodd una primera marcha de reconocimiento, mientras Ben se quedaba con Pata de Mosca en el avión e intentaba contactar con Vita y Guinever. Pero Ben se limitó a responder que no había volado de Noruega a Indonesia para sentarse en una playa y enfadarse por la escasa cobertura.



—¡Existen cuarenta y siete tipos de serpiente en Indonesia, cuyo veneno es mortal para los humanos, maestro! —osó objetar Pata de Mosca—. ¡Tal vez deberíais sentaros al menos en los hombros de Hothbrodd!

—¡Cielos! ¡Es mi primera vez en una isla solitaria! —gritó Ben—. ¡Y soy un jinete del dragón! ¡No dejaré ni por asomo que un trol me lleve a cuestas!

Hothbrodd frunció la áspera frente como si no estuviera seguro de si debía entenderlo como una ofensa.

—¡Este trol, de todos modos, se convertirá pronto en un charco verde! —rezongó con una mirada de reprobación al sol, que incluso a aquella hora temprana ardía en el cielo—. ¡Me sorprende que los loris no caigan del cielo en forma de pollos asados!

A oídos de Me-Rah, aquello sin duda sonó a ofensa. Con voz estridente, manifestó que el clima de Pulau Bulu era perfecto y agració a Hothbrodd con una maldición de trol: una prueba contundente de que los loris eran efectivamente unos maestros de la imitación.

—Está bien, nos acompañas y yo me disculpo por mi actitud paternalista —dijo

Barnabas a Ben—. Algún día la comprenderás. Pero Pata de Mosca debería volar con Lola. Es muy gentil que se preocupe por nuestra seguridad, pero en esta isla seguro que hay más de cuatrocientos tipos de serpientes que pueden matar a las criaturas de su tamaño.

En cualquier otro lugar, la sola idea de subirse al avión de Lola habría hecho que la pálida frente de Pata de Mosca sudara. El recuerdo del último vuelo con ella seguía provocando palpitaciones en su corazón, aunque habían pasado más de dos años desde entonces. Pero, en este caso, en efecto, parecía la perspectiva más tentadora, aun cuando, como siempre, le desagradara separarse de Ben.

Todos habían esperado que Me-Rah se despidiera de ellos tan pronto amaneciese, pero cuando Lola le hizo señas a Pata de Mosca para que subiera a su avión, la lori se posó sin comentarios en el hombro de Ben.

—Mi querida Me-Rah —dijo Barnabas cuando su plúmea guía les manifestó con voz audazmente contenida que deseaba ayudar en la búsqueda de los grifos—. ¡No podemos aceptar esa generosa oferta en ningún caso! Has hecho más que suficiente por nosotros. Aunque sería de gran ayuda que nos volvieras a decir dónde exactamente presumes que se encuentran los nidos de los grifos.

Me-Rah no pudo ocultar su alivio. Aconsejó a Barnabas buscar en las montañas que se alzaban al sudoeste, detrás de las copas de los árboles. Después, para despedirse, describió tres círculos alrededor de cada uno, incluido Hothbrodd, y desapareció en la espesura de la selva que bordeaba la playa. Se tragó a Me-Rah como el mar a un pez y, mientras seguía a Barnabas debajo de los árboles, Ben se preguntó si una selva era eso mismo para un pájaro: un mar de hojas y ramas en el que se movían de una forma tan natural como los peces en las olas saladas.

Para Ben, por el contrario, fue como entrar en otro mundo cuando, tras la deslumbrante luz del sol, las sombras de pronto cubrieron su ropa. El aire caliente se volvió asfixiante y húmedo, como en los invernaderos del zoo donde los lagartos tropicales sueñan con su cálido lugar de origen, y cuando Ben alzó la vista no vio uno, sino una docena de techos de hojas: pisos de ramas, lianas, flores y follaje, que hacían a uno dudar de que existiese algo parecido a un cielo. Guinever habría sido probablemente capaz de nombrar por su nombre cada flor que salpicaba de color el verde. Había heredado la pasión, por todo lo que crecía y floreaba, de su madre. «¡No comas nada que no conozcas!», le había advertido a Ben. «No toques ninguna hoja sin guantes y ten cuidado de las plantas que te lanzan sus semillas a la cara».



Era fácil decirlo. ¿Cómo iba a evitar tocar las hojas si estaban por doquier? Por suerte, Hothbrodd las cortaba mientras marchaba delante, a paso de carga, abriendo un sendero medio transitable a través de la espesura. Pero con todo, Ben pronto tuvo que liberarse continuamente de zarcillos y de espinos o quitarse diminutas ranas y orugas peludas de la ropa y de los cabellos. Nunca antes había visto mariposas tan grandes ni escarabajos de tantos colores. ¡Y luego estaban los monos! En cuanto alzaba la cabeza los veía en lo alto, encima de él, balanceándose de árbol en árbol. Bueno, «ver» era mucho decir: apenas eran sombras en las sombras, un salto de árbol en árbol, y zas, desaparecían antes de que sus ojos identificaran si era un gibón o un macaco lo que se movía allá arriba sobre él, entre cielo y tierra.

En presencia de toda aquella maravilla, resultaba difícil pensar en los peligros que los acechaban: la serpiente de corales que Ben solo advirtió cuando Barnabas lo agarró del brazo en señal de advertencia, el pelaje con manchas de un gato jaspeado entre los árboles... Cuando Ben estuvo a punto de pisar una víbora bambú adormecida y Barnabas apenas pudo dar un paso sin quitarse telarañas y mosquitos de las gafas, Hothbrodd los alzó finalmente sobre sus hombros, y Ben tuvo que admitir que aquello supuso un gran alivio. Al trol no lo importunaba ningún insecto, quizá porque su piel de corteza era demasiado dura para cualquier picadura... o porque parecía un árbol que mudaba. Con certeza, Lola habría añadido que la causa era el olor a pescado que todos los troles emanaban. Sea como sea, Ben disfrutó de no tener que fijarse más en lo que había delante de sus pies y de poder mirar hacia arriba sin ser estorbado. Las ardillas voladoras lo habían embelesado especialmente, y nunca antes había visto pájaros tan fantásticos, ni siquiera en el templo de Garuda. Compensaban el sudor que le empapaba la ropa y el mareo que el tambaleante caminar de Hothbrodd provocaba, aun cuando sus silbidos, graznidos y chillidos llenasen el aire caliente de un ruido ensordecedor.

A Hothbrodd no le interesaban los pájaros ni las ardillas o los monos. De hecho, el trol no lanzó sino una mirada fugaz a la propia flor gigante zumbadora del Lobo

Vegetal Cantarín que les había indicado el camino hacia Pulau Bulu. Hothbrodd solo estaba interesado en un tipo de ser vivo de aquella selva: los árboles. Una y otra vez se detenía para susurrarles unas palabras de trol incomprensibles o para acariciarles con ternura la corteza, y alzaba la vista hacia los troncos infinitamente altos, tan extasiado, que al final Barnabas tuvo que recordarle con tacto su misión.

Por supuesto la presencia del trol atraía a otros seres fabulosos. Una araña del tamaño de un puño con cabeza de rana se descolgó desde un árbol de teca. Un gato, cuyo pelaje resplandecía como el oro fundido, emergió de la espesura y, sorprendido, siguió al trol con la mirada. Ni siquiera Barnabas conocía a todas las criaturas fabulosas que Hothbrodd atraía en la selva, y Ben contemplaba lo mucho que su padre adoptivo disfrutaba conversando con cada una de ellas, aunque algunos los observasen de todos los modos menos pacíficamente. Una de las veces, atisbaron una diminuta figura sobre una rama que, de lejos, recordaba a Pata de Mosca. Pero cuando Ben, presuroso, le pidió a Hothbrodd verlo de cerca, el pequeñajo enseñó unos colmillos afilados y entrecerró los ojos rojos de un modo tan hostil que la esperanza de Ben de haber encontrado un compañero para el homúnculo desapareció tan rápido como había llegado. Claro que sabía lo mucho que Pata de Mosca anhelaba uno de su especie, pero lo más probable es que este lo hubiese devorado.



A pesar de las zancadas de Hothbrodd, no alcanzaron el pie de las montañas, en las que Me-Rah suponía los nidales de los grifos, hasta el mediodía. Las pendientes pronto aumentaron y se hicieron tan escarpadas que Hothbrodd, jadeando, se apoyaba cada vez más a menudo en los gigantescos árboles.

—¡Por la centelleante espada de Surtr! —maldijo levantando de forma acusadora los brazos empapados de sudor—. ¡Los troles no estamos hechos para este clima, Barnabas! ¡Esta isla es un horno! ¡*Niflhel* en este mundo! ¡Solo confío en que la rata haya tenido más suerte que nosotros y haya encontrado a los grifos!

Después de otra hora, en la que una lluvia tropical les caló las ropas sudadas, llegaron a un claro que un rayo había quemado en la selva. Las lianas habían cubierto

los tocones carbonizados de un verde fresco, y, por primera vez desde su partida, pudieron ver a través de las ramas el cielo sobre ellos. Hothbrodd se agachó para recoger unas serpientes. A sus colmillos les resultaba igual de difícil atravesar su piel que a los aguijones de los insectos, y el trol se disponía a lanzar en ese momento una víbora especialmente venenosa entre los árboles de alrededor, cuando Ben oyó un susurró encima de él.

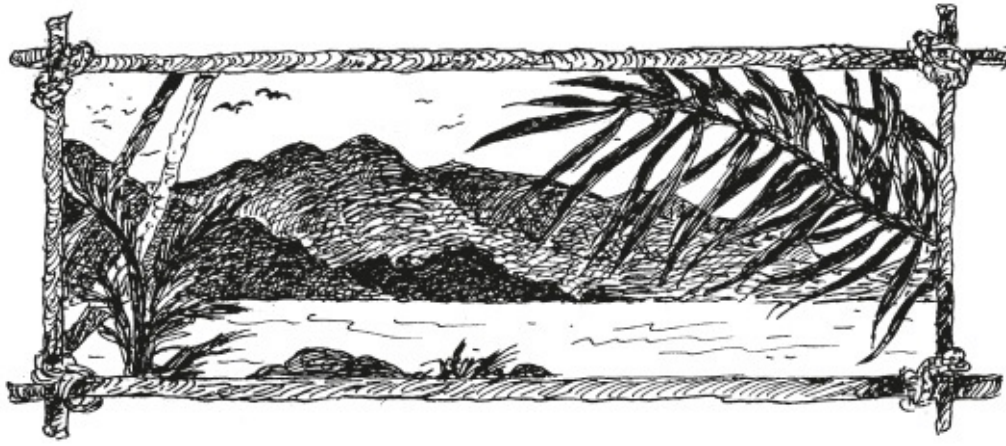
Al principio solo vio al gibón.

Luego a los dos macacos.

Después sintió un dolor agudo y advirtió que Hothbrodd se tambaleaba debajo de él.

Y todo el verde que lo rodeaba se oscureció.





22 Un hallazgo enigmático

*No has visto nunca un árbol
si no miras antes su sombra desde el cielo.*

AMELIA EARHART

Pata de Mosca se arrepintió enseguida de que su miedo a las serpientes le hubiese hecho olvidar el miedo a las artes voladoras de Lola. ¡Oh, esa rata chiflada! Lola no dejaba escapar una corriente ascendente ni una ráfaga, ¡y esa pasión fatal que sentía por los *loopings* y los vuelos verticales! «Ay, eres un soñador, humpelclumpo», se había limitado a responder pellizcándole en la mejilla. «¿Quién quiere ver una rata voladora? Además, ¿por qué debería ser un adiestrado animal de espectáculo pudiendo ser salvaje y libre?».

Salvaje y libre, oh sí, con certeza Lola lo era. Toda su vida Pata de Mosca había considerado a las ratas enemigos naturales. A fin de cuentas, para una criatura de su tamaño, eran unas fieras que inspiraban mucho temor. En su juventud había estado casi a punto de perder un brazo por la mordedura de una rata y era incapaz de recordar cuántas veces había escapado de ellas. Habría apostado su vida a que nunca llamaría amiga a una rata y menos todavía a una a la que le gustaba hacer *loopings* y que siempre actuaba como si no lograra retener su nombre porque se divertía de lo lindo retorciéndolo. Pero sí, Lola Rabogrís era su amiga desde hacía mucho tiempo. Una muy buena, de hecho. Aun cuando lo arrastrase hacia la locura con su temeridad.

La rata, como siempre, cantaba a grito pelado mientras volaba haciendo eslabon alrededor de los árboles. Canciones de piratas. Canciones de bandoleros y borracheras. Lola tenía un repertorio inagotable. Después de unos minutos, Pata de Mosca ya había vomitado dos veces por la ventana y ansiaba el instante en el que atravesarían por fin el techo de hojas y tendrían solo el cielo raso ante ellos. ¿Y si una liana dejaba fuera de juego la hélice de Lola o una de las ramas, bajo las que zumbaban a una velocidad de vértigo, atravesaba el avión con todos los ocupantes? Pero a Lola, naturalmente, todo eso le gustaba y no mostraba ninguna prisa por subir

más alto.

—¿Y si no pueden verse los nidos de los grifos desde lo alto? —le gritó a Pata de Mosca cuando este recordó de forma cautelosa su misión—. No, no, deberíamos buscar un rato más aquí abajo.

Tras lo cual se enredaron en una telaraña gigantesca y solo se liberaron de ella cuando Lola calentó tanto el motor que este sonó como un abejorro desesperado. Y después... casi chocan contra una ardilla voladora.

—Por todos mis primos rabopelados, ¿qué era eso? —gritó Lola indignada, mientras, para alivio de Pata de Mosca, reducía y el avión por fin se elevaba más alto.

—Un representante de la especie *Sciuridae* —respondió Pata de Mosca presionando su dolorida tripa con la mano—. No es extraño en esta zona climática. Indonesia tiene treinta y siete tipos conocidos de animales voladores de piel fina. Naturalmente no vuelan de verdad. La membrana debajo del bra...

Enmudeció de golpe cuando Lola giró el avión en un trezado de orquídeas salvajes aún a tiempo de evitar chocar contra un gibón de brazos largos que saltaba de un árbol a otro.

—¡Imposible! ¿Cómo va una pilota a poder maniobrar en un territorio donde ardillas y monos se creen capaces de volar? —increpó Lola mientras buscaba un modo de escapar de las raíces de las orquídeas—. ¡Aguafiestas! Me chifla practicar eslalon entre los árboles... Ya sabes, como en esa película de los cohetes espaciales y los osos habladores en el extraño planeta.

Pata de Mosca no tenía la menor idea de lo que hablaba. Lola y él admiraban películas muy distintas.

—Qué importa —musitó la rata ascendiendo con el avión de forma tan empinada que Pata de Mosca creyó sentir su tripa detrás de la frente.

Salieron disparados hacia el techo de hojas como si Lola tuviese intención de ir a la luna. Pero de pronto Pata de Mosca lanzó un grito.

—¡Lola! ¡Lola, están allí! —se desgañitó... y se golpeó la cabeza con el techo del avión cuando Lola detuvo la máquina de golpe.

Delante de ellos, un árbol extendía sus poderosas ramas de follaje plumoso y hojas perennes. Pero no eran sus hojas las que habían cautivado la mirada de Pata de Mosca. Eran los frutos que tenía, redondos como melones, pero considerablemente más grandes.

Pata de Mosca sintió su propio corazón en la garganta cuando Lola puso rumbo al árbol, pero esta vez no latía tan deprisa solo por temor. Pata de Mosca había encontrado en la biblioteca de MÍMAMEIÐR diversas descripciones de los nidos de grifo. Todas coincidían en que los grifos hacían construir sus cuevas de nido a enjambres de diminutos pájaros, parientes del *Furnarius rufus*, también llamados alonsitos u horneros, que, como su nombre indica, hacen sus nidos de barro y con aspecto semejante al de un horno. La descripción más antigua —Pata de Mosca la había descubierto en un manuscrito persa del siglo quince— afirmaba que los nidos

de los grifos se asemejaban a los palacios de los reyes mesopotámicos, a los que sirvieron antaño como guardianes de los tesoros. Cuando Lola se aproximó al nido más alto, que estaba adherido, debajo de una gigantesca rama, al tronco de un árbol, Pata de Mosca pudo convencerse con sus propios ojos de que el manuscrito había dicho la verdad: el orificio de entrada, ancho como la puerta de un granero, estaba enmarcado por un artístico relieve que semejava los de las ruinas de Persépolis. Era una imagen increíble ver tal cosa en la pluviselva indonesia. En cualquier caso, el relieve parecía inacabado. Como si el trabajo lo hubieran interrumpido de golpe.

—¡Aguarda! ¿Qué... qué... te propones? —gritó Pata de Mosca, atónito, cuando Lola puso rumbo al orificio de entrada—. ¡Barnabas solo nos ha pedido encontrar los nidos! ¡No ha dicho nada sobre que debamos entrar en ellos volando!

—¡Tranquilo, húpelpclo! —vociferó Lola en el estrépito del motor señalando la pared lateral del nido—. Creo que no nos toparemos con el dueño de la casa.

¡Tenía razón! Pata de Mosca vio entonces que el nido estaba destrozado. En muchos puntos, las paredes de barro parecían haber sido arañadas con garras gigantes. Garras de pájaro. No tenía sentido. ¿Por qué iban los grifos a destrozarse sus propios nidos? También los nidos más pequeños, que estaban sujetos bastante más abajo a las ramas del árbol y a su tronco, habían quedado destruidos. En su interior habían vivido los animales que estaban al servicio de los grifos. En Mesopotamia a menudo asumieron esa tarea las serpientes, los gatos u otras aves rapaces.

—¡De todos modos! ¡Dudo de veras que sea una buena idea entrar volando en uno de los nidos! —gritó Pata de Mosca.

Pero el avión de Lola ya cruzaba la puerta, zumbando como una mosca hacia la seductora boca abierta de un sapo.

Una penumbra marrón la rodeaba.

El suelo de barro del nido estaba tan arrugado por las garras que Lola tuvo que dar unas vueltas antes de encontrar un lugar donde aterrizar.

—¡Sí, heces de ratones! ¡Se han largado! —maldijo mientras saltaba de la carlinga. Las maldiciones de Lola no eran tan imaginativas como las de Piel de Azufre, pero le gustaban tanto como a él.

Pata de Mosca trepó detrás de ella, titubeando.

La plataforma de barro que ocupaba la mitad del nido había sido destruida, igual que la pared exterior. El lugar donde dormía un grifo. Pata de Mosca se estremeció al ver de cerca los surcos de las garras. Era evidente que las descripciones medievales, también respecto del tamaño de los grifos, no habían mentido. ¿Dónde estaba la cámara de los tesoros? Pata de Mosca entró en uno de los agujeros que había abiertos en el suelo y retrocedió presuroso cuando, a través de la cubierta de barro arañada, vio perderse el tronco del árbol en una profundidad vertiginosa.

—¡No está aquí! —dijo—. Qué extraño.

—¿El qué? —Lola midió a pasos una pluma de color marrón mate que yacía en el

suelo. Era una pluma de ala y tenía más de treinta pasos de rata de largo, pero por desgracia no era el tipo de pluma que estaban buscando. Las plumas doradas de los grifos eran bastante más cortas, pues les crecían, si las historias eran ciertas, en el plumón del cuello.



—¡No hay ninguna cámara de los tesoros! —Pata de Mosca miró alrededor, buscando—. Todos los textos que he encontrado dicen que los nidos de grifo tienen una escotilla junto al lecho, bajo la cual yace su cámara de los tesoros.

Lola arrugó la nariz con desdén. Le interesaban tan poco los tesoros como a los Wiesengrund... y a cualquier otro ser racional, habría añadido.

—¿Y ahora qué? —preguntó Pata de Mosca—. ¿Qué les decimos a los demás?

Tenía que admitir que se sentía algo más aliviado. ¿Quién quería toparse con pájaros gigantescos con patas de león? Lola, naturalmente.

—¡No tan deprisa, humpelclumpo! —dijo ella—. Hay grifos en esta isla. ¡Eso ya es un comienzo!

Se dirigió a la puerta de entrada y sacó los prismáticos del cinturón. Después se aproximó tanto al borde que Pata de Mosca casi habría vomitado por ella... y un silbido escapó entre sus dientes.

—¡Hómclopo! —Hizo señas a Pata de Mosca para que se acercara y le plantó los prismáticos en la mano—. ¿Ves lo que hay allí sobre la rama ancha? —preguntó clavándole el codo de forma tan provocadora en el costado que casi cae de cabeza al abismo—. Justo entre las copas de los árboles.

Pata de Mosca bajó los prismáticos.

—¡Un esqueleto!

Lola le quitó los prismáticos de la mano y volvió a dirigirlos hacia abajo.

—No solo uno. Veo otros tres. Esqueletos de mono, si me preguntas. Y no han muerto de viejos.

Sacó el aparato de radio del cinturón.

—¿Barnabas? —Pulsó el botón de recibir, pero todo lo que se oyó fueron voces de pájaro y el rumor de agua.

—¡Barnabas! —Lola lo intentó media docena de veces más.

Después se volvió de golpe y regresó dando zancadas a su avión.

—¿Por qué crees que no responden? —gritó Pata de Mosca mientras la seguía apresurado—. ¡Lola!

La rata se volvió.

—¡El trol genera interferencias en la cobertura! Se lo advertí a Barnabas, pero quería contar con él para su misión. Espero que el alcornoque sea útil para otra cosa. Propongo que volvamos de vuelta a la playa y sigamos su rastro desde allí. Quién sabe, tal vez ya estén de vuelta.

La incertidumbre en la voz de Lola inquietó mucho a Pata de Mosca. Y había algo más que no le gustó nada. Sí, Hothbrodd generaba interferencias, pero Barnabas y Ben no habían intentado siquiera contactarles. ¡Por lo general se oía al menos sus voces distorsionadas!

Lola optó por sobrevolar las copas de los árboles para regresar a la playa. La jungla de Pulau Bulu era desde arriba una alfombra infinita de color verde esmeralda, verde oliva y verde oscuro, salpicado de miles de flores. Pero Pata de Mosca apenas tenía ojos para aquella magnificencia. Los nidos destruidos y el silencio de la radio de su maestro eran demasiado inquietantes.

Apenas necesitaron una hora para volver a la playa.

El avión de Hothbrodd se balanceaba sobre las olas, pero no había rastro del trol, ni tampoco de Barnabas y de Ben.





23 Un ala diminuta

*Todas las cosas son, en su primera concepción,
delicadas y débiles. Sin embargo,
su comienzo ha de contemplarse
con los ojos bien abiertos.*

MICHEL DE MONTAIGNE, *Ensayos*

Los dos gansos, que esa mañana estaban sentados en el nido, tenían el plumaje azul moteado que solo los gansos ruiseñores solían tener. El canto que sus picos dorados entonaba era tan hermoso que Guinever se detuvo unos instantes a escucharlo en la puerta del establo antes de acercarse a ellos. A veces cantaban toda la noche, pero cuando se arrodilló delante del nido emitieron el mismo graznido de desaprobación que los gansos corrientes. Pata de Mosca lo habría traducido como «¡Oh, no, ya está aquí otra vez la niña de los dedos helados!». Seguido de: «¿Qué significan todas esas mediciones de temperatura? ¿Acaso cree esa niña que no sabemos mantener caliente un nido?».

—¡Os estamos tan agradecidos! —dijo Guinever mientras los gansos se levantaban a regañadientes de los huevos—. Y cantáis de forma tan hermosa.

Aquello les apaciguó un poco. Los gansos ruiseñores son muy vanidosos en comparación con los gansos bravos. Con todo, observaron a Guinever con absoluta desconfianza cuando esta se inclinó sobre el nido. En la pálida luz del día que entraba por la ventana del establo, los huevos resplandecían como estrellas caídas del cielo. Las ramas con las que Hothbrodd había construido el nido se reflejaban en sus cascarones y en uno se había quedado adherida, como un pedazo de cielo, una pluma de color azul pálido. Guinever despegó con cuidado la pluma del cascarón... y retiró la mano tan de repente que los gansos ruiseñores, alarmados, apartaron las cabezas. ¡La cáscara del huevo había cambiado! Parecía como si alguien la hubiese pulido tan concienzudamente que la plata se había desprendido en algunos puntos. La cáscara semejaba un cristal turbio y detrás —¡Guinever olvidó respirar!—, detrás se movía algo. Se inclinó aún más sobre el nido, a pesar de que los dos gansos silbaran desconfiados. ¡Los otros dos huevos tenían las mismas manchas! Detrás de uno,

Guinever creyó identificar un ala diminuta. ¡Oh, era maravilloso! ¡Tenía que decírselo a Ànemos! Los latidos de su corazón le llegaron hasta la garganta cuando se incorporó y salió corriendo afuera.

Ànemos estaba debajo de un árbol en el que solían acurrucarse sobre todo los cuervos cenicientos y recibía sus instrucciones para ese día. Los cuervos confiaban ahora al pegaso la tarea de espantar hacia el bosque a los osos y lobos que no respetaban la paz de MÍMAMEIÐR. Confiaban a Ànemos también los devorageniecillos siempre hambrientos y los hombres lucio, que de día se ocultaban en el fiordo y de noche buscaban presas fáciles en MÍMAMEIÐR. El pegaso se disponía a extender las alas para ponerse en camino, cuando Guinever llegó corriendo. Su plumaje brillaba de un color rojo tan oscuro como si la sangre de la medusa siguiera tiñéndolo.

—¡Ànemos!

El pegaso se giró.

—¡Se están volviendo transparentes! —Guinever había corrido tan deprisa que casi no le quedaba aliento para hablar—. ¡Los huevos! —balbució—. ¡Se puede ver a los potros!

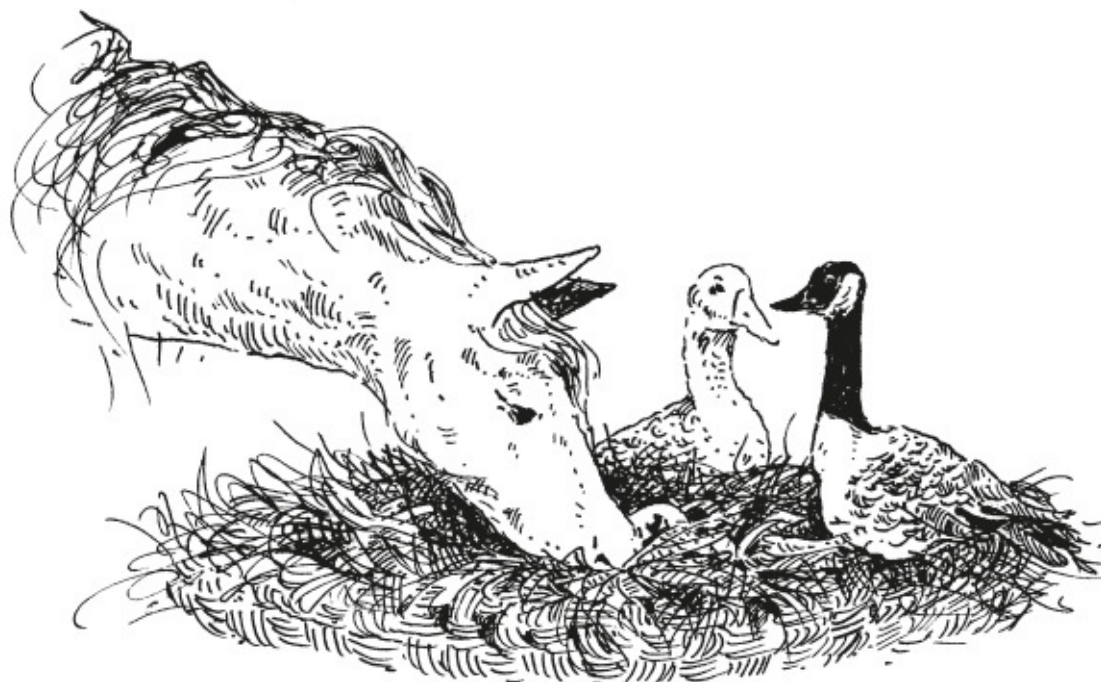
Ànemos plegó las alas.

—¡Por favor! —farfulló Guinever—. ¡Acompáñame!

Por un momento, ella creyó que no la seguiría. Pero uno de los cuervos cenicientos fue en su ayuda.

—¡Debes acompañarla, Ànemos! —graznó—. Solo apremia si es urgente.

Los demás asintieron en señal de afirmación. Guinever estaba muy feliz de oír que los cuervos tenían tan buena opinión de ella.



A pesar de los buenos consejos, Ànemos la siguió titubeando... y conforme se acercaba al establo fue ralentizando su ritmo. Pero finalmente cruzó la estrecha puerta detrás de Guinever.

Los gansos ruseñores encontraron muy fastidioso tener que levantarse de nuevo, aun cuando el motivo fuera el padre de los potros.

Ànemos resopló cuando los huevos se volvieron visibles bajo las plumas azules.

Después estiró el cuello hasta que su hocico tocó los cascarones plateados.

—¿Lo ves? —Guinever seguía sintiendo recelo a hablar con el pegaso.

Su tristeza lo envolvía como una advertencia.

Al principio este no respondió. Pero luego se incorporó y miró a Guinever.

—Creo que uno es blanco —dijo mientras los gansos, con un suave murmullo, volvían a sentarse sobre el nido—. Blanco como su madre.

Guinever asintió. Sintió el cosquilleo en la nariz que anunciaba que le corrían las lágrimas. Lágrimas de felicidad.

—Creo que el segundo es azul —comentó ella—. El tercero no lo tengo claro. Su pelaje está húmedo por la clara de huevo.

Los gansos cerraron los ojos como si solo así pudiesen concentrarse en su difícil tarea.

Ànemos inclinó la cabeza ante Guinever. La inclinó profundamente.

—Te doy las gracias, hija de humano —dijo—. Por primera vez en semanas no siento mi corazón como una piedra en el pecho.

Luego lanzó una última mirada al nido y se dirigió a la puerta del establo. Antes de salir fuera, se detuvo una vez más.

—¿Tienes alguna noticia de tu padre? —preguntó.

—¡Sí! ¡Han encontrado la isla! —respondió Guinever.

No comentó que desde entonces no había conseguido contactar con Ben.

Ànemos asintió. Guinever podía leer en su rostro lo que sentía. La silueta del ala diminuta traía consuelo y esperanza. Pero, de nuevo, también el miedo de perder lo que amaba.

—Mi padre ha prometido que salvará a tus pequeños —dijo Guinever—. ¡Y es muy bueno manteniendo sus promesas!





24 Shrii

*Todo es peligroso,
mi querido amigo.
Si no fuera así,
no valdría la pena vivir.*

OSCAR WILDE, *Un marido ideal*

Solo una vez le había dolido tanto la cabeza a Ben. El día que un mokêlembêmbe, un animal fantástico africano, lagarto y elefante al mismo tiempo, lo había golpeado con la cola dentada en las sienes. Esta vez el dolor era más atrás y empeoró cuando Ben abrió los ojos. Por un momento lo vio todo tan borroso que creyó que la figura que se inclinaba sobre él era una persona. Pero cuando la imagen se volvió más nítida, Ben identificó que era un mono. No cualquier mono, un macaco de Assam, como Pata de Mosca habría corregido. Los ojos de color amarillo ámbar observaban a Ben de todo menos amablemente. Se encontraba en la oscura cueva de un árbol. En las raíces aéreas que colgaban del techo aparecían sentados tres monos pequeños que Pata de Mosca le habría presentado como loris perezosos y, en las protuberancias que la pared del árbol moldeaba, había acurrucado un gibón junto a otros tres macacos que miraban a Ben con hostilidad.

Barnabas y Hothbrodd estaban a unos pasos de él y tan fuertemente atados con lianas como él.

—¡Os digo que eran un cebo! —oyó Ben parlotear a uno de los macacos—. ¡No habríamos tenido que traerlos nunca aquí! ¡Los cazadores furtivos con los que Kraa trata raras veces se atreven a adentrarse tanto en el bosque!

—¡Patah tiene razón, Shrii! —gorjeó uno de los loris perezosos—. ¡Kraa los ha enviado para encontrarnos! ¡Son sus espías!

—¿Ah, sí? Entonces Kraa es más estúpido de lo que pensaba —se burló el gibón—. El gigante verde pesa tanto que tuvimos que subirlo con lianas hasta aquí. ¡Por no

mencionar que apesta a pescado!

Ben suponía que podía entender a los monos porque Hothbrodd estaba con ellos. Uno comprendía mucho mejor el mundo y sus criaturas si contaba con algunos seres fabulosos entre sus amigos.

Ben creyó oír un crujido de plumas a su espalda, pero sus ataduras no le dejaron volver la cabeza.

—¿Has visto alguna vez una criatura parecida a este gigante verde, TerTaWa?

Ben no había oído nunca antes una voz que le recordara tanto a la de Lung. Existía la misma fuerza en ella. ¡Y quienquiera que estuviera hablando era grande!

Hothbrodd soltó un gruñido furioso e intentó romper sus ataduras. Los monos comentaron sus esfuerzos con un parloteo que sonaba inquietante y divertido al mismo tiempo, y el macaco, que se había inclinado al principio sobre Ben de forma amenazante, blandía un palo más grueso que su peludo brazo. Tal vez fuera ese el motivo del dolor de cabeza de Ben.



—¡No, espera! ¡Hothbrodd tiene de veras un buen corazón, aunque no lo parezca! —gritó Ben—. ¡Es un trol de los fiordos!

Los monos parlotearon todos a la vez.

—¡Casi podría pensarse que está emparentado con los Árboles Susurrantes! —dijo la voz detrás de Ben.

No había inquietud en ella. Más bien curiosidad. Los monos enmudecieron respetuosos cuando el orador, con garras y patas de felino, se acercó a los prisioneros.

Todas las imágenes que Ben había visto, todos los relieves y las estatuas, no hacían justicia a la criatura sobre la que alzó la vista.

El grifo se inclinó interesado sobre Hothbrodd.

Shrii... Así lo habían llamado los monos, ¿no?

Su aspecto era aún más fantástico que el que Ben había imaginado. Su cola era una serpiente de color verde azulado que movía la lengua. Las musculosas patas traseras y el gigantesco cuerpo de león estaban moteados como el pelaje de un gato jaspeado, pero el plumaje en cuello y cabeza relucía, al igual que las alas, en todos los tonos verdes de la selva. Solo el pico, las orejas y los ojos eran de color amarillo

miel. Por la experiencia de Ben, los pájaros tenían una mirada tan gélida como la de los reptiles. Ni siquiera Me-Rah era una excepción. En el caso de los cuervos cenicientos, Ben se preguntaba continuamente si estaban furiosos. Pero los ojos de Shrii tenían casi el mismo calor que la mirada de dragón de Lung, aun cuando podía apreciarse que el grifo no vivía únicamente de la luz de la luna. Ben percibía la aguda atención del animal de rapiña y, en cada músculo, la disposición a cazar.

—¿Árboles Susurrantes? ¡Está bien! —Hothbrodd seguía luchando contra sus cuerdas de liana—. ¡Si no nos liberáis en el acto, les diré que os maten a golpes con sus ramas! Y creedme, peludos secuestradores blandepalos —gritó a los monos desde abajo—, ¡hay muchos árboles que escuchan a los troles! ¡Muchos!

—¿En serio? —Shrii lo seguía observando fascinado—. Estoy tentado de liberarte solo para que puedas demostrármelo.

Giró el cuello plumoso y observó a Ben y a Barnabas.

—Hum. Este de aquí es muy joven para ser un espía —constató—. Y el viejo, en realidad, tampoco tiene aspecto de ser uno de los cazadores furtivos de Kraa, ¿no te parece, Patah?

Barnabas alzó la vista hacia el grifo, pero tan embelesado estaba que por un momento se olvidó de hablar.

—¿Cazadores furtivos? ¡Oh, no! ¡No! —balbució finalmente—. ¡Podría decirse que trabajamos para el lado opuesto! Mi nombre es Barnabas Wiesengrund y este es mi hijo Ben. Los monos te confirmarán que no nos han encontrado armas. Venimos en son de...

—¿Quién te ha dado permiso para hablar, humano? —lo interrumpió Patah con brusquedad. Era muy grácil para ser un macaco, pero evidentemente compensaba el pequeño tamaño con osadía—. Todos mienten en cuanto abren la boca. ¡Tú no los conoces como yo, Shrii! Kupo tiene razón. Claro que son espías. Deberíamos arrojarlos al mar. ¡O enviarlos de vuelta a Kraa tan muertos como Daun, Manis y todos los demás, cuyos huesos palidecen debajo de nuestros nidos destruidos!

Los demás monos aullaron con aflicción, pero enmudecieron tan pronto Patah levantó la pata. Tenía el color marrón del barro seco. El rostro del macaco, sin embargo, era claro como la piel de los humanos, y, alrededor de la barbilla y los carrillos, se le erizaba pelo de color blanco grisáceo formando una abundante barba.

—¡Sí, deberíamos matarlos! —repitió—. Pero antes —dijo dando un brinco hacia Ben—. Antes deberíamos hacerles hablar. ¡He aprendido de sus iguales cómo hacerlo! Cuanto más sepamos de los planes de Kraa, mejor. ¡No se rendirá, Shrii! ¡Nunca permitirá que otro grifo cuestione su poder! Lo diré una vez más, aunque no lo queráis oír: ¡tenemos que marcharnos de esta isla!

Shrii se enderezó como una vela.

—No —dijo—. Vosotros deberíais marcharos. Poneros a salvo. Pero yo me quedo. Esta isla es mi hogar. Nací en ella. Me ha teñido las plumas y el pelaje, y estoy harto de oírla suspirar y gemir bajo el poder de Kraa.

Los monos miraron con gran preocupación hacia la hendidura por la que llegaban los ruidos de la selva, como si temieran que Kraa pudiera haber oído el desafío de Shrii. Ben intentó imaginarse al otro grifo, pero sus ojos estaban absolutamente fascinados con Shrii. Le hacía olvidar que eran prisioneros y lo que habían ido a buscar a esa isla. Shrii atenuaba incluso la nostalgia que sentía por Lung. Probablemente ambos se llevarían muy bien.

—Sí, sí, está bien, ya sé que no te marcharás —murmuró Patah—. Moriremos todos aquí. Un montón de héroes muertos... Eso es en lo que nos convertiremos. ¿Y acaso los loris, los gatos jaspeados y los gibones que defiendes te lo agradecerán? ¡No! —Se acurrucó al lado de Ben y le pellizó en la mejilla—. Suéltalo ya, hombrecillo —le susurró—. ¿Cuál es exactamente vuestra misión? ¿Matar a Shrii?

El grifo refunfuñó en voz baja y su cola de serpiente se enderezó como una cobra a punto de atacar.

—¡Déjalos en paz, Patah! Aún no se ha demostrado que sean culpables.

El macaco enseñó los dientes, pero se apartó de Ben.

—¡Tu bondad será tu perdición, Shrii! —gruñó—. ¡Y nosotros moriremos contigo!

Por un instante, el corazón de Ben se detuvo al ver lo que colgaba del cuello del macaco. Era el medallón que Barnabas le había dado para la escama de Lung. ¿Lo había abierto Patah? Y en ese caso, ¿advertiría Lung que la escama había cambiado de dueño? ¿O tomaría los sentimientos del macaco por los suyos?

—Patah está loco, pero lleva razón, Shrii —chilló Kupo, la lori perezosa que los había calificado de espías.



Saltó a los hombros moteados de Shrii y observó a Ben con sus ojos redondos como bolas.

—Creo que deberíamos construir jaulas y conservarlos como animales domésticos. Puedo adornarlas como hacen en sus mercados. ¡En cualquier caso, mis tallas son mucho mejores!

Kupo contempló orgullosa sus delicados dedos... y se inclinó de repente hacia

delante.

—Oh, ¿qué es eso? ¡Parece un cuchillo muy bueno!

El cuchillo de tallar de Hothbrodd estaba colocado con esmero formando fila con sus otras posesiones sobre una hoja gigantesca. Los bolígrafos con el narcótico yacían justo al lado. Barnabas cruzó una mirada de preocupación con Ben.

—¡Es muy grande! —chilló Kupo—. ¡Pero la cuchilla! ¡Tiene aspecto de poderse tallar maravillas con ella! ¡Oh, sí!

Estiró con avidez la diminuta mano... y retrocedió de un brinco cuando Hothbrodd sacudió enfurecido sus cuerdas.

—Los aligátos... —Patah se colocó los prismáticos de Barnabas en los ojos y observó con ellos a Kupo—, que están abajo en la catarata... —dejó los prismáticos a un lado y cogió uno de los bolígrafos—, lo engullen todo. ¡Monos, humanos y seguro que también a un gigante arbóreo de color verde como ese de ahí! ¡Y casi no dejan restos! Kraa nunca se enteraría de lo que ha sido de sus espías.

—¿Tu nombre es Wiesengrund?

Las palabras brotaban de sus labios como si cantara. No en balde a los gibones se los denominaba monos cantarines.

—Sí —respondió Barnabas—. Y una vez tuve el honor de tener de amigo a un gibón como tú. Su nombre era E-Mas.

TerTaWa lanzó una mirada al grifo.

—Este hombre no es un espía, Shrii —determinó—. Es un amigo. ¡Ha salvado al Gibón Dorado!

Ben lanzó una mirada interrogante a Barnabas.

—Una historia de mi juventud —susurró Barnabas—. Te la contaré si salimos sanos y salvos de esta. Solo para tu información: ¡el gibón me salvó a mí igual que yo a él! Y, Ben... —añadió con una voz apenas perceptible—, no mires a Patah con tanta insistencia.

Eso era pedir demasiado. El macaco había perdido el interés por el bolígrafo. Y ahora intentaba abrir el medallón.

«¡Devuélvemelo!», quiso gritar Ben. «¡Yo soy el jinete del dragón, y no tú!». Pero Barnabas, naturalmente, tenía razón. Patah no debía advertir lo importante que era el medallón para él. ¡Tal vez el macaco lo tirara cuando perdiese el interés en él! Pero ante todo el enfado que sintió por lo que el gibón había dicho lo distrajo del obstinado objeto de plata.

—¡Bah, cha, cha, eres un soñador desesperado, TerTaWa! —parloteó—. ¡Tú deberías saberlo mejor, a fin de cuentas has vivido en una isla de humanos! No te fíes de ninguno de ellos. ¡Esa es la única regla que mantiene con vida! ¡De ninguno! ¡O tendrás que aliarte con ellos como Kraa!

Shrii no había apartado la mirada de Barnabas desde que el gibón le había preguntado su nombre.

—¿Qué os ha traído a la isla, si no sois ni cazadores furtivos ni espías de Kraa?

—preguntó sin hacer caso a los parloteos de desaprobación de Patah.

—Necesitamos una de vuestras plumas doradas. ¡Naturalmente, estamos dispuestos a pagar por ella de un modo razonable! —respondió Barnabas.

Shrii parecía ser un grifo singular, pero Barnabas decidió no mencionar a los pegasos. El desprecio a los caballos tal vez fuera algo innato en los grifos igual que su inclinación por los tesoros.

—¡Eso de ahí! —lo ayudó Ben señalando la bolsa con el brazalete de Bağdagül—, ¡lo hemos traído en pago!

TerTaWa cogió la bolsa y sacó el brazalete de oro. Kupo, impresionada, se relamió los labios. Pero la mirada de Shrii se volvió visiblemente más fría.

—Oro. Por supuesto. Todos los grifos aman el oro. —Su plumaje se erizó de enfado—. De los humanos también se puede decir, ¿no es cierto? Tal vez por ese motivo vuestra especie se haya entendido siempre tan bien con la mía. Pero a mí no me importan vuestros tesoros, y aunque quisiera vuestro oro... solo un grifo en esta isla tiene una pluma dorada en su plumaje, y ese es Kraa.

—¿Oyes, Patah? —se burló uno de los otros macacos.

—No tenemos que esforzarnos en matarlos. ¡Kraa cogerá su oro y les arrancará a mordiscos las cabezas!

La cueva del árbol se llenó nuevamente de gritos de risa. Solo Kupo guardó silencio.

—¿Una pluma dorada? —chilló desde lo alto de los hombros de Shrii—. ¿Para qué necesitan los humanos una pluma dorada?

Barnabas no tuvo que responder. TerTaWa apoyó de repente el dedo en los labios en señal de advertencia.

El grito que penetró en la cueva del árbol era el mismo grito que Ben había oído la primera noche en Pulau Bulu. Sonaba a muerte. A leones hambrientos y águilas de caza.

—¡Es Tschrä! —chilló uno de los loris perezosos—. ¡El Tschrä matamonos!

—¿No os he advertido? —gritó Patah—. ¡Eran un cebo! ¡Un cebo de Kraa! ¿Cómo nos han encontrado si no?

Dos macacos agarraron a Barnabas y otros dos saltaron amenazantes sobre Ben. Pero todos se dispersaron cuando una figura alada oscureció la hendidura que daba al exterior.

Manadas de monos irrumpieron en el árbol hueco. Shrii los picoteó y se defendió con garras y patas, pero hasta él retrocedió cuando otro grifo se deslizó en la cueva del árbol. Su pico y sus garras eran negras como el ébano, aunque los siglos le habían palidecido el pelo y el plumaje de un color gris cenizo.

—¡Ríndete, Shrii! —chilló Tschrä entre los gritos de lucha de los monos—. Kraa quiere que te lleve ante él con vida.

Shrii se sacudió una docena de monos y picoteó a otros dos que lo golpeaban con palos afilados.

—¡Me rindo si dejas que los demás se marchen! —gritó.

Tschrä volvió la cabeza con desdén en la cueva de árbol vacía, mientras uno de sus monos lanzaba a Patah una liana alrededor del cuello.

—¿Es esto lo que imaginas para nuestro futuro? ¿Una miserable cueva de árbol para los leones de los vientos? De momento dejaré con vida a tus sirvientes traidores. Eso es más de lo que merecen por su rebeldía. Pero con certeza Kraa querrá castigarlos en persona.

Examinó a aquellos a los que sus monos habían apresado y se inclinó sobre Kupo. Su horrible pico se acercó tanto a la lori perezosa que casi rozó su pelaje.

—Pero ¿a quién tenemos aquí? —arrulló.

—¡Kraa echa de menos tus artísticos dedos, Kupo! Los otros loris perezosos son, todos sin excepción, unos chapuceros a tu lado. ¿Cómo puedes desperdiciar tu talento con un grifo que ni siquiera es capaz de construir un nido decente?

Kupo temblaba tanto que no logró articular palabra. Pero Patah enseñó los dientes amarillos de forma agresiva.

—¡Teníamos un nido maravilloso, oh, terrible Tschrä! —balbució—. Y si no recuerdo mal, tú mismo lo destruiste. Siguiendo órdenes de Kraa. ¡Solo para que Kraa apreciara el arte de Kupo! Y vosotros matasteis a Manis, que también tenía el mismo talento. Vosotros...

Tschrä la hizo callar alzando la garra delantera con gesto amenazante.

—¿Qué hacemos con los humanos, oh, terrible Tschrä? —preguntó uno de sus monos.

Formaban un grupo tan heterogéneo como los adeptos de Shrii.

Ben tuvo la sensación de no ser más que un pedazo succulento de carne cuando los ojos color amarillo pálido de Tschrä lo observaron.

—Lleváoslos —ordenó el grifo—. Tal vez podamos venderlos como esclavos. Hay muchas minas en las vecinas islas de los humanos en las que no se pregunta de dónde proceden los trabajadores. Y pagan bien.

—¿Kraa vende a sus propios espías? —Shrii atrapó con el pico a un macaco que golpeó a TerTaWa en el vientre con su palo—. Creía que aún le quedaba una pizca de honor. Pero ni siquiera esa pizca está a salvo de su sed de oro.

—¿Espías? —Tschrä emitió un graznido desfavorable—. ¡No necesitamos ningún espía humano para encontrar traidores! No he visto nunca a estos bípedos. ¿Y esa cosa de piel verde que hay ahí? ¿Se ha caído de un árbol?

Hothbrodd llamó al grifo una «temerosa gallina de agua» mientras los monos de Tschrä lo arrastraban hacia fuera. Allí, otros cinco grifos aguardaban en las ramas de los árboles vecinos, tres de ellos de color arena o gris como Tschrä, dos casi tan coloridos como Shrii. Ben tuvo que admitir que todos conformaban una imagen espléndida. Sus aletazos susurraron como el viento entre los árboles, y la selva hizo que resonaran sus gritos triunfantes cuando se llevaron a Shrii en el medio. A pesar de la enorme envergadura de los grifos, estos planeaban entre los árboles sin el menor

esfuerzo, como si sus ramas les cedieran el paso de forma reverente. Ben se preguntó cuánto habían tardado los más ancianos de ellos en adaptarse de los lejanos paisajes desérticos de su juventud a esa selva húmeda. ¿Cuántos habrían sido cuando llegaron allí? ¿Eran Shrii y los otros dos grifos de plumas coloridas los únicos descendientes? Los monos de Tschrä, que llevaban a Barnabas, a Hothbrodd y a Ben a su alado señor a través de las copas de los árboles, probablemente tampoco supieran la respuesta. Se los lanzaban entre ellos o aparentaban dejarlos caer para volver a pescarlos antes de llegar al suelo. A veces lo hacían tan bien que Ben no solo se olvidaba de pensar, sino también de respirar. Con Hothbrodd tenían más cuidado. El trol pesaba demasiado para sus juegos, pero Ben era la víctima perfecta, y había deseado no volver nunca más a subir a lomos de Lung.

«¡Lola y Pata de Mosca nos encontrarán!», se confiaba mientras los peludos secuestradores los adentraban, cada vez más, en las montañas que habían visto desde la playa. ¿Pero cómo? Lola y Pata de Mosca eran ambos muy buenos rastreadores, pero sus secuestradores no dejaban rastro..., salvo unas ramas rotas.

—¡Grifo contra grifo! Parece que hubiésemos llegado a esta isla en un momento poco propicio —susurró Barnabas a Ben cuando sus secuestradores los dejaron, codo con codo, en una horcadura para recolectar algunas frutas tentadoramente maduras—. ¡Tal vez habría tenido que disuadirte de acompañarnos!

—No habrías podido disuadirme —le respondió Ben en voz baja.

Los monos que transportaban a Patah y a Kupo no habían descansado. ¿Le habían arrebatado a Patah el medallón? ¿Conservarían el objeto brillante en su interior o se desharían de la escama de Lung aunque no supiesen lo que era? Ben sentía confusión y alivio al mismo tiempo. Confusión por haber perdido la única conexión con Lung y alivio porque no estaba seguro de si, en vista del terrible peligro en el que se encontraban todos, no habría reclamado ayuda al dragón.

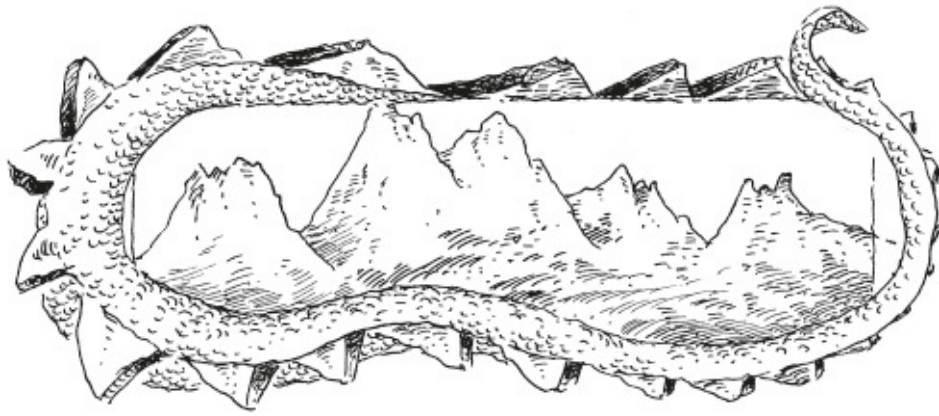
Sus secuestradores les vendaron los ojos antes de continuar. Las sucias tiras de tela procedían de una camiseta. Ben intentó no preguntarse lo que habría sido del dueño. Que sus secuestradores no quisieran dejarles ver adónde los llevaban era, en cualquier caso, una buena señal. ¿Para qué esforzarse si sus dueños alados tenían intención de devorarlos? Sí, pensó Ben, mientras las hojas húmedas le rozaban el rostro y notaba los dedos peludos del mono en la nuca. ¡Era mejor que la escama estuviera lejos!

Pero no lo estaba.

Patah había conseguido abrir el medallón. Acababa de sacar la escama cuando el grito de Tschrä llegó del exterior... y los dedos de Patah envolvieron la escama del dragón con todo el miedo que, de repente, lo invadió. La volvió a meter rápidamente en el medallón con dedos temblorosos. Lo cerró incluso con intención de conservar aquel tesoro a toda costa. Pero cuando los monos de Tschrä lo sacaron de la cueva del árbol, naturalmente intentó defenderse y el medallón se le escurrió de la mano. Cayó y cayó... más y más abajo, a través de hojas y ramas, con la escama, pegajosa del

sudor frío de Patah. En vano, una ardilla voladora intentó atrapar el objeto brillante. Una serpiente cazatesoros casi entierra los colmillos en la plata, y un jenglot extendió sus garras con tanta avidez que cayó de cabeza desde su rama. Pero el medallón siguió descendiendo. Hasta que por fin aterrizó en las cálidas aguas de un río, que lo arrastró, en el hocico de un cocodrilo adormecido, en dirección al mar.





25 Unidos

*¡El mundo está tan vacío si solo vemos en él
montañas, ríos y ciudades! Pero si sabemos
que en un sitio o en otro hay alguien
que concuerda con nosotros y con el cual
continuamos viviendo calladamente,
eso es lo único que convierte en habitado jardín
para nosotros este globo terráqueo.*

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE,

Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister

Lung se disponía a llevar a Maya unas flores que le sustituyesen en la cueva la luz de la luna cuando, en el lugar donde la escama no estaba, sintió un dolor agudo, como si un cuchillo le perforase el pecho. Su corazón comenzó a latir a toda velocidad y sintió miedo, mucho miedo. Pero no era el miedo de Ben, sino el de Patah. Tal vez por eso la sensación le resultó tan extraña a Lung. ¡Como si Ben se hubiese extraviado! Y toda esa rabia que sentía con el miedo, ¿de dónde provenía?

—¿Lung?

El corazón le palpitaba tan fuerte que apenas podía oír la voz de Maya. Los huevos color azul pálido que Maya cuidaba seguían siendo más pequeños que los huevos de avestruz, y así seguirían. Los dragones jóvenes apenas son más grandes que los ojos de sus padres cuando salen del huevo. Lung pensaba que para eso se ocultaban demasiado tiempo tras los cascarones de huevos.

—¡Creo que Ben necesita ayuda! —dijo—. ¡Siento miedo! ¡Y rabia!

—¡Entonces ponte en camino y encuéntralo! ¿A qué esperas? —respondió Maya.

Era tan intrépida. Lung la adoraba por ello. Intrépida y fuerte. Habría podido decir simplemente «Por favor, quédate aquí», pero Maya sabía cuánto le importaba el chico. Y ella no había olvidado que sin Ben él nunca habría encontrado La Orilla del

Cielo... y tampoco a ella.

—Pero ¿quién te cuidará? —preguntó preocupado.

—¡Una de las dragonas que no espera descendencia! ¡O Cola Irisada!

Cola Irisada era su primo y se sentaba con los duendes fuera, bajo el sol, o hacía carreras de vuelo con los otros dragones, pero sí..., en efecto no dejaría que Maya muriera de hambre. Y contaba con más amigas que no tenían que ocuparse de un nido.

—Solo hay una condición —dijo Maya—. Está claro que lo que más me gustaría es acompañarte, pero como eso no puede ser... —dijo dándole un empujoncito con la nariz a uno de los huevos—, hazme el favor y llévate a alguien contigo. Dices que sientes miedo y rabia. No suena bien y no sabes en qué peligro se halla Ben. Hazlo por tus pequeños, no vuelas solo a su encuentro.



Lung no tenía claro qué pensar al respecto. Es probable que fuera un presentimiento de lo que Barnabas llamaba «las obligaciones como padre».

—¿Solo? ¡Sabes que jamás vuelo solo! —protestó—. Piel de Azufre se quejará por ir de nuevo a otro lugar, pero desde luego insistirá en acompañarme.

Piel de Azufre... Lung volvió la cabeza buscándola, pero en La Orilla del Cielo salía con más frecuencia en busca de setas que en su lugar de origen. «¿Te sorprende con las pocas setas que hay aquí?», habría contestado seguro. «Por no hablar de que la mayoría de las que crecen sobre toda esa grava no están ricas».

—¡No hablo de Piel de Azufre! —dijo Maya—. ¡Hablo de otro dragón!

—¡Pero se trata de mi amigo! —respondió Lung—. No puedo pretender que uno de los otros realice el viaje en mi lugar. ¡Y menos ahora, que la mayoría espera descendencia!

El dragón que alzó la cabeza con la palabra «viaje» y los miró con curiosidad no había llegado con Lung desde Escocia. Tattoo había nacido en La Orilla del Cielo y era uno de los dragones a los que habían despertado de su sueño sin luna los enanos de las rocas. Su verdadero nombre era Lhag Pa, lo que en la lengua de esas montañas significaba «viento». Pero todos lo llamaban simplemente Tattoo, pues los muchos años debajo del cascarón de piedra habían llenado sus escamas de dibujos, como si

alguien los hubiese pintado de forma artística. Los enanos de las rocas responsabilizaban de ello a una planta que crecía en la oscuridad y que, a menudo, dejaba su rastro en las paredes de las cuevas, aunque no eran capaces de explicar por qué las escamas de Tattoo eran las únicas que portaban sus estampas. Sea cual fuera el motivo, los dibujos de flores, zarcillos y hojas que lo cubrían desde la cabeza hasta la punta de la cola, le otorgaba el aspecto de los dragones que se podían encontrar en las valiosas porcelanas chinas. Según Lung, su aspecto era fantástico, pero Tattoo tenía también que escuchar algunas burlas. Ser el dragón más joven de La Orilla del Cielo (si se descontaban los años que había dormido debajo del manto de piedras) no hacía su vida más fácil. Tal vez por ello se alegraba de la descendencia de los dragones casi más que los propios padres. Tattoo le recordaba a Lung mucho a sí mismo: la inquietud, la sed de cambio y aventura, el ansia por la lejanía y lo desconocido, mientras los más ancianos se limitaban a soñar con la tranquilidad y la seguridad...

Naturalmente Maya había advertido a qué dragón observaba.

—Sí, Tattoo sería un buen acompañante —susurró ella—. No tiene un nido que proteger ni pequeños que alimentar y es rápido y listo. He visto muchas veces que ha ganado incluso a Ryak y a Bruk en sus carreras.

Ryak y Bruk eran dos de los jóvenes dragones que habían llegado con Lung desde Escocia y que estaban siempre demostrando su fuerza e intrepidez.

—¿Siguen los dos organizando esos juegos a pesar de que lo he prohibido? —Lung se sintió de golpe muy viejo.

Tal vez había llegado efectivamente a la edad adulta.

—No actúes como si te sorprendiera en serio. Y a Tattoo le hará bien demostrarles a los otros de vez en cuando lo fuerte y rápido que es. Sabes lo mucho que se mofan de sus escamas.

Lung lanzó una mirada a los dragones jóvenes. Tattoo hizo como si no lo advirtiera, pero Lung vio cómo aguzaba las orejas. Las orejas de dragón podían ser muy traicioneras. Y sí, Maya tenía razón: Tattoo no era solo rápido sino también listo. Y era paciente cuando hacía falta, algo muy poco habitual en un dragón tan joven. Aunque Tattoo no sospechase todavía lo importante que era esa cualidad. Además, no estaba interesado en ser el más popular. O el que más alto hablase. O el líder. Y no era cruel con los más débiles, un rasgo que Lung valoraba por encima de cualquier otro.

Con todo... ¡Si Ben estaba de verdad en peligro no tendría tiempo de cuidar de un joven dragón!

—¡Por favor, Lung! —susurró Maya—. ¡Quién sabe lo que Barnabas ha encontrado esta vez! ¡Dices que busca un fénix, pero tal vez se le haya cruzado un ser fabuloso menos pacífico en el camino! ¡No sería la primera vez!

No, seguro que no. ¡Lung creía a veces que los seres fabulosos de Barnabas se sentían igual de atraídos por él!

Volvió a mirar hacia Tattoo.

—Puede ser imprudente.

Maya sonrió.

—Oh, sí. Tenéis mucho en común.

Tattoo seguía actuando como si no prestase atención a lo que estaban hablando. ¡Un buen actor no era! Al fin se levantó y se dirigió a la entrada de la cueva. Era evidente que su propia curiosidad le resultaba penosa. Eso también le gustaba a Lung.

Dio un suspiro.

—Está bien —dijo—. Siempre me he arrepentido cuando no he seguido tu consejo.

Maya dejó caer la cabeza sobre el borde del nido.

—¿En serio? —preguntó en voz baja.

Resultaría tan difícil dejarla sola. Era horroroso cuando el corazón amaba en dos direcciones diferentes.

—De acuerdo. Partiré esta misma noche —dijo Lung—. Y le preguntaré a Tattoo si quiere acompañarme. Solo espero que este tirón en el pecho sea un indicador de caminos en los que se pueda confiar.

El dolor, entretanto, se sentía efectivamente como un tirón. Como si un anzuelo se hubiese enganchado en su corazón.

—Los enanos de las rocas cuentan que antiguamente los dragones podían encontrar a sus jinetes a miles de millas —dijo Maya—. La escama te atraerá como un imán. Al fin y al cabo forma parte de ti.

—¿Atraer? ¿Adónde?

Piel de Azufre había conseguido un buen botín. Se sentó entre las zarpas de Lung y olisqueó una seta de color blanco apenas más grande que una cereza.

—Piedra —murmuró con un tono de desaprobación—. Todas huelen a piedra. ¡Falta la lluvia!

—¡Y cuando tenías lluvia dijiste que las vuelve insípidas! —Lung se incorporó—. Tal vez las setas en Vietnam te sepan mejor. Pronto lo podrás averiguar.

Barnabas buscaba en Vietnam el fénix, ¿no era cierto? Sea como fuere, la escama le indicaría el camino.

—¿Vietnam? ¡Oh, no! ¡Un momento!

Naturalmente, Piel de Azufre lo siguió cuando se encaminó a la entrada de la cueva.

—Se trata del chico, ¿verdad?

Le cerró el paso de un salto y señaló con gesto acusador la oscura mancha donde le faltaba la escama.

—Sabía que era una idea estúpida. ¡Estúpida, estúpida, estúpida! Acabamos de llegar. ¡Después de volar dos veces alrededor de medio mundo!

—Tú puedes quedarte aquí. Maya ha sugerido que me lleve a Tattoo conmigo.

—¿Tattoo?

Que algo le hiciera perder el habla a Piel de Azufre resultaba más extraño que que algo le quitara el apetito.

Fuera, el sol estaba ya muy bajo en las montañas. Pronto oscurecería. La mejor hora para partir.



—Aguarda. ¡Lung! No lo dirás en serio, ¿verdad? —Piel de Azufre había recuperado el habla—. ¡Ni siquiera tiene un duende! —balbució mientras corría hacia Lung—. ¡Y no sabe nada del mundo! ¡Calva cónica afilada! ¡Ha estado metido en una roca!

—¿Y qué? ¿Qué habíamos visto nosotros del mundo antes de llegar aquí? ¡Un valle cubierto de niebla y las paredes de una cueva! Le vendrá bien ver otros lugares.

Tattoo se encontraba sobre un saliente de rocas contemplando las lejanas montañas que se desvanecían en la niebla del ocaso. Oh, sí, había escuchado lo que Maya había propuesto.

—¡De acuerdo, de acuerdo, te acompañaré! —Piel de Azufre abrazó una de las patas de Lung para llamar su atención—. Pero Tattoo se queda aquí. ¡Solo nos estorbará! ¡Y no cuidaré de él! ¡Ya tengo suficiente trabajo con ser tu duende!

—Ah, sí, olvido siempre el trabajo que te doy —respondió Lung mientras se dirigía a Tattoo—. No te preocupes. Le explicaré que no le registrarás las escamas ni le cantarás canciones de cuna.



Tattoo se volvió hacia ellos.

Intentaba con todas sus fuerzas mostrarse indiferente, pero Lung estaba seguro de que el corazón le latía a toda velocidad por la expectación. Recordaba muy bien la sensación: partir hacia el horizonte que uno había contemplado tantas veces hasta que los ojos dolían y las alas añoraban volar, más y más alto, no solo describir unos círculos sobre los valles y las montañas conocidos. No, sobre mares desconocidos, paisajes nunca vistos, ser transportado por los vientos que olían a flores y frutas exóticas...

Lung se detuvo frente al joven dragón.

—Tengo que ir en busca de un amigo —dijo ignorando el suspiro desaprobatorio de Piel de Azufre—. Me temo que necesita ayuda. Los otros harán falta para vigilar los nidos, pero...

No consiguió acabar.

—Sí —balbució Tattoo—. Sí, claro. ¡Te acompañaré! Adondequiera que vueles.

Piel de Azufre soltó un suspiro aún más profundo.

—Está bien. Partiré esta noche —dijo Lung—. Tan pronto avise a los demás. Pero he de advertirte. ¡Puede resultar peligroso!

—¡Como si eso fuera una novedad! —murmuró Piel de Azufre, pero ninguno de los dragones le prestó atención.

—Adondequiera que vueles —se limitó a repetir Tattoo.

Sí. A Lung le gustaba mucho.





26 ¡Se habían marchado!

*Se habían ido [...], esfumado,
robando las estrellas a la noche y el sol al día.
Se habían ido, y, en mi corazón, una nube.*

ALFRED TENNYSON, *La ventana*

¡Se habían marchado! Por muy bajo que Lola volara a través de la espesura de la selva... no había rastro de Barnabas, de Ben ni de Hothbrodd. Y este era realmente muy difícil de no ver.

Pata de Mosca oía su propio corazón suspirar y lamentarse, como si el alquimista que lo había creado le hubiese plantado una criatura viva en el estrecho pecho. Vio a su maestro descuartizado por gatos jaspeados o a todos muertos por el veneno de una serpiente. Pero entonces los habrían encontrado, ¿no? ¡Oh, su razón no servía de nada cuando se inquietaba por Ben! ¡Y para colmo Lola volvía a volar tan bajo que temía constantemente estrellarse contra el tronco de algún árbol! Espantaron a un ciervo ratón y casi acaban entre los colmillos que se ocultaban en una boca supuestamente inofensiva. Un gato jaspeado intentó pescarlos en el aire con sus garras. ¡Y después la serpiente del árbol, que casi clava los colmillos venenosos en el ala del avión de Lola!

Pata de Mosca habría aceptado todo sin quejarse si hubiesen encontrado a Ben y a los demás con las horripilantes artes voladoras de Lola. Miraba tan absorto por la ventana del avión que no le habría sorprendido que los ojos le hubiesen saltado de la cabeza. ¡Pero no veía más que verde! ¡Oh, no quería volver nunca a ver verde!

Se habían marchado. ¡Marchado! Ahogados. Devorados. ¡Digeridos sin dejar rastro! Cómo maldecía al pegaso y a los huevos. ¿Quién necesitaba caballos voladores? ¡O grifos, monos, serpientes, árboles...! Su maestro era todo lo que necesitaba. Se agarró el pecho. ¿Se le estaba ya rompiendo el corazón? No, seguía latiendo. ¡Eso significaba que el chico seguía vivo! Sí. Sí, solo tenía que seguir con vida y Ben también lo haría. ¿Funcionaba al revés?

La propia Lola tenía ahora cara de preocupación... Al menos eso era lo que Pata de Mosca interpretaba de su espasmódico bigote. ¡Y entonces comenzó de nuevo a

llover! Si podía denominarse lluvia a los diluvios que caían sin interrupción a través del follaje. Goteaba y chorreaba, azotaba contra el fuselaje del avión y corría tan cerca de los cristales que, blasfemando, Lola apretó la nariz contra el plexiglás para poder ver algo. De pronto emitió un silbido estridente (expresión de máxima alarma en la lengua de las ratas) y tiró violentamente del avión hacia la izquierda. Pata de Mosca vio plumas rojas y sintió un choque sordo. El avión volcó hacia delante, pero Lola logró enderezarlo antes de que quedase enterrado en el suelo. Después lo pilotó balanceándolo a través de unas frondas que chorreaban agua y aterrizó con daños sobre una almohada de musgo, en la que la máquina se hundió hasta las ventanas.

Plumas rojas. ¡En un primer momento, la cabeza de Pata de Mosca estaba tan ofuscada por el cuasidespeñamiento que pensó que habían colisionado con un semáforo plúmeo de la selva! Solo cuando un lori, calado hasta los huesos, aterrizó junto a ellos, Pata de Mosca empezó a comprender a quién tenían delante. ¡Por la botella que lo había alumbrado! ¡Era Me-Rah! La lluvia otorgaba a su plumaje el engañoso color de camuflaje de una zarzamora medio madura.

—¡Oh, cuánnnnnnnto lo siento! —chilló desplegando las alas—. ¡Solo quería deteneros, pero ibais tan deprisa!

Pata de Mosca lanzó una mirada llena de reproches a Lola, pero ella no tenía ojos sino para su deteriorado avión. Por suerte, el musgo había evitado que se produjesen daños mayores. Mientras la rata liberaba la hélice de hojas y trozos de liana, Pata de Mosca intentó comprender el parloteo excitado de Me-Rah. Lo que contaba no sonaba tan horripilante como lo que había imaginado, pero seguía siendo bastante horrible. Me-Rah había llegado a su bandada, cuando se enteró allí de que, al parecer, dos humanos y un gigante verde habían sido secuestrados por una banda de monos. Monos que trabajaban para los pájaros leones.

—¿Monos secuestradores? —increpó Lola cuando MeRah hubo finalizado su desalentador informe—. Pero ¿qué isla es esta, ratonera de muelles y veneno de rata? ¿Acaso los monos de aquí son también devorahumanos? ¡De ser así, tal vez tendrías que haberlo mencionado!

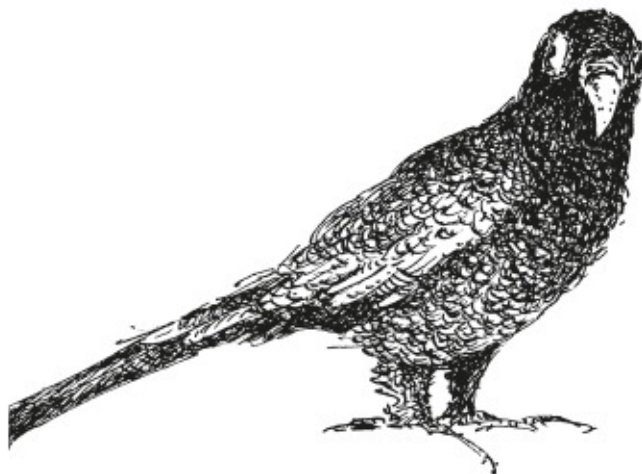
Del susto, Pata de Mosca casi se traga su propia lengua. Pero Me-Rah negó con firmeza que los monos de Pulau Bulu estuviesen interesados en la carne humana. Aunque añadió con mordacidad que por desgracia no se podía afirmar eso mismo a la inversa.

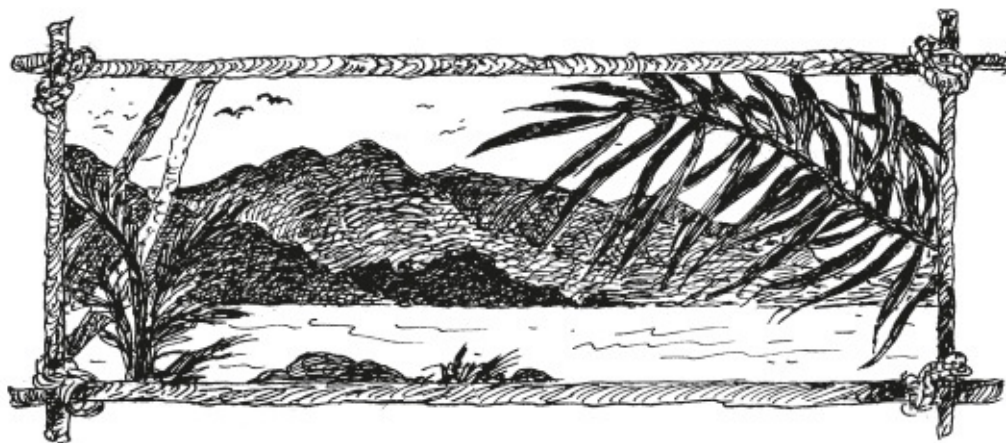
—Está bien. Ya es algo —dijo Lola—. Entonces solo cabe esperar que aún no hayan dado de comer a nuestros amigos a los pájaros leones. Me temo que les gusta cualquier tipo de carne.

La apreciación hizo que a Pata de Mosca le temblaran tanto las rodillas que tuvo que sujetarse a las alas del avión de Lola.

Cuando le preguntó a Me-Rah si podía enseñarles dónde habían secuestrado a sus amigos, la lori adoptó el mismo gesto aterrado que tenía en el templo de Garuda. A continuación puso los ojos en blanco con ademán resignado y asintió.

El avión de Lola escupió y gimió cuando arrancó el motor. Pero por fin se elevó en el aire y siguió a Me-Rah a través de la selva empapada de lluvia.





27 Atrapado

*Esper(aba) lo mejor
y est(aba) preparada para lo peor,
por lo que cualquier cosa entre medias
no le result(aba) una sorpresa.*

MAYA ANGELOU,

Yo sé por qué canta el pájaro enjaulado

Dondequiera que estuvieran, parecían haber llegado a su destino. Los monos le quitaron las ataduras a Ben y lo lanzaron dentro de algo que se movió de un lado a otro de forma tan amenazadora que intentó buscar sujeción con las manos. Sus dedos agarraron un trenzado de ramas y cuando se quitó la venda de los ojos vio que estaba arrodillado en una jaula redonda similar a una cesta. Junto a él, Barnabas limpiaba sus gafas como si quisiera tener una vista lo más clara posible de su penosa situación, y Hothbrodd se golpeó la cabeza entre maldiciones al intentar incorporarse. Por lo que Ben podía identificar a través del trenzado que lo cercaba, su jaula de mimbre colgaba del techo de un gigantesco nido de barro. Contó más de veinte cestas similares de diferentes tamaños. Uno de los monos que los habían llevado hasta allí metió a dos loris perezosos en una cesta apenas más grande que una calabaza y se subió, como los demás, a una liana en dirección al ancho agujero que conducía afuera. Las ramas de las que estaban hechas las jaulas componían, también bajo sus pies, solo una rejilla ligera, y Ben vio debajo de él, a lo lejos, a tres criaturas del tamaño de un perro, con el cuerpo de un escorpión y la cabeza de un chacal, que pasaban el rato atacándose con sus pinzas.

—¡Maldita sea, Wiesengrund! ¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea! —profirió Hothbrodd mientras observaba las ramas que los mantenían prisioneros—. ¿Por qué dejé convencerme para venir a esta isla? ¡Al ogro de hielo contigo! —exclamó lanzándose con tanta rabia contra la trenza que la jaula crujió de forma amenazante y

Ben dirigió una mirada de preocupación a los escorpiones que había debajo de ellos —. ¡Un trol no debe estar en una jaula! ¡Y menos aún en una que cuelgue en el aire!

—Lo siento mucho, Hothbrodd —respondió Barnabas sin mirar al trol.

Tenía la mirada clavada, al igual que Ben, en los escorpiones que tenían debajo.

—¡Escorpiones chacal! ¡Fascinante! Son aún más grandes de lo que había imaginado. ¡Y el caparazón y el aguijón son efectivamente de oro! ¡Los grifos deben haberlos traído de Mesopotamia! Han servido al rey de allí para la caza y como guardianes. ¡Es muy posible que tengan más de dos mil años de edad!

—¿Y qué? ¿Cuál es su comida favorita? ¡Déjame adivinar! —gruñó Hothbrodd —. ¿Carne de trol y humana?

—Respecto de la carne humana por desgracia tienes razón —respondió Barnabas sin apartar la vista de los escorpiones—. Pero es probable que no hayan probado nunca trol. Y la predilección por la carne humana viene seguramente de que a los reyes mesopotámicos les gustara alimentarlos con sus enemigos. Imagino que hayan adaptado su alimentación a esta isla.

—Además, este Kraa los alimenta con los cazadores furtivos que no le pagan —murmuró Ben.

O con sus prisioneros, añadió sin errar mentalmente, y no solo él. Observó las otras jaulas. En la penumbra que envolvía el nido no se distinguía si estaban todas ocupadas.

—Seguro que la carne de trol también les gusta —refunfuñó Hothbrodd—. Me recuerdan a los cangrejos que me mordían de niño cuando recogía madera en la playa. Aunque no tenían pinzas de oro. —Dio un puñetazo a la rejilla entrelazada con tanta rabia que la jaula de mimbre osciló como un péndulo de un lado a otro—. ¿Qué creen estos monos que soy? ¿Un maldito pájaro? —bramó—. ¡Tal vez debería intercambiar unas palabrillas con esas ramas!

—No creo que sea una buena idea —dijo Barnabas—. En caso de que esas ramas nos liberen de golpe, seguramente tú sobrevivirás a la caída, pero Ben y yo somos algo más frágiles. Por no hablar de los escorpiones chacales. Adoran desgarrar a sus víctimas con las pinzas. Después de haberlas paralizado con su aguijón.

Ben volvió a bajar la mirada hacia los brillantes escorpiones. Barnabas tenía razón. Incluso sin esos guardianes, una huida parecía imposible. Las cestas colgaban tan alto que, con seguridad, se romperían la crisma. Con alas, el panorama habría sido diferente...

No. ¡No! Se había prohibido también pensar en Lung. Desde que había visto a los grifos de cerca, Ben daba gracias por cada milla que se interponía entre ellos y el dragón. ¡Aun cuando siguiera convencido de que Shrii y Lung se hubiesen llevado bien a pesar de todas esas historias de grifos contra dragones! Pero ¿dónde estaba Shrii? Ninguna de las cestas jaula que Ben podía distinguir era lo suficientemente grande para un grifo.

Barnabas se acercó a su lado y espió a través de las ramas.

—Estoy algo decepcionado con este nido —afirmó—. Fíjate en las paredes. He leído que los nidos de los grifos están adornados con fantásticos relieves que se pueden medir en belleza con los de Persépolis.

—Este de aquí no es sino el nido de la prisión. El nido de Kraa está completamente repleto de imágenes. —La voz provenía de una cesta que estaba colgada a solo unos pocos metros de la suya—. Brillan como si estuviesen cubiertas de joyas, pero no son más que escarabajos muertos. Y mariposas. Los monos los cazan.

El chico que Ben podía distinguir detrás de las ramas parecía más joven incluso que él. Su inglés tenía un acento indonesio, pero era muy bueno. Sobre sus hombros estaba sentada una criatura diminuta con el pelaje de un color marrón mate. El rostro que apretaba contra las ramas estaba compuesto prácticamente de dos ojos gigantescos, y la cola que trepaba por el mimbres era muy larga y pelona.

—¿Quién es tu amigo peludo? —preguntó Ben.

El chico acarició al pequeñajo detrás de las orejas.

—Este es Berulu. Es un makis gnómico. Y un espía de mucho talento.

Berulu emitió un gorjeo halagador. Los delicados dedos pelones con los que envolvía la rama le recordaron a Ben a Pata de Mosca. Confiaba en que a Lola y al homúnculo les fuera mejor que a ellos. De ser así, seguramente ya estarían buscándoles. Pero ¿quería que los encontraran? Desde fuera llegó el grito de un grifo. No. Tschrä ni siquiera se percataría si se tragaba el avión de Lola con los pasajeros.

Berulu miraba con atención hacia abajo, donde los escorpiones. ¿Cómo se veía el mundo desde esos ojos gigantescos? Su dueño le acarició la cabeza de forma tranquilizadora.

—Al menos sabemos ahora cómo se sienten los loros de mi madre, Berulu —dijo—. ¡Si salimos de esta con vida los liberaré a todos! Prometido. ¡Eres mi testigo! —dijo apretando el rostro contra las ramas de su jaula—. ¿Sois cazadores de pájaros? —le gritó a Ben—. ¿De monos? ¿Cazadores ricos que se han perdido en esta isla? No, aguarda... ¡Se cuenta que los kucing burung atrapan de vez en cuando a pescadores de sus botes para dárselos de comer a sus pequeños! Pero no tenéis aspecto de pescadores. Más bien de turistas de rostro blanco que viajan de isla en isla en los barcos gigantescos.

—¿Kucing burung? —preguntó Ben—. ¿Eso qué es?

Su vecino de enfrente soltó una carcajada.

—Eres su prisionero. ¿Os han atrapado sus monos?

—Sí, admito que la urgencia de nuestra misión nos ha vuelto algo imprudentes —dijo Barnabas—. ¿Me permites presentarme? Barnabas Wiesengrund —dijo señalando hacia sí mismo—. Y este es mi hijo Ben. El verde que ves a través de los barrotes es nuestro amigo Hothbrodd.

El trol les daba la espalda. Seguía inspeccionando las ramas con las que estaba hecha la jaula. Los gigantescos ojos del makis gnómico se pegaron a él con

inquietante interés. La mirada de su dueño humano revelaba más bien una curiosidad interesada.

—¿Qué tipo de mono es? —preguntó—. ¡No he visto nunca uno tan grande! ¡Hasta los orangutanes son pequeños a su lado!

—Decidle que lo reduciré al tamaño de su animal peludo si me vuelve a llamar mono —ladró Hothbrodd.

—¿Qué tienes que ver tú con los kucing burung? —intentó distraerlo Barnabas—. Estamos aquí para comprarles una de sus plumas, pero parece que hemos dado con el grifo erróneo. ¿Por qué motivo, si me permites preguntar, están enfadados contigo? Disculpa, pero ¿ya nos habías dicho tu nombre?

—Winston. —El chico no podía apartar los ojos de Hothbrodd, aunque en realidad no podía ver mucho de él—. Winston Setiawan. Procedo de una isla vecina y estoy aquí por hacerle caso a un cuento de hadas. En nuestro pueblo se cuenta que en esta isla existe un templo derruido que está repleto de tesoros hasta los bordes. No tendría nada que objetar a una caja llena de oro, pero al parecer hay allí algo bastante más excitante: una de las pieles de muda de Nyai Loro Kidul.

—Una célebre reina del mar —explicó Barnabas ante la mirada interrogante de Ben—. A veces es un pez y otras, una serpiente.

—Sí. Y cuando se acaricia su piel —continuó Winston—, uno se transforma ¡en un crótalo! Imaginad. Hay dos chicos en mi pueblo que me hacen la vida imposible. ¡Qué cara pondrían si, de repente, yo tuviera escamas negras y colmillos venenosos! —dijo soltando un nostálgico suspiro—. Por supuesto, no he encontrado el templo. En su lugar, llegué al claro donde los kucing burung dejan a sus prisioneros para los cazadores furtivos y los cazadores de animales. Lo sé, no tendría que haber metido las narices en las jaulas, pero...

Winston enmudeció y miró con persistencia la cesta en la que Ben y Barnabas estaban. Una de las ramas se soltó lentamente del trenzado y comenzó a elevarse en el aire como una cobra bailarina.

—Son ramas muy testarudas —gruñó Hothbrodd—. Y tienen un sentido del humor extraño, pero... ¡me entienden!

Una segunda rama se soltó del trenzado. Justo debajo de los pies de Ben.

—¡Hothbrodd! —gritó alarmado—. ¿Quieres que nos matemos?

El trol emitió un gruñido disconforme y murmuró unas palabras incomprensibles, tras lo cual las ramas, a regañadientes, regresaron a su sitio.

—¡Es un demonio de la selva! —balbució Winston—. ¡Claro! ¡Mi madre constantemente me advierte de ellos, pero yo siempre me he reído de ella!

Lo de demonio de la selva le gustaba a Hothbrodd mucho más que lo de mono. Los troles adoran ser tomados por monstruos. Por la experiencia de Ben, en cualquier caso, solo unos pocos hacían justicia a su mala reputación.

—¡Es un trol de los fiordos! —le gritó a Winston—. Y es muy amable. Cuando eres su amigo... —añadió cuando Hothbrodd le lanzó una mirada enfurecida.

Solo cabía esperar que los grifos tuvieran práctica con prisioneros de su peso. La cesta volvió a crujir de manera amenazadora cuando el trol se acurrucó en el suelo trenzado.

—¿Amable? ¡Espero que los pájaros león os den de comer a sus pequeños! —gritó de pronto una voz estridente que procedía de una de las cestas que había a su derecha—. ¡Malditos seáis! ¡Shrii morirá solo por vuestra culpa y a nosotros nos venderán o nos darán de comer a sus escorpiones!

Ben creyó distinguir el rostro de Patah detrás de las ramas.



—¡Eres un ladrón, Patah! —le gritó.

—¿Te refieres a tu medallón? —vociferó Patah en respuesta—. Pero en mi cuello tenía mejor aspecto. El objeto que llevabas dentro... ¿Era algún tipo de magia humana? No te protegió especialmente bien que digamos.

«Era»... Patah ya no tenía la escama.

—¿Qué has hecho con él? —Ben se alegraba de que Patah no se encontrara delante de él. Habría estado tentado de golpear al macaco—. ¿Lo has tirado?

—No. Lo he perdido junto con el medallón. —Patah enseñó los dientes—. Cuando nuestros amigos nos secuestraron.

Perdido. Ben cruzó una mirada con Barnabas. Sentía tantas cosas a la vez. Rabia, dolor, decepción... y alivio. Ben vio los mismos sentimientos encontrados en el rostro de Barnabas. El regalo de Lung se había perdido y con ello tal vez su única oportunidad de salvación. Pero los grifos no les encontrarían ninguna escama de dragón. Ben se preguntó si habrían podido identificar que la escama procedía de su más viejo enemigo. Junto a él, Barnabas bajó la cabeza con un suspiro. No era algo que se viera a menudo. Sí, los dragones estaban a salvo. Pero los pequeños pegajosos estaban perdidos si no ocurría algún milagro.

—¡Kraa le cortará a Shrii las alas y las garras! —La voz afligida de Kupo provenía de una cesta debajo de ellos—. ¡Y después lo echará a los cocodrilos! ¡O a los gatos jaspeados!

—Pamplinas. Kraa será testigo de cómo sus escorpiones lo despedazan. —Patah no era capaz de ocultar su desesperación detrás de su burla—. Pluma a pluma, carne y piel, y después se comerá su corazón para que la fuerza y la juventud de Shrii pasen a

él.

—¡No! —gritó otro macaco—. ¡Jamás! Shrii escapará. ¡Nos liberará a todos y después fundará su propio reino en esta isla!

—Seguro, Tabuhan. Sigue soñando. —Patah sonaba cansado. Y desesperado—. Shrii está muerto. Todos estamos muertos. Kraa no nos venderá. Nos devorará, igual que a Shrii. Y recubrirá su nido con nuestras pieles.

Kraa.

En las cestas se produjo silencio. Solo su nombre parecía resonar en las paredes de barro. Kraa...

Seguramente se parecía mucho más a Tschrä que a Shrii. Ben sentía también preocupación por el joven grifo. Le habría encantado volverlo a ver.

—Hemos llegado en verdad en el mejor momento —rezongó Hothbrodd—. Como si estas bestias aladas no fuesen lo bastante atroces ya. Pero no. Para más inri están en guerra, ¿y dónde hemos aterrizado? ¡Por supuesto, en el lado de los perdedores!

—¿Desde cuándo te rindes tan pronto, Hothbrodd? —murmuró Barnabas—. ¡Un grifo al que no le importa el oro y la plata! ¡Qué buen aliado podría ser Shrii! ¡Tenemos que salvarlo!

Hothbrodd emitió un gemido.

Esta vez el propio Ben encontraba el optimismo de su padre adoptivo poco razonable.

—¿Salvar a Shrii? ¿Nosotros? —susurró—. ¡Alguien tendrá que salvarnos a nosotros primero! ¡Y los únicos rescatadores en los que podemos confiar son una rata y un homúnculo!

—¿Y qué? —respondió Barnabas en voz baja—. ¿Desde cuándo mides la valía de los amigos por su tamaño? Estoy muy decepcionado, hijo mío. Eso no lo has aprendido de mí.

No. Barnabas tenía razón. ¿Había olvidado lo importante que había sido Pata de Mosca en la lucha contra Ortiga Abrasadora, su anciano maestro? ¿Y con qué frecuencia Lola los había advertido y protegido de peligros?

—¡Oye! —le gritó Winston—. ¿Por qué puedo comprender lo que dicen los monos? ¿Se trata de algún tipo de magia? ¿Y para qué necesitáis una pluma de grifo?

—Es una larga historia —respondió Ben.

—Tanto mejor —replicó Winston—. ¿O tienes algo mejor que hacer?

El makis gnómico se acomodó en el brazo de Winston y miró a Ben, expectante.

Está bien. ¿Por dónde empezar? Ben se disponía a comenzar con el día en que se había topado con Lung, cuando Barnabas le tapó la boca con la mano.

—¡Ni una palabra sobre el dragón! —le susurró—. ¡Piensa que los grifos no deben enterarse de su existencia! Y los escorpiones chacales no tienen precisamente fama de ser los más listos, pero sí de tener unos oídos muy finos.





28 Un tiempo mágico

«Soy la juventud, soy la alegría»,
respondió Peter al azar.

«Soy un joven pájaro
que ha salido del huevo».

JAMES M. BARRIE, *Peter Pan*

Un tiempo mágico. Así lo siguió llamando Guinever muchos años después. Los dos días en que los huevos plateados, por los que su padre había volado al otro extremo del mundo, revelaron su secreto y ella entregó su corazón a tres diminutos potros alados. Guinever llegó a olvidar incluso lo que enumeraba con las cruces que marcaba en el calendario de la puerta del establo. De golpe y porrazo solo las anotaciones que hacía en las casillas eran importantes: «Por primera vez he visto una diminuta carita detrás del cascarón. ¡El tercer potro es rojo como su padre! El blanco tiene un lucero de color cobrizo en la frente».

Habían quedado atrás los días en que Ànemos había evitado el establo. El pegaso visitaba el nido con tanta frecuencia que finalmente Vita tuvo una bandada de gansos y de cisnes enojados en el salón. Solo cuando los huevos estuvieron más fríos que de costumbre, según la medición de Guinever, Ànemos dominó su ansia por contemplar las diminutas figuras, que se movían tras los cascarones cada vez más traslúcidos.

—Necesitan nombres —le dijo Guinever cuando dos silbantes cisnes volvieron a echarlos del establo—. ¿Cómo los quieres llamar?

—Synnefo. Ouranos. Y Chara.

La respuesta llegó tan deprisa que Guinever se tuvo que echar a reír.

—¿Qué pasa, niña Guinever? —Ànemos le dio un empujoncito en el pecho con el blando hocico—. ¡Sí, lo admito! Llevo mucho tiempo pensando en sus nombres. ¿No te gustan?

—¡Sí, sí! Son estupendos.

Y otra cosa era también estupenda. Que de repente el pegaso salió del establo con un trote tan ligero que parecía estar hecho de felicidad.

—¡Muy bien hecho, hija de Vita! —dijo Raskerwint a Guinever—. No ha necesitado a ninguna centauro. ¡Un pegaso desea amigos humanos! Y qué puede calentar mejor su triste corazón que una niña que sabe todo sobre los seres fabulosos. ¡Y que ha heredado el valor y el calor de sus padres!

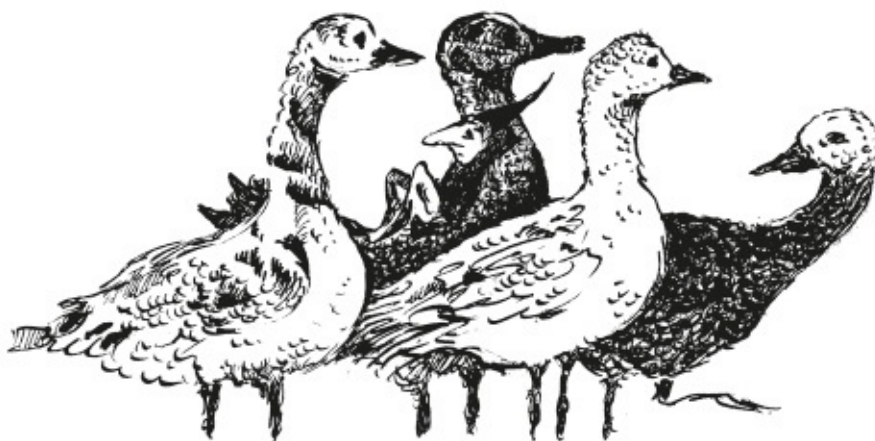
Guinever balbució un tímido «gracias» y estaba segura de que no volvería a recibir un piropo más grande en toda su vida. Se alegraba mucho de que Vita le hubiera pedido a Raskerwint que se quedara hasta que Ben, Barnabas y los otros regresaran.

«¡Pues claro que me quedo!», había dicho la centauro. «¿O crees que me voy a perder el nacimiento de los tres potros de pegaso?».

Sí, fue un tiempo mágico. Y en el calendario que colgaba en la puerta del establo aún seguía habiendo cuatro días en blanco.

«Eso no es mucho, Guinever», susurraba una voz en su interior. Pero ella no quiso escucharla. Lo que ocurría era sencillamente maravilloso.

Todo saldría bien.





29 Demasiado tarde

*Caminar con un amigo en la oscuridad
es mejor que caminar solo en la luz.*

HELLEN KELLER

En el botón de la chaqueta de Ben! Profundamente enterrado en la tierra húmeda por
¡U! la lluvia. Pata de Mosca se enjugó las lágrimas de los ojos.

—¡Contrólate, humpelclo! —dijo Lola inspeccionando unas conchas de caracol rotas—. ¡Es un botón y no su cadáver!

Pata de Mosca era, como Ben constataba a menudo, un rastreador de mucho talento, pero al lado de Lola se sentía un alumno de primer curso, orgulloso de balbucir el alfabeto.

—Nuestra plúmea amiga lleva razón —determinó mientras alzaba la mirada hacia los árboles, debajo de los cuales las huellas de Ben, Barnabas y Hothbrodd desaparecían de forma abrupta—. ¡En efecto, los han secuestrado unos monos!

Se agachó y cogió unos pelos de mono de color marrón pálido de un helecho.

—Yo diría que unos macacos.

Me-Rah comenzó a clamar al cielo en loroyés. La excitación una vez más le hizo olvidar su inglés.

—¿Qué dice? —Lola seguía deshilachando otros pelos del tronco del árbol entre cuyas raíces se encontraba—. ¿Tú también temes que un día reviente ante nuestros ojos? ¿Cómo puede alguien excitarse tanto tan a menudo?

Me-Rah graznó que, por desgracia, Lola tendía a la arrogancia, como todas las ratas. Pata de Mosca se ahorró la traducción de esa parte. Pero lo que siguió resultó interesante. Interesante y muy muy inquietante.

—Me-Rah dice que un grifo llamado Shrii se ha sublevado contra el líder de la bandada. En esta isla se le denomina también el Grifo que se Bañó en el Arcoíris. El nombre del líder suena menos poético.

Pata de Mosca tragó saliva.

—Kraa, el Terrible. El Despiadado. El Insaciable. El Devoracorazones...

Me-Rah enumeró algunos otros apodos sanguinarios, pero Pata de Mosca se los ahorró a sí mismo y a Lola.

—Sea como fuere —continuó conteniéndose a duras penas—, existen rumores de que Shrii se mantiene oculto en esta parte del bosque, por lo que Me-Rah cree que sus monos han secuestrado a Ben y a los otros, tal vez porque los toman por... —A Pata de Mosca le volvió a faltar casi la voz—. ¡Por cazadores furtivos!

—¿Cazadores furtivos? Pues qué bien. —Lola alzó una mirada interrogante hacia Me-Rah—. ¿Qué hace ese Shrii con los cazadores furtivos?

Me-Rah, perpleja, meneó la cabeza y emitió un arrullo que no auguraba nada bueno.

—Grifos enemigos. —Lola asintió reflexiva—. Sí, tiene sentido. ¡No hay nada mejor que el chismorreo de la jungla! Eso explica también los esqueletos y los nidos destrozados. Pero ¿cómo encontraremos a esos secuestradores?

Lanzó una mirada vacilante a las copas de los árboles.

—¡Una banda de monos saltando de rama en rama! ¡Un rastro de ese tipo podría ser un desafío incluso para mí!

Pata de Mosca pasó los dedos temblorosos sobre el botón manchado de barro de Ben. ¿Y si no los encontraban? ¿Y si no volvían a verse? ¡Oh, odiaba esa selva, siempre húmeda por la lluvia! ¡Odiaba la isla entera!

—¡Vaya, vaya, humclúmpulo! —dijo Lola cuando volvió a enjugarse una lágrima de la nariz respingona—. ¡Los encontraremos!, ¿verdad, Me-Rah?

El graznido de Me-Rah no sonó tan optimista como la voz de Lola, pero les ofreció su ayuda para seguir el rastro. Haciendo alusión a que, en las copas de los árboles, los loris se sentían más en casa que las ratas.

—Gracias, Me-Rah —balbució Pata de Mosca mientras guardaba el botón de Ben en su mochila.

Lola ya regresaba con andar pesado al avión.

—¡Esos malvados monos secuestradores no han contado con una rata voladora! —anunció—. Oh, no. ¡Se arrepentirán amargamente de haber maltratado a los amigos de Lola Rabogrís!

Tanta energía animó algo a Pata de Mosca. Pero pronto la luz diurna que penetraba por los árboles se volvió de un verde tan oscuro que, solo con gran esfuerzo, Me-Rah y Lola pudieron encontrar el rastro que los monos habían dejado en las copas de los árboles. Me-Rah acababa de manifestar preocupada que era hora de buscar un escondrijo para la noche, cuando señaló con un estridente grito triunfante un árbol, en cuyas peladas ramas solo verdeaban unas lianas y en cuyo tronco, en lo alto, se entreabría otra hendidura.

—¡Allí! —gritó Lola en el ruido del motor—. ¡Si no es ese el escondrijo de los bandidos, a partir de hoy me llamo Gilbert!

Abrió la ventana de la carlinga y alzó la respingona nariz en el viento.

—¡Sí! ¡Todavía incluso huele a trol en el aire! ¡Hurra! ¡Los tenemos, húmclupo!

Y antes de que Pata de Mosca y Me-Rah pudieran protestar, pilotó el avión hacia la hendidura que había en la corteza del árbol.

—¡Lola! ¡Deja que Me-Rah explore primero lo que nos aguarda en el interior del árbol! —gritó Pata de Mosca.

La lori le lanzó una mirada de todo menos entusiasmada y Lola se limitó a menear la cabeza con desdén.

—¡Pamplinas! —respondió—. ¿Crees que Me-Rah llamará menos la atención con sus plumas de color rojo alarma que mi avión? ¡Cambiaré a planeo sigiloso!



Pata de Mosca se acurrucó en su asiento mientras MeRah planeaba en silencio como una corriente de aire. Con una expresión de gran alivio en la cara.

Silencio.

Eso fue todo lo que les salió al encuentro cuando la máquina de Lola, con el sigilo de una hoja de árbol que cae, entró volando en la gigantesca hendidura de la corteza del árbol.

La cueva que había detrás era tan alta y ancha que Pata de Mosca apenas podía distinguir el techo y las paredes en la oscuridad. Pero una cosa era segura: la cueva del árbol estaba vacía. Me-Rah aterrizó con un graznido de decepción en las raíces aéreas de una liana, y Lola posó el avión en las hojas mustias con las que habían acolchado la cueva a modo de nido.

—¿Dónde están? —clamó al cielo Pata de Mosca—. ¡El rastro debería continuar más allá! ¡Vayamos a ver, Lola!

Lola trepó a un ala y, con la frente fruncida, volvió la cabeza en la cueva vacía.

—Está demasiado oscuro, humpelclumpel —dijo—. Deberíamos pasar la noche aquí. Seguiremos buscando tan pronto aclare.

—¡Pero para entonces tal vez sea demasiado tarde! —gritó Pata de Mosca.

El temor por su maestro hacía que incluso el peligro de estrellarse contra un árbol

le pareciera banal.

Lola saltó del ala y buscó huellas en las hojas mustias.

—Me-Rah, enumera los animales que salen de caza aquí por la noche.

Me-Rah, obediente, comenzó con la enumeración. Era una lista muy larga.

—Vaya. —Lola levantó algo de entre las hojas—. ¡Les seguimos la pista!

Pata de Mosca dio un suspiro cuando reconoció la mochila vacía de Barnabas.

—No hay motivo para el pánico, húmclumpo —determinó Lola—. Casi no hay rastro de sangre. Si hubo aquí pelea, no duró demasiado. Pero había grifos en juego. Estas de aquí... —dijo señalando unos profundos surcos de garras— son las mismas huellas que hemos encontrado en los nidos destruidos. Garras y zarpas. Y sí, las bestias son grandes. ¡Ni siquiera Lung tiene zarpas tan grandes!

Sacó dos plumas de entre las hojas, las dos eran más largas que ellos mismos. Una era de color marrón grisáceo, pero la otra era verde como la selva que los rodeaba.

—¿Qué es esto, Me-Rah? —preguntó Lola alzando la pluma verde—. Creía que los grifos tenían el color de la arena de los desiertos de los que proceden.

Fuera comenzaba de nuevo a llover. El sonido resultaba fantasmal en la oscuridad que se iba cerniendo, como si miles de pies corretearan deprisa a través de los árboles.

Me-Rah voló al lado de Lola.

—¡Lo sabía! ¡Es Shrii! —graznó—. El Grifo que se Bañó en el Arcoíris. Según dicen, tiene tantos colores como este bosque. ¡Ha nacido en Pulau Bulu! Shrii... —Me-Rah bajó la voz de una forma casi devota—. Al parecer, Shrii quiere proteger a los animales de esta isla de Kraa. ¡Por eso se ha sublevado contra él! ¡Oh, confío de verdad en que no se encuentre en las mismas dificultades que los Wiesengrund crecido y creciente!

—Me temo que de eso no hay duda. —Lola recogió otra pluma verde de entre las hojas—. ¡En dónde nos hemos metido! ¡No te lo tomes a mal, Me-Rah, pero no me gustaría prorrogar demasiado la estancia en esta isla! Vuestro calor húmedo no es bueno ni para mi avión ni para mí. ¡Está bien, está bien, humpelclo! —añadió cuando Pata de Mosca le lanzó una mirada llena de reproches—. ¡No, no volaremos de vuelta a casa sin el resto del equipo! ¿Por qué tipo de rata me tomas?

Lola tenía razón. Pata de Mosca sabía que haría todo por ayudar a los demás. Y le estaba muy agradecido a Me-Rah por apoyarlos, aunque se hinchaba de miedo como una almohada de plumas. Pero el hecho de que una rata y una lori fueran la única esperanza de liberar a su maestro del cautiverio de los grifos no era especialmente alentador.

Lola se acercó a la hendidura del árbol y observó la creciente oscuridad.

—Está bien —murmuró—, creo que deberíamos intentar dormir un poco. Tan pronto aclare, volveremos a partir.

—¡Pero eso podrían ser horas! —gritó Pata de Mosca—. Y si...

Sí, y qué pasaría si... No se atrevía siquiera a pensar en el final de la frase.

Lola rodeó sus hombros encogidos con el brazo.

—Húmclupo —dijo con una voz suave y poco habitual—, yo también estoy preocupada por Ben. Y por Barnabas. ¡Y por el maldito trol que se cree que entiende más de aviones que yo! Pero no seremos de mucha ayuda si le damos de comer a las numerosas cresas nuestros restos estrellados.

Si aquella no era una observación típica de rata... Pero por desgracia Lola tenía razón.

Me-Rah, para colmo, no podía parar de enumerar todas las fieras que cazaban de noche, incluso en lo alto de los árboles. En vista de ello, Lola propuso dormir en el avión para, en caso de un ataque, tener la posibilidad de escapar. Después de lo cual Me-Rah señaló que los binturongs y las civetas palmeras (lo que quiera que fueran esas bestias) lo tenían fácil con los animales que tenían el tamaño del avión de Lola. Por no hablar de las ratas y los homúnculos.

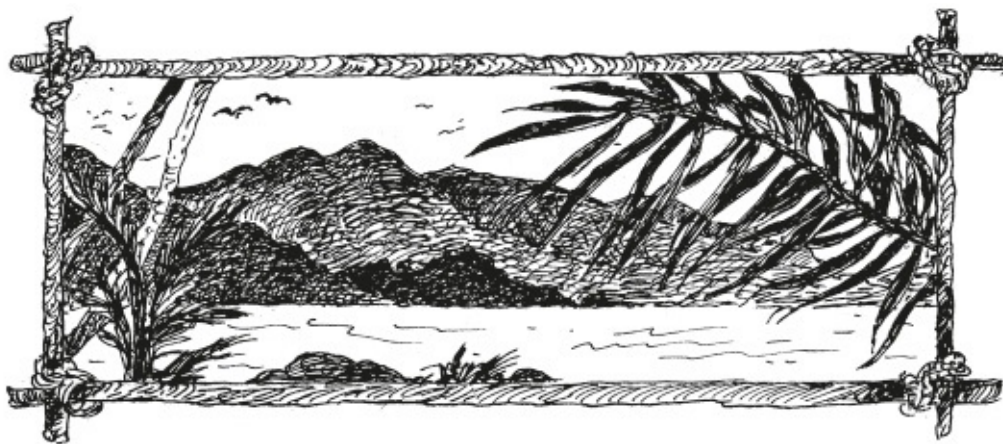
Pata de Mosca, no obstante, trepó al avión, mientras que Me-Rah se posó en las raíces de una liana que había sobre ellos. La cueva del árbol estaba envuelta en una luz verde espectral que las setas fosforescentes, que crecían por todas partes en las paredes de madera, esparcían. Le recordó a Pata de Mosca un fatal viaje en un tren infernal que Ben le había convencido para hacer una vez. Después llegaron todos los ruidos leves: crujidos, deslizamientos, aleteos, arrastramientos... Y en cada sombra creía atisbar una de las serpientes de árbol de las que Me-Rah no paraba de hablar. Se alegró muchísimo cuando esta por fin recogió una pata y se durmió.

Lola se había acomodado en el asiento del piloto.

—No te preocupes, humclúmpupo —dijo mientras se colocaba una llave inglesa y la pistola de señalización en el regazo—. Te despertaré si algún enmascarado o un bintuloquesea aparece. Puedo aguantar fácilmente una semana sin dormir.

El bostezo que ocultó detrás de la pata gris volvía esa aseveración algo menos creíble, pero Lola emanaba como siempre tanta seguridad que Pata de Mosca acabó cerrando los ojos.





30 La noche es larga en la selva

*¡Qué siniestro es esperar
cuando uno espera algo siniestro!*

ASTRID LINDGREN,

Los hermanos Corazón de León

h, era un sueño horrible! ¡Uno de los más horribles que Pata de Mosca había
¡Otenido! ¡Despedazaban a su maestro como los niños hacían con los insectos!
¡Manadas de monos chillaban y enseñaban los dientes, y él estaba arrodillado
ante las distintas partes intentando recomponerlas, pero no lograba recordar cuál
había sido el aspecto de Ben! ¿Cómo era posible?

Pata de Mosca se sintió infinitamente aliviado cuando Lola lo despertó
zarandeándolo y las imágenes del sueño se desvanecieron en el crepúsculo verde.
Pero el alivio no duró mucho.

—¡Vaya, por fin! —siseó Lola—. ¡Demonio! ¡Tienes un sueño profundo! ¡Ese
pájaro me despertaría incluso estando muerta!

Me-Rah aleteaba encima de ellos describiendo círculos alrededor de las setas
fosforescentes y gritaba: «¡Binturroooong! ¡Binturroooong!».

Pata de Mosca, confuso, buscó en su cabeza una traducción de la palabra, pero el
vocerío en estado de pánico de Me-Rah parecía haber disipado todo su conocimiento.
Lola le pidió que se abrochara el cinturón, pero sus dedos le temblaban como si no le
perteneccieran. Algo jadeaba delante de la hendidura que daba al exterior. Un hocico
asomó por ella, seguido de un cuerpo rechoncho con patas robustas y arqueadas, una
cabeza parecida a un tejado y un pelaje desgredado de color marrón grisáceo. Un
binturong.

Lola encendió el motor, pero este se limitó a escupir y a restallar. El clima de la
selva no le sentaba bien en absoluto. «¡Vuela!», pensó Pata de Mosca. «¡Oh, por
favor, vuela!».

En verdad nunca hubiese creído que un día lo desearía con tanto afán.
¡Por suerte, el binturong no era uno de los más rápidos, pero se acercaba a ellos con

gran determinación, y el avión de Lola apenas era más grande que su cabeza! ¡Sus patas los sacarían a zarpazos de la diminuta máquina tan fácilmente como la carne de un aguacate!

Pero cuando el agresor estaba solo a unos pocos pasos, Lola logró por fin poner en marcha el motor. El binturong se asustó y miró perplejo el objeto zumbador que se elevó balanceándose en el aire ante él. Después se puso en pie, torpe como un oso bailarín que intenta atrapar una polilla, y levantó la zarpa. El primer golpe alcanzó el ala izquierda. El segundo erró solo por poco el fuselaje del avión. Pata de Mosca apretó gemebundo la cabeza entre las rodillas cuando Lola consiguió enderezar la máquina rodante justo antes de que chocase con la pared del árbol. Pero las zarpas peludas ya se acercaban otra vez a ellos. En esta ocasión no alcanzaron la hélice por un centímetro y casi revientan una de las ruedas. Al instante siguiente el mundo se volvió del revés y solo el cinturón retuvo en el asiento a Pata de Mosca. Lola condujo en vuelo supino a través de las desgredadas patas traseras y se libró de otro zarpazo por tan poco que la corriente de aire casi empuja el avión hacia la noche.

—¡Vuela más alto! ¡Más alto! —gritó Pata de Mosca.

—¿Ah, sí? —le gritó Lola en respuesta—. ¿Para quedarnos atrapados en las lianas y caer de forma apetitosa ante las zarpas de la bestia?

Era evidente que al binturong le divertía la caza. Jadeaba y gruñía como un perro que corre tras un balón, y Pata de Mosca observó alarmado cómo Lola, preocupada, clavó la mirada en el indicador del nivel de combustible. El motor comenzó a escupir de nuevo, pero justo cuando Lola se disponía a coger como último recurso la pistola de señalización, Me-Rah llegó en su ayuda. Mordió al binturong en la oreja, desafiando a la muerte, y se abatió sobre él picoteándole la delicada nariz. Pata de Mosca se sintió muy avergonzado ante el enorme coraje de la lori, pero el binturong se recuperó enseguida del ataque sorpresa y la barrió del aire de un cabezazo.

Ahora era Lola quien iba en ayuda de la heroica lori. Pasó zumbando delante de la nariz del agresor tan atrevidamente que Pata de Mosca volvió a verse entre los asientos. Pero Me-Rah se hallaba tan aturdida por el cabezazo del binturong que seguía acurrucada en el suelo cuando este se volvió de nuevo hacia ella.

¡Oh, no! ¡Se zamparía a Me-Rah! ¡Ante sus ojos!

Cuando el trozo de corteza cayó volando desde lo alto y golpeó al binturong justo en la cabeza, en un primer momento Pata de Mosca creyó en una feliz casualidad. Pero un segundo trozo de corteza lo siguió y también esa vez golpeó al binturong justo entre las orejas. El ladrón aulló y se frotó aturdido la cabeza peluda. Un tercer proyectil lo golpeó en el hocico, seguido de un grito tan alto que el árbol hueco resonó. Aquello fue demasiado para el cazador nocturno. El binturong retrocedió con un jadeo contrariado y trepó a toda prisa por la hendidura en dirección a la noche. Otro trozo de corteza voló tras él, seguido de un gorjeo muy satisfecho.

Pata de Mosca intercambió una mirada interrogante con Lola, pero tampoco ella parecía saber qué pensar de esa ayuda. Aterrizó balanceándose junto a Me-Rah, que

seguía acurrucada en el suelo, ahogó el motor y le lanzó a Pata de Mosca la pistola de señalización al regazo.

—¡Cúbreme, húmclupo! —siseó mientras Pata de Mosca, desconcertado, miraba la pistola—. ¡Me temo que esta ayuda inesperada solo significa que debemos ir a parar a otro plato!

Después, con la llave inglesa en la pata, saltó del avión y se colocó de forma protectora delante de Me-Rah, que entre gemidos tiraba de su ala izquierda.

—¡Oye! —gritó Lola en la oscuridad hacia arriba, desde donde provenía el gorjeo—. No sé quién o qué eres, pero una cosa es cierta en cualquier parte del mundo: ¡las ratas son un plato venenoso y esta de aquí es especialmente indigesta! ¡Sobre todo cuando quieren devorar a sus amigos!

El gorjeo que le respondió sonó muy divertido.

Tras lo cual, Lola perdió cualquier retazo de buen humor.

—¿Ah, lo encuentras divertido? —chilló a su rescatador—. Parece que te dejas engañar por nuestro tamaño. Pero te lo advierto: ¡somos tres!

Sí, lo eran. Pata de Mosca trepó al avión para demostrarlo. ¿Por qué morir solo como un cobarde si podía hacerlo junto a amigos? Se colocó temblando junto a Lola y levantó la pistola, aunque no tenía la menor idea de cómo se disparaba.

—¡Un jenglot! ¡Por la cabellera del Gibón Dorado! —se oyó desde lo alto—. ¿Por qué no lo habéis lanzado al binturong? ¡Aunque está bastante pálido y en lugar de dientes afilados solo parece tener una nariz afilada!

—¿Un jengqué? Pamplinas, ¡es algo mucho peor! —respondió Lola gritando mientras alzaba con gesto amenazante la llave inglesa—. ¡Es un homúnculo!

¡Lo sabía! ¡Pata de Mosca había sabido que trabucaba la palabra aposta!

—¡Vamos! —le susurró Lola—. ¡Intenta mirar lo más huraño que puedas!

Pata de Mosca obedeció. Pero le costó todo su coraje quedarse de pie cuando, sobre ellos, una figura se descolgó por las lianas.

Una figura de brazos largos y pelaje oscuro.

Su salvador era un gibón.

Vestido con la chaqueta de un humano.

Aterrizó con agilidad delante de ellos en las hojas mustias y se inclinó primero ante Me-Rah, después ante Lola y finalmente ante Pata de Mosca.

—Una ropa poco habitual para un jenglot —determinó... en un dialecto de mono que le recordó a Pata de Mosca los lémures malgaches.

Lola cerró con más fuerza el puño que esgrimía la llave inglesa.

—¿Qué dice? —susurró a Pata de Mosca mientras alzaba una mirada sombría hacia el gibón—. ¿Podemos confiar en él?

Me-Rah no parecía sentirse inquieta por su auxiliador. Prestaba mucha más atención a su dolorida ala, lo que Pata de Mosca encontraba tranquilizador. Además, poco a poco comenzaba a sentir verdadera curiosidad por esos jenglots.

—¡Ja! —soltó el gibón—. Ya sé a qué me recuerdas.

Pata de Mosca volvió a alzar la pistola de señalización, cuando el gibón se inclinó sobre él, pero en los oscuros ojos que lo observaban no había maldad. Pata de Mosca solo veía curiosidad. Y astucia.

—Sí. Pareces una versión enana de los piel blanca que llegan en los grandes barcos —determinó su salvador—. ¿Tú también te pones rojo como un bogavante cocinado cuando te da mucho el sol?

Le dio a Pata de Mosca un empujoncito en el pecho con el dedo, como queriendo asegurarse de que era real.

—¡Oye! ¡Cuidado! —chilló Lola, amenazándolo de nuevo con la llave inglesa—. ¡Tiene unos miembros muy frágiles y, en efecto, no es ningún juguete de mono!

Pata de Mosca se sintió muy emocionado por tanta protección. Aun cuando el gibón no pareciera especialmente inquieto por la llave inglesa o la pistola de señalización.

—Esta isla ha recibido extrañas visitas en los últimos días —afirmó mientras se quitaba un escarabajo de la barba blanca.

Visitas...

La propia Me-Rah olvidó su ala.

—¿Te has encontrado con otros forasteros? —De la excitación, Pata de Mosca casi se muerde la propia lengua—. ¿Había entre ellos un chico de pelo oscuro y de tamaño mediano, y un hombre con gafas y el cabello gris...?

—¡Y no te olvides del gigante de piel verde! —terminó la frase el gibón.

La observación hizo que Lola volviera de inmediato a subir la llave inglesa. Cuando tenía ganas de pelea, le costaba hacer las paces.

—¡Ajá, entiendo! —gritó ella—. ¡Tú eres uno de los secuestradores! ¿Dónde están nuestros amigos? ¡Vamos, suéltalo!

El gibón la observaba tan interesado como si hubiese descubierto un curioso juguete de cuerda.

—Tampoco he visto nunca algo parecido a ti —determinó—. Las ratas de esta isla no suelen ir vestidas. Ni viajan en... —dijo lanzando una burlona mirada a la máquina de Lola— ¡aviones de juguete!

Lola empezó a contestar de forma poco amistosa, pero el gibón la interrumpió con un movimiento de mano de su largo brazo.

—Vuestros amigos están en la misma delicada situación que los míos. Y sí, os puedo llevar hasta ellos. Aunque... —dijo dándole un golpecito con el dedo a la hélice del avión de Lola— parece que necesitaréis otro medio de transporte.

Por desgracia el gibón tenía razón. El binturong había fastidiado el avión de Lola. Una de las hojas del rotor se había partido y el ala izquierda de la pequeña máquina tenía una grieta grave. Lola la miró con un rostro tan compungido como si se tratase de un amigo herido. Comprensible, después de todas las aventuras que habían superado juntos.

—¿Otro medio de transporte? —preguntó de forma mordaz—. ¿Y de dónde se supone que deberíamos sacarlo?

El gibón enseñó los dientes con gesto burlón y señaló su propio pecho.

—TerTaWa a vuestro servicio. Pero deberíamos esperar hasta mañana.





31 El árbol rey de los grifos

*Nada diferencia a los pájaros tanto de los humanos
como la capacidad de construir sin perjudicar
la imagen del paisaje.*

ROBERT LYND,

El león azul y otros ensayos

Antes de que Pata de Mosca se topara con TerTaWa, habría apostado sus cinco dedos (y estaba muy apegado a sus dedos) a que ningún medio de transporte podía resultar más incómodo que un vuelo en la endiablada máquina de Lola. Habría perdido la apuesta y, por tanto, sus dedos. Cuando el gibón se lo puso en sus peludos hombros, la sensación aún era relativamente agradable. Pero, acto seguido, TerTaWa comenzó a columpiarse de árbol en árbol... ¡a tanta altura que Pata de Mosca se vio estrellado en el suelo como la botella que lo había alumbrado!

¡Aaaaaaaaaaaaaah!

¿Cómo podía una criatura saltar tan lejos?

¿Y qué hacía esa rata loca de remate? ¡Lola tarareaba embelesada! Y eso a pesar de haber tenido que abandonar su avión favorito en el árbol hueco. «¡Todo por el maestro!», se recordó Pata de Mosca. «Por el maestro... ¡Ma-mamaeaaaa-ee-stro!».

«¡Cierra los ojos, Pata de Mosca!».

Sí, eso lo hacía algo más llevadero.

Solo volvió a abrir los ojos cuando el gibón se detuvo. Aunque le parecía que hubiesen estado saltando de árbol en árbol días enteros.

—¡Por todos los camellos de tres jorobas de Samarcanda! —musitó Lola—. ¡Pero mira eso, húmclupo!

Delante de ellos extendía las ramas un árbol tan gigantesco que todos los demás parecían retroceder reverentes ante él. Del imponente tronco y de las incontables ramas colgaban nidos de barro, exactamente iguales a los nidos destruidos que Lola y

Pata de Mosca habían encontrado. Pero de lo alto de la copa colgaba una forma provista de almenas, que hacía que los demás nidos parecieran chozas a la sombra de un palacio principesco. Las paredes relucían en un rojo y un verde tan intensos como si estuvieran cubiertas de rubíes y esmeraldas.

—¿Me permiten hacer las presentaciones? —susurró TerTaWa—. ¡El árbol rey de Kraa el Terrible! No, esperad. El apodo Pico Asesino le gusta más. El Asesino con Garras, Veneno y Zarpas, Pluma de Sangre, Devorador de Mil Corazones...

El árbol entero se movió. Manadas de monos —loris perezosos, macacos, gibones y surilis— subieron trepando por el tronco y las ramas hacia una plataforma que había sido construida, justo debajo del nido palaciego, en forma de gigantesca plaza en la copa del árbol. En el medio se erigía un trono. El respaldo estaba adornado con la cabeza tallada de un grifo, y sobre ella —a Pata de Mosca casi se le caen de las manos los prismáticos de Lola cuando lo vio—, de una cadena tensa, colgaba en el árbol una docena de jaulas trenzadas. Pata de Mosca distinguió las siluetas de los prisioneros detrás de las ramas.

La jaula de mimbre que pendía justo encima del trono era con diferencia la de mayor tamaño, y TerTaWa emitió un gorjeo furioso cuando unas plumas verdes se apretaron contra el trenzado de ramas.

—¿Por qué todo ese alboroto? —susurró Lola—. ¿Se trata de una especie de reunión?

—No. ¡Kraa administra justicia! —respondió TerTaWa en voz baja—. ¡A asesinos de monos de pico torcido! ¡Le encanta el espectáculo! —El gibón golpeó el puño contra el tronco del árbol en el que estaba sentado—. ¡Los matará! —gimió—. A Shrii, a Kupo, a Patah y a todos los demás. ¡O los venderá a los cazadores furtivos para llenar sus cámaras de los tesoros!

—¿Qué tal un poquito más de optimismo? —musitó Lola—. Tenemos que acercarnos a las jaulas. ¿Puedes hacerlo sin que te reconozcan, TerTaWa?

En respuesta, el gibón cogió una fruta que crecía sobre ellos. La mordió y se restregó el zumo por el oscuro pelaje hasta que se tiñó de rojo. Después se desgredó las blancas patillas, se aplastó la cabellera justo encima de los ojos, erizó el vello de sus orejas... y enseñó los dientes.

—¿Cuál es el plan? —susurró.

—¿Plan? ¡Brújula y timón de profundidad! —musitó Lola mientras Me-Rah, preocupada, miraba absorta la cantidad de monos que seguían subiendo en manada al árbol—. ¿Qué plan? ¡Improviseemos! Encontremos a nuestros amigos y hagámosles saber que estamos trabajando en su liberación. ¿Es suficiente?

TerTaWa, receloso, miró hacia las cestas jaula... y se agachó a toda prisa cuando una sombra rozó el árbol en el que estaban sentados. Un susurro llenó el aire bochornoso y cinco grifos salieron planeando de entre las ramas de los árboles de alrededor. Volaron hacia la plataforma, describieron círculos sobre el trono y, uno tras otro, se posaron por fin en las ramas que había justo encima. Las garras y las zarpas

se aferraron a la oscura corteza, las alas se plegaron, como si los dedos se cerrasen en un puño, y los ojos de rapiña pasaron la vista por encima de la masa, que se había congregado debajo de ellos en la plaza del trono.

¡En las ilustraciones parecían mucho más pequeños! Eso fue todo lo que Pata de Mosca pudo pensar. Un pensamiento del todo ridículo, pues a fin de cuentas también había leído a menudo que los grifos eran los únicos seres fabulosos que podían competir con los dragones.

La reacción de Lola fue naturalmente algo diferente, como era habitual.

—¡Por todas las tempestades de este mundo! —dijo, atónita, en voz baja—. ¡Esas bestias son magníficas!

—¿Magníficas? —musitó TerTaWa—. ¡Peste de gato ávida de oro! ¡Cría de ladrón con cola de serpiente! Fíjate en cómo nos observan desde lo alto. Roargh, Hiera, Chahska, Tierra, Greeiiiiir... Una vez fueron más, muchos más. Pero los más ancianos no soportan la lluvia y el calor húmedo. Y no suelen tener pequeños. Solo hay tres hembras, que Kraa reivindica para él, de las cuales dos se han marchado. Kraa sostiene que Shrii las ha convencido, pero ni siquiera él sabe dónde están.

Otro grifo llegó a través del techo de hojas.

—¡Tschrä! —El gibón enseñó los dientes cuando el grifo se posó en una rama por encima de los otros—. Es el ayudante de Kraa y es casi tan malvado como él. Cuando Tschrä está de mal humor le encanta devorar uno de los loris perezosos que tienen que adornar constantemente el nido de Kraa con nuevos cuadros. ¿Veis cómo observa desde lo alto la cesta donde está Shrii? Tschrä lo odia desde que Shrii salió del vientre de su madre.

—¿Del vientre? —Lola comprobó la munición de la pistola de señalización—. ¿Las crías de grifo no salen de los huevos?

—Por esa pregunta te arrancarían a mordiscos la cabeza, rata —susurró TerTaWa—. No, un grifo alumbra a sus pequeños como un león. Ree era la hermana de Kraa, y Tschrä estaba enamorado de ella, pero Ree no tuvo reparo en decirle lo que pensaba de él. ¡Dicen que el padre de Shrii no era un grifo sino el propio Garuda! ¡Según cuentan, por eso es tan colorido! Pero yo creo que su padre era un pájaro pelangi. ¡A veces sobrevuelan Sumatra!

Un pájaro pelangi. Pata de Mosca deseó regresar a la biblioteca de MÍMAMEIDR y a los libros que relataban sobre el mundo sin necesidad de subir al avión de una rata. O a los hombros de un gibón.

—¡Agachaos! —susurró TerTaWa—. ¿Veis a los macacos negros? Esos son los guardias. ¡Si os descubren, os darán de comer sin dudarlo a los escorpiones chacal!

¿Escorpiones cha...? Antes de que Pata de Mosca hubiese terminado de pensar el inquietante nombre, TerTaWa subió de un enorme brinco al árbol de los grifos. Pata de Mosca no pudo más que admirar su sigilo, aun cuando presumió que, tras el salto,

su estómago volvía a encontrarse donde la lengua. ¿La fuerza de la gravedad no actuaba en los gibones? ¡No existía otra explicación!

El gibón no pareció, en verdad, llamar la atención de nadie. Pata de Mosca se agachó cuanto pudo dentro del espeso pelaje de TerTaWa mientras miraba a su alrededor. Los nidos de los otros grifos eran fáciles de diferenciar por su tamaño de los de los monos. Dos estaban rodeados de bandadas de diminutos pájaros que retocaban las paredes de barro. Todas estaban adornadas con cuadros, pero ninguno podía competir en esplendor con el nido principal. El palacio de Kraa habría abochornado a muchos palacios humanos. Los relieves en las paredes mostraban grifos cazando, en guerra con humanos y monstruos, y... triunfantes sobre el cuerpo muerto de un dragón.

—¿Los cuadros los han hecho los loris perezosos? —susurró, incrédulo, Pata de Mosca.

TerTaWa se subió a una rama que salía del imponente tronco de árbol justo al lado de la plataforma del trono.

—Sí. Los de más talento están sentados detrás del trono. Son capaces de reproducir cualquier criatura de este mundo tan fielmente que pareciera que estuviera a punto de respirar. Algunos sirven a los grifos desde hace varias generaciones.

Los seis loris perezosos, que estaban acurrucados sobre el banco artísticamente tallado que había detrás del trono, mantenían la mirada baja.

—Los llamamos las Manos —susurró TerTaWa—. No os dejéis engañar por sus cabezas gachas. Presumen mucho de su arte. Pero la mejor de todos, Kupo, siguió a Shrii porque se arrepintió de ensalzar la crueldad de Kraa en sus cuadros.

—¿Quién es el mono narigudo que hay detrás del trono? —susurró Pata de Mosca.

Llevaba puesto un abrigo de plumas de loro sobre el pelaje de color marrón y sujetaba en la mano de dedos largos un bastón, como si se tratara de un maestro de ceremonias en la corte de un príncipe humano de la Edad Media.

—¡Nakal! —susurró TerTaWa—. Ya le gustaría a los escorpiones chacales desgarrarle los taimados miembros. ¡Y a los jenglots beber su sangre, que seguro es más venenosa que la de ellos! Es el criado personal de Kraa. Y su mejor espía. El que se enemista con Nakal no vive mucho tiempo.

Nakal pasó la vista por la masa con una mirada altanera. Su bastón estaba esculpido en huesos. Pata de Mosca examinó la plataforma en la que estaba el trono. Como es lógico. Se había preguntado si era de marfil. No, también estaba hecha de huesos. Las Manos los habían unido formando un artístico dibujo.

Nakal golpeó su bastón en la plataforma.

De inmediato se hizo el silencio. Incluso los loros, que estaban posados por docenas en las ramas, enmudecieron. Pata de Mosca se preguntó si les gustaba el abrigo de Nakal. Entre ellos había también algunos loris rojos, pero Pata de Mosca debía admitir que, en su opinión, se parecían mucho y no habría podido decir si Me-

Rah se encontraba entre ellos.

TerTaWa bajó balanceándose hasta llegar a la plataforma. Lola, como siempre, no pudo reprimir mirar sin reparo a la aglomeración que la rodeaba y al final también Pata de Mosca cedió a la tentación de asomar la cabeza por el pelaje de TerTaWa. Pero, por desgracia, dos de los macacos negros le tapaban la vista de las jaulas. Lo único que Pata de Mosca pudo ver, con absoluta claridad, fueron los grifos que estaban acurrucados sobre ellos. Las serpientes venenosas, que sus colas formaban, se enroscaban en las ramas sobre las que estaban posados.

—¿Te das cuenta con qué desprecio nos observan? —susurró TerTaWa—. Para ellos el resto de las criaturas son tan insignificantes y tienen tan poco valor como los escarabajos y las mariposas que sus monos matan para teñir con sus alas los cuadros de sus nidos. Solo Shrii es diferente. ¡Él era nuestra esperanza! ¡Él arriesgó su vida por nosotros y ahora la perderá por nuestra culpa!

La mirada de TerTaWa, llena de dolor, se posó en la gran cesta jaula en la que Shrii estaba prisionero. Pero finalmente siguió avanzando entre la aglomeración de cuerpos peludos y Pata de Mosca pudo ver, por fin también con claridad, las otras cestas de los prisioneros. Cuando en una de ellas distinguió la silueta de un chico casi se le escapa el nombre de Ben. Pero no era Ben. El chico que presionaba el rostro contra las rejas de ramas dobladas era más joven y procedía de esa parte del mundo. ¿Dónde estaba su maestro? ¿Acaso los grifos los habían devorado a él y a los demás?

No. ¡Allí! En una cesta, unos cristales de gafas brillaron detrás de las ramas. Lola también los había visto. Pata de Mosca oyó su maldición contenida. ¡Barnabas! Oh, qué alivio. Por un momento Pata de Mosca olvidó incluso la jaula y los grifos. Los dedos verdes que envolvían las ramas junto a Barnabas pertenecían sin duda a Hothbrodd. ¡Y sí, allí estaba su maestro!

Ben gritó algo al otro chico, pero Pata de Mosca no pudo entender las palabras. El silencio que el mono narigudo había exigido con su bastón no había durado demasiado. Los adeptos de Kraa graznaban, parloteaban y gruñían en las copas de los gigantescos árboles como un violento nido de avispas. Los monos eran clara mayoría. Macacos, gibones, loris perezosos, langures, surilis y monos narigudos. ¡Eran cientos! A ellos se sumaban incontables ardillas gigantes voladoras, martas y serpientes que trepaban y se arrastraban aquí y allá en la plataforma o en las ramas.

El mono narigudo golpeó de nuevo su bastón en la plataforma, pero esta vez lo hizo tres veces y con más fuerza.

La enorme corona del árbol se envolvió en un silencio intimidante.

El mutismo era tal que se oyó el rasguño de las terribles garras de Kraa cuando cruzó el portón de su palacio. Estaba rodeado de rampas de vuelo que cercaban el nido como una corona de espinas doradas. Una proyectaba su sombra sobre la plataforma del trono. Las zarpas de Kraa agarrotaban su forma de andar al bajarla, pero el cuerpo de león y la cola de serpiente lo resarcieron con creces. La serpiente se giró detrás de Kraa como si escribiera una amenaza en el bochornoso aire de la

jungla.



El grifo se detuvo al final de la rampa y descendió la mirada sobre sus súbditos. El descomunal pico estaba ligeramente entreabierto como si bebiera el temor que subía hasta él, y la crueldad en los ojos amarillos hizo que, por un instante, Pata de Mosca enterrara el rostro en el suave pelaje de TerTaWa.

Después, Kraa desplegó las alas. El crujido sonó como una tormenta que se concentraba sobre ellos. ¡Oh, era gigantesco! La sombra de Kraa volvió, por unos segundos, el día en noche. La multitud retrocedió ya antes de que aterrizase en la plataforma, y TerTaWa se arrodilló como los demás, con tanta brusquedad que Pata de Mosca casi resbala de sus hombros.

—¡Kraaaaaaaa!

Cientos de voces murmuraron, gruñeron y graznaron el nombre de su rey plúmeo. Pata de Mosca sintió cómo TerTaWa se estremecía con el sonido. Las voces murmuraron otra palabra: Tuanka. Señor...

Mientras Kraa se dirigía al trono, de entre sus plumas salieron seis criaturas que ya habían inquietado a Pata de Mosca cuando las había descubierto junto a un grifo en la ilustración de un libro. No, oh, no. En realidad, había confiado en que solo fuesen una invención medieval, como los humanos con rostro en el pecho o los camellos de dos cabezas. Los escorpiones chacales saltaron a la plataforma y rodearon el trono con los agujones de la cola levantados en posición de ataque. Pata de Mosca vio con amarga satisfacción que hasta el vello del bigote de Lola se estremeció al verlos. Maldito fuera el pegaso. ¡Maldito junto con sus huevos! ¡Maldito el día en que Guinever y Vita los habían encontrado!

El brinco con el que Kraa tomó asiento en el trono hizo temblar la plataforma y Nakal golpeó de nuevo su bastón en el suelo.



—Inclinaos ante el terrible Kraa, invencible y más anciano que el mundo —gritó el mono narigudo con voz estridente—, la Tempestad Alada, el León Plumado de los Vientos, el Rey de las Serpientes...

La cola de víbora de Kraa enseñó los colmillos venenosos mientras el grifo escuchaba con visible placer la enumeración de sus títulos.

Todos los ojos estaban puestos en Kraa. Y Lola aprovechó para pasar rápidamente del otro hombro de TerTaWa hacia Pata de Mosca. ¡Rata chiflada!

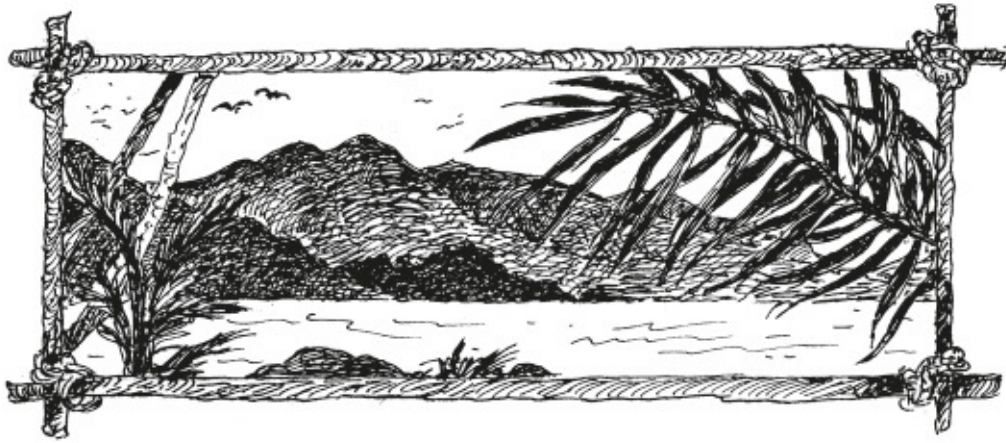
—Voy a trepar hacia Barnabas, húmpelclo —susurró a Pata de Mosca—. Tú te quedas aquí.

Y, antes de que Pata de Mosca pudiera protestar, saltó hacia las baldosas óseas de la plataforma y desapareció entre la multitud.

Nakal seguía enumerando los títulos de Kraa.

Pata de Mosca alzó la vista hacia la jaula, detrás de cuyas ramas brillaban los cristales de las gafas de Barnabas..., y trepó por TerTaWa para seguir a Lola.





32 Kraa

*Tardó toda una Creación
elaborar mis patas, cada pluma:
ahora sujeto a la Creación con mis garras.
Asciendo en vuelo y lentamente revuelvo todo,
cazo donde me place porque todo esto me pertenece.
Mi cuerpo no es nada sofisticado:
arrancar cabezas son mis modales,
repartir la muerte.*

TED HUGHES,
El azor se posa

Kraa...
A través de las ramas que lo rodeaban, Ben bajó la vista hacia el gigantesco grifo y no supo qué sentía con más intensidad: si temor o asombro. Tal vez uno se sentía así siempre que veía a un rey. Y Kraa era un rey, de eso no cabía duda. El terrible pico, los despiadados ojos, el gigantesco cuerpo de león de color arena que mudaba en plumaje marrón mate en el cuello... La mirada de Kraa inundaba el corazón de pánico, del deseo de escapar de su hambrienta mirada. Pero al mismo tiempo, Ben no lograba saciarse del esplendor del grifo..., aunque brotara de él tanta crueldad, comparada con la bondad que Shrii y Lung irradiaban. Kraa era la encarnación de todo lo que en ese mundo cazaba y mataba. Era el hambre y la ira, la embriaguez del ataque y las propias fuerzas.

¿Era el grifo más grande que Lung? No. Probablemente eran casi del mismo tamaño. Cuando los grifos los habían llevado a las cestas jaula que había al raso, Ben se había sentido pequeño y vulnerable. Desde entonces entendía mejor cómo se sentía Pata de Mosca la mayor parte del tiempo. Las garras de pájaro de los grifos eran de cerca un espectáculo tan inquietante como las zarpas de león, y las colas de serpientes parecían tener vida propia. La cola de Kraa semejaba una víbora de arena persa y

cazó un pájaro que tuvo la imprudencia de pasar revoloteando junto a su trono cuando el grifo se acomodaba en él. En su plumaje del cuello color arena, dos plumas relucieron como si estuvieran hechas de oro puro. ¡Esas debían de ser las plumas doradas por las que habían ido hasta allí! Tan cerca y, sin embargo, a Ben le parecieron más inalcanzables que el día en que había oído hablar de ellas en MÍMAMEIÐR por primera vez.

A Barnabas le pasaba igual.

Bajó los ojos hacia Kraa y se sintió tan ridículo como un ratón que hubiese ido a un león a pedirle un mechón de su melena. Y lo peor era que había llevado también a su hijo a la cueva del león.

Kraa se pasó el pico por las alas y dispuso la cola de serpiente alrededor de las zarpas y garras. Después alzó la mirada hacia las cestas en las que sus prisioneros aguardaban su juicio. Los miró tan de pasada como un rey que ya hubiese enviado a mil a la muerte. Pero entonces su mirada de ámbar se detuvo en la cesta en la que estaba Shrii.

El joven grifo apenas podía moverse en su prisión. Por sus plumas verdes parecía que la selva hubiese sido capturada en la cesta con él.

Al pico torcido de Kraa se le escapó un arrullo amenazante.

—En todos los siglos que he vivido... —la voz de Kraa no era fuerte, era un graznido áspero y ronco, pero Ben creyó sentirlo hasta en la médula de sus huesos—, en todas las batallas que he librado... —el grifo se incorporó para que se pudiesen ver las cicatrices en su pecho—, ¡nunca!... —el graznido devino en un grito estridente—, ¡nunca he visto una traición igual!

Abrió las alas como un rey que, en la ira, echa su abrigo hacia atrás. Solo que las alas de Kraa eran considerablemente más imponentes. Las mantuvo extendidas como queriendo recordar a todos los presentes su fuerza y tamaño... y lo rápido que podía lanzarse sobre ellos y matar a cualquiera con el pico y las garras.

—¡El hijo de mi propia hermana! —Kraa picoteaba en el aire como si golpease a Shrii con el pico—. ¿De verdad creías que podrías robarme esta isla estando con vida? ¿Tú y los botarates que te han seguido? ¡Todos ellos lo pagarán caro!

De las jaulas en las que estaban los monos de Shrii llegaron lamentos reprimidos, y Ben recorrió con la vista la multitud que se amontonaba alrededor del trono de Kraa. Vio rostros indignados, dedos que señalaban de forma acusadora hacia Shrii, pero también monos que miraban llenos de tristeza al joven grifo. Tal vez Shrii tenía más adeptos de lo que Kraa deseaba.

—Hothbrodd —susurró Barnabas al trol—. Quizá deberías hablar otra vez con las ramas que sujetan esta cesta. Admito que aún conservaba una pizca de esperanza en que se pudiera negociar con este grifo. ¡Pero nunca creerá que no estamos aliados con Shrii y me temo que no lo perdonará!

Kraa alzó la vista hacia ellos como si hubiese oído a Barnabas.

—¿Y qué humanos son esos con los que has trabado relación? —le gritó a Shrii

desde abajo—. ¿Son unos cabezas de chorlito como el joven del makis gnómico? Mis espías aseguran que ha estado de viaje por numerosas islas y que les ha robado su botín a nuestros amigos cazadores furtivos. Con certeza pagarán mucho por él. ¡Y tu amigo peludo también logrará un buen precio! —gritó Kraa a Winston—. ¡A mi juicio no se diferencia en nada de una rata, pero he oído que en los mercados humanos los makis gnómicos se venden más caros que los loros de mayor tamaño!

Winston rodeó a Berulu con el brazo, en actitud protectora. Pero Kraa se volvió hacia la jaula en la que estaban Barnabas, Ben y Hothbrodd.

—No, esos tres no están aquí para salvar a los monos y los loros —gruñó—. ¡Tú quisiste mandármelos para que comprasen mi confianza con oro humano! ¡Shrii, el Afable, Shrii, el Amigo de los Monos! ¡Mentiras! ¡Todo mentiras! ¡Codicias la sangre y el oro tanto como yo! ¡Los tres debían ayudarte a robar mis tesoros! ¡Ese era el plan!

Shrii protestó, pero otro de los grifos lo hizo callar picoteando de forma amenazante las cestas en las que estaban los monos de Shrii.

—Nakal —ordenó Kraa al mono narigudo—. Muestra a mis dedicados servidores la prueba. ¡Enséñales con qué querían engatusar los espías de Shrii al gran Kraa!

Nakal buscó debajo de su abrigo de plumas y alzó el brazalete que Bağdagül le había dado a Barnabas.

De los monos reunidos llegó un murmullo enojado, y la cola de serpiente de Kraa se dio la vuelta y enseñó los colmillos venenosos.

—¡Un brazalete! ¿No habrías podido mandármelos con una caja de oro al menos? —gritó Kraa a Shrii desde abajo—. ¡Y mira tus ladrones! ¿No solo querías robarme, sino también ofenderme? ¡Un niño y un hombre con ojos de cristal! ¡Ni siquiera estaban armados! ¿O el humano arbóreo verde es su arma? Bueno, al menos los cazadores furtivos pagarán un precio decente por él —añadió con una mirada de censura a Ben y a Barnabas.

—¡Te arrancaré todas las plumas, corneja de color arena! —le gritó Hothbrodd desde arriba—. ¡Me haré un cinturón con tu cola de serpiente y unos pantalones con tu piel!



El trol se lanzó con tanta furia contra el trenzado de la jaula que la cesta se balanceó de un lado a otro como el badajo de una campana, y Ben y Barnabas se vieron con el pescuezo roto delante de las zarpas de Kraa. Pero las cestas jaula de los grifos habían soportado ya muchos prisioneros enfurecidos, pues los cocodrilos y los gatos jaspeados luchaban al menos con tanto fervor por su libertad como un trol.

—Hum —ronroneó Kraa lanzando una mirada divertida a Hothbrodd—. Me recuerdas a un demonio cuya carne repartí hace seiscientos años por los cuatro puntos cardinales. Tenía casi el mismo color repugnante de tu piel.

Hothbrodd le agradeció con su repertorio completo de maldiciones vikingas. Pero Kraa ya se había vuelto de nuevo hacia Shrii.

—¿Sabes qué, hijo de mi hermana? ¡Creo que te dejaré con vida hasta que haya vendido o matado a todos tus ayudantes! —le gritó—. Nada de lo que pueda hacerte te dolerá más. Tu madre sufría también con cada escarabajo que se tragaba sin querer mientras volaba. Compasión... ¿Por qué deberíamos comprender lo que sienten los demás? El único latido que debemos comprender es el propio. No hay criatura que se pueda comparar a un grifo.

—Y sin embargo has servido a los príncipes humanos a cambio de oro. No eras más que su criado con alas.

La voz de Shrii sonaba tan distinta a la de Kraa. En ella se oía el canto del gibón y el viento rozando miles de hojas y plumas de colores. Shrii no había nacido en un lejano desierto. Era un hijo de esa isla.

—¡Toda tu fuerza desperdiciada únicamente en enriquecerte! ¡Ni siquiera puedes devorar tu oro! Cualquier cocodrilo es mejor que tú. Cualquier escarabajo de esta isla es más útil, cualquier pez del océano. Eres un parásito, Kraa, y te desafío a luchar.

Por todos los que has vendido, aunque confiaron en ti y te sirvieron.

Entre los monos reunidos se alzó un murmullo y los pájaros de las ramas batieron inquietos las alas. Pero Nakal golpeó su bastón en la plataforma y los hizo callar a todos con un silbido agudo.

—Ah, sí, el viejo rumor que tú y tus adeptos propagan. —Kraa atrapó en el aire una ardilla voladora que se había acercado demasiado a su pico y se la tragó de un bocado—. ¿Cómo era? Kraa vende incluso a sus propios súbditos. Kraa vende a sus sirvientes más fieles. Mentiras. Yo solo vendo a traidores y ladrones. Y a todo bicho viviente que ha nacido para ser cazado.

—¿En serio? —respondió Shrii. Ahora se oía también al león y al águila en su voz—. ¿Qué fue de tu último portador de bastón? ¿Ha preguntado Nakal alguna vez por él? ¿Y dónde están los loris perezosos que no hicieron tu retrato a tu gusto? ¿Dónde están las aves del paraíso que se oían de noche o el macaco albino que tenía su nido justo debajo de tu palacio? ¡Nada ni nadie en esta isla están a salvo contigo! ¡Para ti solo cuentan las baratijas brillantes con las que los cazadores furtivos te pagan, y las conchas con las que tú y los demás os afiláis los picos!

Kraa extendió de nuevo las alas de forma amenazadora. Las batió tan enfurecido que las cestas jaula chocaron entre ellas y Hothbrodd casi aplasta a Barnabas y a Ben con su peso. Los propios monos y las ardillas voladoras, que estaban colgados de las ramas encima de Kraa, apenas pudieron sujetarse y algo cayó con un grito agudo y aterrizó justo delante del trono de Kraa.

Nakal recogió ese algo y lo levantó con la punta de los dedos.

—¡Pata de Mosca! —gritó Ben—. ¡Suéltalo!

Pero nadie le prestaba atención.

Kraa se inclinó con curiosidad hacia el homúnculo, cuando una segunda silueta saltó sobre él desde las ramas y aterrizó junto a Nakal.

—¡Aparta tus manos de él, gato emplumado! —resonó la voz de Lola—. Y tú —ordenó a Nakal apuntando su diminuta pistola de señalización al mono narigudo—, ¡deja marchar a mi amigo o este será tu último aliento!

Lola era con certeza una de las criaturas más valientes que Ben conocía, pero no siempre era la más sensata. Uno de los escorpiones chacal la atrapó con sus pinzas y se mostró visiblemente impasible ante el tiro de señalización que la rata le disparó contra el caparazón dorado.

Ben sacudió las ramas de la jaula con absoluta desesperación. Incluso Barnabas había palidecido y Hothbrodd emitió un bramido que hubiera honrado a cualquier grifo. El trol se sentía muy apegado a la rata voladora, aunque con certeza lo hubiera negado ante sus congéneres.

—¡Vaya, vaya! —Kraa examinó a Pata de Mosca y a Lola tan interesado que su pico por poco roza a los dos—. ¡Una sabandija roedora y un jenglot! ¡La selección de tus aliados es cada vez más extravagante, Shrii!

—¡No soy ningún jenglot! —gritó Pata de Mosca con voz temblorosa pero muy

decidida—. Soy un hom...

—¡Sí! ¡Sí! —lo interrumpió Lola con voz aguda—. ¡Un jenglot! ¡Sí, así es, y vaya un jenglot! ¡Uno muy peligroso y absolutamente venenoso! ¡Y esta rata, pájaro del desierto ávido de oro...! —Sus botas erraron la nariz del escorpión chacal que la sujetaba por solo un milímetro—. ¡Esta rata te demostrará ahora mismo quién es aquí la sabandija!

Ben no se atrevió casi a respirar cuando Kraa subió la cabeza y alzó una mirada tan meditabunda a los dos diminutos prisioneros como si estuviera pensando a quién zamparse primero.

—¿Qué opinas tú, Nakal? —arrulló—. Una rata con ropa humana y un jenglot con una piel tan blanca como el marfil. Los dos podrían alcanzar un buen precio.

—¡En efecto, vuestra majestad! —respondió Nakal con voz sumisa—. Cualquier coleccionista de especies singulares se los disputará con tesón. ¡El escaso tamaño podría ser incluso una ventaja, al fin y al cabo los dos caben sin problema en una jaula de pájaros!

Lola quiso replicar algo, pero, antes de que pudiera hacerlo, Nakal la pescó de las pinzas del escorpión chacal y los metió, a Pata de Mosca y a ella, en una bolsa.

—Me temo que por ahí se va nuestra esperanza de ser salvados —susurró Barnabas a Ben—. Pero muchas veces hemos pensado eso mismo y seguimos gozando de buena salud, ¿no es cierto?

Ben asintió, aunque no muy convencido. Sabía que, si hubiese tenido aún la escama de Lung alrededor del cuello, habría podido llamar al dragón ¡para salvar a Pata de Mosca!

Kraa dio un brinco desde su trono y lanzó una última mirada triunfante a Shrii antes de avanzar hacia el borde de la plataforma. Los escorpiones chacales apartaron a la multitud del camino precediéndole y entrechocando las pinzas de forma amenazadora. Después, treparon a las poderosas patas traseras de Kraa y desaparecieron bajo sus alas.

—¡Traed a los prisioneros a los árboles de pico! —gritó Nakal mientras Kraa, con unos poderosos aletazos, alzaba el vuelo hacia el nido de su palacio.

Los otros grifos obedecieron. Cerraron las garras delanteras alrededor de las lianas de las que colgaban las jaulas, y se elevaron con ellas en el aire. Pero cuando dos de ellos quisieron levantar la cesta de Shrii, Kraa los hizo volver con un chillido tan agudo que cortaba los oídos como un cuchillo.

—¡Oh, no, él se queda aquí! —gritó delante del portón de su palacio—. ¿No habéis oído lo que he dicho? Será el último en morir. Le cortaré las garras y las alas, y le daré de comer el oro que recibiré por sus sirvientes hasta que se ahogue. Y después le arrancaré el corazón de su colorido pecho y me lo zamparé. Aunque es probable que sea tan blando y dulce como un melón pasado.

Ben ya no pudo oír si Shrii le dio una respuesta a Kraa. Si lo hizo, se extinguió bajo los gritos de los otros grifos. Después Tschrä agarró la cesta en la que Barnabas,

Hothbrodd y Ben estaban prisioneros y, adelantándose a los demás, la llevó hacia el sur.





33 Ocho

*Aún existen algunas ballenas azules.
Aún existe algo de krill en la Antártida. [...]
La mitad de los arrecifes de coral están todavía en una
situación bastante aceptable, un cinturón de joyas
que rodea este planeta. Aún hay
tiempo, pero no mucho, para
cambiar de rumbo.*

SYLVIA EARLE

Maya llevaba razón. El tirón en el pecho de Lung le indicaba el camino con la misma fiabilidad que la aguja de una brújula. Tattoo y él volaron toda la noche. El joven dragón se evidenció tan perseverante como Lung había esperado, y cuando el sol salió siguió sin pedir descanso. No era seguro volar de día, aunque el jugo de las flores de dragón reemplazaba con fiabilidad a la luz de la luna. Pero el recuerdo del miedo, que Lung había sentido tan claramente como propio, hizo que olvidase toda precaución. El cielo estaba casi despejado y la velocidad era su único camuflaje. Tattoo se evidenció también como un acompañante perfecto. El joven dragón aguantó cómodamente con Lung. Un marinero, que, en un buque mercante miró al cielo en el momento erróneo, solo cosechó burlas cuando habló de dos dragones, porque desaparecieron antes de que le hiciera señas a los demás para que fueran a la borda. Y un niño que fotografió a Tattoo con un teléfono móvil se sintió muy decepcionado cuando la foto solo mostró una sombra borrosa.

Más deprisa. Más deprisa, Lung. Se tranquilizó una y otra vez pensando que apenas sentiría el tirón si Ben no siguiera con vida. Pero ¿era así? Las respuestas de los enanos de las rocas habían sido vagas cuando Lung les preguntó si la escama le haría sentir también el miedo ya pasado y olvidado. Hacía demasiado tiempo que un dragón había tenido un jinete. Muchas cosas sobre esa unión habían caído en el olvido, y no había nadie que hubiese podido explicar a Lung si su escama le seguiría avisando hasta que la encontrase, como la llamada de socorro de un barco largo

tiempo abandonado.

El cielo mostraba los primeros rastros de luz crepuscular, cuando una de las innumerables islas, que salpicaban el mar debajo de ellos, tiró de Lung como si de un imán se tratase. En la orilla norte de la isla, los dragones vieron unos cuantos pueblos pesqueros, pero la escama parecía llevar a Lung hacia una playa del extremo sur. Piel de Azufre saltó del lomo de Lung a la arena caliente y miró alrededor en busca de la máquina voladora de Hothbrodd. Pero todo lo que pudo divisar fueron pájaros, cangrejos y tortugas.

—¡Esto no parece muy halagüeño! —determinó—. ¿Estás seguro, Lung?

Tattoo miró alrededor, tan desconfiado como Piel de Azufre.

Lung no supo qué debía responder. Todo en él susurraba que había llegado al destino, pero incluso a él le resultaba difícil confiar en aquel susurro delante de la playa vacía. Tierra adentro, la isla estaba cubierta de una selva espesa. Tardarían días en encontrar a Ben y a Barnabas.

—¡Boleto mohoso! ¡Odio la playa! —blasfemó Piel de Azufre mientras se sacudía la arena de las patas peludas—. El suelo que pisamos debería ser húmedo y firme. ¡No crecen setas en la arena! ¡No engendra sino pulgas!

La única información del mundo humano era una botella de plástico, pero seguramente no era de Ben ni de Barnabas. Las botellas de plástico estaban en la lista negra de MÍMAMEIÐR. Guinever había logrado movilizar incluso a los nises para que renunciaran a su pasión por los recipientes de plástico.

—¡Tienen que estar aquí! —dijo Lung—. ¡El tirón es tan fuerte como si Ben estuviera junto a aquellas rocas!

Piel de Azufre lo conocía demasiado bien para no creerlo. Se dirigió hacia las rocas... y, petrificada, se detuvo. Piel de Azufre conocía el medallón del escritorio de Barnabas Wiesengrund, que ahora yacía entre las conchas y las algas marinas que el mar había arrojado a la orilla.

Pero cuando se inclinó sobre él, dos pinzas rojas le atraparon los dedos.

—¡Esto es mío! —gritó una voz fina pero muy penetrante.

Piel de Azufre se frotó los doloridos dedos y miró incrédula al diminuto cangrejo que extendía las pinzas hacia ella de forma agresiva. Tenía cuatro ojos que reposaban sobre largas y delgadas antenas en su cabeza.

—¡Mentiroso! —gruñó Piel de Azufre—. En primer lugar no tienes siquiera un cuello en el que poder colgarlo. ¡Y en segundo lugar, esto pertenece a Barnabas Wiesengrund!

Ambas constataciones no parecieron impresionar al cangrejo.

—¡Los restos arrojados al mar son de quien los encuentra! —gritó entrechocando sus pinzas de modo intimidatorio—. Es la ley escrita del océa...

Enmudeció de golpe y miró sobre el hombro de Piel de Azufre.

Lung estaba detrás de ella. El cangrejo dio unos pasitos asustado, primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha; era bastante rápido sobre sus diez delgadas patas.

Después cerró los cuatro ojos.

—¿Un dragón? No. ¡No, no, Eugene! —oyeron murmurar Lung y Piel de Azufre—. ¡Está claro que has zampado demasiadas pulgas de las hierbas corales! Aunque... —Eugene abrió primero uno, después el siguiente y luego los cuatro ojos—. Sí. ¿Por qué no? Un dragón. ¡No, dos! Está bien. Y un..., sí, ¿un qué? —Los cuatro ojos examinaron a Piel de Azufre de arriba abajo—. Mono, sí. Pero ¿de qué especie?

Tattoo y Lung cruzaron una divertida mirada. Piel de Azufre, por el contrario, encontraba a Eugene de todo menos divertido.

—¿Mono? —le increpó.

Eugene volvió a examinarla, esta vez con gran esmero.

—Hum, no, lo retiro —se corrigió—. ¿Eres un...?

—Un duende escocés moteado —jadeó Piel de Azufre—. Y no nos gusta todo lo que tenga pinzas en los brazos. ¡Todavía menos si roban a sus amigos!

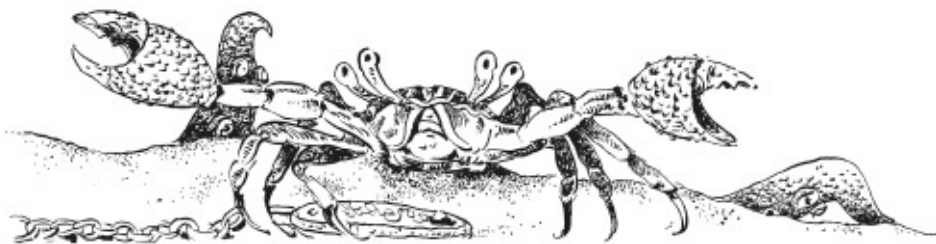
Eugene cerró las pinzas aún con más firmeza alrededor del medallón y colocó dos patas sobre la tapa de plata.

—Está bien. ¡Demuéstrame que esto es de ese supuesto amigo tuyo! ¿Qué hay en el interior?

—Una de mis escamas —respondió Lung—. Supongo.

Eugene miró muy decepcionado. Con sus cuatro ojos.

—Ah. Está bien —murmuró bajando las pinzas—. Una escama de dragón. Ya me había preguntado por qué alguien conservaba algo insignificante de metal en un objeto de plata tan hermoso. Y cualquier cangrejo razonable debería reconocer que tiene un gran parecido con tus otras escamas.



Eugene suspiró y alzó los cuatro ojos hacia el pecho de Lung, donde la mancha oscura delataba la escama que faltaba.

—¿Estaba el medallón exactamente aquí cuando lo encontraste? —preguntó Lung—. Le regalé la escama a un amigo y temo que esté en peligro.

Eugene apartó la vista del dragón, consciente de su culpabilidad.

—Ejem, no —murmuró mientras dos de sus ojos miraban hacia el cielo y dos se desviaban hacia la arena—. Para ser exactos, en realidad no he sido yo el que lo ha encontrado. Le quité el objeto de plata a un pez lámpara. Allá afuera —dijo señalando con una pinza hacia el mar—. Junto al barco hundido. Donde viven las ondinillas de los corales.

Piel de Azufre se esforzaba por no parecer demasiado preocupada, pero podía

percibir la pena que el corazón de Lung sentía. Los duendes no necesitan escamas de dragón para saber lo que siente su dragón.

—¿Junto al barco hundido? —repitió Lung—. ¿Has visto allí... —casi no se atrevía a preguntar— también una máquina voladora hundida? ¿Una máquina voladora de madera?

Eugene lo examinó con visible compasión (que le otorgaba un ligero color violeta).

—¿Una máquina voladora? No. Pero Ocho jura haber visto algo parecido. Una máquina de madera que tiene alas. ¡Pensé que era una de sus historias! ¡Tiene demasiada fantasía!

—¿Dónde? —preguntó Tattoo—. ¿Dónde la vio?

Sí, era algo impaciente.

—En la playa de Pulau Bulu —respondió Eugene—. Ya sabéis: la isla de los pájaros león.

—¿Pájaros león? —preguntó Tattoo cruzando una mirada fugaz con Lung y Piel de Azufre.

—Sí. En Pulau Bulu viven muchas criaturas singulares —determinó Eugene con un desdeñoso movimiento de pinzas—. En cualquier caso, Ocho afirma también que un hombre verde salió trepando de la cosa voladora. «¡Oh, no, ha vuelto a encontrar un barril de ron en el barco hundido!», me dije cuando llegó con esas. ¡Después siempre cuenta estupideces durante días y se hace nudos en los propios brazos!

—¿Ocho? —Lung se esforzó por no ser impaciente con Eugene.

A fin de cuentas el cangrejo era tal vez su única esperanza de encontrar a Ben. Pájaros león. ¡Aquello no sonaba a fénix!

—¡Claro! No sé dónde está metido ahora mismo, pero lo puedo llamar —ofreció Eugene—. Quizá esté otra vez pintando algún casco de barco. Ni siquiera se detiene ante la plataforma de sondeo. «¡Ocho!», le digo una y otra vez. «¡Los humanos no saben apreciar tus obras de arte!». Y creedme, su tinta resiste mucho, incluso debajo del agua. ¡Algún día lo convertirán en una ensalada de pulpo, pero él no sabe siquiera qué es eso! Es tan inocente.

Eugene se miró en la plata del medallón. Después lo levantó junto con la cadena... y lo dejó caer a las patas de Piel de Azufre.

—Una vez escuché que los dragones sacan lo mejor de cada ser vivo —suspiró—. Pero, la verdad, no habría pensado ni en cien años que eso también valiese para los cangrejos de cuatro ojos. Es muy desagradable.

Eugene dio unos pasitos cortos hacia el rompiente, que lamía la playa con suaves olas, y comenzó a entrechocar sus pinzas con rapidez, como un bailarín de flamenco sus castañuelas.

Al principio casi pareció que el océano Pacífico entero respondió a Eugene.

Una ola creció allá, en el mar abierto. Creció más y más, hasta que Piel de Azufre buscó protección detrás de las patas de Lung. Luego varios brazos, cubiertos de

ventosas, salieron de la ola, y también una gigantesca cabeza con ojos, en los que Piel de Azufre habría podido estar cómodamente de pie.

Ocho. Un nombre apropiado para un gran pulpo.

Los largos brazos que se arrastraron hacia la playa tenían todos los colores del arcoíris, mientras el cuerpo de Ocho —al menos lo que se veía de él— era verde oscuro como la profundidad más profunda del océano.

—¿Lo ves? —susurró Lung a Piel de Azufre—. Es astuto tratar incluso a los diminutos cangrejos de cuatro ojos con cortesía. Nunca se sabe si tienen amigos poderosos.

Un brazo de color azul tinta se acercó por encima de la arena a Eugene, mientras los otros, para alivio de Piel de Azufre, se quedaron en el agua. El cangrejo trepó al tentáculo y señaló con una pinza a Lung y Tattoo.

—¡Fíjate, Ocho! —gritó—. Son dragones de verdad. ¿Habrías imaginado que aún existen? ¡No! Así que, ¿por qué no puede haber otro simpático gran pulpo en alguna parte?

—¡Oh, sin duda lo hay! —constató Piel de Azufre, que había superado enseguida su miedo al tamaño de Ocho—. Yo misma me topé con él. Pero no estoy segura en lo referente a lo de «simpático». La mayor parte del tiempo se comporta...

Lung le lanzó una mirada de advertencia.

—¡El amigo que estoy buscando conoce muy bien al pulpo del que ella habla! —le gritó a Ocho—. Y seguro que te ayuda a encontrarlo.

Los gigantes ojos del pulpo se dilataron como si quisieran contener el mundo entero. Ocho sacó otros dos brazos del agua y los movió en el aire como si escribiera letras invisibles.

—A Ocho le gustaría saber a qué océano llama hogar ese pulpo —tradujo Eugene—. Solo conocemos un ejemplar de muy mal genio que vive delante de la costa de Nueva Zelanda.

—Este vive delante de la costa septentrional de Noruega —respondió Lung—. Y seguro que el amigo que estoy buscando podrá hablaros con exactitud de su genio.

Aquello había sido expresado de forma muy diplomática, y Piel de Azufre se calló la observación de que seguramente Hafgufa, como el pulpo noruego se hacía llamar, podía rivalizar con el de Nueva Zelanda en mal genio.

Los brazos de Ocho volvieron a escribir algo en el aire.

—Os llevará a la playa en la que vio la máquina de madera y al hombre verde —tradujo Eugene—. Pero a Ocho le gustaría saber antes quién... —dijo señalando a Tattoo— te ha pintado las escamas. ¡El dibujo le gusta mucho!





34 Synnefo, Chara, Ouranos

Picasso dice:

«Lleva tiempo llegar a ser joven».

JEAN COCTEAU, *Diario de un desconocido*

Efectivamente, Synnefo era blanca como su madre, Chara tenía el pelaje cobrizo de su padre y Ouranos... ¡Sí, Ouranos era azul! Guinever no habría sabido decir cuál de ellos le gustaba más. ¡Los tres eran tan hermosos! Ella y Vita pasaban cada minuto libre en el establo para ver a los potros lo más a menudo posible, y también Ànemos se arrodillaba durante horas junto al nido, aunque las guardianas plúmeas de sus hijos seguían siendo muy estrictas con los horarios de visita.

Incluso en los instantes más cortos en los que los huevos no estaban ocultos bajo las cálidas plumas, los potros revelaban mucho de su temperamento. Synnefo era la más tranquila de los tres. Parecía tan ensimismada dentro de su huevo como si casi no percibiera el mundo exterior. ¡Chara, por el contrario, presionaba a menudo la nariz contra el cascarón, ahora claro como el cristal, y se alegraba siempre de ver algo más que solo plumas! Y Ouranos... estaba siempre moviéndose, golpeaba con las diminutas alas, pateaba como si sus cascos buscasen ya suelo firme, o echaba la diminuta cabeza hacia atrás y relinchaba pequeñísimas burbujas.

No, en efecto uno no se cansaba de mirarlos. Guinever solo deseaba que creciesen más despacio.

Cuando sorprendió a Ànemos observando las casillas restantes del calendario, quitó la hoja de la puerta del establo y la ocultó en su habitación.

«¡Por favor!», pensaba mientras colgaba el calendario encima de su cama. «¡Ben! ¡Papá! ¡Hothbrodd! ¡Pata de Mosca! ¡Lola! ¡Decidme que habéis conseguido la pluma! ¡Mandadnos noticias!». Pero ¿y si tenían malas noticias? ¿Y si no habían encontrado a los grifos? O los habían encontrado, pero... ¡No! Guinever se prohibió acabar la frase, aunque creyera verla en todos los rostros de ΜΙΜΑΜΕΙΘΡ.

Synnefo.

Chara.

Ouranos.

Sus diminutas bocas bebían el líquido brillante en el que nadaban con tanta avidez. Pero si no crecían los huevos, pronto se acabaría.

Guinever observó el cielo mientras regresaba al establo. Se sorprendía cada vez más clavando la mirada en las nubes, como si así pudiese hacer volver el avión de Hothbrodd.

Pero el cielo de MÍMAMEIÐR seguía vacío.

Regresarían a tiempo. ¡Y la pluma serviría!

¡Tenía que hacerlo!

Synnefo... Chara... Ouranos.



35 Vendido

*No menciona que el sol, la luna y las estrellas
habrían desaparecido hace mucho tiempo,
[...] de haber estado al alcance
de manos humanas depredadoras.*

HAVELOCK ELLIS, *El baile de la vida*

Al corazón le hace mucho mal mirar demasiado tiempo a través de rejas. Aunque estas no estén hechas sino de ramas. Ben notaba que estaba olvidando lo que se sentía cuando se era libre. No, peor aún, comenzaba a perder la fe en que volvería a serlo. Los grifos habían depositado las jaulas en un claro tenebroso, sobre el que las sombras de los árboles se extendían, como oscuros dedos, hacia todo lo que crecía debajo de ellos. En medio se alzaba la gigantesca estatua de un grifo, tallada en una madera tropical tan valiosa que contemplarla arrancó a Hothbrodd, a pesar de su penosa situación, un suspiro nostálgico. La fuente entre las zarpas le recordó a Ben los platos de las ofrendas en los que antiguamente se había ofrecido a los dioses presentes sangrientos en los viejos templos. Una escena muy poco tranquilizadora. Igual que los rostros de grifo con pico que los miraban con desprecio desde los árboles de alrededor. Habían sido colocados en lo alto de los troncos, con plumas de oro, ojos de piedras preciosas de color rojo y picos de nácar brillante. Hothbrodd los examinó tan concentrado como si su vida dependiera de averiguar qué herramienta habían utilizado las Manos para realizar un monumento de sus maestros tan impactante. Sentaba bien ver que el trol mostrara interés por algo. Hothbrodd se tomaba el cautiverio aún peor que Ben. No era de extrañar, apenas podía moverse en la estrecha jaula, y su segundo intento de convencer a las ramas para que los liberasen había provocado que por poco los hubiesen atravesado y después casi asfixiado. Desde entonces el trol había enmudecido con ademán huraño. Barnabas era el único que seguía pareciendo tan firme como antes. Continuaba mirando tan interesado a su alrededor como si se

encontrase, en realidad, de forma voluntaria en una jaula en mitad de la selva indonesia.

—¡Fascinante! —murmuró mientras Hothbrodd lanzaba una mirada a los macacos negros que los custodiaban—. Esos loris perezosos tienen un talento increíble. Me pregunto si antes de la llegada de los grifos ya tallaban imágenes de otras criaturas. No sé de ningún mono que lo haga, pero tal vez pertenezcan a una especie muy particular. ¿Qué opinas tú, Hothbrodd?

El trol emitió un gruñido enfurruñado.

—Sí, no están mal —murmuró—. ¡Aunque si hubiese hecho yo la estatua, batiría las alas!

Sí, Ben estaba seguro de que así habría sido. Pero Barnabas volvía a estar con sus pensamientos en otra parte. Miraba los platos de las ofrendas.

—¡Me sorprende que el animado trato de Kraa con los cazadores furtivos aún no haya atraído a nadie aquí que intentase capturarlo a él y a los otros grifos! —murmuró—. Por otra parte... ¡tal vez los cráneos que hay en la playa son todo lo que ha quedado de los que lo han intentado!

—Probablemente —musitó Ben.

No podía pensar más. El mundo tenía rayas, era ya mucho el tiempo que llevaba mirando a través de rejas. ¿Y qué pensarían entretanto Vita y Guinever? ¿Que los grifos los habían devorado? Sacó del bolsillo la foto de los huevos. Estaba doblada y sucia, y seguramente pronto sería la única prueba de los últimos pegajos. No iban a poder cumplir la promesa que habían hecho a Ànemos, estaba claro. Aun cuando consiguieran liberarse en algún momento. ¡Cuatro días! Eso era todo lo que tenían. ¡Y dos de ellos los iban a necesitar solo para el trayecto de vuelta!

—¡Lo siento mucho! —Barnabas le rodeó los hombros con el brazo—. Me siento miserable por haberos conducido a esta situación a ti y a los demás. No hay nada más humillante que ser un prisionero. Recuerdo de mala gana los cuatro interminables meses que pasé en la cueva de un trol nocturno. Sin la ayuda de Hothbrodd aún seguiría allí.

—No, él te habría devorado —bramó el trol—, ¡y no tengo la menor idea, *skitten sving av skjebne*, de cómo no perdiste la razón en esos cuatro meses!

—¿Maestro? —gritó una voz fina. La diminuta jaula en la que Pata de Mosca estaba, apenas le dejaba espacio para ponerse en pie—. ¿Cómo estáis? ¡Lo siento mucho! ¡Desde luego no hemos sido unos libertadores muy exitosos!

—Pamplinas. ¡Fue un acto muy valiente que lo intentarais! —respondió Ben gritando.

La jaula de Lola era tan diminuta como la de Pata de Mosca, pero Ben no estaba preocupado por ella. No podía imaginar una jaula que mantuviera prisionera a Lola por mucho tiempo.

—Tuvimos mala suerte, húmclupo, eso es todo —constató la rata mientras pasaba las patas a través de los barrotes para arrancar unas semillas de aspecto succulento del

tallo de una planta—. ¡Era una misión bastante utópica, como seguro admitirán todos los presentes!

Berulu gorjeó algo en el oído de Winston y se agarró vacilante a él. Winston seguía sin creer que ahora fuera capaz de comprender al makis gnómico. Echaría de menos no tener seres fabulosos en su cercanía que descifrarán el gorjeo de Berulu con su presencia. Pero por otra parte, tal y como estaba el asunto, en poco tiempo tampoco tendría a ningún Berulu cerca. El pensamiento le partió a Winston el corazón.

—Berulu opina que los makis gnómicos no son buenos animales domésticos — dijo—. Y que él necesita la noche y el bosque, que sería muy infeliz en una casa. — Estrechó a Berulu contra su pecho—. ¡Te protegeré! —le prometió—. ¡No permitiré que nos separen!

Winston lanzó a Ben una mirada desvalida. Sabía que estaba prometiendo algo que no podría cumplir.

—¡Tiene que haber algo que podamos hacer! —Ben golpeó el trenzado de la jaula—. ¡Alguna cosa!

Uno de los macacos negros enseñó los dientes e intentó golpear sus manos con un palo. El jefe, que estaba acurrucado sobre la cabeza de la estatua del grifo, le hizo volver en tono severo. Su oscuro pelaje era gris en muchos puntos y uno de sus ojos estaba ciego. Awan Petir, como se hacía llamar, servía a los grifos desde hacía mucho tiempo.



—¡Estás dañando una propiedad de Kraa, Kachang! —ronqueó—. ¿Quieres que le explique que por tu culpa pagarán menos por el chico?

El macaco reprendido retrocedió tan intimidado como si le hubiese amonestado el propio Kraa. Ben se preguntó si existía algún habitante de Pulau Bulu que no lo temiese. Admiraba cada vez más el coraje de Shrii para oponerse a Kraa. Y no solo su coraje. Era mucho más fácil limitarse a hacer lo que todos hacían sin protestar que buscar senderos nuevos y mejores. Barnabas lo sabía por experiencia propia. Pero sin

Shrii y sin Barnabas Wiesengrund el mundo sería mucho más oscuro y pobre. De Kraa con certeza nadie afirmaría eso. Era realmente difícil seguir creyendo que podrían salvarse por obra de algún milagro. Y, sin embargo, no había nada más peligroso que perder la esperanza. «La esperanza muere», le había dicho una vez Barnabas, «cuando te has dado por vencido en la lucha y no hay vuelta atrás».

Ben lanzó una mirada a Winston. ¿Había renunciado a la esperanza? Había presionado el rostro en el pelaje de Berulu.

—¿Cuándo crees que matarán a Shrii? —susurró Ben.

Winston alzó la cabeza.

—Tan pronto le lleven el oro que los cazadores furtivos paguen por nosotros —respondió en voz baja—. Kraa no puede esperar a devorar el corazón de Shrii. Los grifos creen que de ese modo la fuerza de sus enemigos pasa a ellos. Nuestros corazones eran demasiado pequeños para Kraa. O estaban demasiado aterrados.

Intentó esbozar una sonrisa, pero no lo consiguió en realidad.

—Me siento muy preocupado por Berulu —dijo en voz baja mientras le tapaba los oídos al makis gnómico—. ¡Mueren en cautividad! ¿Y si lo llevan a uno de esos barcos en el que la mitad de los ani...?

Winston se interrumpió y aguzó el oído.

Todos lo oyeron. Pasos, voces, machetes que se abrían paso a través de la selva.

Barnabas rodeó con su brazo los hombros de Ben, y Berulu se escondió debajo de la camiseta de Winston. «Los humanos son más ruidosos que los jabalíes», le gustaba decir a Piel de Azufre. Era verdad. Desde la selva llegaron palabras inglesas e indonesias.

—¿De verdad nos venderán como esclavos? —le susurró Ben a Winston. De Berulu solo podía verse la cola—. ¡Es ridículo! ¡A fin de cuentas estamos en el siglo veintiuno!

—¿Y qué? —respondió Winston—. ¿No has oído a Kraa? Existen muchas minas en las islas vecinas. Allí necesitan siempre mano de obra barata. ¿Y qué hay más barato que los esclavos?

Los monos de Shrii comenzaron a parlotear, afligidos.

—¡Basta! —gritó Patah—. ¿O queréis que los esbirros de Kraa le cuenten que teníamos miedo?

TerTaWa comenzó a cantar en voz baja. Habían capturado al gibón cuando había intentado entrar en la jaula de Shrii. ¡Si al menos uno de ellos se hubiese puesto a salvo!

Awan Petir se alisó el pelaje entrecano con las manos, como si se estuviera arreglando el traje para las negociaciones convenidas. Después hizo señas a los otros macacos para que bajasen de la cabeza de la estatua del grifo y se colocaran junto a las cestas jaula.

Siete hombres emergieron de entre los árboles. No todos procedían de esas tierras. Dos eran tan andrajosos que le recordaron a Ben a algo que Barnabas había

dicho sobre los cazadores furtivos de África: «A menudo solo quieren alimentar a sus familias, Ben. El hambre y la pobreza pocas veces educan para la compasión». El tercer cazador furtivo era casi tan grande como Hothbrodd y su forma de mirar era aún más huraña que la del trol. El cuarto tenía tantos tatuajes en su piel morena que probablemente se habría podido leer la historia de su vida entera en ella. Los otros tres, sin embargo, eran los típicos cazadores y coleccionistas de trofeos con los que en los últimos tiempos Ben solía toparse demasiado a menudo: hombres que no conocían sino una forma de encontrarse con otras criaturas, mostrándoles que eran los más fuertes. Los hombres como ellos se sentían muchísimo mejor en presencia de animales muertos que vivos.

El jefe asintió con la cabeza a Awan Petir como si de un antiguo conocido se tratase. Se hacía llamar Catcher y había cerrado ya muchos negocios con los macacos negros de Kraa. Awan Petir también le asintió mientras, con rostro inexpresivo, alzaba la mirada hacia el grupo de humanos. No habría podido decir cuántos animales habían perdido la libertad y la vida bajo su control. A Awan Petir solo le interesaba su propia libertad, y le gustaba comerciar con Catcher, aun cuando este siempre apestará a sudor y cebolla y hasta los cocodrilos le parecieran afectuosos. Pero Catcher pagaba bien y no había intentado nunca cazar en las montañas que Kraa había declarado zona prohibida. No todos eran tan astutos. Awan Petir llevaba siempre sus calaveras a la playa en persona.

—¿Ningún gato jaspeado hoy?

Catcher recorrió las cestas despacio, como si examinase las ofertas de un supermercado. Su obeso rostro se estaba pelando por el sol y Ben no pudo hallar en él hambre ni deseo de cazar. Catcher era un vendedor. Ben había aprendido que estos eran a los que más había que temer. Winston se lo habría corroborado. Conocía a Catcher demasiado bien.

—¡Pero bueno, mirad a quién tenemos aquí! Winston Setiawan. Creía que al menos esta isla estaba a salvo de ti. —Catcher hablaba inglés con acento australiano, pero se guardaba bien de decir de dónde procedía en realidad—. ¡Kamaharan! ¿A cuántos de nuestros monos ha liberado ya este pequeño diablillo?

El hombre al que Catcher hizo señas para que se acercara no había recibido su nombre en vano. Kamaharan significa «tormenta» en indonesio.

—Treinta y siete —se le adelantó Winston.

Su voz tembló un poco, pero se notaba lo orgulloso que se sentía de ese número.

—Y más de cien pájaros. ¡Vamos a ver si abres las cerraduras de las jaulas tan fácilmente desde dentro, pequeño! —Kamaharan se acercó tanto a la cesta de Winston que este cayó de espaldas contra la reja y el chillido horrorizado de Berulu se escuchó a través de su camiseta—. Muy estúpido por tu parte venir a esta isla. ¿No sabías que los pájaros león solo toleran a los visitantes que pagan y que únicamente los cazadores furtivos son bienvenidos? ¿Y los otros de ahí...? ¿Desde cuándo tratas con humanos? Creía que todos tus amigos eran monos y makis gnómicos piojosos.

Retrocedió dando un traspiés con una maldición cuando, en la cesta de al lado, Hothbrodd presionó el rostro de forma amenazadora contra las ramas y llamó a todos *en dum feiltakelse fra Odin*.

El tatuado se acercó a Kamaharan y miró incrédulo al trol.

—Tal vez sería mejor soltarlo —susurró con respeto—. ¡Parece un demonio de los árboles!

—Pamplinas. —Catcher examinó a Hothbrodd como si ya estuviese contando los billetes que recibiría por el trol—. Se le podría incluso ofrecer a la televisión. O a uno de esos millonarios chiflados que pagan una fortuna por cualquier enfermedad.

Hothbrodd le escupió en el rostro quemado por el sol cuando se acercó de forma imprudente a su cesta. El escupitajo de trol es un asunto muy repugnante, y Catcher lo recibió en tal cantidad que pareció haberse bañado en jugos gástricos con hedor a pescado. Kamaharan empuñó el fusil, pero Catcher le arrancó el arma de las manos.

—Pero ¿qué haces? —le increpó a Kamaharan mientras se limpiaba la gelatinosa saliva del rostro con la manga—. ¿Acaso crees que disecado valdrá lo mismo?

—Algún día —gruñó Hothbrodd sin reparar en la mirada de advertencia de Barnabas— nos tendréis que sacar de la cesta y entonces os arrancaré la piel y tejeré una hermosa y enorme vela de barco con ella. Creo que tu piel... —dijo señalando al tatuado— ¡quedará especialmente bien!

A Kamaharan le gustaba pavonearse de estrangular a los cocodrilos solo con las manos, pero hasta él retrocedió un paso ante la amenaza rabiosamente proferida por Hothbrodd.

—¿Qué pasa con él? —preguntó uno de los otros señalando a Barnabas—. A ese seguro que no lo comprarán para las minas. ¡Parece un profesor cualquiera que se hubiera perdido en la selva!

Los demás soltaron una carcajada, aunque siguieron manteniéndose a una distancia prudente de Hothbrodd.

—¿Un profesor cualquiera? —gritó Winston.

Ben le lanzó una mirada de advertencia, pero por desgracia Winston, en su enojo, no la percibió.

—Será mejor que lo liberéis si apreciáis vuestra vida. ¡Es Barnabas Wiesengrund! ¡Su hijo y él son amigos de las serpientes marinas y de los dragones!, ¡de los pulpos gigantes y de los centauros!

Barnabas cerró los ojos con un suspiro y Winston se percató de su error cuando Catcher lanzó a sus hombres una mirada tan triunfadora como si acabara de atrapar al último tigre blanco.

—Serpientes marinas, dragones, pulpos gigantes y centauros... —repitió—. He oído rumores de que aún existen. Y de que hay un complot de chiflados protectores de animales que trata de que el mundo no se entere de su existencia. El apellido Wiesengrund se ha mencionado más de una vez en ese contexto, si no recuerdo mal. No es un apellido que se olvide con facilidad. Ahora cobra sentido también lo del

gigante verde...

—¿Dragones? —bramó Kamaharan vacilante—. ¿Pulpos gigantes? ¡Eso me suena a los cuentos de hadas que los campesinos y las viejas relatan!

—Mejor aún. Entonces no tendré que repartir el precio de los animales de los cuentos con vosotros, idiotas. —Catcher aplastó una mariposa que se le había posado en el gordo cuello—. ¿Qué dices, profesor? —preguntó brindándole una desagradable sonrisa a Barnabas—. ¿Nos presentas a tus fantásticos amigos si te ahorro, a cambio, las minas?

—Lo siento, pero lamentablemente eso es imposible —respondió Barnabas, indiferente—. Mi amigo Winston se equivoca si cree que conozco a esos ilustres seres. Estoy de acuerdo con su colega cazador. Ese tipo de seres solo existen en los cuentos de hadas. Mal que me pese.

Catcher se dispuso a responder, pero de pronto fue interrumpido por uno de los cazadores furtivos que había inspeccionado las jaulas restantes.

—¡Han capturado a un jenglot! —balbució, levantando la jaula de Pata de Mosca para sobresalto de Ben.

Los cazadores furtivos retrocedieron aún con más premura que ante el ataque de ira de Hothbrodd. Solo Catcher examinó al homúnculo y meneó con desdén la cabeza sudorosa.

—¡Si esto es un jenglot, yo soy un orangután! —se burló—. ¿Qué es esto, profesor? ¡Hable! ¿Algún duende o gnomo? ¡Oh, esto se pone cada vez mejor! —susurró a Kamaharan—. Un pequeñajo como este seguro que se paga más alto que treinta monos, pero será mejor que no le digamos nada a nuestros socios —añadió lanzando una mirada a los macacos negros.

—¿Un duende? —gritó Pata de Mosca—. ¿O un gnomo? ¡Se lo ruego! Soy un...

Enmudeció de golpe cuando Catcher lanzó a Barnabas una mirada triunfante.

—¿Sí, un qué? —preguntó—. ¿Algo que también existe solo en los cuentos de hadas, profesor? Se acabaron las mentiras. Kamaharan es un maestro de la persuasión, pero tal vez no necesitemos sus artes —dijo brindando a Barnabas una sonrisa absolutamente despiadada—. Si lo he entendido bien, ese de ahí es... —señaló a Ben— Wiesengrund hijo. ¿Y qué padre bueno y preocupado condena a su hijo a una existencia como esclavo en las minas por unos animales?

Barnabas palideció y, por primera vez, Ben vio algo similar al miedo en el rostro, por lo general impávido, de su padre adoptivo. La imagen era peor que su propio temor.

—¡Me habría sentido ofendido si me hubiese dejado en casa! —increpó al cazador furtivo—. ¡Es el mejor de los padres! ¡Y no os diremos nada! ¡Ni una sola palabra!

A Catcher pareció divertirse su ira.

—Eso lo dudo mucho —dijo—. Pero continuaremos esta conversación en otro lugar. Esta isla me produce dolor de estómago cuando oscurece. ¡Llevad las jaulas a

los botes! —ordenó a los otros.

Pero cuando levantaron la primera cesta, Awan Petir, que no había apartado los ojos de los cazadores furtivos, señaló con un grito de advertencia los cuencos que había entre las zarpas de la estatua.

—¡Está bien, está bien! —gritó Catcher al macaco—. ¿Alguna vez he dejado de realizar un pago? Y pagaré muy bien. Como una mercancía tan buena se merece.

Kamaharan, el tatuado y el gigantesco furibundo arrastraron dos sacos repletos hacia los cuencos. Del primero brotaron monedas, joyas y trozos de oro recién excavado, del segundo, cientos de conchas de color amarillo pálido.

—Ah, claro —murmuró Barnabas a Ben—. Esas son las conchas que Shrii ha mencionado. De hecho se trata de una especie muy rara y solo se encuentran en lo más hondo del mar, donde son inalcanzables para los grifos.

Los macacos negros comenzaron a llenar el contenido de los cuencos hasta los bordes en bolsas que podían transportar cómodamente a través de las copas de los árboles, cuando de pronto su jefe, irritado, alzó la cabeza. Un lori rojo volaba sobre la cabeza cana de Awan Petir, describiendo círculos alrededor de la estatua.

El corazón de Ben dio un brinco. ¡Me-Rah! Había pasado malas horas desde que Pata de Mosca y Lola habían sido capturados, pero la lori no había dejado en la estacada a sus nuevos amigos. Había observado, llena de confusión, cómo los negros macacos habían vendido sus rescatadores a los cazadores furtivos, después había oído un murmullo sobre ella y había contemplado dos sombras que se habían proyectado, como jamás antes había visto, sobre las cimas de los árboles de Pulau Bulu.

—¡Oh, que alcance a ver este día! —chilló Me-Rah mientras adornaba el pico de la estatua del grifo con una abundante mancha de excremento de lori—. ¡En cien veces cien años se seguirá celebrando en Pulau Bulu! ¡El día en que la justicia llegó a esta isla! Y vosotros... —gritó hacia los cazadores furtivos— ¡recibiréis por fin lo que os merecéis!

Kamaharan tiró del arma que llevaba en el hombro y apuntó a la lori, pero bajó el fusil cuando desde el cielo llegó un bramido como nunca antes se había escuchado en Pulau Bulu.

—¡Síiiii! —gritó Me-Rah—. ¡Síiiii! ¡Ya vienen!

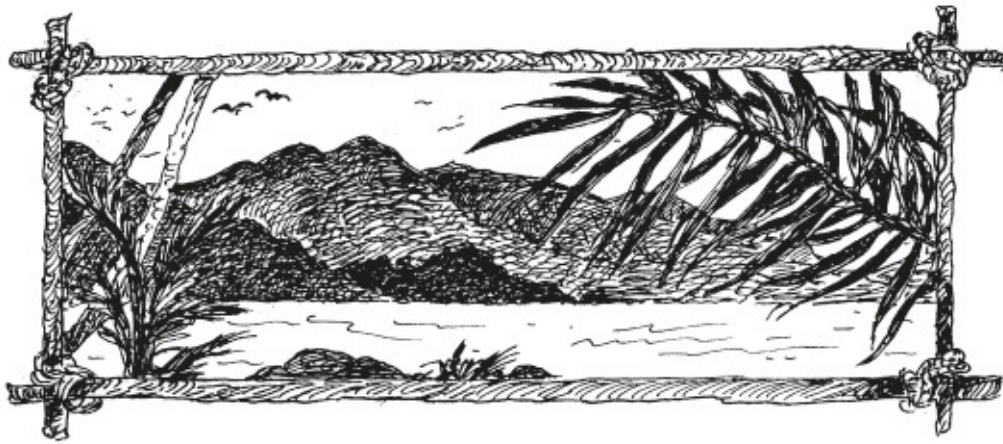
Los cazadores furtivos retrocedieron a trompicones. Ben, sin embargo, cerró la mano con tanta fuerza alrededor del trenzado de la jaula que las huellas permanecieron varios días después. El rostro de Barnabas mostró la misma alegría incrédula que él mismo sentía... y el mismo miedo.

—¿Qué es eso? —gritó Winston mientras los cazadores furtivos tiraban las armas y Catcher, estupefacto, miraba hacia arriba.

—Pero ¿qué es eso? —gritó Hothbrodd riendo—. Thor, Loki y Odín. ¡Es un dragón!

Y entonces la selva se inundó tan solo de escamas plateadas.





36 Ira de dragón

Añadid a eso el insoportable orgullo de los humanos, que les hace creer que la naturaleza no se hizo [sino] para ellos, como si fuera verosímil que el sol [...], no hubiera sido encendido más que para madurar sus nísperos y acogollar sus repollos.

SAVINIEN CYRANO DE BERGERAC, *Viaje a la Luna.*
Historia cómica de los Estados e Imperios del sol

Hacía mucho tiempo que Lung no había sentido una ira igual.
¡Ben y Barnabas en una jaula!

Tattoo intuía igual que Lung qué tipo de hombres estaban delante de las cestas. En todas partes olían igual: parecía que la crueldad les brotase de la piel como una seta venenosa. Pero lo peor era... que despertaban esa crueldad incluso en el corazón de un dragón plateado. ¡Oh, cuántas ganas de deshacerse de toda la oscuridad humana simplemente quemándola! Piel de Azufre la sintió como un estremecimiento en el cuerpo de Lung cuando el dragón se precipitó sobre los cazadores furtivos. Gritó su nombre con calma para que no se perdiera en su ira y vio aliviada cómo los cazadores furtivos huían debajo de los árboles y soltaban a sus prisioneros sin luchar. Lung no había matado nunca y existían historias espantosas sobre lo que matar provocaba en un dragón plateado.

Tattoo no tenía un duende en el lomo que le pudiese advertir de la ira que había en su corazón. Piel de Azufre intentó hacerlo volver, pero la agresividad que en él ardía hizo borbotear la sangre en sus oídos y lo volvió insensible a su voz. Tattoo persiguió a los cazadores furtivos hasta la playa, y Catcher y sus hombres solo escaparon de él porque conocían el camino de vuelta y los árboles estorbaban el vuelo del dragón. Su bote estaba ya en el mar cuando Tattoo, jadeante, emergió de repente de la selva. Tal vez eso les salvó la vida. Él les lanzó su fuego y, cuando las llamas azules envolvieron el casco del barco, este se hundió entre las olas con los

cazadores furtivos, de forma tan brusca como si, con el fuego del dragón, hubiese desaprendido a flotar. En el desasosiego, ni Tattoo, ni Catcher ni Kamaharan se extrañaron de ello. Estos dos fueron los únicos que se salvaron dando un salto hacia la borda. Catcher era un nadador tan pésimo que se aferró a Kamaharan y no se hundió por eso.

Tattoo vio a los dos marcharse nadando, pero no volvió a escupir fuego. Estaba en la playa y notaba su propia ira como lava en las venas, tan tórrida y candente que creyó que se abrasaría en sus propias llamas. El joven dragón no había experimentado nunca algo parecido y aquello no le gustaba. Esa ansia de destrucción, la sed del miedo ajeno... ¡Sí, era sed! Tattoo se conocía muy bien, a pesar de su juventud, como para negarlo. El sentimiento lo hizo estremecerse y por primera vez en toda su vida se sintió un extraño. Cuando finalmente se volvió para regresar donde los demás, sintió en su corazón la nostalgia de tener una Piel de Azufre como Lung. O un chico como aquel por el que Lung había realizado el largo trayecto y del que le hablaba con tanto amor.

Mientras Tattoo lanzaba su fuego a los cazadores furtivos, Lung ya había aterrizado entre los árboles de los grifos y Piel de Azufre había comenzado a abrir las cestas jaula. Ben no quiso soltarla cuando ella lo liberó, y Barnabas le sacudió las patas con tanto ímpetu que ella sintió preocupación por sus dedos peludos, pero el peor de todos fue el trol. ¡Hothbrodd lanzó a Piel de Azufre tan alto en el aire que casi le muerde una serpiente de los árboles! Solo Pata de Mosca, a su manera propia y muy civilizada, les dio las gracias con una profunda reverencia, primero a Piel de Azufre y después a Lung. Tenía que admitir que estaba casi tan aliviada de encontrar al homúnculo ileso como de hallar a Ben y a Barnabas sanos y salvos. Los duendes no perdonan fácilmente y Piel de Azufre seguía reprochándole a Pata de Mosca que una vez hubiese servido a uno de los enemigos más malvados de Lung. «¡Es por su tamaño, Piel de Azufre!», pensó ella mientras el homúnculo volvió a darle las gracias con otra reverencia. «Sí, es eso. ¡Esos pequeñajos simplemente se cuelan en el corazón!».

Aquello, en cualquier caso, no era válido para las ratas. Piel de Azufre dejó que Pata de Mosca liberase a Lola. Las ratas y los duendes preferían mirarse desde una distancia segura. ¿Y los monos? No. En realidad no. ¡Piel de Azufre solo reparó en el segundo chico humano cuando Winston sacudió entusiasmado la diminuta mano de Pata de Mosca, y, naturalmente, él la miró a ella, y a Lung, tan estupefacto como Ben lo había hecho en su primer encuentro! Genial. ¡Como si, en la vida de una duende, un chico humano no fuera suficiente! Cuando Tattoo regresó, temieron de hecho que, del profundo respeto, a Winston se le saltaran los ojos marrones del rostro.

Los monos desaparecieron en lo alto de los árboles tan pronto salieron de las cestas.

—¡Oye! ¿Qué tal un gracias? —les gritó Piel de Azufre—. ¿Y adónde va la rata chiflada? —le preguntó a Ben cuando divisó a Lola sobre los hombros de Patah.



—Oh, no. Lola no está chiflada —dijo Barnabas estirando sus miembros rígidos por el cautiverio—. Ella y los monos de Shrii siguen a los macacos que han controlado el comercio con los cazadores furtivos. ¡Solo cabe esperar que los alcancen antes de que se propague en la isla quién nos ha liberado!

—¿Monos que tratan con cazadores furtivos? —Piel de Azufre se acercó al plato lleno que custodiaba la estatua del grifo—. ¿Qué pretenden con el oro y las conchas?

—Oh, eso... —respondió Barnabas de forma evasiva—. Eso es una peculiaridad de los monos de esta isla.

Miró hacia el otro lado, donde estaba Ben, entre Lung y Tattoo y con Pata de Mosca sobre el hombro. De su rostro había desaparecido toda preocupación, y parecía tan feliz como solo se sentía cuando se hallaba cerca del dragón.

—Pero ¿cómo nos habéis encontrado? —oyó Barnabas que le preguntaba mientras le acariciaba las escamas plateadas a Lung, como si no pudiera creer que el dragón hubiese acudido de verdad en su rescate.

Winston mantenía una distancia prudencial y miraba a los dragones como si los sueños que había tenido se hubiesen hecho realidad.

—¿Tattoo? —dijo Ben—. No es realmente un nombre de dragón, ¿verdad?

—En realidad se llama Lhag Pa —dijo Lung mientras Tattoo respondía a la mirada de Winston.

El joven dragón parecía disfrutar mucho de la admiración del chico. Y se la merecía. Era una imagen magnífica.



Barnabas suspiró.

—¿Qué sucede, Wiesengrund? —Piel de Azufre le dio un golpecito con la pata en el pecho—. No pareces alguien al que se acabe de rescatar de una banda de apesadores de animales y de cazadores furtivos. Más bien pareces alguien que, como decís vosotros, sale del lodo y cae en el arroyo. Lo que quiera que sea un arroyo.

Barnabas volvió a responder con un profundo suspiro. Un suspiro profundo y de gran preocupación.

—¡Piel de Azufre! —le susurró a la duende—. Necesito tu ayuda. ¡Los dos dragones tienen que abandonar esta isla tan rápido como sea posible!



Piel de Azufre no tuvo tiempo de preguntar la razón.

—¿Abandonar? —Lung apoyó la cabeza sobre su hombro—. ¿Por qué tanta prisa, Barnabas?

Los dragones tienen un oído muy fino. Barnabas se dijo que era un mentecato por haberlo olvidado.

—Si estáis pensando en partir, eso significa que ya tenéis la pluma de fénix. —Lung miró a Barnabas y luego a Ben—. No puedo olvidar lo desesperado que estaba Ànemos. Estoy seguro de que nunca dejaríais la isla sin la pluma, ¿verdad?

Ben esquivó su mirada. Creyó percibir burla en la voz de Lung. Y, peor aún, decepción.

—Parece ser una isla peligrosa —prosiguió Lung—. Un pulpo nos ha hablado de los pájaros león. Supongo que contemplan esta isla —dijo mirando hacia la estatua del grifo— como si fuera de su propiedad. Qué bien que no necesitéis sus plumas. Porque ellos parecen ser muy desagradables.

—¡Ah, sí, la pluma de fénix! Claro. ¡Sí! La tenemos.

Barnabas se esforzó mucho, pero solo consiguió empeorarlo.

Era un mentiroso tan miserable. La voz se le extinguió cuando Lung lo observó con severidad y de forma poco amistosa.

Miró a su jinete del dragón. Ben quiso que la tierra se lo tragara. Volverse invisible.

—¿Qué tal si me dices la verdad, Ben? —preguntó el dragón—. ¿Miente un jinete a su dragón? ¿Y qué ocurre con vosotros? ¡Barnabas! ¡Hothbrodd! ¡Pata de Mosca!

Los examinó a todos, uno tras otro.

—¡Agh, maldita sea! —bramó el trol—. ¡Acabemos con este pésimo teatro! Son grifos y necesitamos una de sus plumas doradas para los huevos de Pegaso. ¡Por eso Barnabas tenía tanta prisa en que vosotros dos desaparecierais sin demora de esta isla! Los dragones y los grifos... Ya sabéis...

Lung se incorporó. Todo su cuerpo se tensó. Tatoo lo miró con preocupación.

—¿Me habéis mentido todos? —La voz de Lung sonaba tan herida que Ben habría preferido regresar a la cesta jaula—. ¿Cuál era vuestro plan? ¿Dejar morir a los potros de pegaso en vez de pedirme ayuda? ¿Y tú, jinete del dragón? ¿No me habrías dado la oportunidad de protegerte a pesar de haberte dado mi escama?

Ben no había visto nunca a Lung tan agresivo. Pero el dragón seguía sintiendo la oscuridad que los cazadores furtivos habían despertado en él y las mentiras que Ben y Barnabas le habían contado no arrojaban luz en ella.

—¡Los monos me robaron la escama! —gritó Ben—. Pero incluso si la hubiese tenido conmigo... nunca te habría podido llamar. ¡Todos queríamos protegerte! ¡Créeme! ¡No los habéis visto! ¡Los grifos son horribles! Salvo uno...

Al que no podrían rescatar sin la ayuda de los dragones. Pero por mucho aprecio que Ben sintiera por Shrii... no podía permitir que Lung se pusiera en peligro. No para salvar a Shrii o a los potros de pegaso, ni siquiera por él mismo. Sencillamente quería demasiado al dragón.

Ben sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Y que Lung las veía.

—¡Todo es por mi culpa! —dijo Barnabas—. Convencí a Ben para que te mintiera. ¡No existe una enemistad más profunda entre dos seres fabulosos que entre grifos y dragones!

—¡Pero ellos los vencerán! —Winston se colocó en medio de Lung y de Tatoo, y miró con admiración a uno y a otro—. ¡Miradlos! ¡Vencerán a Kraa y liberarán a Shrii! ¿Cómo podéis ponerlo en duda?

—¡Gracias! —Tatoo agachó la cabeza delante de Winston—. Has hablado como un jinete del dragón.

—¡Pero no es solo Kraa! —gritó Ben—. ¡Hay siete grifos, Lung! Y vosotros solo sois dos. ¡Y también están todos los monos que sirven a Kraa y sus escorpiones chacal!

Winston tragó saliva.

—¡Oh, sí, sí, es cierto! —murmuró—. ¡Olvidad lo que he dicho! ¡Solo estaba pensando en Shrii! Y habéis cazado a Catcher y a sus hombres con tanta facilidad... —Guardó silencio y lanzó a Ben una mirada compungida mientras Berulu miraba a los dragones con ojos grandes—. Lo siento mucho —murmuró Winston—. Tienen razón. Debéis marcharos.

Los dos dragones se intercambiaron una mirada.

Que no gustó a Ben ni a Barnabas.

—Pienso igual que tú —dijo Tattoo a Lung—. Todo esto suena a que estuviesen perdidos sin nuestra ayuda.

—Sí. ¡Absolutamente perdidos! Y es obvio que tú te sentirías muy decepcionado si tuvieses que volver a casa ya, ¿no es cierto? —añadió Lung sin reparar en las miradas perplejas de sus amigos.

Tattoo asintió con gran decisión.

—¡Un momento, un momento! —gritó Piel de Azufre—. ¡Mirad los picos! —dijo señalando hacia los árboles—. ¡Y las zarpas! —añadió apuntando a las estatuas—. ¡Garras y zarpas! ¡Como si una de las dos no fuera suficiente!

—No te olvides de la cola de serpiente —apuntó Pata de Mosca desde el hombro de Ben—. ¡Y esos escorpiones chacal son tan atroces! ¡Lola puede confirmarlo!

—¡Así es! Es muy noble que nos ofrezcáis vuestra ayuda. Pero ¡no-podéis-queदारos! —gritó Barnabas con voz firme—. Y, en realidad, Ben y Winston tampoco deberían estar aquí. ¡Lung! ¡Si no queréis marcharos por causa de los grifos, al menos hacedlo para poner a salvo a los dos chicos!

Pero ahora eran Ben y Winston los que estaban enfadados.

Ben se acercó a Lung y Winston hizo instintivamente lo mismo con Tattoo.

—Si Lung quiere quedarse —dijo Ben—, entonces, lógico, su jinete también lo hará. Tiene razón. No podemos abandonar a los pequeños pegasos así como así. ¡Y a Shrii tampoco!

—Exacto —respondió Winston, aun cuando Berulu pareciera mucho menos convencido.

Winston, embelesado, levantó los ojos cuando Tattoo apoyó con suavidad su nariz sobre los hombros.

—¡Yo también necesitaría un jinete! —le murmuró al chico—. Mi agresividad hace que me desboque con facilidad. Creo que un jinete es lo único que podría ayudarme a hacerle frente.

A Winston se le aflojaron las rodillas de la alegría.

—Claro —balbució—. Claro, me gustaría intentarlo. Ben seguro que puede explicarme algunas cosas.

Lung brindó una mirada divertida a Barnabas.

—Genial —bramó Hothbrodd—. Entonces ya está todo aclarado. ¿Podemos desaparecer de una vez de este claro? ¿O queréis esperar a que los ejemplares vivientes se asomen por aquí?

No, en realidad nadie quería eso. Aun cuando Barnabas siguiera pareciendo muy preocupado.

—El humano de los árboles tiene razón, Wiesengrund grande —graznó Me-Rah—. Tenéis que marcharos de aquí. Puedo llevaros a un árbol que os protegerá. ¡Ningún mono de esta isla se atreve a acercarse a sus ramas!

—¡Calva cónica afilada! —susurró Piel de Azufre a Hothbrodd—. ¿Es esta la lori perdida del templo de los pájaros?

—Es una historia muy larga —bramó Hothbrodd—. Pero un árbol protector suena bien. Y aún no he recuperado mi cuchillo de tallar. No pienso regresar a casa hasta hacerlo.





37 El Árbol Susurrante

*Los árboles tienen pensamientos dilatados,
prolijos y serenos [...]. Son más sabios que nosotros,
mientras no los escuchamos. Pero cuando aprendemos
a escuchar a los árboles, la brevedad, la rapidez
y el apresuramiento infantil de nuestros pensamientos
adquieren una alegría sin precedentes. Quien ha aprendido
a escuchar a los árboles, ya no desea ser árbol.
No desea ser más que lo que es. Esto es la patria.
Esto es la felicidad.*

HERMANN HESSE, *El caminante*

El árbol al que llamaban en Pulau Bulu el Árbol Susurrante crecía en la orilla de un ancho río, que fluía en medio de una selva tan espesa que muchos de sus habitantes no habían visto jamás el cielo. A una lori como Me-Rah, naturalmente, aquello no le importaba lo más mínimo, pero pronto ni tan siquiera Hothbrodd logró abrirse paso a través de la espesura, y al final Lung y Tattoo los llevaron a todos en sus lomos detrás de Me-Rah.

Los dos dragones planeaban tan bajo sobre el agua inerte, que llegaba hasta allí, que los cocodrilos intentaron atrapar sus sombras y bandadas de pájaros se desperdigaron como si fuesen espuma de olas. Los árboles de la orilla, a menudo tan inclinados sobre el agua turquesa que sus hojas se mecían como verdes cabellos sobre las olas, parecieron enderezar los troncos para dejar pasar a Lung y a Tattoo. Las mariposas se posaron en sus brillantes escamas y los tiñeron de un colorido aún más intenso que el nido del palacio de Kraa. Incontables pájaros llenaron el aire caliente y húmedo con su gorjeo excitado, y las serpientes y los lagartos agitaron sus lenguas desde las ramas, dándoles la bienvenida.

—No importa lo que los grifos piensen de los dragones —susurró Barnabas a Ben

mientras se sujetaba a las púas del lomo de Lung—, ¡los habitantes de esta isla les dispensan una bienvenida muy calurosa!

Todos se percataron de que habían llegado a su destino incluso antes de que Me-Rah se posase en el imponente árbol que, delante de ellos, cubría el agua del río con una alfombra de flores. Los trompetas que colgaban desde sus lejanas ramas extendidas eran de un color verde tan pálido que apenas se diferenciaban de las hojas, del tamaño de la mano. Pero en el interior, los cálices eran de un color naranja brillante, y bandadas de colibríes y de fénix revoloteaban a su alrededor picoteando el polen de las flores. Se quedaba adherido a los picos como polvo de oro y hasta los cocodrilos que flotaban debajo del árbol, en el río, lo llevaban en sus lomos.

Los dragones aterrizaron a tan solo unos metros de ellos, pero los gigantescos lagartos huyeron con tanto respeto como las otras criaturas que se habían encontrado.

—Pata de Mosca, ¿tienes alguna explicación de por qué los habitantes de Pulau Bulu reciben a los dragones con tanta deferencia? —preguntó Barnabas mientras descendían del lomo de Lung—. Debo admitir que estoy sorprendido.

—¡Los humanos no son los únicos que narran historias sobre los dragones, Wiesengrund! —se oyó gritar desde una higuera antes de que Pata de Mosca pudiera responder. TerTaWa estaba sentado en las ramas, junto a Kupo, Patah y los otros macacos de Shrii—. Muchos de nosotros hemos soñado que un día uno de ellos encontrase el camino hacia nuestra isla. ¡Y de golpe han venido dos!

—¿Qué ha pasado con los macacos negros? —gritó Winston—. ¿Han escapado?

—¿Escapado? ¡Ja! —Lola se descolgó de forma tan natural por una liana como si hubiese nacido en Pulau Bulu y no en un granero de Slesvig-Holstein—. Los hemos capturado a todos y los hemos encerrado en las cestas en las que nos querían vender.

—¡Y después los escondimos en los nidos que Tschrä destruyó! —gorjeó Kupo.

—Sí. Eso fue idea de TerTaWa —gruñó Patah—. Yo quería echarlos a los cocodrilos, pero he de darle la razón al gibón: probablemente Kraa se vengaría de Shrii por ello.

—Con seguridad —corroboró Lola aterrizando delante de las zapatillas deportivas de Winston.

No solo TerTaWa había bajado la cabeza al surgir el nombre de Shrii. Que el joven grifo continuara siendo prisionero de Kraa hacía que todos sus amigos experimentasen la propia libertad como una traición. A Ben y a Barnabas les pasaba lo mismo.

—¿Teníamos que reunirnos justo aquí? —preguntó Patah lanzando una mirada de desaprobación al Árbol Susurrante.

Pata de Mosca había hecho que Me-Rah le dictase la descripción del camino y, junto a su mochila, la había dejado en la bandeja de la estatua del grifo confiando que Lola lo encontraría. Como siempre la rata no lo había decepcionado.

—Fue idea de la lori, ¿no es cierto? —Patah asintió enfadado hacia donde se encontraba Me-Rah—. ¿Os ha contado cómo llamamos al árbol?

El propio TerTaWa lo observó con evidente malestar.

—¡Estrangulador de monos! —gritó Patah de forma acusadora.

Las ramas cargadas de flores y pájaros susurraron como si el árbol encontrara divertida la hostilidad de Patah.

—¡Ja! ¡Se ríe! —constató Hothbrodd, pasmado—. Y dice que solo os estrangulará si robáis huevos de sus ramas.

Se acercó lentamente al imponente árbol como un niño a Papá Noel. No porque sintiera miedo (solo sentía miedo de las avispas, un secreto que el trol guardaba con esmero). No, el Árbol Susurrante de Pulau Bulu hacía sentir a Hothbrodd tan dichoso que sus propios pies apenas lo obedecían y, conteniendo la respiración, se acercó debajo de la copa, que olía a canela y nuez moscada. Cuando tocó la sedosa corteza de color gris pálido, una lluvia de flores le cayó encima. La carcajada con la que Hothbrodd se quitó del cabello los cálices de color verde pálido fue tan fuerte que todos los pájaros que picoteaban el polen dorado sobre él alzaron el vuelo asustados. Solo cuando el árbol susurró tranquilizadamente, volvieron a desaparecer en los profundos cálices.

Ben encontró casi de mala educación, al amparo de un árbol que sembraba tanta dicha y paz, planear una liberación que, con certeza, no tendría lugar sin combate. Por no hablar del robo de las plumas doradas. A Winston le pasaba igual. No podía recordar un lugar en el que se hubiese sentido alguna vez tan seguro y en paz con el mundo entero. Los cazadores furtivos, los grifos, el ruido y la inquietud del mundo humano que lo había alumbrado..., todo aquello no parecía más que un mal sueño del que el Árbol Susurrante lo había despertado con el murmullo de sus hojas. ¡No, todo lo que uno deseaba hacer bajo aquel árbol era sentarse entre sus raíces y olvidarse del resto! Pero Barnabas sabía de árboles casi tanto como de seres fabulosos y observó que el Árbol Susurrante de Pulau Bulu había tenido que librar ya muchas batallas para proteger a los que buscaban refugio dentro y debajo de su copa.

—¡Mi querida Me-Rah! —dijo Barnabas en voz baja para no mortificar a los monos—. Te doy las gracias. ¡Nos has traído a un lugar perfecto! ¡Quizá aquí consigamos, por fin, trazar un plan con el que no solo salvar a los potros de pegaso, sino también liberar a Shrii!

—Oh, sí —gruñó Hothbrodd, pasando los dedos verdes sobre todas las marcas que las garras, los dientes y los machetes habían dejado en el Árbol Susurrante—. Debajo de este árbol seguro que se nos ocurre algo.

Una larga cicatriz de humo negro daba cuenta del impacto de un rayo, y más de una docena de balas de plomo habían penetrado en la corteza. El Árbol Susurrante le contó al trol la historia de cada una de las marcas, mientras los dragones se tendían sobre las hojas de las flores, que cubrían el suelo entre sus raíces con un colchón perfumado. Las ramas que había sobre ellos se extendían tan lejos que, a pesar de su tamaño, ambos encontraron suficiente espacio bajo ellas. Cuando Ben se arrodilló entre las zarpas de Lung, Winston hizo lo mismo con Tattoo, lo que Berulu observó

con notoria envidia, pero Winston le acarició enseguida las orejas de forma tranquilizadora mientras se apoyaba en las escamas de Tattoo. A fin de cuentas, no debe olvidarse a los viejos amigos cuando se encuentran nuevos.

—Por desgracia, como todos sabéis, el tiempo apremia —comenzó Barnabas—. No solo en relación con Shrii. Pata de Mosca lo ha vuelto a calcular de nuevo. ¡Debemos emprender el vuelo de regreso a casa mañana, si no queremos que la misión que nos ha traído aquí fracase! ¡Por lo que solo tenemos esta noche para negociar!

—¡Está bien! —gorjeó Kupo—. ¿Cuál es el plan?

Y la discusión comenzó. Sobre el agua oscura del río centelleaban miles de luciérnagas. Setas de árbol fosforescentes bañaban de una luz verde espectral la selva que los rodeaba, e incontables ojos observaban, desde la espesura del follaje, la extraña reunión que se había convocado allí: animales, humanos, seres fabulosos... Incluso para Pulau Bulu, donde tantas criaturas vivían codo con codo, se trataba de una reunión única, y no solo porque, por primera vez desde que el mar la había alumbrado, la isla hospedase a dos dragones. Pero, por suerte —o gracias al amparo del Árbol Susurrante—, de todos los pares de ojos que observaban a los dragones y a sus amigos, ni uno solo pertenecía a un sirviente de Kraa.





38 Comprimidos

*Para lograr algo grande se necesitan dos cosas:
un plan y no tener mucho tiempo para llevarlo a cabo.*

LEONARD BERNSTEIN

Clin. Clan. Los potros crecían y sus diminutos cascos golpeaban ahora con tanta fuerza contra los cascarones que Guinever se sobresaltaba en cada ocasión, y los gansos y cisnes que calentaban los huevos alargaban alarmados los cuellos. Pero los cascarones no se romperían. Pronto se convertirían en prisiones y después ahogarían a los tres potros, en lugar de protegerlos.

Ànemos comenzó de nuevo a evitar el establo para no presenciar lo comprimidos que estaban sus hijos. Pero Guinever conocía al pegaso ahora lo bastante bien para saber lo agradecido que le estaba por su compañía.

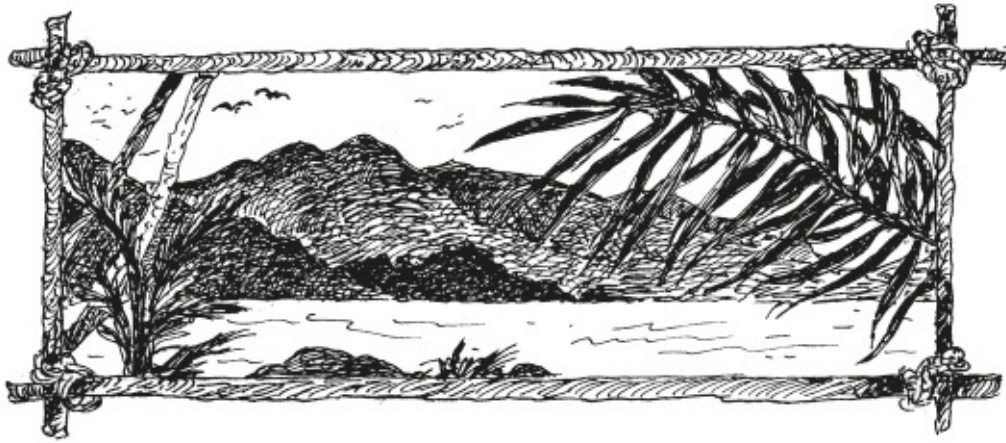
—¿Has visto lo fuerte que ya es Ouranos? —preguntó cuando lo encontró de nuevo abajo en el fiordo—. ¡Creo que le gusta hacer el payaso! Vita me ha contado que los geniecillos de los pantanos apuestan sus gorros y botas a que será el primero en salir del huevo. ¡Y los nisses hacen apuestas de bellotas sobre cuál de los tres volará más deprisa!

Los nisses y los duendes apostaban cualquier cosa. Era simple, pero tal vez esas estupideces funcionaran bien contra el miedo.

Ànemos levantó los ojos al cielo y aguzó los oídos. Pero no era más que un avión corriente que se reflejó en el agua del fiordo. Y Guinever no dudaba de que, a pesar de haber escondido el calendario, el pegaso sabía los días que les quedaban.

Al día siguiente comenzaban los tres últimos. Y quizá el tercero llevara la muerte a las crías.





39 La mayor tarea para los más pequeños

*A veces uno se convence de que todo irá bien
si consigue llegar a cierto lugar
o hacer una cosa determinada. Pero cuando llegas,
descubres que no es tan sencillo.*

RICHARD ADAMS, *La colina de Watership*

Los planes son un asunto muy delicado. ¿Salen alguna vez como se han planificado?

El plan que muchas cabezas habían ideado bajo el Árbol Susurrante no pareció, ya desde un principio, poderse llevar a cabo nunca. Había tantos «en caso de» y «quizá» en él, tantos interrogantes sobre lo que les aguardaría en el árbol de los grifos, que todos los ejecutantes esperaban la señal de partida con recelo. Con dos excepciones: a Lola nada ni nadie le producía recelo y Tattoo... No, Tattoo no había olvidado lo mucho que la propia ira le había atemorizado en la playa, sin embargo casi no podía esperar a probarse de nuevo. Sobre todo ahora que, por primera vez, tendría su propio jinete del dragón. La misión que había recaído en él y en Lung junto a sus jinetes esa noche sonaba, en cualquier caso, de todo menos emocionante.

—¡Vosotros solo nos ayudaréis a cubrir nuestra retirada! El rescate en última instancia. ¿Prometido?

Barnabas Wiesengrund lo había repetido tantas veces que incluso la punta de la cola de Lung había revelado en algún momento su impaciencia, y no solo Tattoo, también los dos jinetes del dragón mantuvieron en secreto la esperanza de que los dos dragones jugasen al final un papel importante. El propio Barnabas no podía ocultar que lo creía más probable de lo que se atrevía a confesar. A fin de cuentas, lo que tenían previsto era, en realidad, bastante alocado.

Entonces, ¿cuál era exactamente el plan?

Kraa cazaba, desde hacía ya muchos años, solo de día. Su avanzada edad le había

producido ceguera nocturna y Patah juraba, al igual que Kupo y TerTaWa, que sin duda al llegar lo encontrarían durmiendo en el nido de su palacio, si alcanzaban su propósito antes del amanecer. Parecía una buena oportunidad de robarle a Kraa una de sus plumas doradas. Sobre todo, teniendo en cuenta que los otros grifos solían estar de caza hasta el amanecer, y, en consecuencia, también sería bastante más fácil liberar a Shrii. Por supuesto, solo cabía esperar que Kraa durmiera tan profundamente que no advirtiese el robo de la pluma. Y que los otros grifos no regresaran antes de que Shrii fuese liberado. La esperanza era una de las partes decisivas del plan. Demasiado decisiva para el gusto de Pata de Mosca.

Junto a los grifos existía también un gran número de otras criaturas en el árbol rey de Kraa que podían ocasionarles problemas. Los escorpiones chacal que vigilaban el nido de Kraa, los monos, las serpientes y los pájaros que le servían y que hacían guardia en las ramas... A todos ellos había que distraerlos de forma distinta o neutralizarlos. Pero, a fin de cuentas, también el equipo de la expedición que se había puesto en camino poco antes de la medianoche estaba compuesto de distintos participantes con capacidades muy diferentes: macacos, humanos, dragones, una duende, un trol, un homúnculo, una rata, una lori, un gibón, sin olvidar... ¡un lori perezoso y un makis gnómico! Comparado con el número de enemigos que les aguardaba en el árbol de los grifos, en realidad, no era nada. Pero, en cualquier caso, eran tan numerosos que habían decidido aproximarse a su destino desde seis rutas diferentes para pasar desapercibidos. Por suerte, los numerosos ruidos de la selva los ayudaron: la lluvia, que como tantas veces caía con estrépito y susurro sobre Pulau Bulu, los gritos nocturnos de los pájaros, el coro de sapos y cigarras... Todo ello ocultaba incluso los pasos de Hothbrodd.

Barnabas y el trol fueron los únicos que partieron hacia el árbol de los grifos a pie y no a través del ramaje de los árboles o desde el cielo. Tenían la tarea con la que todo empezaría.

Ninguno de ellos había visto nunca el árbol de los grifos desde abajo. Hasta Hothbrodd pareció reducirse al tamaño de Pata de Mosca cuando el tronco asomó entre los demás árboles. Las serpientes, que espiaban entre las raíces en calidad de guardianas, mostraron, amenazantes, los colmillos venenosos, pero Hothbrodd subió de inmediato a Barnabas sobre sus hombros y lanzó las serpientes, que se evidenciaron especialmente agresivas, a los arbustos. Después anduvo con pasos quedos sobre el resto, indiferente a sus silbos, y colocó sus manos verdes en el tronco del árbol de los grifos. El trol acarició la corteza con tanto cuidado como si tocara el arrugado costado de un elefante.

—¡Oh, sí! ¡Tú también tienes un montón de cosas que contar! —murmuró con ternura—. Y tú no has escogido a tus alados habitantes, ¿no es cierto? ¿Qué crees? ¿Deberíamos enfadarlos un poco?

El gigantesco árbol se estremeció. Hothbrodd, sin embargo, cerró los ojos, presionó las manos con más fuerza contra la corteza marrón y comenzó a susurrar en

una lengua que todos los árboles del mundo entienden. Y todos los trols diurnos.

TerTaWa, que estaba sentado encima de ellos con Pata de Mosca y Lola en la copa de un árbol vecino, pudo observar el efecto desde muy cerca.

Las ramas más finas del árbol de los grifos comenzaron a doblarse en silencio como dedos que se extienden buscando algo con cautela. Ese algo eran los nidos de los monos, que colgaban por docenas del tronco del árbol o de sus ramas más bajas. Las ramas los envolvieron hasta que los nidos semejaron las cestas jaula en las que los grifos mantenían a sus prisioneros. Pero eso no fue todo. El árbol empezó a sacudirse. Solo muy suavemente, tanto que ni los monos ni Kraa se despertaron. Pero las serpientes que, adormiladas, volvían la cabeza hacia las ramas que había sobre el nido del palacio de Kraa, cayeron por docenas como hojas mustias del árbol y aterrizaron abajo, entre las raíces. Una rozó el hombro de Barnabas, pero él la agarró con un gesto ensayado antes de que esta, asustada, le clavara los colmillos venenosos en el cuello.

Hothbrodd se rio en voz baja, como si el árbol de los grifos le hubiese confiado un secreto divertido. Después apoyó la frente contra la corteza y le susurró palabras que sonaron como si hubiesen sido talladas en madera.

Un nuevo estremecimiento recorrió el árbol y de la corteza salieron ramas por las que Barnabas pudo trepar con la comodidad de una escalera.

—¡Sí, se arrepentirán de haber encerrado a un trol como un pájaro en una jaula! —refunfuñó Hothbrodd—. ¡*Dum!* ¡*Meget dum!*

—¡Hothbrodd! —le murmuró Barnabas desde lo alto antes de continuar ascendiendo—. ¡No exageres! ¡El árbol no debe moverse demasiado para no despertar a Kraa!

Hothbrodd respondió con el habitual gruñido con el que expresaba su desagrado, y Barnabas envió una oración breve a todos los dioses que, como él, estaban del lado de los animales y de los seres fabulosos para que Hothbrodd pudiera controlar su deseo de venganza. Para un trol aquello era mucho pedir.

Esperanza... Sí, el éxito de aquella misión nocturna estaba muy relacionado con ella.

Barnabas era un magnífico trepador desde que había observado, en la copa de un árbol redwood en California, a coyotes trepadores de tres mil años de edad. Pero tenía que apresurarse, pues, encima de él, TerTaWa se preparaba para dejar a Lola y a Pata de Mosca en el nido del palacio de Kraa. Los grifos hacían podar las ramas de los árboles vecinos con regularidad para que ninguno de sus nidos se acercara demasiado. Pero nadie podía saltar tan lejos como un gibón.

Cuando Pata de Mosca vio el abismo que TerTaWa tenía que superar, estuvo seguro de que todo el hermoso plan se estrellaría a los verdes pies de Hothbrodd. El trol tuvo pensamientos similares cuando levantó la mirada hacia TerTaWa. Se disponía a rogarle al árbol de los grifos que recogiera al gibón en caso de apuro. Pero TerTaWa ya estaba en el aire. Voló de forma tan grácil y sigilosa hacia la imponente

copa que los escorpiones chacal, que como siempre vigilaban el palacio de Kraa, no levantaron la mirada una sola vez. TerTaWa, no obstante, subió delante de ellos de rama en rama hasta que el enorme nido se encontró justo debajo de él. Entonces, con la delicadeza de una polilla, se dejó caer sobre el tejado almenado.

—Caramba. ¡Hasta una hoja cayendo hace más ruido que un gibón! —susurró mientras dejaba a Pata de Mosca y a Lola en el nido.

Debajo de ellos, los escorpiones chacal estaban tumbados sobre las rampas de vuelo doradas que, como un anillo de largas púas, rodeaban el nido del palacio de Kraa. Despistar a esos vigilantes era tarea de Barnabas. Con unas flechas lanzadas con precisión desde su estilográfica, que Pata de Mosca y Lola habían encontrado por suerte junto a su mochila en la cueva del árbol abandonada. Pero los vigilantes de Kraa seguían pareciendo inquietantemente despiertos.

—TerTaWa, ¿puedes echar un ojo a los escorpiones chacal? —susurró Pata de Mosca.

No hubo respuesta alguna. El gibón se había marchado. TerTaWa, Patah, Kupo... Esa noche a todos ellos no les interesaba sino una cosa: la liberación de Shrii, el grifo que los había protegido y que había arriesgado su vida al hacerlo. ¿Quién no era capaz de comprenderlo?

Ahora solo cabía esperar que la acción de liberación de los monos no despertara a Kraa. Pata de Mosca alzó la vista hacia la cesta en la que Shrii estaba encerrado. El único guardián que pudo divisar fue un macaco adormilado.

—¡Oye, húmclupo! ¿Qué tal con algo de ayuda?

Lola comenzó a roer la piel arcillosa del nido palaciego para pasar a través de ella. La sierra, que le tendió a Pata de Mosca, la había confeccionado Hothbrodd con una concha. De aparejos no les quedaba más que lo poco que Lola y Pata de Mosca habían encontrado en la cueva del árbol, pero al trol le bastaba una piedra como herramienta. No solo tenía la sierra, sino unos cuchillos, y unos escudos y palos que había hecho para Ben y Winston con el fin de que, en caso de emergencia, les protegieran, a ellos y a los dragones, de las zarpas y los picos de los grifos. Además les había adaptado a todos ellos un peto de madera, a TerTaWa y a algunos monos también. Patah, por supuesto, había rehusado con gesto desdeñoso, y cuando Kupo, con voz queda, había pedido un cuchillo y protección para su estrecho pecho, la respuesta de Hothbrodd había sido un brusco «¡No!». El trol no había olvidado la codicia con la que el lori perezoso había extendido la diminuta mano hacia su cuchillo de tallar en la cueva del árbol. Pero al final Kupo también recibió un peto y un cuchillo que se adaptaba a la perfección a su pequeña mano. En agradecimiento, talló con él una reproducción del trol asombrosamente parecida.

Sí. Barnabas había estado acertado. En verdad había sido una buena idea que Hothbrodd los acompañase en el viaje. La madera firme, que Pata de Mosca sentía debajo de la chaqueta, al menos hacía que su corazón latiera algo más despacio.

—¡Creo que esto bastará, húmclclo! —Lola tiró de las lianas que llevaba en los

hombros. TerTaWa las había escogido de los árboles.

En el tejado del nido de Kraa había un agujero lo bastante grande para una rata y un homúnculo.

—¡Pero los escorpiones chacal...! —Pata de Mosca espío sobre las molduras, que rebordeaban el palacio de Kraa con almenas doradas.



¡Seguían despiertos! Y una de las bestias estaba sentada debajo de ellos. Pero Lola se limitó a encogerse de hombros.

—¡Bah! Barnabas ya se encargará de ellos —dijo, plantándole a Pata de Mosca la liana en la mano.



Pata de Mosca había confiado en que el palacio de Kraa estuviese a oscuras a esa hora. Pero por desgracia no era en absoluto el caso. ¡En el gigantesco nido en el que habían caído había una inquietante claridad! En las paredes interiores, incontables

luciérnagas centelleantes dibujaban los frescos con los que los loris perezosos habían decorado el nido. Eran imágenes de la larga vida de Kraa. Narraban su época de guardián de los tesoros de Cambises, el rey tres veces coronado, y de batallas en las que el grifo había tomado la delantera a ejércitos humanos. Oh, sí, Kraa había arrancado con sus zarpas a los generales de sus caballos y los había devorado delante de sus hombres. Había arañado el oro de palacios reales y había gritado triunfalmente su nombre en el aire cálido que soplaba en los desiertos que seguía extrañando.

El grifo gruñó durmiendo, mientras Pata de Mosca y Lola descendían por la liana. Las imágenes perseguían a Kraa en sus sueños, sus sueños arenosos y revestidos de oro. El grifo dormía en un estrado, en medio del nido que los loris perezosos habían confeccionado con huesos de sus presas. Relucía como el mármol bajo la luz de las luciérnagas, y la cola de serpiente de Kraa se sacudía sobre la brillante superficie de un lado para otro, mientras clavaba las zarpas en los pescuezos de enemigos invisibles. Tenía sueños tenebrosos, como cada noche. Desde que había llegado a esa isla, donde su plumaje estaba siempre húmedo por la lluvia y el hijo de su hermana había nacido con plumas tan ridículamente multicolores como las de un loro. «¡Tschrä es el culpable!», le susurraba Nakal en el sueño. «¡Fue Tschrä el que quería seguir volando hacia el este!». Nakal tenía razón. Qué estúpido había sido. Pero ahora era más astuto. No confiaba en nadie. ¡En nadie!

El gruñido que emitió Kraa sonó tan furioso que Pata de Mosca, temblando, contuvo la respiración. Lola, por supuesto, no pudo esperar más. Trepó por encima de Pata de Mosca y aterrizó de un salto sobre la plataforma, a tan solo unos metros de las zarpas de Kraa. Pero el grifo no la oyó. Ni siquiera los latidos acelerados del corazón de Pata de Mosca lo despertaron. ¡Oh, si se acabase acostumbrando al peligro y a la aventura! ¿Acaso no le brindaba bastantes ocasiones? Pero no, palpitaba a trompicones, se aceleraba y latía con tanta intensidad que Pata de Mosca temía que lo delatase cada vez. «¡Oh, por favor!», imploraba al dios que protegía a los homúnculos y a los chicos humanos (Pata de Mosca se lo imaginaba siempre en una gigantesca botella). «¡Por favor! ¡Haz que consigamos esa maldita pluma sin que la bestia con pico despierte!».

Kraa gruñó de nuevo. Su cabeza reposaba entre las poderosas zarpas y sus alas subían y bajaban con cada respiración.

Lola se detuvo y afinó el oído para captar lo que sucedía en el exterior.

A través de las paredes recubiertas de barro solo llegaban los ruidos de la selva: el coro de las cigarras, las voces de los sapos, el grito de la presa de un gato jaspeado... Y si todo marchaba según el plan, Patah, TerTaWa y los demás habían reducido al macaco adormilado y ya habían liberado a Shrii.

¡Tenían que darse prisa!

¡La liberación de Shrii aún podía hacer saltar las alarmas antes de que consiguieran la pluma! O que Kraa se despertara cuando lo desplumasen, ANTES de que Shrii fuera liberado y... ¡No, no, no! Pata de Mosca sentía cómo los

pensamientos le paralizaban los miembros. «¡No pienses, humpelclo!», decía siempre Lola. ¡Pero del dicho al hecho había un gran trecho! Aparte de que Pata de Mosca no estaba seguro de que ese fuese en realidad un buen consejo.

Lola, con certeza, no perdía el tiempo pensando mientras se deslizaba hacia el grifo dormido. Roedores. Sí, debía ser eso. Simplemente eran más valientes.

Las plumas doradas estaban en lo alto del plúmeo cuello. Pero como dormía con la cabeza entre las zarpas, eran más fáciles de alcanzar. Pata de Mosca no tenía más que trepar a los hombros de Lola, subirse al plumaje de Kraa y después un suave tirón y... ¡Oh, era una locura! ¿Cómo habían podido creer que era una buena idea que los más pequeños se encargasen de la mayor tarea en esta misión mortal? Como siempre, la rata tenía la culpa. Pata de Mosca tenía la voz de Lola aún en el oído, su corazón se había vuelto de hielo con sus palabras: «¡Asunto decidido! El húmclupo y yo cogeremos la pluma. Los monos solo quieren liberar a Shrii. Y el resto... ¡sois demasiado grandes y hacéis demasiado ruido!».

¡Asunto decidido! Lola se arrodilló en el estrado. Detrás de ella, el pecho leonino del grifo respiraba. Inspiraba y espiraba. Inspiraba y espiraba. Pata de Mosca observó el espantoso pico. Podía devorarlo tan fácilmente como hacían los cuervos cenicientos con las fresas.

¡Oh, Lola se impacientaba!

La respiración del grifo rozó su rostro como un aire cálido cuando él trepó a sus hombros. ¡Pero por mucho que se estiraba no alcanzaba a llegar a la pluma dorada más baja!

Está bien, Pata de Mosca. Sabes lo que hay que hacer.

¡No!, quiso gritar. ¡No! ¡El mundo no necesita ningún caballo volador! Pero su sentido común ya medía la distancia entre sus dedos y la centelleante pluma. El valor es un asunto delicado, aparece en muchos casos solo cuando se lo necesita con urgencia. Y Pata de Mosca era mucho más valiente de lo que él creía. Agarró el plumaje color arena de Kraa y se subió a él. Sí, solo un poco más y conseguiría agarrar la pluma dorada.

—¡Húmclupo! —oyó sisear a Lola—, ¿qué estás haciendo ahí arriba?

Pero Pata de Mosca ya extendía la mano temblorosa...



40 La otra misión

*No quiero jaula ni capirote, no quiero el brazo,
no quiero cadenas; ahora, que he aprendido
a describir círculos con osadía sobre el bosque y el polvo,
en la niebla suspendida, a través de nubes balanceantes.*

WILLIAM BUTLER YEATS, *El halcón*

En realidad, había resultado sencillo reducir al macaco que custodiaba la jaula de Shrii. TerTaWa se había encargado de la tarea para que Patah no tuviese la tentación de estrangularlo. Mientras el gibón ataba las manos al macaco y lo encerraba en una de las cestas jaula vacías, Kupo se dispuso a liberar a Shrii. Cuando su cara peluda asomó por el trenzado de ramas, el grifo creyó, en primer lugar, que solo había soñado que el lori perezoso se acercaba. A fin de cuentas, hacía días que no comía. Pero entonces vio a TerTaWa. Y a Patah. Kupo estaba tan aliviada de ver a Shrii en perfecto estado que sus dedos, por lo general tan hábiles, apenas conseguían abrir el cerrojo. Cuando por fin lo logró, los miembros de Shrii estaban tan rígidos por el cautiverio que salió con angustiosa lentitud de la cesta. Pero ver a Patah, a TerTaWa, a Kupo y a todos los demás libres y sanos y salvos, lo alegró tanto que olvidó sus doloridos miembros y les dio a todos un tierno empujón con el pico en el pecho. Había sido espantoso contemplar día y noche el trono de Kraa y aguardar sin amparo su propia ejecución. Pero lo que más le había preocupado a Shrii en esas interminables horas no había sido el miedo a la muerte. Había sido la certeza de que todos los que habían confiado en él, y lo habían seguido, habían pagado con su libertad o su vida por ello.

Shrii necesitó toda la fuerza que le quedaba para trepar hacia la rama, debajo de la cual colgaba la cesta jaula. Le dolían todos los músculos, y en el primer intento apenas logró extender las alas. Pero los rostros preocupados de sus libertadores fueron suficiente estímulo para probar de nuevo. ¡Tenía que volar! Era la única forma

posible de huir. Aunque tal vez en el cielo se encontrase con los otros grifos... Volar. ¡Cuánto había ansiado sentir el viento en las plumas! ¿Pero podrían sus debilitadas alas soportarle? El cuerpo de un grifo es tan pesado como poderoso.

Shrii extendió una vez más las alas verdes. El sentimiento de felicidad por ser de nuevo libre ahogaba el dolor.

—¡Vuela hacia el sur! —le susurró TerTaWa—. ¡Tschrä y los otros suelen cazar a esta hora en las montañas del norte!

Shrii asintió. Y alzó la cabeza con atención cuando desde el nido del palacio de Kraa llegó un furioso berrido hasta ellos.

—¡Vuela, Shrii! —chilló Kupo.

—¿Solo? ¿Qué pasa con vosotros?

Quizá él pudiese transportarlos a pesar de sus doloridos miembros. ¡Tenía que intentarlo!

Un grito ronco respondió al berrido de Kraa. Kupo, aterrada, se agarró a Shrii, y TerTaWa y Patah intercambiaron una mirada de alarma. Todos conocían la voz. Tschrä. Por supuesto. Solía tomar la delantera a los demás.

Otros gritos resonaron en la lejanía a través de la noche. Venían...

—¡Subid! —gritó Shrii a sus libertadores.

Pero Patah les hizo una seña a los otros macacos para que descendieran a toda prisa del árbol, lejos de los espantosos gritos que atravesaban la noche. Solo TerTaWa y Kupo treparon al lomo del grifo y se acurrucaron entre las alas. La voz de Tschrä había resucitado la ira de Shrii. Le daba fuerza. La fuerza del león cuando se alejó del suelo. La fuerza del águila cuando se elevó en el aire. Y sí, sus alas doloridas lo soportaron. Dejó debajo, a una gran distancia, las jaulas y el palacio de Kraa, y atravesó el tejado de hojas rumbo a la vastedad del cielo nocturno, que le moteó las alas con la luz de las estrellas.

¡Libre!

Su aguda vista distinguió la silueta de los otros grifos ya en la lejanía. Pero de pronto sintió algo sobre él. Una presencia que no había sentido nunca antes. Shrii miró hacia arriba y... allí estaban. Poderosos y extraños, centelleantes como la plata de la luna.

Shrii olvidó a los otros grifos.

Olvidó que estaba huyendo.

Olvidó a Kraa y los días de cautiverio.

¡Dragones!

Su madre había hablado de ellos a menudo. Y de los tiempos en que los dragones y los grifos habían volado juntos. Protectores en vez de predadores. Luz en vez de oscuridad.

Los dragones habían visto también a Shrii, pero la noche hizo que el verde de sus plumas pareciera más oscuro y lo tomaron por uno de los otros grifos. Tattoo enseñó los dientes e incluso Lung bajó la cabeza cornuda para atacar. Pero, de repente, las

gigantescas alas se tiñeron de verde debajo de ellos, a la luz de la luna, y Winston lanzó un grito de alegría.

—¡Es Shrii! —gritó—. ¡Lo han conseguido! ¡Está libre!

TerTaWa y Kupo los saludaron desde el lomo de Shrii, y Ben se sintió tan aliviado de ver al joven grifo deslizarse, sano y salvo, sobre las cimas de los árboles, que rodeó el cuello peludo de Piel de Azufre con los brazos, aunque sabía lo mucho que odiaba los abrazos.

Pero esa noche había una tarea más que realizar.

—¡TerTaWa! —gritó Ben desde arriba hacia el gibón—. ¿Qué pasa con Pata de Mosca? ¿Y Lola? ¿Los habéis visto? ¿Han conseguido la pluma?

TerTaWa y Kupo intercambiaron una mirada compungida.

—¿De quién hablan? —preguntó Shrii.

—¡Tenemos que ponerte a salvo! —gritó TerTaWa—. ¡No podemos ayudarlos a ellos también! ¿Te acuerdas del berrido? ¡Me temo que Kraa se los ha zampado!

Ben creyó sentir cómo el corazón se le paraba. Tan desfallecido quedó sobre el cuello de Lung que Piel de Azufre lo zarandeó.

—¡Lung! —le gritó al dragón—. ¡Tenemos que encontrar a Pata de Mosca!

—¿Estás chiflado? —gritó, atónita, Piel de Azufre.

Pero Ben se arrepintió enseguida de sus palabras. Piel de Azufre tenía razón. ¿Se había vuelto un chiflado? Los dragones tenían que marcharse. ¡Los otros grifos se acercaban! Pero ¿qué sería de Pata de Mosca?

—Piel de Azufre tiene razón. ¡Olvida lo que he dicho! —le gritó a Lung—. ¡Tenéis que marcharos! ¡Llevaos a Shrii con vosotros! ¡Yo me ocuparé de Pata de Mosca! ¡Simplemente dejadme en los árboles!

Lung miró hacia Tattoo.

Los otros grifos seguían estando muy lejos, pero uno de ellos tomó ventaja a toda velocidad. E iba disparado hacia Shrii. La imagen de los dos dragones hizo que Tschrä olvidara por unos instantes a quién perseguía. Pero entonces, con un grito que hubiese arrancado del sueño a cualquier criatura de Pulau Bulu, se abalanzó sobre el joven grifo.

Shrii seguía lento por culpa del cautiverio. Tschrä le hundió las garras en el pecho antes de que pudiese alzar las zarpas para defenderse. Pero Shrii era joven y fuerte. Sacudió a Tschrä y, cuando el anciano atacó de nuevo, los dos dragones estaban al lado de Shrii. Tschrä intentó picar primero a Tattoo, pero este esquivó ágil su pico y, antes de que pudiese contraatacar, Winston le clavó al grifo el palo de Hothbrodd en el pecho. El propio Berulu olvidó su miedo y le enseñó a Tschrä los diminutos dientes de forma amenazadora.

El anciano grifo estaba desesperadamente vencido, pero a pesar de ello continuó luchando, y el único objetivo de sus ataques ciegos de ira era Shrii. Los dragones hicieron todo para cubrir al joven grifo, pero Lung sentía crecer en su interior la misma cólera que había sentido durante el ataque de los cazadores furtivos. Gracias a

Ben y a Piel de Azufre pudo refrenarla. Pero cuando Tschrä desgarró el ala de Lung con un desesperante arañazo, Tattoo perdió el control y, mientras Winston, aún desconcertado, alzaba la vista hacia Lung, Tattoo escupió fuego y envolvió a Tschrä en llamas de un color azul pálido. Se adhirieron al pelaje y a las plumas del anciano grifo, pero en vez de arder, el cuerpo de Tschrä se transformó en una piedra gris ceniza y cayó rígido del cielo.

Tattoo observó con incomprensible estupor cómo el cuerpo petrificado atravesaba el tejado de hojas que había debajo de ellos y desaparecía. Pero no había tiempo para reflexionar sobre lo que había sucedido.

—¡Los otros! —gritó Winston—. ¡Se acercan!

Cinco grifos se desprendieron de la noche y se dirigieron disparados hacia ellos con rabiosos gritos de ataque.

—¡Shrii! —gritó Lung—. ¡Tienes que huir! ¡Te cubriremos las espaldas, pero no podremos retenerlos mucho tiempo!

El joven grifo seguía mirando las hojas bajo las que Tschrä había desaparecido. Pero al oír el sonido de la voz de Lung, alzó la cabeza y miró a la agresiva bandada que se dirigía hacia él.

—¡No! —le gritó a Lung—. Me he escondido demasiado tiempo. ¡Encontremos a vuestros amigos!

Ben estuvo a punto de protestar. Pero conocía a Lung demasiado bien para creer que él y Tattoo se marcharían sin más.

—¡Pues qué bien! —gritó Piel de Azufre—. ¡Vamos! ¡Lucha! ¡Peligro! ¿Lo he echado en falta? ¡No, en absoluto!

Lung y Tattoo ya se precipitaban rumbo al tejado de hojas. Seguidos de Shrii.





41 Nunca oído

*Estaba pensando en el momento,
que llega para todos los jefes de manada,
en que los abandonan las fuerzas
y se hacen más y más débiles,
hasta que los lobos los matan
y aparece un jefe nuevo,
que también morirá cuando le toque el turno.*

RUDYARD KIPLING, *El libro de la selva*

Kraa no se había zampado a Pata de Mosca. Todavía no. Pero el homúnculo se encontraba en una situación muy desagradable. Muy, muy desagradable. Nakal lo sujetaba con firmeza en sus finos dedos marrones.

—Cuanto más detenidamente observo a esta criatura, Tanunda — dijo con una sumisa sonrisa en dirección a Kraa—, más extraña me resulta. Fijaos solo en su ropa. ¡Y después esa piel pálida y la nariz afilada! ¡En verdad no parece ser de este mundo!

¡Era también una forma de describir a un homúnculo!

¡Nakal tenía, de cerca, un olor tan dulzón como una flor que devora moscas! ¡O como si hubiese empapado en perfume su largo pelaje! Pata de Mosca quiso taparse la nariz, pero Nakal lo sujetaba con tanta fuerza que no podía mover ningún miembro. ¿Cómo habían podido Lola y él olvidarse del mono narigudo? Habían pensado en los escorpiones chacal, las serpientes, los otros monos... Pero, por otro lado, ¿quién habría podido sospechar que el portador del bastón de Kraa dormía bajo el ala de su maestro?

Nakal olisqueó el cabello de Pata de Mosca como queriendo adivinar de lo que estaba hecho. «¡A mí también me gustaría saberlo!», quiso gritarle Pata de Mosca, pero los dientes de Nakal eran demasiado largos y afilados, y en sus ojos anidaba una maldad que bien podía rivalizar con la de su señor.

Lola, por supuesto, había huido. Pata de Mosca seguía sin concebir que lo hubiese

dejado en la estacada de una forma tan deshonrosa. Aunque debía admitir que ni siquiera una rata tan osada como Lola habría podido cambiar mucho su situación. E incluso si regresaba con ayuda..., para entonces se encontraría en el estómago de Kraa a medio digerir. ¡Oh, vaya final! ¿Estaban todos los homúnculos condenados a acabar su vida en el estómago de un monstruo? Si al menos hubiese aterrizado en el mismo estómago que sus hermanos. ¡Pamplinas, Pata de Mosca! Si Ortiga Abrasadora lo hubiera devorado con los demás, nunca se habría encontrado con Ben, y el maestro era de lejos lo mejor que le había pasado en su larga vida. ¿De veras no lo volvería a ver?

Encima de él, la luz de las luciérnagas se reflejaba en las plumas doradas de Kraa como llamas en su plumaje desértico color amarillo arena. ¡Todo en balde! ¡Habían fracasado! ¡Ni siquiera podría consolarse pensando que su muerte salvaría a los últimos pegasos! «¡Oh, basta ya, húmclupo!», creyó oír a Lola burlándose. «La compasión es una peligrosa pérdida de tiempo cuando uno está en apuros».

—¿Sabéis lo que creo, Tanunda? ¡Que es la misma criatura que les vendimos a los cazadores furtivos! —Nakal puso cara de importancia, como si con aquel descubrimiento hubiese desentrañado todos los enigmas del universo—. Y si me preguntáis..., ¡la rata también me resultaba sospechosamente familiar! ¿Por qué iban los cazadores furtivos a soltarlos a los dos? Bueno, seguro que la venta de una rata no reporta demasiado. Pero esto de aquí... —dijo observando a Pata de Mosca desde todos los ángulos, como si fuese una muñeca—, ¡seguro que se vende muy bien!

Oh, a Pata de Mosca le hubiese gustado propinarle una patada en la enorme nariz. Pero, con certeza, Nakal le habría arrancado la cabeza de un mordisco. «¡Y eso no sería nada bueno, húmclupo!», oía decir a Lola. «¡Tu cabeza, al fin y al cabo, es la única parte útil de tu cuerpo!».

—¡A mí me sigue pareciendo un jenglot! —refunfuñó Kraa mientras lanzaba una mirada de censura a Pata de Mosca—. ¡La última vez que me zampé uno de esos perdí casi la mitad de mis plumas!

¡Un momento! ¡Eso tal vez podría resultarnos útil, Pata de Mosca!

—Sí. ¡Tenéis razón, oh, Kraa, Terrible, Devoratodo! —gritó. ¿Por qué causaba miedo su voz tan enfermizamente estridente?—. ¡En verdad soy un jenglot! Un jenglot muy venenoso, de hecho. Provengo..., provengo de un lejano reino donde todos son tan pálidos como yo.

Por desgracia, aquello no pareció impresionar demasiado a Kraa. Se inclinó sobre Pata de Mosca y lo observó bien de cerca. Pata de Mosca creyó ahogarse en los ojos amarillos del ave de rapiña como un escarabajo en ámbar. ¡Y ese pico! Incluso Piel de Azufre habría cabido cómodamente en él. Piel de Azufre... ¿Y si Lola había ido en busca de los dragones? Con las ratas uno nunca podía estar seguro, tenían una espantosa afición a luchar. No. No, confiaba de veras en que a Lola no se le hubiese ocurrido esa idea. ¿O sí?

Kraa se incorporó.

—¡Creo que me lo zamparé más tarde, Nakal! —arrulló—. ¡Enciérralo y mira a ver dónde se han metido los escorpiones!

Ah, sí. Los escorpiones chacal. Ni uno de ellos se había dejado ver cuando el berrido de Nakal había despertado a Kraa. (Pata de Mosca seguía sorprendido de que su corazón no se hubiese parado en el acto). Era evidente que Barnabas había llevado a cabo su tarea.

Nakal se volvió con ademán importante y se encaminó, con Pata de Mosca en la mano, hacia la salida del nido del palacio. Pero no llegó lejos.

—¡Espera, Nakal! —le gritó Kraa a su espalda.

Nakal le brindó a Pata de Mosca una sonrisa maliciosa mientras se volvía.

—¡Parece que sí te quiere zampar ahora! —le susurró—. Estoy seguro de que eres tan crujiente como un crustáceo.

Pero Kraa tenía en mente otra cosa.

—Pregúntale al jenglot por qué ha regresado —refunfuñó—. ¡Tal vez los cazadores furtivos lo soltaron para que espicara mis tesoros!

—¿Has oído? —Nakal zarandeó a Pata de Mosca como un sonajero—. ¿Es por eso por lo que te han enviado de vuelta, jenglot?

—¡Oh, sí! ¡Sí, exacto! —balbució Pata de Mosca—. Esos cazadores furtivos... ¡Quieren robar todo vuestro oro, oh, Kraa Terrible!

—¿En serio? —Kraa se rascó el cuello de pájaro con una de sus zarpas de león... y alzó de golpe la cabeza.

El grito de un grifo resonó en la noche.

Después siguió otro.

—¡Escorpiones chacal! —gritó Nakal. La nariz le tembló en el rostro como una fruta demasiado madura—. ¿Dónde están esos inútiles aguijonzuelos?

Kraa emitió un gruñido grave, muy grave. Procedente de un pico sonaba, en efecto, aún más amenazante que de las fauces de un león. Su cola de serpiente se agitó en el aire y enseñó los colmillos venenosos.

—¿Qué ocurre allá lejos, jenglot?

¡Oh, ese pico gigantesco y absolutamente atroz! ¡Se acercó tanto a Pata de Mosca que le rozó la nariz!

—¡Nada, nada! —soltó—. O... no, aguarda, en realidad es una mentira. ¡Los otros grifos se han aliado con los cazadores furtivos! ¡Hace tiempo que están planeando robar vuestros tesoros! ¡Y ellos... quieren coronar rey a Shrii!

¡Qué suerte que tuviese siglos de experiencia en mentir a monstruos megalómanos!

Kraa miró hacia la hendidura, que se dibujaba de manera casi invisible en medio del estrado sobre el que dormía.

—¡Pamplinas! ¡Tschrä nunca me traicionaría!

—¿Tschrä? ¡Tschrä es el cabecilla! —gritó Pata de Mosca.

No sabía adónde le conducirían las mentiras, pero tal vez los otros viniesen y lo

rescatasen. ¡No! No, su maestro debía quedarse donde estaba. ¡A salvo en el lomo de un dragón! ¡Lejos de ese pico y de esas horribles zarpas!

Kraa aguzó de nuevo los oídos hacia el exterior. Un estremecimiento recorrió sus alas y cada músculo de su cuerpo de león se tensó bajo el pelaje amarillo.

Los gritos se volvieron más intensos.

—¡Traición! —bramó el grifo—. ¡Traición por doquier!

Extendió las alas y su pico soltó un grito de ataque que Pata de Mosca sintió hasta en la médula de sus huesos. Incluso Nakal se sobresaltó del susto..., lo que hizo que cerrara con más fuerza aún los dedos alrededor de Pata de Mosca. ¡Aplastado por un mono narigudo! No, sonaba bastante mejor ser devorado por un grifo.

Kraa volvió la cabeza y se inclinó sobre Pata de Mosca. Su pico parecía siempre sonreír. De una forma muy despótica.

—Perdí muchas plumas cuando me zampé al jenglot —arrulló—. Pero ¿te acuerdas, Nakal? También me hizo mucho más fuerte. ¡Y estaba deliciosamente jugoso y crujiente al mismo tiempo!

—¡No los de mi especie! ¡Nosotros no somos nada crujientes ni jugosos, oh, Kraa Garrudo! —Pata de Mosca, desesperado, intentó liberarse de la mano de Nakal—. No, de veras. Nosotros sabemos como, como...



Vacilaba. ¡Quién podía saber lo que un grifo encontraba más sabroso!

Kraa abrió el pico.

—¡Adentro y abajo con él, Nakal!

El mono narigudo alzó la mano que sujetaba a Pata de Mosca... y se quedó petrificado cuando desde fuera llegó un ruido que dejó al mismo Kraa tan tieso como los cuadros de grifos de sus paredes.

Era un bramido que solo había oído una vez en su larga, larga vida. Cientos de años atrás, en una noche sin estrellas.

«¿Oís eso?», le había preguntado su padre a él y a sus hermanos. «Es la voz de un dragón. Bebed su sangre y os hará inmortales y tan poderosos como los grifos cuyas estatuas adornan los palacios de los ancianos reyes». En respuesta, del cielo volvió a llegar un bramido, como si el dragón hubiese oído el desafío. Pero su padre no les había permitido volar tras él. Kraa se había preguntado el motivo en aquel entonces. «¡Tal vez porque le tiene miedo al dragón!», había susurrado su hermano más pequeño. Por esas palabras, Kraa le había picoteado el ala hasta sangrar.

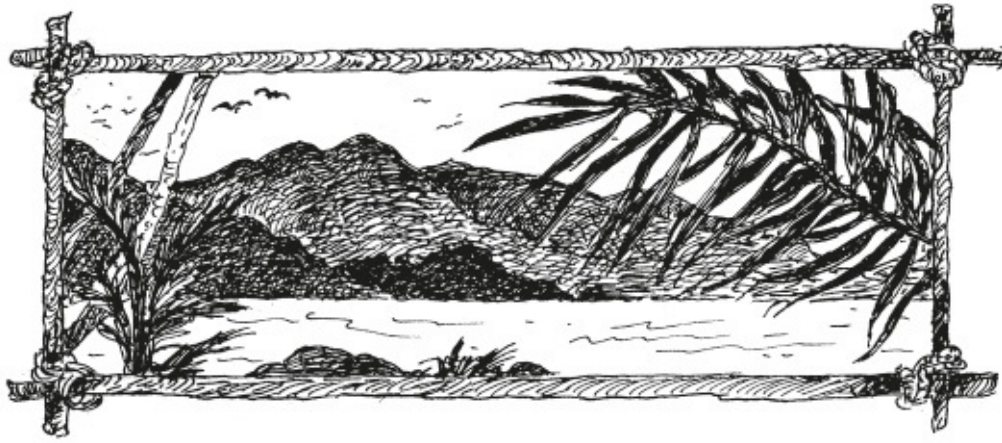
—¿Qué es eso, Tanunda? —musitó Nakal—. No he oído nunca un bramido igual.

Kraa seguía inmóvil, con las alas encrespadas.

Un dragón.

Siempre había querido ser inmortal.





42 El desafío

«... *solo existe un motivo
[para luchar]... y es
cuando el otro empieza*».
T. H. WHITE, *Camelot*

Barnabas Wiesengrund había experimentado ya muchos momentos oscuros en su vida. Pero pocas veces algo le había oprimido tanto el corazón como reconocer que su trato había puesto a dos dragones al alcance de un enemigo espantoso.

Estaba arrodillado junto a uno de los escorpiones chacal de Kraa para cerciorarse de que su narcótico aún actuaba, cuando, encima de él, Lung y Tattoo emergieron de entre las ramas con sus jinetes.

—¡No! —quiso gritarles Barnabas—. ¡Marchaos! ¡Os lo ruego!

Pero entonces vio a Shrii. Aterrizó junto a Lung en la plataforma del trono. ¡Un grifo junto a dos dragones! Era una imagen que tal vez no se había producido nunca en ese mundo. Por un momento Barnabas olvidó su miedo. Pero solo por un momento.

Después Kraa salió del nido de su palacio. Con el mono narigudo a su lado. Y este... llevaba a Pata de Mosca en la mano.

Ben, horrorizado, dio un grito. Piel de Azufre logró sujetarlo a tiempo antes de que se deslizara del lomo de Lung.

¡Oh, cómo se maldecía Barnabas! ¿Cómo podía seguir confiando, después de todos esos años, en que asuntos como aquel acabasen sin batalla? «Porque eres un maldito romántico, Barnabas», se reprendió, «que simplemente no quiere resignarse a que la violencia en este mundo siembra siempre más violencia».

Y por allí llegaban ya también los otros grifos. Solo Tschrä estaba desaparecido. Como una bandada de buitres hambrientos, se posaron en las ramas que había sobre el trono. El odio con que observaron a los dragones solo quedó superado por el asco

con el que examinaron a Shrii.

El joven grifo respondió a sus miradas con terco orgullo. Había huido, se había ocultado y había sido el prisionero de Kraa. Por fin era hora de hacer frente al viejo grifo de forma abierta y libre, aun cuando Shrii fuera consciente de que aquello podía concluir fácilmente con su muerte. Pero sería una muerte mucho mejor que aquella a la que Kraa le había condenado.

—¡Déjame hablar con él! —le susurró a Lung.

Tattoo quiso protestar, pero Lung asintió en dirección a Shrii.

—Inténtalo —le respondió en voz baja—. Pero no lo olvides. Queremos de vuelta y con vida a nuestro amigo. ¡Por muy pequeño que sea!

El árbol del grifo continuaba manteniendo prisioneros a los monos de Kraa. Se oyó un barullo en los nidos cuando Shrii pasó de largo junto al trono vacío y se detuvo al borde de la plataforma.

—¡Esta de aquí es nuestra batalla, Kraa! —gritó hacia el nido del palacio—. ¡Deja marchar al jenglot!

—¡Es un homúnculo! —gritó Ben desde lo alto del lomo de Lung—. Y...

Las palabras se le desvanecieron en la lengua. A la derecha de Kraa, algo se movía entre las columnas que rodeaban el nido del palacio. ¡Barnabas! ¡Oh, no! Ben supo de inmediato lo que su padre adoptivo se proponía. Lo conocía demasiado bien.

Barnabas Wiesengrund salió de las sombras que lo ocultaban de la mirada de Kraa y se inclinó ante el grifo como si saludase al gato de un vecino.

—¡Terrible Kraa! —gritó hacia arriba—. Acéptame a cambio del homúnculo digno de lástima. Este honorable mono narigudo podría romperle todos los miembros con solo apretarlo un poco más de la cuenta entre sus dedos. Estoy seguro de que podemos llegar a un acuerdo. Hemos venido a esta isla con un objetivo absolutamente pacífico. Tal vez podamos incluso intermediar entre vosotros y Shrii. Pero, por favor, ¡dejad primero marchar al homúnculo!

El arrullo que Kraa emitió sonó divertido y disconforme al mismo tiempo.

—¿Paz? —repitió—. La paz es algo para las gallinas y los gansos, hombre con ojos de cristal. ¿Acaso el miedo ha nublado demasiado tu pequeño cerebro como para recordarte que estás hablando con un grifo? ¿Y qué, por los dioses de Babilonia, es un homúnculo? ¿Te refieres quizá al jenglot? Te diré lo que Kraa el Terrible hará con él. Se lo comerá. Lo mismo que a ti.

Barnabas se esforzó por no emitir un grito de dolor cuando Kraa lo agarró con su zarpa delantera derecha. «¡La situación no es peor que entonces en el desierto, Barnabas!», se tranquilizó mientras las poderosas garras se le clavaban perceptiblemente a través de la ropa. «¿Recuerdas cuando Ortiga Abrasadora salió del pozo arrastrándose y tú tuviste que ocultarte debajo de su vientre? Bueno, tal vez esta vez la situación fuera algo peor...».

—¡Soltadlos! —gritó Ben. Seguía sentado sobre el lomo de Lung—. ¡Dejad que los dos se marchen de inmediato!

—¡Oh, esto no va bien! —murmuró Piel de Azufre metiéndose una seta entre los dientes para tranquilizarse—. En absoluto.

Lung no dijo nada.

Recorrió despacio, muy despacio, la plataforma hasta llegar junto a Shrii y elevó la mirada hacia Kraa.

Era un desafío.

Kraa estiró el cuello y, cautivado, bajó la mirada hacia el dragón.

—Aún no había acabado mi frase —graznó—. Quería terminarla de la siguiente manera. ¡Me los comeré salvo... —su cola de serpiente se retorció en el aire hasta que Barnabas creyó percibir la lengua bífida en el pescuezo— que el dragón se enfrente conmigo!

—¡No!

La palabra salió de muchas gargantas. Tattoo, Piel de Azufre, Winston, Pata de Mosca, Barnabas... Incluso los otros grifos parecían de todo menos entusiasmados con la propuesta de Kraa. Solo Ben guardó silencio. Los días pasados le habían enseñado algunas cosas. Después de todo por lo que Lung y él habían pasado juntos, estaba seguro de saber lo que significaba ser un jinete del dragón. Pero no olvidaría nunca la decepción en la mirada de Lung: no solo por haberle mentado, sino también por no haberle dejado decidir por sí mismo si quería exponerse al peligro para ayudarlos a salvar a los potros de pegaso. ¿Cómo habían podido creer, Barnabas y él, que podían tomar esa decisión mejor que el propio Lung? ¿Creían al final, como la mayoría de los humanos, ser más listos que todos los demás habitantes de este planeta, incluidos los dragones? Ben se había prometido no volver nunca más a traicionar a Lung de esa manera. Y Lung quería aceptar el desafío de Kraa. Ben podía sentir cómo los músculos del dragón ya se tensaban. Lung necesitaría a su jinete para controlar toda la ira y la agresividad que se agitaba dentro de él. Ben sentía incluso cómo algo oscuro se movía en su corazón: el deseo de ver cómo los dientes de Lung se clavaban en el cuello de Kraa, cómo el dragón se vengaba de todo lo que ellos y la isla habían sufrido por culpa del grifo. Era un sentimiento embriagador, embriagador y terrible al mismo tiempo. De hecho, hizo olvidar a Ben su preocupación por Lung. Así sucede con la venganza. Hasta el amor se ahoga en ella. El jinete del dragón y el dragón, en caso de que aceptasen la batalla, tendrían que ayudarse mutuamente a controlar esa oscuridad.

—¿No? —Kraa repitió la palabra que había salido de tantas gargantas—. Eso no ha salido de ti, dragón. Pero tampoco he oído un sí. ¡Nakal! Acércame al jenglot. Será mi entrante. Y después, como plato principal, al humano con ojos de cristal.

A Nakal, como era de esperar, le gustó mucho la orden. Con actitud servicial, dio un brinco hacia Kraa, se inclinó y le tendió el pataleante homúnculo, como si se tratara de un higo maduro, debajo del pico.

Lung emitió un bramido. Ben lo sintió hasta en el corazón. Lo fundía con el dragón, lo hacía ser uno con él, como si ambos fuesen un solo ser vivo.

—¡Sí, acepto el desafío, Kraa! —gritó Lung.

Aquello que sentía lo había notado una sola vez con tanta intensidad. El día en que había desafiado a Ortiga Abrasadora: ganas de combatir, tan viejas y poderosas que parecían colarse desde el oscuro pasado en su corazón. Hasta el odio, que se despertó en él al mirar el atroz pico de Kraa, parecía más viejo que él mismo. Dragón contra grifo. Grifo contra dragón. No. No era su enemistad. Pero Lung veía en los ojos de Kraa que mataría a Barnabas y a Pata de Mosca tan de pasada como solía pescar al vuelo las ardillas voladoras y los monos jóvenes.

—Piel de Azufre, ¡sube a lomos de Tattoo! —ordenó Lung mientras dejaba que la oscuridad entrase en sus tendones y músculos, en su razón, pero, con suerte, no en su corazón.

—Tú también, Ben —añadió.

Ben intercambió una mirada con Piel de Azufre. No ocurría a menudo que estuviesen de acuerdo, pero Ben sabía que esta vez podía contar con la duende.

—¡Pamplinas! —dijo Piel de Azufre—. Estamos justo donde debemos estar. Y Tattoo tiene su propio jinete.

Lung se preparó para dar una respuesta. Pero ahora le tocaba a Shrii dirigirse a Kraa.

—¿Qué significa eso? —gritó hacia las alturas, dirigiéndose al grifo, mientras extendía las alas de forma amenazadora—. Yo te he desafiado primero. ¡Yo, y no el dragón, Kraa! ¡Esta isla es mi hogar y tendrás que luchar conmigo por ella!

Los otros grifos se agacharon, listos para saltar, en la rama en la que estaban posados.

—¡Quedaos donde estáis! —bramó Kraa mientras sujetaba con la zarpa al humano con ojos de cristal como si fuese un ratón capturado—. ¡Nadie luchará aquí salvo yo y el dragón! Como en los viejos tiempos. Una batalla decidirá.

—¿Qué decidirá? —Tattoo se acercó a Lung.

Kraa no se molestó en responder.

¡Ay, vaya noche! La llegada del dragón era lo mejor que había ocurrido nunca en esa isla, siempre húmeda. Por fin un desafío que valía la pena. Compensaba todos los años sin hechos notables en los que el único cambio había sido el comercio con unos andrajosos cazadores furtivos. Aunque lo más probable era que esos dragones fuesen unos jóvenes estúpidos exactamente igual que Shrii. Era evidente que el plateado era el mayor de los dos, pero ni siquiera él contaba seguro con más de doscientos o trescientos años. A pesar de todo, era un elegante contrincante. Kraa examinó lleno de satisfacción la cola larga y dentada del dragón, el robusto costado de Lung, los cuernos curvos... ¿Con qué frecuencia los habría utilizado para combatir? La mayoría de los dragones estaban muy orgullosos de su pacifismo. Pero el de las escamas con dibujos estaba tan agitado como si no pudiese esperar a atacar. Principiantes. Él, Kraa, había librado miles de batallas en su vida y las había ganado todas. Todas.

Kraa se pasó con satisfacción el pico por el ala color amarillo arena —mucho más refinada que el disfraz de loro de Shrii— y bajó la mirada hacia su adversario.

—¡Anuncia las condiciones, Nakal!

—¿Condiciones? —El mono narigudo, sorprendido, miró a su maestro.

—¡Promételes lo que quieras! —le susurró Kraa—. Promételes el azul del cielo. Da igual, porque yo seré el vencedor. En lo que respecta a mi premio..., exige lo habitual. Sabes lo que me gusta.

—Oh, sí. ¿Puedo hacer un ruego? —Nakal dio unos golpes ligeros con el dedo sobre la nariz afilada de Pata de Mosca—. ¿Puedo quedarme con el jenglot?

—¿Por qué no? —refunfuñó Kraa—. Tal vez sea venenoso de verdad.

Pata de Mosca no estaba seguro de si aquello eran buenas o malas noticias. Nakal lo sujetaba con tal firmeza en su puño que apenas sentía los brazos, pero Barnabas estaba en una situación aún más lamentable. Kraa había bajado la zarpa y la apoyaba con fuerza, junto con su prisionero, contra la rampa de vuelo sobre la que estaba. Era un milagro que Barnabas aún respirara.

—¡Estas son las condiciones del terrible Kraa! —gritó Nakal a los desafiadores desde lo alto—. Los dos prisioneros recobrarán la libertad si el dragón resulta vencedor, y el joven loro —se inclinó con tono burlón hacia Shrii— será el señor de esta isla.

Los otros grifos erizaron el plumaje con reprobación, pero Nakal le guiñó un ojo a Kraa, confabulador.

—Genial —gruñó—. ¡Y ahora anuncia mi premio!

Nakal carraspeó.

—En el caso de que el poderoso Kraa ganase el duelo —anunció con voz tan alta que Pata de Mosca habría deseado taparse los oídos—, se comerá vivo al humano con ojos de cristal y junto a él a todos los que han apoyado a Shrii, el traidor. Después, Kraa, el Poderoso, Kraa, la Tempestad Plúmea, Kraa, el Causante de Miles de Muertes, beberá la sangre del dragón y arrancará el corazón palpitante del pecho a Shrii y lo devorará para que todos en esta isla sepan quién es vuestro rey.

Verdaderamente, no resulta fácil respirar cuando la zarpa de un grifo le estruja a uno las costillas. Pero el enfado que Barnabas sentía consigo mismo lo ahogaba aún más. Tenía la sensación de haber traicionado todo por lo que había luchado y por lo que había creído en la vida. Pacifismo en vez de odio y guerra, protección en lugar de destrucción, juntos en vez de en contra... Todo eso yacía en el fango con él, y pronto dos seres fabulosos se matarían entre ellos. No era ningún consuelo que el grifo tal vez fuese el derrotado. Incluso la muerte de Kraa sería una pérdida para ese mundo y su diversidad. Como lo era la muerte de cada tigre.

—¡Escúchame, Kraa! —jadeó Barnabas intentando de nuevo en balde salir de la zarpa de Kraa—. ¡Por favor!

El grifo no le prestó atención. Su cola de serpiente se limitó a arrastrarse hacia Barnabas y le silbó en el rostro.

—¡Está bien! —gritó Lung—. Estas son mis condiciones.

En sus escamas plateadas se reflejaba el verde de la selva. Casi parecía que el dragón hubiese devenido parte de la isla.

—Solo lucharé contigo si también sueltas a los prisioneros en caso de que yo pierda. ¡Júramelo! Por tus tesoros o por lo que sea sagrado para ti. Después de este combate, no importa cómo acabe, todos los prisioneros y todos los que se han rebelado contra ti podrán abandonar sanos y salvos esta isla.

Kraa miraba al dragón como a una presa que había acechado entre las raíces de un árbol.

—¡Claro! —ronroneó—. ¿Por qué no? Un grifo debería coronar su victoria con generosidad. Tienes mi palabra, dragón.

—¡Mentiroso! —gritó Barnabas tan alto como pudo—. ¡No creas una sola palabra, Lung! Los grifos no aprisionan a nadie. Y con absoluta certeza no dejan marchar a nadie. ¡Prohíbo este combate! ¿Me oyes, Lung? ¡Llévate a Ben y márchate!

Kraa se inclinó tanto sobre él que a Ben se le escapó un grito de miedo. La cola de serpiente se recostó sobre la garganta de Barnabas.

—¡Humanos! —arrulló el grifo—. Parloteáis tanto como los monos. No es sorprendente, teniendo en cuenta el parentesco próximo. ¡Estoy seguro de que seguirías parloteando en el interior de mi estómago!

Después abrió la zarpa que mantenía a Barnabas en el suelo.

—¡Márchate! —le ordenó—. Deja marchar también al jenglot, Nakal. Así se verá en qué palabra se puede confiar mejor, ¡si en la de un grifo o en la de un dragón!

Barnabas, vacilante, se incorporó.

Aquello era demasiado bueno para ser verdad.

Nakal lanzó una mirada compasiva a Pata de Mosca, pero finalmente abrió la mano. Barnabas sintió latir el corazón de Pata de Mosca tan deprisa debajo de sus dedos como el de un pájaro asustado cuando lo agarró.

—¡Terrible Kraa! —balbució mientras se lanzaba de rodillas ante el grifo—. Te conseguiré tesoros. Llenaré tu palacio de oro. Pero ¡por favor, deja que los dragones se marchen! ¡Solo están aquí por mi culpa!

«Y por tres potros de pegaso que aún no han nacido», prosiguió Pata de Mosca para sus adentros. Oh, confiaba de verdad en que todo aquello mereciera la pena.

Kraa no se dignó contestar a Barnabas. Solo tenía ojos para Lung.

—¿Qué dices tú, dragón? He cumplido tu condición. ¿Cómo lo ves? ¿Vas a combatir?

Lung intercambió una mirada con Tattoo. Si el grifo lo mataba, ¿qué sería de Maya y de sus hijos aún no nacidos? Casi no se atrevía a pensar por miedo a que eso lo hiciera vulnerable. Pero Tattoo comprendió y asintió con la cabeza. Sí, él se ocuparía de ellos.

—¡Alto! —gritó Ben—. Hay una condición más. ¡Nos darás una de tus plumas

doradas en el caso de que Lung gane!

Kraa emitió de nuevo un divertido arrullo.

—Hundiré todas mis plumas en la sangre de tu amigo dragón, hombrecillo, pero sí, en caso de que gane, recibiréis una de mis plumas doradas. Tienes la palabra de Kraa.

—En la que no apuesto ni un solo champiñón —susurró Piel de Azufre mientras se ceñía mejor las correas que la mantenían sobre el lomo de Lung.

Ben la imitó. Las correas le trajeron recuerdos: un dragón de oro y una cueva llena de fuego de dragón. Entonces habían tenido que luchar. No había habido ninguna otra salida. Pero esta vez la lucha parecía tan inútil. Todo lo que habían querido pedir era una pluma. ¿Realmente habrían ido de haber sabido lo alto que sería el precio? Ben veía la misma pregunta en el rostro de Barnabas. Estaba arriba, delante del nido de Kraa, y parecía tan desesperado. No, probablemente no habrían ido. Pero tal vez era mejor no haber sabido cómo terminaría todo. Quizá había cosas que tenían que ocurrir.

Nakal trepó al lomo de Kraa. Con unos aletazos, que sembraron una tormenta en el árbol, el grifo aterrizó en el respaldo de su trono. Era una imagen terrible.

—¡Lung, déjame luchar a mí! —susurró Tattoo—. A mí no me espera nadie. A los demás ni siquiera les interesará si regreso. ¡Pero tú eres su líder!

Lung dobló el cuello para que ni Kraa ni Nakal pudiesen leer la respuesta en los labios.

—¡El grifo faltará a su palabra! —susurró a Tattoo—. En cuanto crea que le puedo derrotar, pediré ayuda a los otros grifos. Entonces te necesitaré, así que estate preparado. Y avisa a Shrii.

Kraa los observaba con mirada impaciente.

—¡Quiero esa pluma, Piel de Azufre! —susurró Lung—. Intenta arrancársela.

Kraa saltó del trono y de allí a la plataforma.

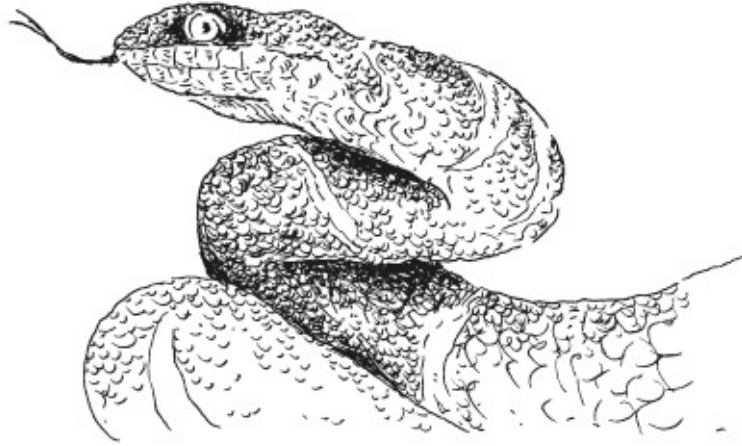
—¿A qué esperas, dragón? —graznó—. ¿Necesitas que tus amigos te infundan primero ánimo? ¿O les has pedido que te expliquen cómo luchar contra un grifo? Observa los cuadros de mi palacio. Te mostrarán cómo acaba un combate de este tipo.

—¿Ah, sí? ¡Cualquier idiota sabe que tus cuadros mienten, fanfarrón con pico! —gritó Piel de Azufre—. ¿O acaso ves a un duende sobre un dragón?

En respuesta, Nakal sacó el machete de la funda que llevaba colgada en el cinturón y lo blandió de forma amenazadora en el aire.

—¡Los cuadros tampoco muestran a nuestros jinetes! —arrulló Kraa—. Solo muestran lo principal: que el grifo siempre gana.

A continuación, emitió un grito de ataque con sonido gutural, batió las alas y se abalanzó sobre el dragón.





43 Grifo y dragón

*¡Todos debemos encontrar en algún momento
la horma de nuestro zapato!*

RICHARD ADAMS, *La colina de Watership*

Plumas y escamas. Zarpas y garras. Alas de color amarillo arena y gris plateado, el espantoso pico de Kraa, los dientes que Lung enseñaba... Barnabas había vivido ya muchos combates entre seres fabulosos, pero esta vez se quitó pronto las gafas, con dedos temblorosos, porque no podía soportar mirar. Ni siquiera los ojos agudos podían casi distinguir dónde acababa el dragón y dónde empezaba el grifo. Pero los ruidos... Esos eran aún peores. El bramido del dragón, los chillidos del grifo, los gritos llenos de odio de Nakal... La joven voz de Ben se mezcló en el ruido de la batalla, las maldiciones cargadas de setas venenosas de Piel de Azufre...

¿Quién sería el vencedor? A veces el dragón parecía más fuerte, a veces el grifo. Barnabas no habría podido decir por cuál de los dos estaba más preocupado, si por Ben o por Lung. Sí, podía decirlo. Por el chico, naturalmente. Cuando se era padre nada resultaba más difícil que dar a los propios hijos la libertad para que, de vez en cuando, hicieran cosas que iban unidas al peligro.

Ben, como era lógico, no sabía aún nada de esas preocupaciones. No tenía siquiera tiempo de pensar en el peligro. Piel de Azufre y él se encontraban en el centro de una tormenta. Las armaduras protectoras que Hothbrodd había tallado los salvaron más de una vez de los picotazos y las terribles garras de Kraa. Nakal profería un chillido de frustración cada vez que su machete rebotaba inútilmente en la madera. A Lung lo protegían sus escamas, pero las zarpas de Kraa, no obstante, le produjeron pequeñas heridas. Ben conseguía advertir siempre al dragón para que se hiciese a un lado a tiempo, o ahuyentar a Kraa con el bastón de Hothbrodd. Pero el grifo luchaba a matar. Cada corte de sus garras, cada golpe de su pico quería la sangre

de Lung, y Ben pronto comenzó a temer que ese irrefrenable afán por destruir, a la larga, le diera ventaja al grifo. Pero cuanto más incontrolablemente luchaba Kraa, con más control respondía Lung a los golpes. Esquivaba los ataques del grifo con ayuda de Ben con tanta agilidad como si se hubiese transformado en el fuego que podía escupir. Pero no utilizó esta última arma, ni siquiera cuando al final el pico de Kraa le causó una herida profunda. El grifo observó la sangre que corría por el hombro herido del dragón como un muerto de sed al agua. Pero el siguiente ataque de Lung a Kraa hizo tropezar al grifo y Piel de Azufre aprovechó la oportunidad y agarró el plumaje de color arena. Se disponía ya a cerrar el puño alrededor de una de las plumas doradas, cuando el grifo se percató de su propósito. Kraa casi le arranca la mano, y Lung perdió todo su control al oír el grito de dolor de Piel de Azufre. Su ataque hizo retroceder a Kraa hasta que se posó en el borde de la plataforma con alas temblorosas, las plumas y el pelaje empapados en sudor, respirando con dificultad y con el pico abierto.

Lung también estaba asfixiado, pero Ben sentía que aún tenía fuerza para seguir luchando.

—¡Ríndete, Kraa! —balbució el dragón—. Ríndete y respeta tu promesa.

El grifo miró la herida que le había causado a Lung.

—¿Sabes qué les contamos a nuestros jóvenes sobre el origen de los dragones? —chilló—. Que salen como cresas de la carne de un demonio moribundo. Y que solo fueron creados para convertir a los grifos en inmortales.

Temblaba de extenuación cuando volvió a extender las gigantescas alas, pero Kraa seguía poseyendo una imagen amenazadora.

—¡Solo hay un rey en esta isla! —gritó, intentando picotear con sus últimas fuerzas a Lung—. ¡Y maldecirás al viento que te ha traído aquí, dragón!

Después, con un grito agudo, dio la orden a los otros grifos para que atacaran.

Shrii saltó, con las alas extendidas de forma amenazante, hacia Lung. Tattoo hizo lo mismo. Pero los cinco grifos que habían llegado con Kraa hacía tanto tiempo y desde tan lejos hasta Pulau Bulu se quedaron inmóviles en la rama en la que estaban posados.

—¡Te han vencido, Kraa! —gritó Roargh a su líder desde arriba—. Dale al dragón lo que le has prometido como nuestro honor exige.

Kraa estiró el cuello y alzó la vista, lleno de odio, hacia sus congéneres.

—¿Honor? —chilló—. ¡Esta isla es mía y yo decido lo que dice su ley!

Erizó las plumas hasta que estas adornaron su cabeza como una corona, y se volvió de nuevo hacia los dragones.

—¡Has vencido al águila y al león, dragón! ¡Pero te has olvidado de la que tiene escamas como tú!

Su cola de serpiente se encabritó cuando el grifo se dio la vuelta, y los dientes venenosos de la víbora se enterraron en el brazo de Piel de Azufre.



Lung le mordió la cabeza, pero el veneno ya estaba actuando. Ben logró coger a Piel de Azufre justo antes de que cayera del lomo de Lung, y el dragón sintió la propia ira como lava en las venas. Esta vez era tan salvaje y tenebrosa que Lung no pudo controlarla.

Eso era justo lo que Kraa había esperado. Solo el dragón plateado podía calcinar la humillación de su derrota. A fin de cuentas, no había un final más honorable para un grifo que morir abrasado.

Quizá Lung habría cumplido en verdad el deseo de Kraa. Pero Tattoo se le adelantó. Se elevó en el cielo y escupió su fuego hacia Kraa. Las llamas se adhirieron al pelaje y a las plumas de Kraa, un fuego misteriosamente gris, como siglos de sueño petrificado le habían deparado a Tattoo. Y cuando se apagó, Kraa y Nakal eran de la misma piedra que había mantenido preso a Tattoo tantos años.

Los otros grifos miraban a su líder con un espanto tan rígido como si el fuego de Tattoo también los hubiera transformado a ellos.

—¡Lung! —le gritó Barnabas desde lo alto del palacio de Kraa—. Lleva a Piel de Azufre a Hothbrodd. ¡Deprisa!

El dragón obedeció sin pedir una explicación. Bajó disparado, pasando de largo junto a los nidos en los que los monos encerrados gritaban a su plúmeo maestro, más y más abajo a través de hojas y ramas, mientras su corazón le dolía más que la herida que Kraa le había causado. ¡El tronco del árbol de los grifos parecía no tener fin! Pero al cabo vieron a Hothbrodd sentado entre las raíces.

Ben sostenía a Piel de Azufre aún en los brazos cuando Lung aterrizó delante del perplejo trol. La duende no se movía. ¡Ben no podía percibir un solo latido!

Hothbrodd dejó caer la rama que estaba tallando con su cuchillo de concha.

—¡El grifo..., su cola de serpiente! —Ben no necesitó decir más.

El trol arrancó el pelaje de la piel con el cuchillo allí donde la serpiente había mordido a Piel de Azufre. Después se hizo un corte profundo en los pulgares verdes y frotó su pálida sangre de trol en la mordedura.

Piel de Azufre murmuró maldiciones de setas, aunque tenía cerrados los ojos. Naturalmente. Ben no supo si echarse a reír o llorar.

—¡No te preocupes, se recuperará! —Hothbrodd le dio una palmada tan fuerte en la espalda que cayó de rodillas, y le brindó a Lung su sonrisa de trol optimista—. ¿Ya habéis terminado allí arriba?

Ben, asustado, miró a Lung.

¡La pluma dorada! Veía el plumaje petrificado de Kraa delante de él. ¡No! ¿Había sido todo en vano?

—¡Shriiiiiiiiiiiiiii!

Sobre ellos, los grifos gritaban el nombre de su nuevo rey, pero Lung los había olvidado, igual que a los huevos de Pegaso. Solo tenía ojos para Piel de Azufre. Pareció transcurrir una eternidad antes de que, por fin, abriese los ojos.

Lung suspiró tan aliviado que su aliento echó chispas.

—¿Por qué apesto a pescado? —murmuró Piel de Azufre mientras se levantaba tambaleándose.

—¡A arenque! —gruñó Hothbrodd—. La sangre de trol huele a arenque. ¿Preferirías apestar a duende muerto?

Piel de Azufre pasó la mano sobre la mancha pelada de su brazo. El dolor le trajo el recuerdo: los dientes empapados de veneno de la víbora y la mirada triunfante de Kraa cuando estos se enterraron en su brazo peludo...

—¿Qué ha pasado con el grifo? —preguntó.

—Te lo contaremos más tarde —dijo Ben—. Pata de Mosca, Barnabas y Lola aún están arriba. ¡Tenemos que recogerlos, pero tú te quedas aquí!

Aquello, naturalmente, no fue en absoluto del agrado de Piel de Azufre.

—Apestoso boleto palúdico, qué...

—Ben tiene razón. ¡No te muevas del sitio! —la interrumpió Lung con ademán severo—. ¡Y sé amable con Hothbrodd! —añadió antes de extender las alas.

—¿Amable? —gritó Piel de Azufre.

Volvía a sonar repleta de vida. La sangre de trol era un fuerte contraveneno.





44 ¿Demasiado tarde?

Quisiera decir algunas palabras sobre el miedo.

Es el único y auténtico adversario de la vida.

Solo el miedo puede vencer a la vida.

YANN MARTEL, *La vida de Pi*

llegarían demasiado tarde! ¡Si es que llegaban algún día! Ouranos, entretanto, casi ¡L no podía moverse de lo mucho que había crecido. Chara coceaba cada vez con más miedo contra el cascarón que lo rodeaba. Y Synnefo intentaba darse la vuelta o incluso levantar las alas. Guinever se fatigaba al verlos como si estuviera encerrada con ellos en la prisión en la que los huevos se habían convertido. Ànemos volaba sin descansar sobre el fiordo y los árboles de alrededor con la esperanza de ver asomar en la lejanía el avión de Hothbrodd. Pero para todos los habitantes de MÍMAMEIÐR esa esperanza desaparecía cada hora que pasaba. Resultaba tan difícil creer que no estuviera todo perdido. Los potros, Ànemos, Ben, su padre, Hothbrodd, Pata de Mosca, Lola... Guinever repetía sus nombres como si de ese modo pudiese protegerlos a todos, pero casi no podía pensar del miedo que sentía.

El profesor Spotiswode ensayó con diamantes cómo podía quizá romperse los huevos sin herir a los potros. Y Vita contactó febrilmente con amigos y miembros de FREEFAB en todo el mundo para hallar algún otro modo de salvarlos.

Solo dos días, decía el calendario de Guinever. Cuarenta y ocho horas. Pero Guinever no estaba siquiera segura de que les quedara tanto tiempo. Y no había ninguna señal de vida de Ben y de su padre. Su madre había pedido a todos los protectores de la naturaleza de Indonesia que los buscaran, pero parecían haber desaparecido sin dejar rastro, como los grifos por los que habían emprendido el viaje.





45 Una recompensa regia

*Hoy tengo mucho que hacer:
Tengo que matar de una vez por todas el recuerdo,
Tengo que petrificar el alma.*

ANNA AJMÁTOVA, *Réquiem y otros escritos*

Cuando Lung aterrizó de nuevo en la plataforma del trono, Tattoo tenía la cabeza gacha junto a la figura petrificada de Kraa. Winston y Berulu estaban con él y también Barnabas, que gracias a varias lianas había logrado descender trepando solo del palacio de Kraa hasta la plataforma. Con Pata de Mosca en el bolsillo. La excursión trepadora, después de todo lo que había vivido en las horas anteriores, le había parecido al homúnculo casi inofensiva. De hecho, todos seguían aún con vida. Parecía un milagro. Sin embargo, no se respiraba alegría o una atmósfera triunfal.

El largo viaje, todos los peligros... habían sido en vano.

Ben recogió una de las muchas plumas que cubrían la plataforma. La mayoría pertenecían a Kraa, pero entre ellas no había ninguna pluma dorada. Todas estaban petrificadas en el rígido cuello de Kraa. Sería terrible contarles a Vita y a Guinever su fracaso. Y al pegaso... Ben casi no soportaba pensar en Ànemos.

Ni siquiera el hecho de haber salvado a Shrii consolaba a Ben en realidad. Solo tenía que recordar la foto del nido sin madre en su bolsillo y el corazón se le llenaba de tristeza y decepción.

Eran los únicos que seguían alrededor del cuerpo petrificado de Kraa. Todos los demás habían seguido a Shrii cuando había alzado el vuelo con los demás grifos hacia el nido del palacio de Kraa.

Shrii... No, todo no había sido en vano. Pulau Bulu sería una isla feliz cuando se marcharan. Quién sabía lo que hubiese sido de Shrii, de TerTaWa y de todos los demás sin su llegada. Pata de Mosca se dijo lo mismo mientras estaba entre Barnabas y Ben, y alzaba la vista hacia las plumas doradas en el cuello petrificado de Kraa.

Seguían refulgiendo algo de su color dorado.

—Quizá también surtan efecto petrificadas —dijo Pata de Mosca con un atisbo de esperanza en la voz.

—Realmente no lo creo —murmuró Ben—. Pienso que deberíamos regresar a casa.

Tattoo suspiró y bajó tanto la cabeza que casi se golpea la nariz con las zarpas de Kraa.

—¡Es culpa mía! ¡Todo es culpa mía!

Pero Barnabas meneó con energía la cabeza, por más que se le notara la decepción en la cara.

—¡Pamplinas! Kraa nos impidió mantener la mente clara. Tú solo intentaste proteger a los demás.

—¡Exacto! ¿Qué otra cosa habrías podido hacer? —Winston acarició las escamas dibujadas de Tattoo, intentando consolarlo, mientras Berulu emitió un silbido compasivo.

¡A veces el tarsero sonaba casi como una... rata!

Pata de Mosca miró alrededor.

—¿Alguien ha visto a Lola?

Los demás negaron con la cabeza.

¡Oh, no!

—¡Pero tiene que estar aquí! ¡Huyó cuando Nakal me atrapó! —gritó Pata de Mosca—. ¡Creía que había salido corriendo hacia Barnabas!

—¿Hacia mí? —Barnabas intercambió una mirada alarmada con Ben—. ¡No, la última vez que vi a Lola fue cuando os marchasteis con TerTaWa!

¡Oh, la maldita rata! A pesar de que Pata de Mosca aún le guardaba rencor por haberlo dejado solo con Nakal y Kraa... ¡ahora estaba terriblemente preocupado! ¿Y si la estúpida rata se había dejado zampar por alguna cosa? ¡A fin de cuentas no era ni la mitad de grande de lo que ella creía!

Lola no se había dejado zampar. Pero no estaba en una situación halagüeña. Las ratas pueden silbar muy alto, y sus agudos gritos pueden llegar mucho más lejos de lo que el tamaño de su cuerpo permite intuir, pero hasta a una rata le cuesta gritar por encima de dragones y grifos luchando. Cuando ese ruido se mezcla, además, con el parloteo enojado de monos y loros... ¡es desesperante!

Lola lo había intentado con gritos hasta que solo consiguió arrancar un silbido ronco de su garganta, pero nadie la había oído. ¡Naturalmente, había dejado al hómclupo en la estacada solo para ir en busca de ayuda! ¡Pero al hacerlo se había cruzado en el camino con uno de los desagradables escorpiones chacal de Kraa! ¿No bastaba con que las bestias tuviesen pinzas?, ¿tenían encima que intentar trincarla con la dentadura de chacal? El veneno de la estilográfica de Barnabas ya había

adormecido a sus perseguidores. Para cazar ratas, sin embargo, aún había alcanzado, y la vida de Lola habría encontrado un abrupto final si, en el último instante, no hubiese descubierto un agujero en la pared arcillosa del palacio de Kraa. En realidad, era muy estrecho, al fin y al cabo no era la rata más delgada, y apestaba a excremento de mono y pájaro. ¡Pero lo peor era estar allí dentro, inútilmente acurrucada, mientras oía cómo sus amigos luchaban por su vida fuera! ¡No! De la rabia, Lola casi se habría mordido la propia cola. Y lo que hacía la situación aún más ridícula: ¡el escorpión chacal se había dormido gracias al veneno de Barnabas justo delante de su escondrijo y le cerraba la vía de escape con sus pinzas!

Cuando por fin se escucharon gritos de júbilo fuera y los grifos graznaron el nombre de Shrii, Lola comenzó a gritar de nuevo. Pero sus roncas peticiones de auxilio apenas eran más altas que el chillido de un ratón asustado y pasó una eternidad hasta que Pata de Mosca se asomó por encima de su adormilado perseguidor.

—¡Vaya, ya era hora, humpelclumpo! —le increpó Lola mientras Barnabas apartaba a un lado al escorpión con, según ella, exagerada deferencia—. ¡Ni una palabra! —soltó cuando salió afuera—. ¡No quiero oír ni una palabra! Me lo he perdido todo, ¿no es cierto? ¡Toda la diversión! ¡Pero no! Barnabas no quería cargar su estilográfica con un narcótico más fuerte. ¡Bah! —dijo pataleando con las diminutas botas el costado del adormilado escorpión—. ¡La dosis no me habría derribado ni a mí!

Aquello fue demasiado para Pata de Mosca.

—¿Toda la diversión? —repitió furioso—. ¡Con gusto habría preferido cambiarme por ti, Lola Rabogrís! ¿Acaso crees que era más agradable estar en la pata perfumada de un narigudo y aguardar allí a ser devorado como un tentempié por un grifo?

—¡Pues claro! —respondió Lola con arrogancia—. ¡Me habría cambiado en el acto!

Lo que probablemente fuera verdad. Pata de Mosca todavía seguía pensando una respuesta cuando alguien carraspeó a sus espaldas.

TerTaWa estaba sentado en el trono abandonado de Kraa. Para celebrar su victoria se había prendido una flor de jazmín en la chaqueta.

—Shrii me ha pedido que os lleve donde él. —El gibón casi no podía hablar de lo ancha que era su sonrisa—. ¡Shrii, el Amigo de los Ladrones! ¡Shrii, el de las Plumas Esmeraldas! Shrii, el que Venció a Kraa... ¡Estoy aún trabajando en su título! Sea como fuere: ¡os quiere ver y daros las gracias!

Y a continuación señaló de forma galante hacia la entrada del nido del palacio de Kraa.

El nido estaba lleno hasta los topes, cuando Ben entró con los demás siguiendo a TerTaWa. Pero los diminutos pájaros que habían construido los nidos de los grifos dominaban su oficio. El palacio de Kraa albergaba a las numerosas visitas sin

problema. A excepción de Hothbrodd y Piel de Azufre, todos los que habían ayudado a acabar con el poder de Kraa estaban allí. Ben divisó a Patah entre la multitud cuando seguía a Tattoo. El macaco tenía una mirada algo compungida después de que no solo el gibón, sino la propia Kupo, se hubiese evidenciado más intrépida, pero la alegría y el alivio predominaban incluso en su mirada, tan a menudo huraña.

Shrii estaba en la plataforma donde Kraa había dormido, y delante estaban los otros cinco grifos. Habían bajado las cabezas con pico, pero Ben no estaba seguro de si expresaban terquedad o sumisión.

Shrii había enroscado la cola de serpiente en las garras y zarpas, y las miraba con atención. Su plumaje verde esmeralda brillaba como si la selva hubiese crecido a través de las paredes de color arena. El grifo constituía una imagen tan espléndida que Ben sintió su corazón latir más deprisa. Y seguramente no era el único.

—Has oído bien, Roargh —dijo Shrii mientras Ben se acercaba a Lung—. Elegid un nuevo rey entre vosotros. Me da igual. Yo me marcharé. Nunca tuve el deseo de sentarme en el trono de Kraa.

Ni TerTaWa ni los otros ayudantes de Shrii parecieron sorprenderse de sus palabras, pero Roargh erizó el plumaje de rabia y los otros grifos arañaron inquietos con las garras.

—¿Pretendes reírte de nosotros? —graznó Roargh—. Has vencido al viejo rey, así que eres el nuevo. ¡Esa es la ley de los grifos! Desde hace más de tres mil años.

—Pues ahora cambiaré —respondió Shrii—. ¿Crees que no sé lo que diríais de mí? Mirad, este es Shrii, al que dos dragones convirtieron en nuestro rey. No. Construiré mi nido al otro lado de la isla. Pero os lo advierto: si volvéis a asociaros con cazadores furtivos, les hablaré de los tesoros de Kraa. Sabéis cuánto se parecen a vosotros. El oro les hará olvidar el temor que os tienen y vendrán a buscarlo.

Los grifos miraron hacia la escotilla que se perfilaba debajo del cuerpo de Shrii, y Roargh emitió un arrullo iracundo. No se esforzó lo más mínimo por ocultar que seguía detestando a Shrii. Pero Hiera, la hembra grifo más joven, dio lentamente un paso hacia delante.

—Si me lo permites —dijo inclinando el cuello ante Shrii—, iré contigo, Shrii, el Amigo de los Dragones.

Un segundo grifo, Greeeiiiiir, se acercó a Hiera.

—Yo también te seguiré, si me lo permites —dijo con una reverencia.

Roargh examinó a los dos con una expresión perpleja.

—Sois bienvenidos —dijo Shrii mientras se incorporaba—. Y no te preocupes, Roargh —añadió—. Os dejaremos una parte justa del oro de Kraa. Después de que nuestras visitas sean resarcidas por la escasa hospitalidad que les habéis brindado.

Roargh y los tres grifos que no se habían unido a Shrii se volvieron y observaron a Barnabas y a Ben con una mirada tan hambrienta que Lung alzó la cabeza, vigilante.

—¡Oh, no, no! —declinó Barnabas con ímpetu—. Mi querido Shrii, tenemos tan

poco interés por los tesoros como tú. El oro tiene un efecto aún más devastador en los humanos que en los grifos. No. Todo lo que queríamos era una pluma dorada. Desgraciadamente ahora son de piedra..., como Kraa, pero hemos obtenido la amistad de un grifo. Eso es un regalo tan inesperado y maravilloso que dejamos esta isla muy agradecidos y seguro que no la olvidaremos nunca.

Roargh examinaba las garras de su zarpa delantera derecha como si se imaginara arrancando la cabeza de Barnabas con ellas.

—¡Qué gran nobleza, humano con los ojos de cristal! —gruñó—. Vuestra especie siempre sintió predilección por los discursos sentimentales. Me he zampado ya a muchos de tus congéneres solo por eso.

Shrii subió desde la plataforma y se acercó tanto a Roargh que sus picos casi chocaron.

—Creo que no has oído para qué han venido a esta isla —dijo con una voz cuya suavidad sonaba a burla y amenaza al mismo tiempo—. Necesitan una pluma dorada.

Roargh respondió a la mirada de Shrii con un odio apenas disimulado.

—¿Y qué? —graznó mientras encrespaba el penacho como si el viento lo hubiese levantado.

—Tienes tres plumas doradas —constató Shrii con la voz aún amenazadoramente suave—. Dales una.

La risa de Roargh le recordó a Ben el ladrido de las hienas.

—¿Tu plumaje de loro te ha hecho olvidar el aspecto de una pluma dorada, Shrii, el Amigo de los Dragones? No tengo ninguna. Ni una sola.

Su cola de serpiente se enroscó en sus patas traseras moviendo la lengua y Lung, al igual que Tattoo, alarmado, tensó los músculos.

Shrii, sin embargo, miró a TerTaWa con gesto provocador.

El gibón saltó a su lomo y señaló con el dedo el cuello de Roargh. El plumaje de Roargh tenía el color amarillo pálido de la arena del desierto. Pero Ben no pudo distinguir en él una sola pluma dorada.



—Hace que las Manos las tiñan de barro —determinó TerTaWa—. Kupo lo ha visto. Pero no quería decírselo a los humanos.

Todos se volvieron hacia Kupo. En su rostro se veía cuánto miedo le tenía a Roargh, pero cuando su mirada se detuvo en ella, se irguió tiesa como una vela. A pesar de que el cuerpo entero le temblaba.



—Kraa tenía dos plumas doradas. Roargh tiene tres —gritó Kupo—. Sabía que Kraa no se lo perdonaría y por eso las ocultó. Casi siempre era la pobre Manis la que debía teñírselas. ¡Tal vez por eso la mató cuando destruyeron nuestro nido!

Patah le acarició con gesto consolador la diminuta cabeza cuando comenzó a sollozar.

Roargh lanzó a TerTaWa una mirada glacial.

El gibón, en respuesta, se limitó a enseñar los dientes de forma maliciosa.

—¿A qué esperas, Roargh? —preguntó Shrii—. Arráncate una de las tres y

dáselas a los humanos. ¿Tal vez te consuele saber que con ellas puedes saldar las deudas de la lucha de tu rey muerto?

Ben sintió cómo la mano de Barnabas le apretaba el brazo con fuerza. Quizá los potros de pegaso no estuvieran perdidos.

—¿Y si no les pago? —replicó Roargh—. ¿Echarás a tus dragones sobre mí?

Tattoo emitió un gruñido.

—Eso te gustaría, ¿verdad? —dijo Shrii—. No. Mi necesidad de luchar ha quedado cubierta de momento. Tienes dos pasiones que no comparto contigo, Roargh: la guerra y el oro. Dale a los humanos la pluma dorada y te cederé mi parte del tesoro de Kraa.

Los ojos de Roargh se dilataron de recelo. Y de codicia. Era una recompensa regia. Nadie mejor que Roargh sabía cuánto oro había acaparado Kraa en su larga vida. Ben podía apreciar en la cara del grifo que, en cualquier caso, habría preferido devorarlos a todos. A TerTaWa y a Kupo los habría despedazado los primeros. Pero Lung y Tattoo no perdían de vista a Roargh. Malditos dragones. Lo observaban tan impasibles como si el mundo les perteneciera. Y, sin embargo, no parecían sentir ansia alguna por dominarlos. Roargh se imaginó moliendo en su pico sus escamas como si fuesen conchas. Pero recordaba demasiado bien la figura petrificada de Kraa.



—Está bien, ¿por qué no? —graznó—. ¡Dame tu parte y recibiréis la pluma!

Shrii le hizo una seña a TerTaWa con la cabeza.

La escotilla del tesoro estaba cerrada con un nudo de cien vueltas. Los loris perezosos de Kraa lo habían hecho y solo ellos podían deshacerlo. Pero Kupo había pertenecido a ese grupo durante mucho tiempo.

Los tesoros que TerTaWa y ella amontonaron delante de las zarpas de Roargh eran de incalculable valor: coronas de reyes olvidados, cotas de mallas de plata que Kraa había llevado en batallas también olvidadas, anillos con los que había adornado sus patas.

Una «sortija» le resultó muy conocida a Pata de Mosca, y no solo él la había reconocido. TerTaWa la cogió antes de que rodase hasta el pico de Roargh y la dejó en las manos de Barnabas.

—Creo que esto es tuyo, Wiesengrund —dijo—. Con certeza Kraa no exigirá otro pago.

Mientras Barnabas, agradecido, guardaba el brazalete de Bağdagül en el bolsillo, Roargh enterró el pico con tanto placer en los tesoros que se amontonaban ante sus zarpas como si quisiera calentarlos con el oro.

—Fíjate, Shrii no es solo valiente. ¡Nuestro plúmeo amigo también es astuto! —le susurró Barnabas a Ben—. Siembra la discordia entre sus enemigos. ¿Ves con qué envidia miran a Roargh los otros grifos?

Roargh se incorporó. Las garras sobre su botín. Después metió el pico en el plumaje de su cuello, se arrancó una pluma y la lanzó a los pies de Barnabas.

Barnabas hizo una reverencia, como si no notara la mirada llena de odio del grifo.

—Trataré esta pluma con el máximo aprecio, Roargh —dijo—. Sé que ha sido conseguida con gran valentía.

El grifo echó hacia atrás la cabeza y por primera vez observó a Barnabas con un atisbo de interés.

—La pluma me creció después de matar a tres basiliscos de arena que fueron tan imprudentes de atacar nuestros nidos. Tardó diez veces diez años en teñirse de color dorado. ¡No me digas lo que vas a hacer con ella porque igual te mato!

Sí, tal vez lo habría hecho.

Barnabas se esforzó por no recoger la pluma con demasiado ímpetu.

—¿Le crecerá a Shrii una pluma dorada por el combate de hoy también?

—Probablemente —rezongó Roargh—. Y espero que un día un humano le pida esa pluma. Pero uno con intenciones menos pacíficas que tú, ojos de cristal. ¡Uno que pague la traición de Shrii impregnando esta isla con su sangre!

Después se volvió de forma abrupta e hizo señas con el pico a unos monos para que se aproximaran al oro.

Barnabas acarició el vello amarillo arena de la pluma. El barro le tiñó los dedos y la pluma comenzó a brillar como si en ella anidara la luz del sol.

Ben casi no sabía qué hacer con la alegría que sentía. Lo habían conseguido. ¡De verdad lo habían conseguido!

Shrii estaba junto a Lung y Tattoo. Barnabas se acercó a él y le hizo una reverencia tan grande que las gafas casi se le caen de la nariz.

—Noble Shrii —dijo—, debo confesar para mi deshonra que no tenía una opinión demasiado buena de los grifos antes de venir aquí. ¡Pero me has ilustrado una mejor!

Shrii devolvió la reverencia con gracia.

—Yo tampoco tenía una buena opinión de tus semejantes, Barnabas Wiesengrund —respondió—. Parece que ambos hemos aprendido algo. ¿Tal vez uno no debería buscar a los amigos por la especie a la que pertenece, sino por la naturaleza de su corazón?

—Una sabia regla —respondió Barnabas—. Y comprendo muy bien que no quieras ser rey. Pero ¿me permites decirte que serías uno muy bueno?

—¡No estoy tan seguro de ello! —contestó Shrii—. ¿Sabes que nuestros reyes han de permanecer sentados en su trono varias horas al día sin moverse? ¡Me temo que después de una semana sería igual de cruel que Kraa!

Shrii se mantuvo en su decisión.

Cuando Ben visitó la isla unos años después con Winston, Shrii vivía con una bandada de hijos e hijas de muchos colores al otro lado de la isla. Roargh y los otros grifos, sin embargo, habían desaparecido, y el árbol rey de Kraa estaba habitado por una colonia de gibones que habían elegido a TerTaWa como su líder. La figura petrificada de Kraa seguía delante de su trono, desmoronado por la lluvia y el viento, y los frescos junto a su nido parecían tener cientos de años. Pero, en el interior, las Manos habían añadido un nuevo cuadro: mostraba a dos dragones con jóvenes humanos en sus lomos, un hombre con ojos de cristal, una rata vestida con un mono de aviador y un jenglot con ropa muy extraña que, intrépido, se erigía sobre la cabeza del petrificado Kraa.





46 La partida

—*¡Todo tiene que acabar en algún momento!*

L. FRANK BAUM,

La maravillosa tierra de Oz

Ben estaba con Lung delante del nido de Kraa y miraba la selva, que se llenaba poco a poco con la luz de un nuevo día. Se habían despedido de TerTaWa y de Shrii, de MeRah, Patah y Kupo. Y habían prometido regresar.

Barnabas se dirigía ya con Hothbrodd rumbo a la playa. Pero no llevaban la pluma dorada con ellos. Tattoo la llevaría a MÍMAMEIÐR. Hasta la máquina milagrosa de Hothbrodd era más lenta que un dragón, y si Pata de Mosca había calculado bien, apenas quedaba un día para que los potros fuesen demasiado grandes para los huevos. Piel de Azufre estaba dándole de comer a Tattoo flores de luz de luna para que pudiese volar, a pesar de la luz del día, y junto a Winston y Berulu, Lola los acompañaría en el viaje como piloto. A fin de cuentas, ni Tattoo ni sus dos jinetes del dragón habían estado nunca en MÍMAMEIÐR, y Ben..., Ben se marcharía con Lung a La Orilla del Cielo.

Barnabas había aceptado su decisión con resignación, aunque no había podido ocultar su tristeza. «Lo entiendo. Eras un jinete del dragón antes de nuestro encuentro», había dicho mientras abrazaba a Ben para despedirse. «¡Pero si echas de menos a los humanos, recuerda que también eres un Wiesengrund!».

¿Cómo podía olvidarlo?

Ben miró hacia Lung. Era la decisión correcta, ¿no? Pata de Mosca emitió un suspiro desdichado sobre su hombro. Lung bajó la cabeza hasta que fue capaz de mirar a Ben a los ojos.

—Es un honor para mí que quieras acompañarme —dijo en voz baja—. Sabes que no deseo otra cosa. Pero La Orilla del Cielo no es el hogar correcto para ti.

Pregúntale al homúnculo si no me crees.

Pata de Mosca, agradecido, asintió con la cabeza al dragón.

—¡Debéis estar con vuestros iguales, maestro! —balbució—. Creedme, sé de lo que hablo. Os sentiríais muy solo en La Orilla del Cielo. ¡A pesar de Lung!

—Exacto —le dio la razón el dragón—. Y eres mucho más útil en MÍMAMEIÐR. De eso se trata en la vida, ¿no? De ser útiles. Y los Wiesengrund te necesitan. Igual que tú a ellos.

«¡Pero a ti también te necesito!». Ben tenía las palabras en la lengua, pero no salieron de sus labios. Sabía que Lung tenía razón. Si no hubiese estado tan harto de extrañarlo.

Tattoo salió del nido de Kraa con Piel de Azufre. Winston y Berulu ya estaban sentados en su lomo y Lola, por supuesto, se había sujetado bien entre sus cuernos. Siempre tenía que haber un poco de peligro. Aunque la rata chiflada lo justificase aduciendo que de ese modo el dragón podía oírlo mejor.

—Creo que vas a tener otro jinete, Tattoo —dijo Lung.

Winston sonrió a Ben, pero su mirada revelaba que era ahora cuando comprendía lo difícil que resultaba separarse de su dragón.

—Boleto comestible y moho —murmuró Piel de Azufre mientras trepaba al lomo de Lung—. Desearía poder decir lo mismo de mí. Se está mucho mejor en MÍMAMEIÐR.

Pero Ben estaba allí y era incapaz de mover sus pies para acercarse a Tattoo.

—¿Tienes la escama, verdad? —Lung le dio un empujoncito en el pecho con la nariz.

Ben palpó el medallón. Sí. Y en ocasiones, cuando añorase demasiado a Lung, cogería la escama en la mano. Solo para enviarle un saludo al dragón.

—Vete ya. Nos volveremos a ver pronto. Tattoo te traerá con él cuando regrese —dijo Lung—. Al fin y al cabo tienes que ver a los pequeños.

Tattoo. ¡Sí, por supuesto! A partir de ahora habría dos dragones que podían llevarlo a La Orilla del Cielo. ¡Tattoo regresaría!

El corazón de Ben se hizo más ligero. Casi tan ligero como la pluma que llevarían a MÍMAMEIÐR.

—¡Está bien! —balbució—. Está bien. Entonces..., entonces volaré tal vez primero a MÍMAMEIÐR. Guinever necesitará mi ayuda. ¡Tres potros de pegaso darán seguramente mucho trabajo! ¡Si la pluma funciona! —añadió.

—Lo hará. Sin duda —dijo Lung—. Y cuando los potros ya no te necesiten, me ayudarás a enseñarles a volar a los pequeños dragones.

Eso sonaba casi demasiado bien para ser verdad.

Ben rodeó con los brazos el cuello de Lung mientras Pata de Mosca se deslizaba en su bolsillo.

—¡Oye, jinete del dragón! ¡Debemos partir! —gritó Lola desde lo alto de la cabeza de Tattoo—. ¿O quieres que, después de todo el esfuerzo, lleguemos

demasiado tarde?

Tenía razón.

Ben soltó a Lung y alzó la vista hacia Piel de Azufre.

—Nos vemos pronto —dijo.

—¡Espero que con unos rebozuelos en tu equipaje! —respondió Piel de Azufre—. Y boletos comestibles. Y uno, dos...

—¡Ben! —chilló Lola—. ¡Para cuando hayas escuchado la lista completa de setas de Piel de Azufre ya no habrá pegajitos en este planeta!

Lung lo empujó con suavidad hacia el otro dragón.

—¡Tattoo! —gritó cuando Ben se subió a su cola—. Ahora tienes tu propio jinete del dragón. Ni se te ocurra robarme también el mío. Lo quiero de vuelta.

—¡Prometido! —gritó Tattoo mientras Ben se sujetaba detrás de Winston.

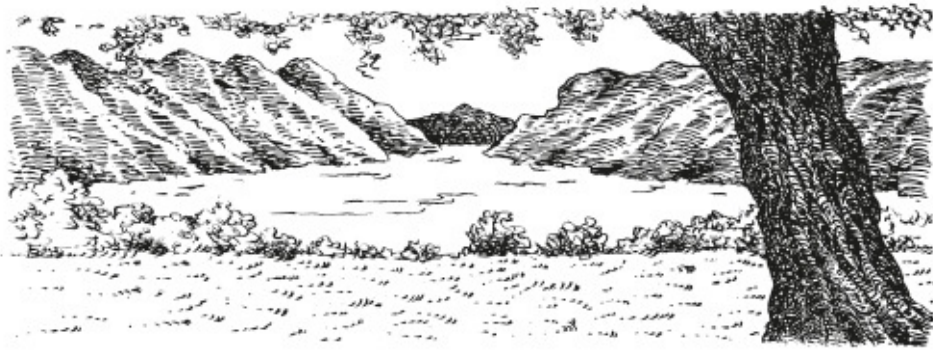
Cuando desplegó las alas, pareció que los árboles de alrededor las hubieran llenado de flores.

—¡Dragón correo para MÍMAMEIÐR! —gritó Winston mientras Berulu se ponía a salvo debajo de su chaqueta.

Y, desde la plataforma del trono de Kraa, Tattoo se elevó en el sofocante aire matinal.

Ben se volvió hacia Lung hasta que la selva ocultó el árbol de los grifos de su vista. Dolía. Aunque no tanto como siempre, porque cada aletazo de Tattoo era una promesa de que pronto volvería a ver a Lung.





47 Por fin

*¡Llegar al final de un tiempo
de ansiedad y temor! ¡Sentir que la nube
que se cernía sobre nosotros
se levanta y dispersa, la nube que oscurecía
el corazón y convertía la felicidad
en un simple recuerdo!
Esta al menos es una alegría
que deben de haber conocido
casi todos los seres vivientes.*

RICHARD ADAMS, *La colina de Watership*

Guinever estaba sentada con Vita y unos nisses desayunando, cuando Gilbert Rabogrís apareció de repente en la puerta. Los pelos de la barba le temblaban, una imagen muy poco común en la rata macho, siempre serena, y Guinever casi se olvida de respirar. Gilbert había asumido la tarea de vigilar el aparato de radio.

—¡La tienen! —gritó—. ¡Tienen la pluma!

Vita vertió el café sobre su pan con mermelada, y Guinever saltó con tanto ímpetu que dos de los nisses se cayeron de las sillas.

—¡Pero..., pero Gilbert! —gritó ella—. ¡Apenas queda un día de tiempo! Y solo el vuelo...

—¡Guinever Wiesengrund! —la interrumpió la rata, impaciente—. ¡Aún no había acabado con mis noticias! ¡La pluma viene por dragón correo!

Guinever intercambió una mirada atónita con Vita.

—¿Dragón correo? Pero Lung...

—¡Guinever! —gritó Vita—. ¿A qué esperas? ¡Avisa a Ànemos!

—Sí, claro.

Guinever salió de la casa con tanta premura que atropelló a las setillas con sus carros de paja. Miró alrededor, pero no se veía al pegaso por ninguna parte. ¡Confiaba en que no patrullase con los cuervos cenicientos en ese momento! Bajó corriendo

hacia el fiordo. ¡Nada! Hasta que al final uno de los cerdos voladores le contó que había visto a Ànemos delante de la cueva abandonada de Barba de Pizarra.

El pegaso estaba donde el anciano dragón se había tumbado a menudo. El suelo seguía tan caliente como si el sol hubiera calentado la piedra. Ànemos alzó la cabeza cuando Guinever apareció en la entrada de la cueva. Había corrido tanto que estaba asfixiada y no podía pronunciar palabra. Pero no necesitó decir nada. Ànemos leyó las buenas noticias en su rostro.

Por un momento se quedó allí, simplemente mirándola.

Después se acercó a ella y apoyó la frente en el hombro de Guinever.

—¡Sube, niña! —dijo extendiendo las alas, mientras la llevaba fuera de la cueva.

Guinever notó lo deprisa que su corazón latía mientras él sobrevolaba con ella el bosque y los prados. Las buenas nuevas ya se habían propagado. Delante del establo aguardaban docenas de seres fabulosos, pero los cuervos cenicientos se aseguraban de que nadie entrara al establo.

Los gansos que custodiaban el nido, naturalmente, también lo sabían ya. Graznaron tan emocionados cuando Guinever y Ànemos entraron en el establo que olvidaron incluso sus habituales protestas cuando Guinever les deslizaba la mano debajo de las plumas. Cogió con mucho cuidado el primer huevo que sus dedos encontraron. Ouranos era una maraña de patas y alas.

—¡Todo saldrá bien! —susurró Guinever, y allí donde el potro, triste, presionaba la nariz contra el cascarón apretado, dio un beso al huevo—. Todo irá bien. ¡Y pronto os montaré a todos a las espaldas, uno detrás de otro, y haremos una carrera en el aire con vuestro padre!

Ànemos se acercó a ella cuando volvió a dejar el huevo con delicadeza debajo de las plumas. Guinever abrazó a los gansos, a pesar de que estos no aprecian las manifestaciones sentimentales humanas, y le brindó una sonrisa a Ànemos.

—¿Lo ves? —dijo—. Mi padre es muy bueno manteniendo su promesa.





48 Un nuevo dragón en MÍMAMEIÐÐR

*¿No hay suficiente gloria
con vivir los días que se nos conceden?
Deberías saber que simplemente estar
con las personas y las cosas que amamos
ya es toda una aventura,
hermosa por otra parte.*

LLOYD ALEXANDER, *El caldero negro*

Anemos vio a Tattoo cuando Guinever y Vita solo divisaban una mancha oscura en el cielo azul pálido. Gilbert Rabogrís había augurado la llegada de la pluma para la tarde, pero Tattoo había sido mucho más veloz. El pegaso voló de inmediato al encuentro del dragón con los cuervos cenicientos.

—¡No es Lung! —dijo Guinever cuando vio por fin a Tattoo con más claridad a través de sus prismáticos—. ¡Es otro dragón!

Raskerwint no necesitó prismáticos para reconocer a Tattoo, pero miraba a Guinever con la misma perplejidad.

—¿Los dragones tienen dibujos? —preguntó.

—¡Sí, eso también es nuevo para mí! —respondió Vita.

Ninguno de ellos olvidaría jamás la imagen que esa mañana les brindó: el pegaso y el dragón, codo con codo, y Ben, emocionado, haciéndoles señas, por encima de los hombros de otro chico que llevaba una cosa diminuta y peluda en el brazo. El miedo que se había acumulado en los últimos diez días en el corazón de Guinever se transformó en asombro y entusiasmo. Aun cuando el rostro serio de su madre le recordara que la posibilidad de que la pluma de grifo pudiese salvar a los potros no era más que una ilusión.

Casi todos los habitantes de MÍMAMEIÐÐR se habían reunido alrededor del establo de los pegasos, cuando Tattoo aterrizó con Ànemos en la parte trasera.

—¡Guinever! —le gritó Ben desde el lomo del dragón desconocido—. ¿Me permiten hacer las presentaciones? ¡Tattoo! Nos ha traído hasta aquí más rápido que

el viento. Y este de aquí... —dijo señalando al otro chico— es...

—Winston Setiawan —se presentó Winston—. Y este —dijo apuntando a su compañero peludo y pequeño— es Berulu.

—¡Un makis gnómico! —susurró Guinever.

Berulu gorjeó algo en el oído de Winston.

—Insiste en que NO es mi animal doméstico. ¡Sí, se lo diré! —comentó Winston mientras descendía del lomo del dragón—. Porque los makis gnómicos no quieren serlo en absoluto.

—Ningún animal salvaje quiere serlo —dijo Guinever sonriendo a Berulu—. En MÍMAMEIÐR lo sabemos. ¡No te preocupes!

Se esforzó mucho para no mirar embobada a Tattoo. A fin de cuentas sabía que a las criaturas salvajes tampoco les gustaba eso. Pero el propio Tattoo estaba encantado con todos los seres fabulosos que lo rodeaban. Nunca se había sentido tan feliz. Y tan orgulloso, porque sabía que había sido lo bastante rápido.

—¿A qué esperas? —le dijo a Ben—. ¡Enseñasela!

Ben metió la mano en la mochila y sacó la bolsa en la que Barnabas le había entregado la pluma. Cuando la enseñó, brilló como un rayo de sol en su mano. Era casi tan larga como su antebrazo, pero el cañón, que albergaba todas sus esperanzas, no era más grueso que un lápiz, y Ànemos lo observó con una mirada llena de esperanza y de escepticismo al mismo tiempo.

—¡Deprisa! ¡Llevad la pluma al profesor Spotiswode! —dijo Vita a Ben—. Diluirá la médula que contiene el cañón para que podamos cubrir los huevos con ella. Y después...

Vita no acabó la frase.

Ya verían qué pasaría después.





49 La pluma de un grifo

*La vida está llena y fluye
de forma inapreciable hacia allí
si uno aguarda a que algo
suceda o eclosione.*

E. B. WHITE,
Las aventuras de Wilbur y Charlotte



El esmalte que el profesor Spotiswode mezcló con el cañón de la pluma — con un poco de clara de huevo y unas gotas de resina de árbol, como una receta de la antigua Persia describía— tenía casi el mismo color dorado que la pluma de la que se había obtenido.

Ben se disponía en ese momento a salir de la casa con Pata de Mosca para llevarla al establo, cuando Lola llegó corriendo y atravesó el patio desde la pista de aterrizaje, que Hothbrodd había construido con otros dos troles en el prado de tal forma que esta desaparecía después del despegue y del aterrizaje.

—¡Han vuelto! —chillaba Lola—. ¡El trol acaba de aterrizar! ¡Por todos los tornados! ¡Ha tenido que volar como el diablo!

—¡O como Lola Rabogrís! —murmuró Pata de Mosca.

Ben se sintió muy aliviado con la noticia. Sería magnífico que todos juntos se alegraran si la pluma actuaba. Y si no lo hacía, todos necesitarían el consuelo de Barnabas. En la desdicha era también el mejor ayudante.

El propio Barnabas, por supuesto, estaba también muy contento de que Hothbrodd les hubiese traído de vuelta a tiempo, pero tenía otro motivo para estar alegre cuando entró con el trol en el establo.

—¡Caramba, Ben Wiesengrund! —dijo—. Realmente no esperaba verte aquí.

Y después abrazó a Ben un buen rato.

Barnabas había derramado algunas lágrimas en el avión, pero Hothbrodd y él se guardaban ese secreto para sí. Tampoco le contaron a nadie que, en vez de regresar a MÍMAMEIÐR, Ben casi se queda con Lung. Las propias Vita y Guinever se enteraron de eso varios años más tarde.

Como era lógico, todos querían ver si, en efecto, la magia de la pluma de grifo hacía crecer los huevos de Pegaso, pero Hothbrodd se colocó delante de la puerta del establo y solo dejó entrar a los que habían participado en el cuidado de los huevos o en la búsqueda de la pluma. El propio Hothbrodd se quedó fuera, de manera oficial, para deshacerse de los curiosos duendes y nisses que se agolpaban ante el establo. Pero Barnabas conocía la verdadera razón. El trol tenía una piel mucho más fina de lo que reconocía, y la preocupación de que la magia de la pluma tal vez no actuara, oprimía su gran corazón de trol.

Tattoo se quedó también fuera con Winston y Berulu, porque en verdad un dragón ocupaba demasiado espacio. Raskerwint rehusó por el mismo motivo (y porque tenía unas ganas enormes de charlar con Hothbrodd y Tattoo). Gilbert Rabogrís y sus diversos exploradores trabajaban en ese momento en un mapa de Islandia, y, a varios gansos, la idea de pintar los huevos tan cuidadosamente custodiados por ellos les ponía demasiado nerviosos como para mirar.

En cualquier caso, el espacio se volvió muy estrecho cuando, todos a los que Hothbrodd les permitió la entrada, se reunieron alrededor del nido.

Barnabas había delegado en Guinever y Ben la tarea de cubrir los huevos con la pasta dorada. Gilbert les había prestado para ello dos de sus mejores pinceles, pero no fue agradable ver desaparecer a los potros, cada vez más, tras las estrías doradas. Ànemos resoplaba de forma tan inquietante que Barnabas le rodeó el pescuezo con el brazo, y, como la tensión le afectaba demasiado al estómago, Pata de Mosca salió a hurtadillas del establo ya tras las primeras pinceladas.

Los demás, conteniendo la respiración, contemplaron cómo los tres huevos se convirtieron poco a poco en oro. Ese fue el aspecto que adquirieron cuando Ben hubo distribuido las últimas gotas del esmalte sobre la cáscara del huevo de Synnefo. Como si fuesen de oro macizo. Solo el golpe de sus cascos revelaba que los potros se encontraban bien.

—¡Ahora solo necesitan calor! —dijo Vita—. ¿Puedo rogarles, mis damas?

Las dos gansas, que habían asumido el turno siguiente, no estaban tan entusiasmadas con la película pegajosa que les cubrió de oro las plumas, pero al final se dejaron caer, resignadas a su destino, en el nido.

—¿Con qué rapidez crees que actuará? —susurró Ben a Guinever.

—¡Confío en que enseguida! —le respondió en voz baja—. ¡Es horrible no poder verlos más! ¡Deben de tener mucho miedo!

A pesar de los numerosos espectadores, en el establo reinaba silencio. Un terrible silencio.

Incluso Lola, que por lo general no podía estarse quieta un instante, tenía clavada la vista, como petrificada, en el nido.

Y después... una de las gansas comenzó a graznar enardecidamente.

Y la otra la acompañó.

Batieron las alas de plumas grises, se levantaron de los huevos y se apartaron de ellos.

Los huevos crecían.

Como si el aliento de los potros ensanchase la cáscara.

El establo se llenó de gritos, graznidos y relinchos de júbilo.

Los tres huevos, que finalmente ocupaban un nido casi demasiado pequeño, eran tan grandes que le recordaron a Ben los huevos del legendario pájaro elefante, que se consideraba extinguido desde hacía más de trescientos años.

—¡Por todos los cielos! —le susurró Barnabas—. ¡Creo que habrá que traer unos avestruces en avión para mantenerlos calientes!

—Ya le he pedido a Inua que lo organice —dijo Vita—. Enviaré a dos avestruces hembras que encuentran la tarea muy interesante. Llegarán esta misma noche.

Debido al crecimiento, los huevos se habían vuelto de nuevo transparentes y Ben y Barnabas no se cansaban de mirar a los potros. A fin de cuentas, la imagen era nueva para ellos. Ouranos, Chara y Synnefo movían las alas y estiraban las patas, finas como tallos de paja, y todavía parecían no poder creer del todo que, de pronto, volvían a tener espacio.

—¿Y si siguen creciendo? —preguntó Guinever—. ¡Hemos usado el contenido de la mitad del cañón de la pluma!

Pata de Mosca, al que los gritos de júbilo habían llevado de vuelta al establo, encontraba el tamaño de los potros más que suficiente. De hecho tenían un buen tamaño para un homúnculo, ¡de haberse atrevido a montar un caballo alado!

—Debería bastar para otro tratamiento más —le explicó a Guinever, mientras Barnabas abría la puerta del establo para que Hothbrodd y Tattoo pudieran al menos echar un vistazo al nido—. ¡Dicen que los potros de Pegaso apenas son más grandes que una gallina cuando salen del huevo!

Guinever brindó al homúnculo una sonrisa de alivio por la información. Sería maravilloso ver a tres potros del tamaño de una gallina revoloteando sobre los prados de MÍMAMEIÐR.

—¡Qué hijos más hermosos, amigo! —dijo Barnabas a Ànemos mientras se limpiaba los cristales de las gafas, empañados por la emoción.

Ben tocó con delicadeza el huevo en el que Chara presionaba la nariz contra la cáscara.

—¡Sí! —murmuró—. Requetehermosos.

Envió un sigiloso agradecimiento a Shrii y a TerTaWa, a Patah y a Kupo, y al Árbol Susurrante. Incluso a Roargh, aun cuando no hubiese aflojado su pluma de una forma completamente voluntaria. Y no pudo esperar a enseñarles a Lung y a Piel de

Azufre una foto de los potros.

—¿Qué dices? —le susurró Barnabas mientras le cedía su sitio junto al borde del nido a Winston y a Berulu—. ¿No tenemos acaso el mejor trabajo del mundo? ¿Aunque nos encierren de vez en cuando en una jaula por él?

—¡El mejor de todos! —respondió Ben—. Pero dado que este ya está terminado... —dijo subiendo a Pata de Mosca sobre su hombro—, ¿quién será el próximo al que salvaremos?



Quién es quién



HUMANOS

David Attenborough, especialista FREEFAB y uno de los documentalistas de la naturaleza más célebres del mundo.

Catcher, jefe de los cazadores furtivos que buscan botín en Pulau Bulu.

Inua Ellams, especialista FREEFAB en seres fabulosos alados.

Bağdagül Ender, amiga de Barnabas de la infancia, que ha consagrado su vida a la protección de criaturas amenazadas en Turquía.

Jane Gridall, experta FREEFAB e inventora de un lenguaje de signos que posibilita la comunicación con casi cada especie del planeta.

Doctora Phoebe Humboldt, profesora de Ben y Guinever de historia de los seres fabulosos.

Kamaharan, cazador furtivo del equipo de Catcher.

Jacques Maupassant, especialista FREEFAB en criaturas fantásticas de las aguas.

Nahgib Said Nasruddin, 1123-1212, célebre investigador en ciencias naturales y seres fabulosos, gran ejemplo de Barnabas Wiesengrund. Nasruddin fue prisionero de un grifo, después de que este le hubiese arrancado un brazo.

Maisie Richardson, experta FREEFAB en hadas de la hierba y de los helechos.

Winston Setiawan, joven amigo de los animales de una isla vecina a Pulau Bulu, al que un contratiempo ha puesto en las garras de los monos de Kraa.

James Spotiswode, profesor de Ben y Guinever de todas las asignaturas de ciencias naturales, además de especialista en telepatía y robótica.

November Tan, experta FREEFAB, investiga los hábitos alimenticios de los seres

fabulosos.

Holly Undset, veterinaria de talento, que a veces tiene que tratar también a ondinas, duendes y a un pegaso.

Barnabas Wiesengrund, padre adoptivo de Ben y fundador de FREEFAB, una organización que se ocupa de proteger a las especies amenazadas.

Ben Wiesengrund, catorce años, vive con su familia adoptiva, los Wiesengrund, en un lugar secreto de Noruega y ayuda a investigar y a proteger a las criaturas más fantásticas de este mundo. Ben tiene un amigo especial: el dragón plateado Lung, del que se convirtió en jinete de una forma curiosa dos años antes.

Guinever Wiesengrund, hermana adoptiva de Ben, se ocupa principalmente de los seres de las aguas de MÍMAMEIÐR. Hasta que se encuentra con el último pegaso...

Vita Wiesengrund, esposa de Barnabas, madre de Guinever y de Ben, fundadora de FREEFAB y experta en seres fabulosos alados.

SERES FABULOSOS Y OTRAS CRIATURAS MITOLÓGICAS



Caribdis, monstruo marino amorfo de la mitología griega, que ha debido de vivir junto a Escila en un estrecho.

Ocho, pulpo gigante frente a la costa indonesia y amigo de Eugene. Está a la búsqueda de otro pulpo gigantesco.

Dragones



Barba de Pizarra, el dragón vivo más anciano no ha podido realizar el camino hacia La Orilla del Cielo y vive ahora bajo la protección de MÍMAMEIÐR en Noruega.

Brúk, Ryak, dos jóvenes dragones, que han seguido a Lung desde Escocia hasta La Orilla del Cielo.

Cola Irisada, primo de Maya.

Lung, dragón plateado del interior de Escocia que en *El jinete del dragón* venció, junto a Ben, a Ortiga Abrasadora, el enemigo más malvado de los dragones. Ha encontrado para los últimos dragones de este mundo un refugio en La Orilla del Cielo.

Maya, dragona plateada y compañera de Lung.

Tattoo, joven dragón con escamas de dibujos, que acompaña a Lung en su viaje.



Draugen, muertos vivientes de la mitología noruega.

Eugene, cangrejo de cuatro ojos, con el que Lung y Tattoo se topan; ama los objetos brillantes y le gusta cogerlos.



Hadas



Hadas de los helechos, hadas diminutas que, como su nombre indica, solo pueden encontrarse bajo las hojas de los helechos.

Hadas de la hierba, hadas del tamaño de un abejorro, que se encuentran básicamente en los prados.

Huldra, hada de los bosques escandinava.

Árbol Susurrante, un árbol muy poco común. Ofrece a los pájaros y a sus crías protección en su espaciosa copa, y ahuyenta con sus ramas a ladrones de nidos como monos y serpientes.

Cobra de Anteojos Susurrante, pariente de la cobra, que se expresa con frecuencia en las lenguas de los humanos... preferentemente susurrando y en hindi.

Fotomaleón, cuando hay peligro hace una foto de su entorno, que se queda retenida en su piel.

Grifo, es un ser híbrido mítico formado por cuerpos de animales. La mayoría de las veces se representa con cuerpo de león, cabeza de ave rapaz, poderoso pico, orejas afiladas y alas.

Higuillos, seres fabulosos, cuya forma recuerda a los higos frescos, viven principalmente en higueras.

Mandras del fuego, un tipo de salamandra, cuyos cuerpos pueden calentarse tanto como la cera líquida.

Pata de Mosca, un homúnculo, nombre con el que se designa a un humano creado artificialmente por un alquimista en la Baja Edad Media. Pata de Mosca fue criado, como sus once hermanos, en una botella. Servía a Ortiga Abrasadora, el Dorado, como abrillantador de escamas, hasta que ayudó a Lung y a Ben a vencerlo. Desde entonces es el compañero más fiel de Ben, aunque no siempre el más valiente, así como el profesor de Ben y Guinever de historia e idiomas.



Ranas plumadas, son exactamente eso: ranas plumadas.



Grifos de Pulau Bulu



Chahska, grifo del séquito de Kraa.

Fierra, grifo del séquito de Kraa.

Greeiiiiir, grifo del séquito de Kraa.

Hiera, grifo del séquito de Kraa.

Kraa, grifo, jefe desalmado de la bandada de grifos de la isla.

Reee, grifo, hermana de Kraa y madre de Shrii, por desgracia ya fallecida.

Roargh, grifo del séquito de Kraa.

Shrii, grifo con plumaje de colores que se rebela contra el dominio de Kraa.



Tschrä, grifo y ayudante de Kraa.

Coyotes trepadores, variedad de coyote oriundo de las poderosas coronas de los árboles redwood de California del Norte.

Hafgufa, pulpo gigante frente a la costa noruega.

Hobs, duendes ingleses.

Hothbrodd, trol diurno algo gruñón, pero de buen corazón, que puede hacer maravillas con su cuchillo de tallar. Hothbrodd habla con los árboles y es un miembro indispensable de FREEFAB. Vive en MÍMAMEIÐR.

Jenglots, zombis enanos, que beben sangre y se encuentran principalmente en Indonesia.

Duendes



Duende español, duende procedente de España.

Hobgoblin, duende británico.

Leprechaun, duende escocés que siente afición por hacer zapatos y por el oro.

Nisse, variedad de duende escandinavo.

Piel de Azufre, duendecilla escocesa que ayuda a Lung, porque todo dragón necesita un duende. Aun cuando los duendes no estén siempre de buen humor...



Caracoles de cristal, sus cuerpos y casas son transparentes como el cristal, pero por suerte son mucho menos frágiles. Son unos excelentes limpiadores de ventanas porque les gusta lamer el rocío y la lluvia del cristal. Adoran el clima húmedo de

Noruega.



Medusa, madre de todos los pegasos, de cabellos de culebra; aunque, no tan terrible como a la mitología griega le gusta describir.

Ondinillas de coral, espíritus de agua femeninos que viven en los arrecifes de coral de la costa indonesia.

Rata de barco-brújula, ver Rata cantarina.

Seres fabulosos emparentados con los caballos



Ànemos, pegaso macho. Los caballos alados de la mitología griega, hijos del dios del mar Poseidón y de la gorgona Medusa. En ΜΙΜΑΜΕΙΘΡ también se consideraban extinguidos, hasta que los Wiesengrund encontraron a Ànemos y a su compañera en Grecia.

Caballos de espuma de mar, se forman con la espuma de las olas del mar y se deshacen con ella para volver a nacer con la siguiente ola.

Caballos de las aguas, término genérico para muchos tipos de parientes de los caballos que viven en lagos, ríos y mares.

Caballos elfos, caballos diminutos criados por elfos de la hierba.

Corceles de las nubes, viven en nubes espesas y solo se muestran en contadas ocasiones. Parecen un conjunto de nubes con forma de caballo.

Kelpie, un espíritu sobrenatural de las aguas con la figura de un gran caballo, a veces con cola de pez.

Raskerwint, centauro, ser híbrido, mitad humano, mitad caballo, descrito en la mitología griega; vieja amiga de Vita Wiesengrund.

Synnefo, yegua pegaso y compañera de Ànemos.

Synnefo, *Chara*, *Ouranos*, potros de pegaso y la descendencia amenazada de Ànemos y *Synnefo*.

Yeguas de los vientos, les gusta emparejarse con los corceles de las nubes, casi siempre permanecen invisibles porque son demasiado veloces para el ojo humano.

Seres fabulosos emparentados con los pájaros

Cuervos cenicientos, cuervos de plumaje gris que pueden hacerse invisibles. Exploradores y portadores de noticias en ΜΙΜΑΜΕΙΘΡ.

Fénix, pájaro mítico que al final del ciclo de su vida arde para renacer de sus cenizas.

Ganso parlanchín del Ártico, pariente del ganso bravo nórdico, muy charlatán.

Gansos ruiseñores, gansos de pluma azul con picos dorados, que deben su nombre a su maravilloso canto. Calientan el nido de los pegasos huérfanos.



Hombres corneja, criaturas que a primera vista parecen cornejas, pero que tienen brazos y alas, y a los que les gusta picotear los ojos de los humanos.

Pájaro del Cielo Sanador, pájaro celeste de la especie de los albatros, que duerme mientras vuela y que sana muchas enfermedades cuando se toca su plumaje.

Pájaro elefante, familia extinguida de las aves corredoras.

Pájaro pelangi, solo se muestra cuando puede verse un arcoíris en el cielo y tiene un plumaje que luce sus colores.

Pájaro rata, antepasado de Lola Rabogrís.

Enanos de Odín, deben su nombre al hecho de que, al igual que el dios Odín, solo poseen un ojo, lo que en cualquier caso no llama la atención a primera vista dado que se tatúan otro en la piel. Viven en Escandinavia.



Criaturas de las aguas



Caracol balunga, especie de caracol asiático, en cuya concha vacía parece oírse el canto de una sirena. Existe la teoría de que, efectivamente, seres marinos diminutos viven en las conchas de los caracoles.

Doctor Eel, célebre biólogo marino y mediador de todas las criaturas de las aguas (él mismo es una de ellas).

Fossegrimm, un espíritu que vive en las cascadas de Noruega y que toca el violín de forma magistral. Algunos violinistas humanos deben su maestría a que reciben clases de un fossegrimm.

Hombres lucio, señores de las aguas con cabeza de lucio.

Ninfa, espíritu de las aguas femenino aficionado al baile y a la música.

Nyai Loro Kidul, reina de los mares indonesia, a veces pez, a veces serpiente.

Serpiente marina, término genérico para muchos monstruos marinos parecidos a las serpientes.

Sjöra, ondina de escamas de oro que solo se encuentra en los lagos suecos.

Señor de las aguas, término genérico para seres fabulosos parecidos a los humanos, que viven debajo del agua.



Seres fabulosos del tamaño de los geniecillos



Geniecillo de la mostaza, especie de geniecillo galés, cuyo cabello tiene el color de la mostaza (y al parecer también el mismo sabor).

Geniecillo de los pantanos, geniecillo que puede encontrarse principalmente en regiones pantanosas. Conocidos por su agresividad.

Hombres erizo, erizos que caminan erguidos, muy avispados, que llevan ropa y zapatos, y que decoran sus cuevas de forma muy parecida a los humanos.



Setillas, seres fabulosos que, como a Piel de Azufre le gusta constatar, tienen el aspecto de setas andantes de todo tipo.



Tomte, geniecillo sueco que aparece a menudo en caso de necesidad como salvador.

Belloteras lanares, arañas de tripa redonda con cabeza humana que hilan cálida lana para sus nidos, aunque con algo de persuasión también lo hacen para los humanos.

Cerdos watobi, cerdos enanos voladores que se crían principalmente en el Congo.

Cíclope, gigante de un solo ojo que también se menciona en las leyendas griegas.

Cochinillas de campaña, ser similar a una cochinilla, que, a pesar de su tamaño aparentemente diminuto, estiran sus cuerpos como gigantescos parasoles pudiendo formar incluso tiendas de campaña en las que se puede pernoctar muy cómodamente.



Comefango de cresta espinosa, ser fabuloso similar a un oso hormiguero, vive sobre todo en las orillas fangosas de ríos y lagos.

Devorageniecillos, ser parecido al tejón, pero que anda sobre dos patas y al que, como su nombre indica, le encanta devorar geniecillos.

Enanos de las rocas, especie de enano oriundo de Escocia que participó de forma decisiva en la liberación de los dragones y que ahora vive en La Orilla del Cielo.

Escila, monstruo marino gigantesco que se menciona en la mitología griega.

Escorpiones chacal, atroces guardianes de Kraa. Tienen el cuerpo de un escorpión, pero la cabeza de un chacal.



Esfinge, ser híbrido alado de león y mujer, guardiana y profeta.

Fauno de los bosques, ser fabuloso similar a un humano, a menudo con miembros flacos como un huso, que pueden ser bonachones o malvados, dependiendo de cómo se comporte uno en el bosque donde habitan.

Perro de las nubes, ser fabuloso parecido a un perro con dibujos de nubes en el pelaje de pelo corto, que puede volverse invisible y volar; se crían principalmente en Turquía y en Arabia.



Rata cantarina, pariente fantástico de Gilbert y Lola Rabogrís.

Salamandra gigante, salamandra del tamaño de una vaca.

Serpientes cazatesoros, ponen sus huevos en nidos que construyen con monedas y joyas. Se encuentran con frecuencia en viejas losas sepulcrales.

Tallemaya, cocinera de MÍMAMEIÐR, que también es una huldra.

ANIMALES DE TIPO COMÚN

(que también son extraordinarios, a pesar de todo, y que probablemente tienen un ser fabuloso en su línea genealógica)

Abejaruco, pájaro del templo de Garuda.

Abubilla, pájaro del templo de Garuda.

Awan Petir, macaco negro que vigila a los cazadores furtivos y se asegura de que también paguen. Los macacos son un tipo de primate de la familia de los cercopitecos, que proceden en su mayoría del sudeste asiático.



Berulu, makis gnómico y compañero de Winston. Los makis gnómicos, también

tarseros, son animales pequeños, de hábitos nocturnos y viven en los árboles. Son característicos los llamativos ojos grandes, el cuello articulado y las largas patas traseras con las que pueden saltar muy lejos.



Binturong, también denominado manturón, es una especie carnívora de la familia de los vivérridos.

Carraca india, pájaro del templo de Garuda.

Drongo, pájaro del templo de Garuda.

E-Mas, el Gibón Dorado. Los gibones son primates sin cola. Llama la atención que los miembros delanteros son considerablemente más largos que los traseros. Esto les confiere una habilidad única en el reino animal para moverse de rama en rama.

Gilbert Rabogrís, rata blanca macho de barco, natural de Hamburgo y cartógrafo magistral, así como profesor de geografía de Ben y Guinever. Vive ahora con los Wiesengrund en MÍMAMEIÐR.

Kachang, macaco de Kraa.

Kupo, lori perezosa y una artista talladora muy talentosa que ha sufrido un largo periodo bajo el dominio de Kraa. Los loris perezosos son una familia de primates del grupo de nariz húmeda. Son animales relativamente pequeños, de hábitos nocturnos, que habitan en los árboles y viven en África y Asia; han desarrollado una forma única de movimiento lento entre los primates.



Lola Rabogrís, rata temeraria, prima de Gilbert, maestra en las artes voladoras y la mejor exploradora que uno puede desear.



Lyo-Lyok, ánsar común.



Manis, lori perezosa y artista talladora, a la que Kraa mata.

Me-Rah, lori rojo hembra nerviosa, que guía a Ben y a Barnabas a Pulau Bulu.

Nakal, mono narigudo y portador del bastón de Kraa: la característica más llamativa de los monos narigudos es la nariz grande en forma de pera.



Patah, macaco del séquito de Shrii.

Pavo real, pájaro indiscreto que Ben y Barnabas se encuentran en el templo de Garuda, en la India.



Profesor Sutan Buceros, especialista FREEFAB y un pájaro rinoceronte de imponente tamaño y edad legendaria, que ya había asesorado a los Wiesengrund a menudo en la protección de seres fabulosos del sudeste de Asia.

Tabuhan, macaco del séquito de Shrii.

TerTaWa, gibón y compañero fiel de Shrii.



LUGARES (por orden)

MÍMAMEIÐR, asociación de protección secreta para criaturas fabulosas en Noruega.
Hogar de Barnabas, Vita, Ben y Guinever Wiesengrund.

Turquía, escala intermedia de Barnabas en la búsqueda de los grifos para lograr allí algo muy valioso.

India, segunda escala intermedia de Barnabas, Hothbrodd y Lola, y el lugar donde se encuentran con Lung y Ben. Por suerte, se topan allí con una lori hembra nerviosa que se evidencia muy útil.

La Orilla del Cielo, el valle apartado en el Himalaya que se ha convertido en el nuevo hogar de los dragones.

Pulau Bulu, la isla indonesia en la que Barnabas y Ben creen que viven los grifos.

Referencias

Adams, Richard: *La colina de Watership*

Adi Parva o El libro de los orígenes: véase Lynd, Robert

Ajmátova, Anna: *Réquiem y otros escritos*, cap. 7, La sentencia

Alexander, Lloyd: *El Caldero Negro. Crónicas de Prydain 2*, cap. 8

Angelou, Maya: *Yo sé por qué canta el pájaro enjaulado*, cap. 27

Attenborough, Sir David: véase Gordon, Kenny

Barrie, James M.: *Peter Pan*

Baum, Frank L.: *La maravillosa tierra de Oz*

Bergerac, Cyrano de: *Viaje a la luna. Historia cómica de los Estados e Imperios del sol*, primera parte

Bernstein, Leonard (1912-1958): Compositor norteamericano, diirector de orquesta y pianista



Buda (560-480 a. C.), también: Siddhartha Gautama, fundador del budismo

Cocteau, Jean: *Diario de un desconocido*

Colón, Cristóbal (1451-1506): Navegante y descubridor

Confucio (551-479 a. C.): Pensador chino

DiCamillo, Kate: *Gracias a Winn-Dixie*

Dingel, John D.: véase Kohm, Kathryn A.

Earheart, Amelia (1897-1937): Feminista y aviadora pionera norteamericana

Earle, Sylvia: Conferencia, capítulo 33, TED 2009, Monterrey, California

Ellis, Havelock: *El baile de la vida*, cap. 7

Giuliano, Geoffrey: *Lennon en América: 1971-1980*

Goethe, Johann Wolfgang von: *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, libro VII, cap. V

Gordon, Kenny: *La sabiduría de David Attenborough. Pensamientos de un tesoro nacional*

Hesse, Hermann: *El caminante*

Hughes, Ted: *Lupercal. El azor se posa*

Kästner, Erich: *El aula voladora*

Keller, Helen (1880-1968): Escritora americana sordomuda

Kipling, Rudyard: *Cómo el leopardo obtuvo sus manchas y otros cuentos de animales*

Kipling, Rudyard: *El libro de la selva*

Kohm, Kathryn A.: *Balancing on the brink of extinction*

Levi, Primo: *El sistema periódico*

Lindgren, Astrid: *Los hermanos Corazón de León*

Lynd, Robert: *El león azul y otros ensayos*

Martel, Yann: *La vida de Pi*

Milne, A. A.: *El rincón de Puh*

Montaigne, Michel: *Montaigne Essays*

Niffenegger, Audrey: *La mujer del viajero en el tiempo*, prólogo

O'Neill, Eugene Gladstone: *Viaje de un largo día hacia la noche*

Pratchett, Terry: *La luz fantástica*

Prévost, Abbé: *Historia del caballero Des Grieux y de Manon Lescaut*

Shakespeare, William: *Cimbelino*

Shelley, P. B.: *Oda al viento del oeste*

Tennyson, Alfred: *La ventana*

White, E. B.: *Las aventuras de Wilbur y Charlotte*

White, T. H.: *Camelot Libro I: La espada en la piedra, cap. VIII y Libro II: La reina del aire y las tinieblas, cap. IV*

Wilde, Oscar: *Un marido ideal, Segundo Acto*

Yeats, William Butler: *Poemas. Los cisnes salvajes de Coole. El halcón*

